

# Arthur C. Clarke

Autor de 2001: UNA ODISEA ESPACIAL

y Gentry Lee



# CUNA

Lectulandia

La brillante imaginación de estos autores les permite ofrecernos con esta novela una electrizante moderna aventura de inquietante intriga. Aquí hallamos algo que va desde un remoto pasado hasta los límites de un insospechado futuro; desde el vasto océano de estrellas hasta las profundidades marinas.

En la acción participan servicios secretos militares, buscadores de tesoros... y la joven Carol Dawson, una atractiva y ambiciosa periodista de Miami, que llega a Cayo Hueso para cubrir un extraño suceso: docenas de ballenas «despistadas» se dirigen hacia la playa. Pero Carol descubre algo más e investiga rumores de que la Marina norteamericana ha cometido un error y ha perdido el prototipo de su nuevo misil Panther. Deben enfrentarse a un terrible desafío que afecta al destino de la Humanidad, que en este caso corre peligro de extinción.

**Lectulandia**

Arthur C. Clarke & Gentry Lee

**Cuna**

**ePub r1.0**

**Rusli 08.12.13**

Título original: *Cradle*  
Arthur C. Clarke & Gentry Lee, 1988  
Traducción: Rosa S. de Naveira

Editor digital: Rusli  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Este libro está dedicado a los cuatro niños más jóvenes de nuestras familias: Cherene, Tamara, Robert y Patrick. Ojalá sus vidas estén llenas de curiosidad y alegría.*

## ESPECIES EN PELIGRO

El agua color esmeralda choca contra las oscuras rocas volcánicas. Una fina y blanca espuma flota sobre la dura piedra, creando un velo brumoso que centellea a la poca luz que queda. En la distancia dos soles amarillos se ponen simultáneamente, separados unos cuarenta grados, y desaparecen juntos tras el horizonte. A través del cielo azul-negro, en el lado opuesto del istmo que llega en suave pendiente desde los riscos volcánicos, a otro océano, un par de lunas aparecen en el momento en que los soles se hunden. Su luz gemela, aunque mucho más débil que el resplandor de los soles, es aún lo bastante fuerte como para crear sombras danzantes sobre el océano que se extiende bajo el saliente rocoso.

A medida que las dobles lunas van alzándose sobre el lado oriental del istmo, la luz empieza a brillar junto a ellas, en el horizonte, unos veinte grados al Sur. Al principio, el resplandor parece la luz de una ciudad distante, pero a cada momento que pasa se hace más y más fuerte hasta que se extiende por todo el cielo. Por fin, una impresionante tercera luna, cuyo primer destello sube desde el horizonte cuando las lunas gemelas están a unos diez grados de su arco, comienza a ascender. La calma se abate sobre ambos océanos por unos segundos, como si el mundo yacente bajo la gigantesca órbita se hubiera detenido para rendir homenaje a tan singular espectáculo. Esta inmensa luna amarilla, con la cara visiblemente surcada de cráteres, parece vigilar sus dominios mientras se lleva lentamente hacia el cielo y baña los océanos esmeralda con una misteriosa luz; refleja. Su tamaño es cien veces el de la más pequeña luna gemela y su amplia estela por el cielo es mayor que la que unos minutos antes dejaron el par de soles al ponerse.

Por debajo de los acantilados, a la sombra de la última y nueva luna, un cuerpo alargado y sinuoso se arquea surgiendo del agua, alzándose casi seis metros por encima de la superficie. La esbelta aparición gira en dirección a los acantilados y se lanza hacia delante cuando la estridente nota de una trompeta, un solo sonido, resuena contra las rocas y atraviesa el istmo. Un momento después se oye otro sonido, como un eco apagado o posiblemente una respuesta, desde el otro mar. La criatura nada graciosamente hacia la luz de la luna, su cuello largo y flexible de color cobalto rematando un cuerpo gris casi completamente sumergido en el océano. Ahora la serpiente de cuello azul se extiende hacia arriba otra vez y se inclina en dirección a tierra, revelando su rostro a la luz cada vez mayor. Sus rasgos faciales son complejos y retorcidos, con hileras de orificios de utilización desconocida. Al llegar al máximo de su extensión, la criatura contrae su cara y deja oír una mezcla de sonidos; la nota de la trompeta se acompaña ahora de un oboe y un órgano. Tras una corta pausa una respuesta apagada y más suave, pero con la misma riqueza y complejidad de sonido, llega a través del istmo.

La serpiente nada hacia el Norte bordeando la costa. Detrás de ella, a la luz de la luna, media docena más de cuellos cimbreantes surgen del océano. Estas criaturas son un poco más pequeñas y el tono cobalto de sus cuellos no es tan vivido. El grupo gira al unísono y, como obedeciendo una orden, seis estallidos de trompeta llaman al Este. Otra vez, una pausa precede la respuesta esperada, el sonido de varias trompetas menores desde el otro lado de tierra. Inmediatamente las seis nuevas criaturas y sus distantes amigas inician una compleja y complicada melodía, alzándose lentamente en intensidad hasta que la obertura alcanza un inevitable crescendo y cesa bruscamente.

Momentos después los océanos de ambos lados del istmo están llenos de serpientes de todos los tamaños. Cientos, incluso miles, de serpientes cubren el agua hasta donde el ojo alcanza y empiezan a tender lánguidamente sus cuellos, retorciéndose como si miraran a su alrededor y uniéndose a los cánticos. Las serpientes del mar oriental son ligeramente más pequeñas que sus parientes occidentales y sus cuellos son de color azul pálido en lugar de cobalto. Estas serpientes azul pálido van acompañadas de cantidad de menudas criaturas, con las marcas azules de sus cuellos apenas visibles, cuyas voces finas y casi erráticas suenan como pequeños *piccolos* mezclados con campanillas de cristal.

Las aguas de los océanos esmeralda empiezan a subir con una a modo de frenética marea, escalando ahora rápidamente los acantilados rocosos del lado occidental y sumergiendo velozmente grandes porciones de tierra del lado de la pendiente que se aboca al mar de oriente. Este tirón concertado de todas las lunas produce una marea que, eventualmente, cubrirá el istmo por completo, uniendo los dos océanos. A medida que las aguas van acercándose la música de las mil serpientes cantarinas crece en magnificencia, inundando toda la zona de una melodía de indescriptible belleza. Es a la vez un sonido plañidero de anticipación y ansiedad, es el grito universal del deseo largo tiempo contenido, al borde de ser satisfecho.

Las grandes serpientes de cuello largo de Canthor concluyen su anual sinfonía de acoplamiento cuando los dos océanos se hacen uno y los moradores de cada océano buscan a sus eternas parejas entre las aguas unidas. Hay cinco noches en cada año Canthoreano en que las fuerzas de la marea se ponen de acuerdo para sumergir el istmo y permitir así la unión sexual de las serpientes. Cinco noches de juegos y retozos de amor, de renovación y promesas, antes del obligado regreso a los océanos separados y de un año de espera de la vuelta de la gran marea.

Para las chiquitinas, las nuevas serpientes dejadas en gestación en la última reunión anual y empolladas por sus madres en el océano oriental, la gran marea es un momento de excitación y tristeza. Deben dejar ahora a sus compañeros de juegos, dejar atrás su infancia. La mitad deben separarse también de sus madres e ir a nadar entre los adultos azul cobalto, que no han visto nunca. Esta mitad, que ha pasado su

vida exclusivamente entre las amistades de sus madres, nadará por encima y a través del istmo en la quinta noche, al lado de sus padres. Una vez en el océano occidental, sus cuellos empezarán a oscurecer su color al iniciarse la transición entre pubertad y estado adulto. Y al año siguiente, sus pequeñas voces habrán madurado lo suficiente para que cada una de ellas pueda detectar alguna respuesta excitante y positiva a su llamada, durante la sinfonía de acoplamiento.

Miles de años pasan en el planeta Canthor. Las fuerzas del cambio conspiran contra las hermosas serpientes de cuello azul. Primero, una era de hielo sobreviene al mundo, encerrando gran parte del agua del planeta en unos eternos casquetes polares y bajando el nivel de los mares. El número de días que la gran marea sumerge el istmo se reduce a cuatro, luego a tres y por fin solamente a dos. El complicado ritual del apareamiento de las serpientes, perfeccionado a lo largo de centenares de generaciones, funciona mejor en un cortejo de cinco noches. A causa de los cientos de años en que sólo disponían de dos para su apareamiento, el número de pequeñas serpientes producidas anualmente cae vertiginosamente. El número total de serpientes canthoreanas es peligrosamente pequeño.

Al fin, la producción radiactiva de los soles duales vuelve a aumentar ligeramente, y Canthor sale de su edad de hielo. Sube el nivel del mar y el número de días para el acoplamiento vuelve momentáneamente a ser cinco. La sinfonía de las serpientes a la que se había añadido un triste contrapunto en los dolorosos años de noches de acoplamiento reducidas, se carga nuevamente de alegría. Por espacio de varias generaciones el número de serpientes aumenta. Pero las bellas criaturas encuentran otro enemigo.

En otro lado de Canthor, evoluciona desde un millón de años otra especie inteligente, una criatura fiera, achaparrada y con un insaciable apetito de poder. La edad de hielo estimuló la rápida evolución de estos trolls al establecer la estricta supervivencia de los más idóneos y seleccionar naturalmente sólo a aquellos individuos con los mejores atributos (inteligencia y fuerza, en principio) lo que, en cierto modo, purificó el conjunto de sus genes.

La especie de trolls que emerge tras los millares de años de dominación glaciario de Canthor, es más lista y más capaz de tratar con el resto de su entorno. Ha aprendido a hacer herramientas y ha aprendido también a utilizar la riqueza del planeta en beneficio propio. Ninguna otra criatura viviente de Canthor puede superar la inteligencia de los trolls o amenazar su existencia, así que los trolls proliferan por todo el planeta, sometiéndolo por completo con su rapacidad.

Las serpientes de cuello azul no han tenido enemigos naturales en Canthor durante cientos de milenios. Por consiguiente, no han desarrollado la agresividad y territorialidad necesarias para sobrevivir cuando se las amenaza. Su dieta ha



consistido básicamente en las plantas y animales que llenan los océanos de Canthor. Los mares proporcionaban un amplio surtido de alimento, así que las serpientes no se impresionaron demasiado cuando los trolls empezaron a buscar su comida en el océano. Sin embargo, para los trolls, cuya ansia de territorio no conoce límites, las serpientes representaban, como poco, un rival para la abundancia de los océanos y posiblemente, por su tamaño e inteligencia, una amenaza para su supervivencia.

Estamos otra vez en la época de la gran marea y los machos de las serpientes de cuello largo han completado a tiempo su migración oceánica, reuniéndose como siempre frente a los grandes acantilados volcánicos. Ahora sólo quedan unos centenares de machos, ostensiblemente menos que en los días gloriosos en que eran tan numerosos que se extendían hasta donde el ojo alcanzaba a ver. La luna llena, gigantesca, sube como ha venido haciéndolo durante millares de años, siguiendo a las dos pequeñas lunas gemelas hasta lo alto del cielo, y la obertura anuncia el principio de la sinfonía de acoplamiento. Pero a medida que la marea sube para sumergir el istmo, las serpientes presienten que algo va mal. Una cacofonía creciente se mezcla con la mística melodía de aparejamiento. La ansiedad se extiende por el sonido, a uno y otro lado de la tierra que separa a las serpientes. Cuando finalmente la marea cubre las rocas volcánicas y el punto en la sinfonía de acoplamiento original llega al magnífico crescendo final, la voz de las serpientes en súplica lastimera llena la noche canthoreana.

Los trolls han levantado una enorme barrera en la cresta del istmo. Cuidadosamente calculada para impedir el paso de las serpientes mayores, esta barrera opresiva permite a las bellas criaturas de cuello azul, sentirse cerca unas de otras esforzándose, pero sin poder tocarse. Es muy doloroso presenciar las noches de la gran marea. A un lado y a otro, las serpientes se lanzan repetida e infructuosamente contra el muro, tratando con desesperación de contactar con sus parejas. Pero todo es en vano. La barrera resiste. Las serpientes no pueden aparearse. Ambos sexos regresan eventualmente a sus respectivos océanos, hondamente entristecidos y profundamente conscientes de las implicaciones de esta barrera respecto a su futuro.

Algunas de las serpientes se golpean hasta perder el sentido, al intentar derribar la barrera. Las que están heridas, a ambos lados del istmo, se quedan atrás para recuperarse, mientras el resto de la especie, dando por terminada su migración anual como si el apareamiento hubiera tenido lugar, se aleja nadando lenta y tristemente, machos y hembras en dirección a su lugar separado en Canthor.

Han pasado dos noches desde que la gran marea ha dejado de sumergir la tierra entre los océanos. Dos de las más viejas serpientes macho, con su cuello aún lastimado por el repetido martilleo contra la odiada barrera, van nadando juntas, lentamente, a la luz de la luna. Desde el cielo, un extraño resplandor cae rápidamente

sobre ellas. Flota sobre las serpientes y parece iluminarlas cuando alzan sus cuellos para ver lo que ocurre.

En un instante, los graciosos cuellos se doblan vencidos sobre el iluminado océano. Del centro de la luz que tienen encima sale un objeto, una especie de cesto, que baja hasta el agua. Las dos serpientes son recogidas, sacadas silenciosamente del mar al aire y subidas como por un desconocido pescador, hasta el cielo. La misma escena se repite una docena de veces, primero en el océano occidental con las serpientes heridas de cuello azul cobalto, y a continuación en el océano oriental con sus duplicados azul pálido. Es como si tuviera lugar una gran redada, una recogida de todas las serpientes agotadas que no han podido ocupar su lugar junto al resto de la especie en la migración anual.

Muy por encima de Canthor, una gigantesca nave espacial cilíndrica espera el regreso de sus servidores robots. Treinta kilómetros a un lado, el planeta viajero se abre a la flotilla de vehículos del tamaño de grandes aeroplanos que regresan trayendo la cosecha de Canthor. El cilindro gira lentamente mientras Canthor y su luna gigantesca brillan al fondo. Sólo un vehículo regresa rezagado, se abre una compuerta para recibirlo en la parte trasera del gran aparato, y por un momento hay más actividad. Finalmente, el cilindro se inclina sobre un lado y dispara varios pequeños cohetes. A los pocos segundos se ha perdido de vista y sale de Canthor hacia otros mundos.

La nieve cae sin cesar sobre el hombretón que cruza silenciosamente el bosque. Vestido con pieles, llevando un pesado fardo sobre la espalda y una gran lanza en la mano, vuelve su rostro peludo e hirsuto, hacia los que le siguen, su familia, y gruñe para que se apresuren. Son cinco en total, un bebé llevado en brazos por la mujer y dos adolescentes que visten pieles como sus padres y llevan también grandes fardos sobre los hombros. El adolescente lleva además una lanza. Viéndoles de cerca se les nota a todos muy cansados, casi exhaustos.

Salen del bosque durante un trecho, y entran en un prado que rodea una charca helada. La nieve sigue cayendo, engrosando la que ya cubre el suelo. El padre señala a la familia que pare, y se acerca decidido a la charca. Mientras los otros se apelotonan para defenderse del frío, el hombre saca una tosca herramienta de su fardo y, después de barrer la nieve de la superficie, empieza a recortar el hielo. Casi transcurre una hora. Al fin lo consigue, exhala un gruñido de felicidad y se inclina para beber el agua. Saca un pellejo, lo llena, y lleva agua a su mujer y sus hijos.

La adolescente sonrío a su padre con una sonrisa de amor y admiración, cuando éste le ofrece el agua. Su carita está cansada, marcada por las arrugas que han dejado el viento, el sol y el frío. Hace un gesto para alcanzar el pellejo, pero de pronto su rostro se contrae por el miedo, grita, y su padre se vuelve justo a tiempo de protegerse

de un lobo, que salta sobre él en pleno ataque. Golpea al lobo con toda la fuerza de su poderoso brazo, apartándolo de su presa, y medio tropieza al recoger su lanza caída junto a la charca. Agarra la lanza y se vuelve rápidamente, preparado para defender a su familia.

Tres son los lobos que les atacan. Su hijo ha traspasado hábilmente el pecho de uno de ellos con su lanza, pero ahora un segundo lobo ha derribado al muchacho, que se halla indefenso sobre la nieve, antes de haber podido arrancar su lanza para atacar de nuevo. Como un loco, el padre salta hacia delante y clava su lanza en el lobo que ataca al muchacho. Pero es demasiado tarde, el lobo hambriento ha encontrado ya el cuello del chico, y ha cortado la vena yugular de una sola dentellada.

Girando sobre sí mismo, el hombre de las cavernas se lanza contra el último de los lobos. Su esposa yace desangrándose sobre la nieve y el bebé está sin protección, llorando dentro de su envoltura a pocos pasos de su madre. El último lobo, temeroso del hombretón, simula atacar al padre y de pronto salta sobre el bebé. Antes de que el hombre pueda reaccionar el lobo ha cogido al niño por sus ropas y ha salido disparado hacia el bosque.

La joven no ha sufrido ninguna herida en el ataque pero está desesperada por la casi instantánea muerte de su hermano y la desaparición de su hermanita. Sostiene la cabeza de su hermano muerto y solloza angustiadamente. El padre rellena de nieve virgen las heridas de su mujer y luego se la echa a la espalda junto con los pesados fardos. Gruñe un par de veces en dirección a su hija y ésta, finalmente y a regañadientes, se pone en pie y empieza a recoger en otro fardo lo que queda de la familia.

Al caer la noche, los tres miembros supervivientes de la familia se acercan a unas cuevas situadas a la entrada del bosque. El padre está casi exhausto por el peso de su mujer y de las escasas pertenencias del grupo. Se sienta para descansar un momento, su hija se deja caer a su lado y apoya la cabeza en sus piernas. Lloro silenciosamente y el padre seca tiernamente sus lágrimas. De pronto, una luz brillante resplandece sobre ellos, y un instante después los tres están inconscientes.

Una cesta metálica de unos cinco metros de largo y dos de ancho desciende entre el extraño resplandor de la nieve y se detiene suavemente en el suelo, junto a los tres humanos. Los lados de la cesta se abren y unas cintas metálicas se extienden hacia fuera, enroscándose alrededor de cada una de las personas, las introducen en la cesta, los lados se cierran, y el extraño objeto asciende en la noche. Unos segundos más tarde el foco ha desaparecido y la vida vuelve a la normalidad en el bosque prehistórico.

Por encima de la Tierra el cilindro gigante espera silenciosamente, aguardando el regreso de los mensajeros. El planeta que está debajo aparece despejado de nubes y la inmensa extensión azul del océano brilla como una joya a la luz reflejada del sol.

Hacia el final de la tarde, los ángulos del sol poniente muestran una vasta extensión de hielo, procedente del Polo Norte, que cubre casi por completo un gran continente. Al Oeste, a través de un gran océano y una isla nórdica toda blanca, el sol de mediodía brilla sobre otro gran continente, también casi cubierto de hielo. Aquí, el hielo se extiende hacia el Sur sobre dos tercios de la masa de tierra y sólo desaparece por completo cuando el continente empieza a estrecharse, terminando en punta al llegar al mar del Sur.

Las lanzaderas cazadoras enviadas desde el gran cilindro, regresan a la base y descargan su presa. El padre, la madre herida y la adolescente están dentro de la pequeña lanzadera junto con cincuenta o sesenta humanos más, obviamente seleccionados en puntos dispares del mundo. Ninguno de los humanos se mueve. Después de que la lanzadera se acopla, segura, a la madre nave, todos los humanos prehistóricos son trasladados en un gran transporte a la estación receptora. Aquí son recibidos y catalogados, y luego llevados a un amplio módulo que recrea el ambiente de la Tierra.

Muy lejos, por encima de la Tierra, el último de los exploradores regresa al cilindro gigante. Hay una pausa momentánea, como si se verificara un último recuento y después la nave espacial cilíndrica desaparece.

# JUEVES

## 1

Ya estaban en la playa a la salida del sol. En algún momento durante la noche, siete ballenas habían encallado en Cayo Deer, ocho kilómetros al este de Cayo West. Los poderosos leviatanes del fondo del mar, de tres a cinco metros de longitud, parecían desvalidos, varados allí, sobre la arena. Otra media docena de miembros de esa despistada manada de falsos asesinos, nadaban en círculos en las cercanías de la playa, obviamente perdidos y confusos.

A las siete de una clara mañana de marzo, expertos en ballenas habían llegado de Cayo West y comenzaban a coordinar lo que más tarde se transformaría en un esfuerzo conjunto de pescadores locales y navegantes entusiastas, para empujar a los animales varados otra vez al agua. Una vez las ballenas estuvieran fuera de la playa, la siguiente tarea consistiría en dirigir a toda la manada hacia el golfo de México. Había poca o ninguna posibilidad de que los animales sobrevivieran, a menos que pudieran regresar a mar abierto.

Carol Dawson fue la primera reportera que llegó. Aparcó su nueva furgoneta coreana en lo alto del camino, cerca de la playa, y bajó para estudiar la situación. La playa y el agua en Cayo Deer formaban una caleta en forma de media luna. Una cinta imaginaria que enlazara dos puntos de tierra en los extremos de la caleta cubriría casi medio kilómetro de agua. Fuera de la cinta estaba el golfo de México. Las siete ballenas habían penetrado en la caleta por el centro y estaban varadas en el punto más alejado del mar abierto, separadas unos nueve metros y subidas unos ocho sobre la playa. El resto de las ballenas estaban atrapadas en las aguas bajas a no más de treinta metros de la playa.

Carol volvió hasta el maletero de su coche. Antes de sacar un gran estuche de fotografía, se detuvo para ajustarse la cinturilla del pantalón. (Se había vestido muy de prisa esta mañana cuando la despertó una llamada de Miami, en su habitación del hotel de Cayo West. El chándal no era precisamente su indumentaria de trabajo, ocultaba la gracia de un cuerpo bello y bien formado que parecía más cercano a los veinte que a los treinta). Dentro del estuche había una colección de cámaras de foto fija y también de vídeo. Seleccionó tres de las cámaras, se metió un par de «M & M» en la boca, y se acercó a la playa. Al cruzar la arena en dirección a la gente y a las ballenas varadas, Carol se detuvo algunas veces para fotografiar la escena.

Se acercó primero a un hombre que llevaba el uniforme del Centro de Investigación Marina de Florida del Sur. Estaba de cara al océano con dos oficiales navales de la sección de la Patrulla Marítima de la Estación Naval Aérea de Estados

Unidos en Cayo West. Una docena, o más, de voluntarios locales se habían situado en la órbita de los que hablaban, manteniendo las distancias, pero muy atentos a la discusión. Carol se acercó al hombre del centro de investigación y le cogió del brazo.

—Buenos días, Jeff —le dijo.

Él se volvió a mirarla. Pasado un instante una sonrisa de reconocimiento iluminó su cara.

—Carol Dawson, *Miami Herald* —se apresuró a decir ella—. Nos conocimos una noche en el IOM, yo estaba con Dale Michaels.

—Claro que la recuerdo. ¿Cómo podría olvidar una cara tan hermosa como la suya? —Pasado un instante continuó—: Pero ¿qué está haciendo aquí? Por lo que a mí respecta, nadie en todo el mundo sabía que estas ballenas estaban aquí hasta hace una hora. Y Miami está a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia.

Carol se echó a reír, sus ojos aceptaban y agradecían adecuadamente el cumplido de Jeff. Seguía sin gustarle, pero había llegado a aceptar, aunque no de buen grado, el que la gente, especialmente los hombres, la recordaran por su belleza.

—Estaba ya en Cayo West para otra historia. Dale me ha llamado esta mañana tan pronto tuvo noticia de lo de las ballenas. ¿Puedo interrumpirle un minuto, para que me dé un comentario de experto? Para el público, claro.

Mientras hablaba, Carol sacó una cámara de vídeo de último modelo, una «Sony» 1993 del tamaño aproximado de un pequeño bloc de notas, y empezó a interrogar al doctor Jeff Marsden, «la máxima autoridad en ballenas, en los Cayos de Florida». La entrevista era puramente formal, naturalmente, porque Carol podía haber proporcionado todas las respuestas. Pero Miss Dawson era una buena reportera y conocía el valor de la opinión de un experto en situaciones como aquélla.

El doctor Marsden explicó que los biólogos marinos todavía no comprendían las razones que llevaban a las ballenas a las playas, aunque la, cada vez mayor frecuencia de estos hechos, en los pasados ochenta y principio de los noventa, había ofrecido amplias oportunidades para investigarlos. Según él, muchos expertos achacaban el hecho a un exceso de parásitos en las ballenas que guiaban a cada una de las infortunadas manadas. La teoría prevaleciente sugería que esos parásitos creaban confusión en el intrincado sistema de navegación que indica a las ballenas la dirección a seguir. En otras palabras, la ballena guía cree, de un modo u otro, que el camino migratorio es hacia la playa y a través de tierra: las demás siguen por la rigurosa jerarquía que hay en la manada.

—Doctor Marsden, he oído decir a cierta gente, que el aumento de ballenas varadas se debe a nosotros y a nuestra polución. ¿Le importaría comentar la acusación de que nuestros desperdicios, así como nuestra acústica y polución electrónica han minado los sensibles biosistemas que las ballenas utilizan para navegar?

Carol se sirvió del zoom de su pequeña cámara de vídeo para dejar grabadas las arrugas de la frente de Jeff Marsden. Era obvio que no esperaba de ella semejante pregunta a aquellas tempranas horas de la mañana.

Después de pensarlo un momento, respondió:

—Han habido varios intentos de explicar por qué hay más ballenas encalladas ahora que en el pasado. La mayoría de los investigadores llegan a la inevitable conclusión de que el ambiente de las ballenas ha variado en el último medio siglo. No es demasiado aventurado imaginar que tal vez hayamos sido responsables de esos cambios.

Carol sabía que tenía los datos precisos para un perfecto reportaje televisivo. Rápida y profesionalmente cerró la entrevista, dio las gracias al doctor Marsden, y se acercó a los mirones. En un minuto tuvo numerosos voluntarios para llevarla al centro de la caleta para tomar fotografías, primeros planos, de las confusas ballenas. A los cinco minutos, Carol no solamente había tomado varios discos de fotos fijas, sino que había armado también su cámara de vídeo con un trípode estabilizador en uno de los pequeños botes, y tomado un vídeo clip de sí misma explicando el fenómeno.

Antes de abandonar la playa de Cayo Deer, Carol Dawson abrió el maletero de su ranchera, que le servía además como laboratorio fotográfico portátil. Primero rebobinó y comprobó la cinta de vídeo que había tomado, prestando especial atención en saber si el chapoteo de las ballenas se oía mientras ella estaba en el bote. Luego pasó los discos por los visores para ver si le gustaban todas las fotografías. Eran buenas. Sonrió para sí, cerró el maletero de la ranchera y regresó a Cayo West.

## 2

Carol terminó el aburrido traspaso de la cinta de vídeo al modem, a Joey Hernández en Miami, y luego marcó otro número. Estaba sentada en una de las cabinas privadas de la gran sala de comunicaciones, del «Marriott» de Cayo West. La pantalla frente a Carol indicaba que la conexión con su nuevo número ya estaba hecha, pero no se veía aún ninguna imagen. Oyó una voz de mujer que decía:

—Buenos días, despacho del doctor Michaels.

—Buenos días Bernice, soy Carol. Estoy en vídeo.

El monitor se aclaró en un segundo y una mujer de aspecto maduro y agradable, apareció en él.

—Hola, Carol. Diré a Dale que estás en la comunicación.

Carol sonrió mientras contemplaba a Bernice girando su sillón y acercándose a un panel lleno de botones, a su izquierda. Bernice estaba casi rodeada por su mesa. Ante ella había un par de teclados conectados a dos grandes pantallas, un surtido de ranuras para discos y algo que parecía un teléfono, incrustado en otro monitor. Aparentemente no había quedado espacio para el gran panel de comunicaciones junto al teléfono, así que Bernice tenía que correr su butaca casi un metro para indicar al doctor Michaels que tenía una llamada, que le llegaba por vídeo, que se trataba de Carol, y que procedía de Cayo West. El doctor Dale, como le llamaba todo el mundo excepto Carol, quería tener la máxima información antes de contestar las llamadas.

A derecha e izquierda de Bernice había extensiones perpendiculares a su mesa con montones de discos de diferentes tamaños (los montones llevaban etiquetas «para leer», o «archivo», o «correspondencia saliente») intercalados entre revistas o carpetas de fuelle que contenían impresos y copias de las computadoras. Bernice apretó un botón del panel pero no ocurrió nada. Miró, disculpándose, a Carol en la pantalla que había encima del teléfono.

—Lo siento, Carol —Bernice estaba un poco agitada—. Tal vez no lo he hecho bien. El doctor Dale tiene un sistema nuevo instalado esta semana y no estoy muy segura...

Uno de los dos grandes monitores emitió una señal:

—Bueno —continuó Bernice, ahora sonriente—, lo he hecho bien. Hablaré contigo dentro de un minuto. Está con alguien y terminará rápidamente para poder verte y hablar contigo. Espero que no te moleste que te deje conectada.

Carol movió la cabeza y la imagen de Bernice salió de la pantalla. Contempló ahora en el monitor un pequeño documental pedagógico sobre el cultivo de ostras. Estaba maravillosamente filmado dentro del agua, utilizando un avanzado equipo fotográfico. La narración estaba grabada con la voz meliflua del doctor Dale y en el vídeo se ponía de relieve la conexión entre los inventos del IOM (Instituto



Oceanográfico de Miami, del que el doctor Dale Michaels era fundador y jefe ejecutivo) y el rápido aumento de los cultivos marinos de todo tipo. Pero Carol tuvo que reír. Como suave música de fondo de la narración, aumentando de volumen en los períodos narrativos silenciosos, se oía el *Canon* de Pachelbel. Era la melodía favorita de música tierna de Dale (Carol sabía siempre lo que seguía cuando Dale ponía Pachelbel en el tocadiscos de su apartamento) pero se le hacía raro oír los insistentes violines cuando las cámaras se acercaban a las ostras en crecimiento.

La historia de la ostra terminó súbitamente, se fundió la imagen y la pantalla pasó al interior de un gran despacho de ejecutivo. Dale Michaels estaba sentado en un sofá, frente a su gran mesa moderna, mirando hacia uno de los tres monitores de vídeo que había en la estancia.

—Buenos días otra vez, Carol —dijo con entusiasmo—. ¿Cómo ha ido todo? ¿Dónde estás? No sabía que ya tuvieran vídeos en las habitaciones del «Marriott».

El doctor Michaels era alto y delgado, rubio, con el cabello ligeramente rizado y empezando a aclararse en las sienes. Le dirigió una sonrisa demasiado rápida y bien ensayada, pero sus ojos verdes eran sinceros y afectuosos.

—Estoy en la sala de comunicaciones del hotel —respondió Carol—. Acabo de enviar la historia de las ballenas varadas, en disco, al *Herald*. ¡Jesús!, Dale, no sabes la lástima que me dieron los pobres animales. ¿Cómo pueden ser tan inteligentes y embarullar de tal modo su sentido de dirección?

—Lo ignoramos, Carol. Pero recuerda que nuestra definición de inteligencia y la definición de la inteligencia de las ballenas son con seguridad completamente distintas. Además, no es demasiado sorprendente que confíen en su sistema interno de navegación incluso cuando las lleva al desastre. ¿Puedes imaginarte una situación en la que desconfiaras esencialmente de la información que tus *ojos* te ofrecían? Es lo mismo. Estamos hablando ahora de un mal funcionamiento de su sensor primario.

Carol guardó silencio, pero finalmente asintió:

—Creo que puedo entender lo que me estás diciendo pero me ha dolido verlas tan inofensivas. Bien, en todo caso, la historia está también en vídeo. A propósito, la nueva tecnología integrada de vídeo es soberbia. El «Marriott» acaba de instalar un nuevo modem de datos para vídeo y he podido transferir la cinta de ocho minutos a Joey Hernández, por el Canal 44 en sólo dos minutos. Le encantó. Hace el informativo de mediodía, ya sabes. Míralo si puedes, y dime lo que te parece.

Carol hizo una breve pausa.

—A propósito. Dale, gracias otra vez por la información.

—Encantado de poder ayudarte.

Dale sonreía. Le encantaba poder ayudar a Carol en su carrera. La había estado persiguiendo sin doble intención, a su estilo de científico complicado, durante más de un año y medio. Pero había sido incapaz de convencerla de que una relación

permanente sería mutuamente beneficiosa. O, al menos, creía que ése era el problema.

—Creo que el asunto de las ballenas sería una magnífica cobertura —siguió diciendo Carol—. Ya sabes lo que me preocupaba llamar demasiado la atención con un telescopio, y la excusa de la busca de tesoros no encajará si alguien de aquí me reconoce. Pero creo que puedo servirme de la historia de las ballenas como pretexto. ¿Qué te parece?

—Me parece razonable. Incidentalmente, ha habido otro par de irregularidades balleneras, informe recibido esta mañana... parte de una manada varada en Sanibel, y un bote de pesca supuestamente atacado por ellas al norte de Marathon. El propietario era un vietnamita y estaba muy excitado. Naturalmente es prácticamente creíble que esas falsas asesinas ataquen algo relacionado con los humanos. Pero quizá puedas utilizar todo eso de algún modo.

Carol vio que ya se había levantado del sofá y que daba vueltas por su despacho. El doctor Dale Michaels tenía tanta energía que le era del todo imposible estarse quieto o relajado. Le faltaban unos meses para cumplir cuarenta años pero seguía con el mismo empuje y entusiasmo de un adolescente.

—Sólo te pido que no dejes que nadie de las fuerzas navales sepa que llevas el telescopio —prosiguió—. Volvieron esta mañana para pedirme un tercer equipo completo. Les dije que el tercer telescopio lo había prestado y se utilizaba para investigar. Sea lo que sea lo que andan buscando debe de ser muy importante. —Se volvió a mirar fijamente a la cámara—. Y muy secreto. Ese individuo, el teniente Todd, volvió a recordarme esta mañana, en cuanto inicié una pregunta científica normal, que era cosa de la Marina y que no podía decirme nada al respecto.

Carol iba tomando notas en un pequeño bloc de espiral. Dijo nuevamente:

—¿Sabes, Dale? Tan pronto como mencionaste la historia ayer, pensé que podía ser de gran importancia; todo indica que algo fuera de lo corriente y muy secreto, tiene preocupada a la Marina. Yo misma encontré muy divertida la forma en que ayer ese Todd me puso entre la espada y la pared, insistiendo en saber quién me había dado su nombre. Le dije que alguien del Pentágono había insinuado que había cierta actividad de alta prioridad en la Estación Aeronaval de Cayo West, y que él, Todd, estaba asociado a ella. Creo que se lo tragó. Y estoy convencida de que el encargado de las relaciones públicas de la Marina de aquí, no sabe nada de lo que puede estar ocurriendo.

Carol bostezó y rápidamente se cubrió la boca con la mano.

—Bueno, como es demasiado tarde para volver a acostarme, creo que haré un poco de ejercicio y me iré luego en busca del barco, tal como hablamos. Me siento como si buscara una aguja en un pajar, pero puede que tengas razón. En todo caso, empezaré con el mapa que me diste. Si realmente han perdido un misil de crucero por

estos alrededores y están tratando de ocultarlo, sería un gran triunfo para mí. Volveré a llamarte.

Dale se despidió con la mano y colgó. Carol salió del área de comunicaciones y anduvo hacia el otro extremo del hotel. Tenía una habitación frente al océano, en el primer piso. El *Herald* no pagaba esos lujos, pero ella había decidido concederse ese capricho por esta vez. Y mientras se ponía un ceñido bañador reflexionó sobre su conversación con Dale. *Nadie imaginaría, se dijo, que Dale y yo somos amantes. O, por lo menos asociados sexuales. Es todo tan frío. Como si fuéramos compañeros de equipo o algo parecido. Nada de amor ni de cariño.* Se detuvo un instante y luego completó su pensamiento. *¿Lo habré querido yo así?*, se preguntó.

Eran casi las nueve y el lugar empezaba a despertar, cuando Carol salió de su habitación y pasó a los jardines del hotel. El personal acababa de llegar a la playa y montaba las tumbonas y las sombrillas en la arena para los madrugadores. Carol se acercó al encargado (el típico Carlos *el Terrible*, pensó sarcástica, al ver como presumía al frente de su concesión) y le informó de que se iba a nadar mucho rato, para hacer ejercicio. Por dos veces, anteriormente, se había olvidado de advertir a los vigilantes de la playa de que iba a nadar medio kilómetro mar adentro, y ambas veces había sido «salvada», con gran vergüenza por su parte, en medio de una desagradable escena.

A medida que Carol se hundía en el ritmo de su braza libre, empezó a sentirse liberada de su tensión, relajando los nudos nerviosos que la atemorizaban la mayor parte del tiempo. Aunque solía decir a los demás que se ejercitaba regularmente para mantenerse en forma, la verdadera razón de que Carol pasara cuarenta y cinco minutos todas las mañanas corriendo, nadando o andando de prisa, era que necesitaba ese ejercicio para equilibrar su modo de vida vertiginoso. Solamente después del duro ejercicio físico podía sentirse realmente tranquila y en paz con su mundo.

Era normal en Carol dejar que su mente vagara de tema en tema mientras nadaba largas distancias. Esa mañana recordó haber nadado mucho tiempo atrás en las frías aguas del Pacífico cerca de Laguna Beach, en California. Carol contaba ocho años a la sazón y había ido a una fiesta de cumpleaños dada por una amiga, Jéssica se llamaba, a la que había conocido en un campamento durante el verano. Jéssica era una niña rica, su casa había costado más de un millón de dólares y Jéssica tenía más juguetes y muñecas de las que Carol pudiera imaginar.

*¡Hmm!*, pensaba Carol al recordar la fiesta de Jéssica y los payasos y los poneyes. *Eso fue cuando yo creía aún en los cuentos de hadas. Eso fue antes de la separación y el divorcio.*

El timbre de su reloj rompió su divagación, y Carol dio la vuelta y regresó hacia la playa. Al hacerlo, vio algo raro por el rabillo del ojo. A no más de veinte metros de ella una gran ballena salió del agua, provocándole escalofríos en la espalda y una

descarga de adrenalina en el sistema nervioso. La ballena desapareció en el mar pese al hecho de que Carol esperó allí un par de minutos y recorrió el horizonte con la mirada, no volvió a verla.

Por fin, reanudó su regreso a la playa. El ritmo de su corazón había vuelto a la normalidad tras el curioso encuentro y ahora pensaba en la fascinación que las ballenas habían tenido toda su vida para ella. Recordó una ballena de juguete que había conseguido en el Sea World de San Diego, cuando tenía siete años. ¿Cómo la llamaba? Shammy. Shamu. Algo por el estilo. Y recordó también otra experiencia anterior que no había recordado en veinticinco años.

Carol tenía cinco o seis años y estaba lista para acostarse como se le había ordenado cuando su padre entró en la alcoba con un libro ilustrado en la mano. Se sentaron ambos sobre la cama y se apoyaron en el papel de rosas amarillas de la pared mientras su padre le leía. Le encantaba que la rodeara con su brazo y volviera las páginas sobre sus rodillas, se sentía cómoda y protegida. Le leyó una historia sobre una ballena que parecía humana y un hombre llamado capitán Ahab. Los dibujos eran terribles, uno en particular mostraba un bote lanzado al aire por una ballena con un arpón clavado en la espalda. Cuando su padre la arropó aquella noche, pareció entretenerse más en la alcoba, y la llenó de besos tiernos y de abrazos. Le vio lágrimas en los ojos y le preguntó si le pasaba algo. Su padre sólo sacudió la cabeza y le dijo que la quería mucho y que esto a veces le hacía llorar.

Carol estaba tan sumida en este vivido recuerdo que no se fijaba hacia dónde nadaba. Se había desplazado al Oeste con la corriente y apenas podía ver el hotel. Tardó unos minutos en orientarse y tomar la dirección adecuada.

### 3

El teniente Richard Todd esperaba impaciente mientras el ayudante del procesador de datos hacía las últimas correcciones en las hojas magistrales.

—Venga, venga. Se supone que la reunión empieza dentro de cinco minutos y todavía tenemos que hacer un par de modificaciones.

La pobre chica estaba claramente atosigada por el oficial naval, que miraba por encima de su hombro mientras ella trabajaba en el monitor de esquemas. Corrigió un par de faltas de ortografía en una de las hojas y pulsó la tecla de retorno. En la pantalla, frente a ella, apareció un mapa delineado por la computadora, del sur de Florida y de los Cayos. Con un marcador de luz intentaba seguir las instrucciones del teniente Todd e iluminar las áreas específicas que le iba describiendo.

—Ya está bien —dijo por fin el teniente—. Con esto se termina el grupo. Ahora pulse el botón de reproducción y copia. ¿Cuál es la clave inicial? ¿17BROK01? Bien. ¿Está en máximo secreto? Bien. ¿Cuál es la contraseña de hoy?

—«Matisse», teniente —le contestó levantándose para dar la vuelta a la máquina y recoger la copia completa de su trabajo de presentación. Todd tenía una expresión vacía. Sarcásticamente, la muchacha le aclaró—: Era un pintor francés. M-A-T-I-S-S-E, por si no se aclara.

Todd firmó el recibo de la copia de su material y garabateó el nombre de Matisse en una hoja de borrador. Dio las gracias parcamente a la muchacha y abandonó la estancia, dirigiéndose a la salida del edificio y de allí a la calle.

El centro de conferencias para la Estación Aéreo-Naval de los Estados Unidos en Cayo West, estaba al lado. Era un edificio nuevo y de diseño moderno, uno de los pocos edificios de la base que rompía la monotonía arquitectónica que podía describirse como «estuco blanco Segunda Guerra Mundial». El teniente Todd trabajaba en uno de los indefinibles edificios blancos, como jefe de Proyectos Espaciales del lugar. Todd y su grupo eran esencialmente los «parachoques» de proyecto a proyecto cuando se les necesitaba. Todd tenía veintiocho años, graduado por Annápolis en ingeniería aeroespacial, era un aguerrido solterón de la Marina que había crecido en LITTLETON, un suburbio de Denver, Colorado. Todd era ambicioso y tenía prisa. Le parecía que por estar en Cayo West se encontraba marginado y deseaba tener la oportunidad de trasladarse a donde pudiera realmente demostrar su valía, un centro de diseño de armas, por ejemplo, o incluso el Pentágono.

El letrero colocado sobre la puerta del centro de conferencias rezaba «Máximo Secreto-Flecha Rota». El teniente Todd comprobó su reloj, faltaba un minuto para las 09.30, la hora de la reunión. Metió un código alfanumérico en la cerradura de la puerta y entró por la parte de atrás, en una sala de conferencias de tamaño medio con tres grandes pantallas al frente. Su grupo de cinco oficiales jóvenes y un par de

miembros del Estado Mayor ya había llegado. Estaban de pie junto a una mesa con café y donuts, a la izquierda. El comandante Vernon Winters se sentaba solo en el centro de una larga mesa que cruzaba la habitación y virtualmente la partía en dos. Estaba frente a las pantallas, de espaldas a la puerta de entrada.

—Ya está bien —dijo Winters después de haber mirado primero a su alrededor y luego al marcador digital de tiempo, situado en lo alto y a la izquierda de la pared delantera—. Empecemos. ¿Está usted preparado, teniente Todd?

Los demás oficiales se sentaron alrededor de la mesa. En el último minuto otro oficial superior entró en la sala y se acomodó en una de las butacas de atrás.

Todd anduvo a lo largo de la mesa del centro, subió a un podio que tenía un teclado incrustado debajo de un pequeño monitor y miró al comandante Winters contestándole:

—Sí, señor.

Activó el sistema computerizado del podio e indicó que quería acceso a la base de datos secretos. Entonces introdujo un complicado dato cifrado que era la primera parte del sistema de contraseñas. El monitor interactivo del podio exigió la contraseña del día. El primer intento de Todd fue infructuoso porque no recordaba bien la ortografía correcta. Empezó a buscar por sus bolsillos el pedazo de papel.

El otro tablero de la sala estaba en el centro de la larga mesa donde se sentaba Winters. Mientras el teniente Todd rebuscaba por el podio, el comandante sonrió, metió la contraseña y añadió su propia clave. La pantalla central se iluminó vivamente y mostró la imagen de una mujer estilizada y vestida de amarillo, sentada ante un piano, y la de dos muchachitos jugando a las damas detrás de ella. Un resplandor de color rojo salió del cuadro. Se trataba de una reproducción de una de las pinturas de la última época de Matisse, en Niza, magníficamente proyectada en el frente de la sala. El teniente Todd pareció sobresaltado. Un par de oficiales superiores se rieron.

Winters sonrió amablemente:

—Hay cosas la mar de sorprendentes con el poder resolutivo de una imagen 4k por 4k y una base de datos casi infinita —siguió un silencio turbado y Winters continuó—: Sospecho que es un esfuerzo inútil tratar de ampliar la educación de ustedes, jóvenes oficiales de la base. Adelante, continuó. Ya le he conectado con la base de datos de Máximo Secreto y cualquier nuevo inserto anularía la imagen.

Todd se tranquilizó. *Este hombre, Winters, es un tío raro*, pensó. El almirante, que era el oficial al mando de la base de Cayo West, había nombrado anoche al comandante para que dirigiera la importante investigación del misil *Panther*. Winters tenía un historial impresionante en misiles y en sistemas de ingeniería, pero ¿a quién se le ocurriría iniciar una reunión tan crítica proyectando un cuadro en la pantalla? Todd introdujo ahora 17BROK01 y, después de contar a los asistentes, el número

nueve. En pocos segundos, una máquina en el rincón de la esquina más lejana de la sala, había hecho copias de representación compulsadas y grapadas para uso de los participantes. Todd presentó su primera imagen (titulada «Introducción y Fondo»), en el centro de la pantalla mediante la pulsación de otra tecla.

—Ayer por la mañana —empezó—, se llevó a cabo una demostración de prueba del nuevo misil *Panther*, sobre el Atlántico Norte. El misil fue disparado a las 07.00 desde el avión a 2.400 metros de altitud frente a las costas de Labrador. Fue dirigido a un blanco cercano a las Bahamas, uno de nuestros viejos portaaviones. Después de volar en una trayectoria balística normal, hacia la región donde estaba ubicado el barco, *Panther* activaría, se suponía, su guía terminal que utiliza el Sistema de Reconocimiento de Esquema Avanzado, o sea el SREA. El misil entonces, habría encontrado el portaaviones y sirviéndose de los cohetes de control de reacción, como autoridad de control primaria, haría cualquier corrección necesaria para impactar al viejo buque en su cubierta principal.

Todd pulsó otra tecla en el podio y apareció un mapa delineado de la costa este de América, incluyendo el área de Labrador hasta cruzar Cuba, en la pantalla de la izquierda.

—El misil estaba en su última versión de prueba —siguió diciendo—, con la exacta configuración del vehículo de vuelo en producción, excepto por la prueba de la instalación de mando y su cabeza armada. Éste iba a ser el vuelo de prueba más largo jamás intentado, preparado para demostrar por completo la nueva versión 4.2 de la software recientemente instalada en SREA. Así que, naturalmente, el misil no estaba armado.

El teniente cogió un lápiz linterna de encima del podio y marcó en el pequeño monitor frente a él. Sus marcas fueron inmediatamente a la gran pantalla, detrás de él, a fin de que todos pudieran seguir fácilmente su disquisición.

—En la pantalla todos pueden ver la trayectoria prevista y el camino auténtico seguido ayer por el pájaro. Aquí, aproximadamente a unos dieciséis kilómetros al este de Cabo Cañaveral, en lo que parecía ser un vuelo nominal, el secuenciador se volvió hacia las máscaras. Después de unas doscientas imágenes de calibración o ajuste, una especie de autoprueba para el SREA, los algoritmos de guía terminal, fueron activados como estaba previsto. Según lo que podemos deducir de la telemetría del tiempo real, no había ocurrido nada extraño hasta ese momento.

La pantalla de la derecha mostraba ahora un mapa detallado del sur de Florida y de los Cayos, incluyendo también el blanco de las Bahamas. Los mapas de las dos pantallas, a ambos lados, permanecieron a la vista durante el resto de su presentación pero el teniente Todd cambiaba constantemente la lista de palabras del centro para mantener así el ritmo de la peroración.

—La ubicación del blanco, *a priori*, que era donde las cámaras debían haber

buscado el portaaviones, era aquí en Eleuthera, en las Bahamas. El algoritmo de seguimiento debía haber recorrido un círculo desde allí y, si hubiera funcionado correctamente, encontrado el blanco en unos quince segundos. Ésta (Todd señaló una línea de puntos, en el mapa más detallado) *debió haber sido* la trayectoria de impacto.

»Sin embargo —continuó Todd, dramáticamente—, basándonos en los datos telemétricos que hemos analizado hasta ahora, parece ser que el misil viró súbitamente hacia la izquierda, hacia la costa de Florida, poco después de haber sido activado el sistema de guía terminal. Solamente hemos podido reconstruir su recorrido hasta este punto, a unos cinco kilómetros al oeste de Miami Beach y a una altitud de 3.000 metros. A partir de ese momento, la telemetría se vuelve intermitente y errática. Pero sabemos que todos los motores de guía terminal funcionaban en el momento en que le hemos perdido. Proyectando el control total de autoridad del misil, el área iluminada aquí, que cubre las Everglades y los Cayos, y llega incluso al sur de Cuba, representa el punto donde pudo aterrizar el pájaro.

El teniente Todd hizo una breve pausa y el comandante Winters, que había estado tomando nota de lo más sobresaliente en un pequeño cuaderno, durante la presentación, intervino inmediatamente y empezó a hacerse cargo de la reunión.

—Un par de preguntas, teniente, antes de continuar —empezó Winters con un inconfundible tono de autoridad—. Primero, ¿por qué no se destruyó el misil tan pronto se le vio cambiar de rumbo?

—No estamos del todo seguros, comandante. La prueba de mando y de pequeña munición habían sido instaladas, por supuesto, específicamente para este propósito. El cambio de moción del vehículo fue tan inesperado que en un principio, reaccionamos muy despacio. Para cuando enviamos la orden puede ser que estuviéramos fuera de su alcance. Lo único que podemos decir es que no vimos explosión de ningún tipo. Solamente podemos asumir...

—Volveremos más tarde a este error operacional... —volvió a interrumpirle Winters. Todd palideció ante la palabra «error» y se agitó tras el podio.

—¿Dónde habría estado el punto de impacto según las constantes de guía activas en el momento de recibir el último informe completo de telemetría? ¿Y cuánto tiempo vamos a tardar en obtener información adicional de los datos intermitentes?

El teniente Todd se dijo para sus adentros que el comandante era agudo. Obviamente, Winters había estado asociado, en otras ocasiones, a investigaciones anómalas. Todd se apresuró a explicar que si las constantes de guía activas no hubieran vuelto a cambiar, el continuo funcionamiento de los motores terminales habría traído el misil a un punto de impacto a unos treinta y dos kilómetros al sur de Cayo West.

—No obstante, la software permitió a las constantes cambiar cada cinco minutos. Y, en efecto, habían cambiado en dos de los últimos cinco datos internos, hasta el



momento. Así que es improbable que hubieran seguido siendo las mismas cuando nuestra telemetría terminó del todo, desgraciadamente, aunque todas las constantes —incluso las futuras ya previstas, que están siendo calculadas por el SREA— están almacenadas en la computadora de a bordo porque debido a limitaciones de anchura de cinta sólo transmitimos las constantes activas con la telemetría de tiempo real. Ahora vamos a repasar los datos sueltos manualmente, para ver si podemos encontrar algo más sobre las constantes. Uno de los otros oficiales del equipo formuló una pregunta sobre la probabilidad de que el misil hubiera llegado a Cuba. El teniente Todd contestó «muy remota» y acto seguido activó una superposición que colocó una trayectoria, hecha de puntos y destellos, sobre el mapa presentado en la pantalla de la derecha. Los destellos marcaron un camino que empezaba en Coral Gables, al sur de la ciudad de Miami, y continuaba a través de una porción del sur de Florida, hacia el golfo de México, por encima de los Cayos, y finalmente otra vez al océano.

—Nos proponemos concentrar nuestra búsqueda a lo largo de este trazado. A menos que el pájaro cambiara súbitamente de idea, su trayectoria general hubiera coincidido con un blanco situado en cualquier punto a lo largo de este camino. Y como no tenemos noticia de ningún impacto en tierra cerca de áreas pobladas, suponemos que el misil cayó o bien en las Everglades o bien en el océano.

El teniente Todd había consultado brevemente con Winters la noche anterior sobre el programa de la reunión. Se había previsto que solamente durara una hora, pero el número de preguntas la alargó a una hora y media. Todd se mostró minucioso y preciso en su presentación pero estaba claramente desanimado por la continuada insistencia de Winters sobre la posibilidad de un error humano. El teniente admitió sinceramente que se les había pasado el procedimiento de destruir el misil cuando se desvió, pero defendió a sus hombres citando las circunstancias anormales y el anterior y casi perfecto record de actuación del misil *Panther*. También explicó que iban a equipar sus mejores barcos de reconocimiento con los mejores instrumentos posibles (incluyendo el nuevo telescopio oceánico diseñado por el Instituto Oceanográfico de Miami) y a empezar mañana mismo una intensa búsqueda por las áreas señaladas.

Winters hizo muchas más preguntas sobre la posible causa del extraño comportamiento del misil. Todd le contestó que él y su equipo estaban convencidos de que era un problema de software, que algún algoritmo nuevo o recién añadido en la versión 4.2 de la software había desbaratado ópticos del blanco, almacenados. Winters aceptó eventualmente aquella opinión, pero sin embargo ordenó que le prepararan una lista de análisis de modos de fallo que indicara cada posible error de software, hardware u operacional (Todd hizo una mueca cuando oyó nuevamente a Winters mencionar operaciones) que pudieran conducir al tipo de problema observado.

Al término de la reunión, Winters reiteró la necesidad de guardar absoluto secreto sobre las actividades y señaló que el proyecto «Flecha Rota» debía seguir siendo completamente desconocido para la Prensa.

—Comandante —interrumpió Todd mientras Winters insistía en las relaciones con la Prensa. El teniente había empezado su disertación con cierta confianza pero cada vez se sentía más inseguro—, señor, ayer por la tarde recibí una llamada de una reportera, una tal Carolyn o Kathy Dawson creo, del *Miami Herald*. Me dijo que había tenido noticia de cierta actividad especial por aquí, y que se suponía que yo estaba relacionada con ella. Pretendió que su fuente de información era alguien del Pentágono.

Winters sacudió la cabeza.

—¡Mierda!, teniente, ¿por qué no lo mencionó antes? ¿Se imagina lo que puede ocurrir si se extiende el rumor de que uno de nuestros misiles pasó por encima de Miami? —hizo una pausa—. ¿Y usted qué le dijo?

—No le dije nada. Pero creo que sigue sospechando, llamó al despacho de relaciones públicas después de haber hablado conmigo.

Winters ordenó que la existencia de la investigación «Flecha Rota» se mantuviera clasificada y que todas las preguntas relacionadas con ella se pasaran a él. Luego, estableció la próxima reunión para el día siguiente a las 15.00, viernes, y para entonces (dijo a Todd) el comandante esperaba ver el resultado de los análisis de la telemetría intermitente, un estudio lógico más completo de los modos de fallos, y una lista de los datos más recientes de la software 4.2.

El teniente Todd abandonó la reunión convencido de que este destino iba a tener un impacto significativo en su carrera. Estaba claro, para el teniente, que su competencia profesional estaba siendo cuestionada por el comandante Winters. Pero se proponía hacer frente al feto de forma positiva. Primero, reunió a todo su equipo de jóvenes oficiales para efectuar un pequeño análisis de lo tratado. Les anunció (todos eran jóvenes recién salidos de la Universidad tras completar un programa ROTC de la Marina) que su trasero colectivo estaba en peligro. Luego definió una serie de acciones que les mantendrían a todos trabajando gran parte de la noche. Era absolutamente necesario que Todd estuviera debidamente preparado para la próxima reunión.

Cayo West estaba orgulloso de su nuevo puerto. Finalizado en 1992 justo después de la explosión de cruceros que había traído a la vieja ciudad una gran afluencia de nuevos visitantes, el puerto era completamente moderno. Repartidas por los muelles, sobre estas torres, había cámaras automáticas que vigilaban el puerto. Estas cámaras y el resto de los sistemas de vigilancia electrónicos eran sólo una faceta de un complicado montaje de seguridad que protegía los atraques cuando los propietarios de los barcos estaban ausentes. Otra de las nuevas características del Puerto Hemingway (naturalmente, se llamaba así en recuerdo del más famoso residente de Cayo West) era el centro de control de navegación centralizado. Aquí, utilizando un sistema de control de tráfico virtualmente automático, un solo controlador podía transmitir instrucciones a todos los barcos situados en el puerto y proporcionar una dirección eficiente del reciente tráfico marino.

El puerto estaba construido en Cayo West Bight, en lo que había sido parte del antiguo paseo marítimo. Tenía embarcaderos para casi doscientos barcos y cuando se terminó cambió por completo la naturaleza del comercio de la ciudad. Jóvenes profesionales que querían estar cerca de sus barcos se apresuraron a comprar y renovar todas las maravillosas viviendas del siglo XIX que bordeaban las calles Caroline y Eaton en lo que se conocía como el Pelican Path. Tiendas elegantes, buenos restaurantes e incluso pequeños teatros se habían instalado en el área cercana al puerto, creando así un ambiente bullicioso y excitante. Incluso había un nuevo hotel japonés, el «Miyako Gardens», que era famoso por su magnífica colección de pájaros tropicales que retozaban entre cascadas y helechos, en el atrio.

Antes de mediodía, Carol Dawson entró en las oficinas del puerto y se acercó al mostrador circular ubicado en el centro de la gran estancia. Llevaba una blusa de seda crujiente de color malva y unos pantalones de algodón blanco que cubrían el empeine de sus playeras blancas. Dos finos brazaletes de rubíes y oro envolvían su muñeca derecha y una enorme amatista montada en oro dentro de una cestita, colgaba del extremo de una cadena y terminaba en el mismo vértice de la V de su blusa abierta. Su aspecto era magnífico, como el de la rica turista a punto de alquilar un barco para la tarde.

La joven situada detrás del mostrador tendría poco más de veinte años. Era rubia, bastante atractiva, del estilo limpio americano tipificado por Cheryl Tiegs. Observó a Carol con un atisbo de celos competitivos cuando la periodista, cruzando las estancias, se le acercó decidida.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó con simulada animación al llegar Carol junto al mostrador.

—Me gustaría contratar un barco para el resto del día —empezó Carol—. Quiero

salir para nadar un poco, bucear otro poco y tal vez visitar algunos de los pecios interesantes que haya por aquí cerca.

Se había propuesto no decir nada de las ballenas hasta haber elegido el barco.

—Bien, pues ha venido al lugar adecuado —respondió la jovencita. Se volvió a la computadora que tenía a la izquierda y se dispuso a manipular el tablero—. Me llamo Julianne y una de mis obligaciones es ayudar a los turistas a encontrar barcos apropiados para sus necesidades de recreo...

Carol se fijó en que parecía que Julianne se hubiera aprendido el discursito de memoria.

—¿Tiene idea de lo que desea gastar? Aunque la mayoría de los barcos que tenemos en Puerto Hemingway son yates particulares, disponemos de todo tipo de barcos para alquilar y la mayoría de ellos se adaptarán a sus necesidades. Si están aún disponibles, por supuesto.

Carol sacudió la cabeza y a los pocos minutos recibió una lista computada que incluía nueve barcos.

—He aquí los disponibles —añadió la joven—. Como le he dicho, hay todo tipo de precios.

Los ojos de Carol recorrieron la lista. El mayor y más caro era el *Ambrosia*, de dieciséis metros de eslora a ochocientos dólares por día, o quinientos por medio día. La lista incluía un par de nombres de precio intermedio así como dos pequeños, de ocho metros, que se alquilaban por la mitad del precio del *Ambrosia*.

—Me gustaría hablar primero con el capitán del *Ambrosia* —dijo Carol después de un ligero titubeo—. ¿Hacia dónde tengo que ir?

—¿Conoce usted al capitán Homer? —replicó Julianne con una extraña sonrisa aflorando en un extremo de su boca—. Homer Ashford —murmuró despacio como si el nombre debiera ser reconocido. La mente de Carol inició una rutina memorística. El nombre le resultaba familiar. ¿Dónde lo había oído, hacía mucho tiempo, en un programa de...?

Carol no había conseguido recordar aún cuando la joven continuó:

—La avisaré de su visita. —Debajo del mostrador a la derecha había un enorme tablero de interruptores, centenares de ellos, aparentemente conectados a un sistema de comunicación. Julianne tocó uno de los interruptores y se volvió a Carol, diciendo —: No tardaré ni un minuto.

—¿Qué hay, Julianne? —preguntó una voz estentórea a los veinte segundos. La voz era extranjera, alemana a juzgar por la forma de pronunciar y también sonaba impaciente.

—Greta, aquí hay una mujer, una Miss Carol Dawson de Miami, que quiere ir a hablar con el capitán Homer sobre el alquiler del yate para esta tarde.

Pasado un momento de silencio, se oyó nuevamente a Greta:

—Ya. *Okay!* Mándala.

Julianne indicó a Carol que se adelantara junto al mostrador circular donde un teclado familiar aparecía incrustado en un hueco. Carol había pasado por este proceso infinidad de veces desde que el SIU (Sistema de Identificación Universal) fue introducido por vez primera en 1991. Sirviéndose del teclado marcó el nombre y el número de su seguridad social y se preguntó qué dato se le pediría ahora. ¿Lugar de nacimiento? ¿Nombre de soltera de su madre? ¿Fecha de nacimiento de su padre? Era siempre una pregunta al azar, seleccionada de entre los veinte datos personales inmutables que pertenecían a cada individuo. Ahora hacerse pasar por otro requería un gran esfuerzo.

—Miss Carol Dawson, 1418 Oakwood Gardens, Apt. 17, Miami Beach. —Carol asintió con la cabeza. La rubia Julianne disfrutaba obviamente con su papel de «comprobadora» de futuros y posibles clientes—. ¿Fecha de su nacimiento, por favor? —oyó preguntar Carol.

—Veintisiete de diciembre de 1963 —respondió.

La expresión de Julianne dio a entender que Carol había contestado correctamente, pero pudo ver algo más en su rostro, algo de tipo competitivo con un poco de superioridad, casi un «¡Ah, ja, ja! Soy mucho más joven que tú y ahora lo sé». Generalmente, Carol no solía fijarse en tales trivialidades, pero por alguna extraña razón, esta mañana se sintió incómoda con sus treinta años. Se disponía a indicar su fastidio a la confiada y pequeña Julianne, pero recapacitó y guardó silencio.

Julianne le dio las instrucciones:

—Salga por allí, la última puerta de la derecha, y vaya recto hasta llegar al embarcadero número 4. Entonces gire a la izquierda e introduzca esta tarjeta en la cerradura de la puerta. El atraque P, como Pedro, es donde está amarrado el *Ambrosia*. Hay un buen trecho hasta el final del muelle, pero no puede pasar por alto el *Ambrosia*, es uno de los yates más grandes y más bonitos del Hemingway.

Julianne tenía razón. Había un buen trecho hasta el final del muelle número 4. Carol Dawson pasó probablemente ante un total de treinta barcos de todo tamaño, a ambos lados del muelle, antes de llegar al *Ambrosia*. Cuando pudo distinguir las grandes letras azules de identificación en la parte delantera de la cabina, estaba ya empezando a sudar por el calor y la humedad del final de la mañana.

El capitán Homer Ashford se acercó a la pasarela cuando finalmente llegó al *Ambrosia*. Contaría unos cincuenta y bastantes años, era un hombre enorme, de más de metro ochenta de alto y con un peso de unos ciento veinte kilos. Su cabello seguía siendo abundante pero el color negro original se había vuelto gris.

Los ojos salvajes del capitán Homer habían seguido la aproximación de Carol con mal disimulada y feliz lujuria. Ella reconoció la mirada y su reacción fue de disgusto

inmediato. Empezó a retroceder para volver a las oficinas del puerto, pero se detuvo dándose cuenta del largo trayecto de vuelta y de que estaba cansada y sofocada. El capitán Homer, percibiendo su descontento por el cambio de paso, cambió su anterior expresión por una sonrisa paternal.

—Miss Dawson, supongo —dijo inclinándose con falsa cortesía—. Bienvenida al *Ambrosia*. El capitán Homer Ashford y su tripulación a su servicio.

Carol sonrió de mala gana. Este bufón con su camisa hawaiana de un azul escandaloso no parecía, por lo menos, tomarse demasiado en serio. Todavía algo recelosa, aceptó la «Coca-Cola» que le tendía y le siguió a lo largo del pequeño embarcadero hasta dentro del barco. Entraron ambos, el barco era enorme.

—Por Julianne hemos entendido que está interesada en alquilar el barco para esta tarde. Nos encantaría llevarla a uno de nuestros puntos preferidos, Cayo Dolphin.

Estaban hablando frente a la caseta del timón, en el área cubierta de la cabina. El capitán Homer estaba ya en su ambiente glorioso de vendedor. De algún lugar cercano, Carol oyó un ruido de metal que sonaba como un entrechocar de pesas.

—Cayo Dolphin es una isla aislada, maravillosa —prosiguió el capitán Homer—. Perfecta para nadar e incluso para tomar el sol desnuda si eso le interesa. También hay un navío hundido desde el siglo XVIII, a poco más de tres kilómetros de distancia, si le interesa también bucear...

Carol bebió otro sorbo de su «Coca-Cola» y miró fugazmente a Homer. Rápidamente apartó la vista, había vuelto la lujuria, su peculiar énfasis en la palabra «desnuda» había cambiado la imagen mental que Carol se estaba haciendo de Cayo Dolphin, que pasó de un paraíso tropical a un lugar de mirones y libertinaje. Carol se apartó del leve contacto del capitán Homer cuando la guiaba por el yate. *Este hombre es repulsivo, pensó, debí haber obedecido a mi instinto y dar media vuelta.*

El choque de metal se hizo más fuerte al pasar la entrada de la cabina y acercarse a la parte delantera del lujoso yate. La curiosidad periodística de Carol se había despertado: aquel sonido parecía fuera de lugar. Apenas se fijó en el capitán Homer señalándole lo más sobresaliente del barco. Cuando al fin tuvieron una visión clara de la cubierta de proa del *Ambrosia*, Carol vio que en efecto el ruido había sido de pesas. Una mujer rubia, de espaldas a ellos, se ejercitaba con pesas en la cubierta de proa.

El cuerpo de la mujer era magnífico, casi sobrecogedor. Al esforzarse para terminar su ejercicio, alzó las pesas muy por encima de su cabeza y unos riachuelos de sudor cayeron por sus músculos que parecían bajar en oleadas desde los hombros. Vestía un leotardo negro muy escotado, casi sin espalda, cuyos finos tirantes parecían incapaces de sostener el resto del tejido. El capitán Homer había dejado de hablar del yate y Carol observó que estaba enajenado de admiración, aparentemente deslumbrado por la sensual belleza de la mujer del leotardo. *Este lugar es siniestro, pensó Carol, quizás es por esto por lo que la joven me preguntó si conocía a esta*

gente.

La mujer dejó las pesas sobre un banco y recogió la toalla. Al darse la vuelta, Carol vio que tendría una treintena de años y que era bonita desde un punto de vista atlético. Sus pechos eran grandes y duros, y claramente visibles bajo el escaso leotardo. Pero lo realmente sorprendente eran sus ojos. Eran de un color gris-azulado y parecían atravesar con la mirada. Carol pensó que la primera mirada intensa de la mujer era hostil, casi amenazadora.

—Greta —dijo el capitán Homer cuando ella le miró tras su primera ojeada a Carol—, te presento a Miss Carol Dawson, puede ser nuestra pasajera esta tarde.

Greta ni sonrió ni dijo nada. Se secó el sudor de la frente, respiró profundamente un par de veces, y se colocó la toalla alrededor del cuello y encima de los hombros. Se preparó para enfrentarse a Carol y al capitán Homer, echó los hombros hacia atrás y tensó los músculos del pecho. Con cada flexión sus pechos parecían subírsele al cuello. Durante esta rutina sus ojos evaluaron a Carol, repasando su cuerpo y ropa minuciosamente. Carol se estremeció sin querer.

—Bien, hola, Greta —dijo perdiendo su natural aplomo en aquel extraño momento—, encantada de conocerla. —¡Jesús!, pensó Carol, al quedarse Greta mirando su mano tendida durante unos segundos, *sácame de aquí. Debo de estar en un planeta desconocido o sufriendo una pesadilla.*

—A Greta le gusta a veces bromear con nuestros clientes —le explicó Homer—, pero no se deje avasallar.

¿Estaría irritado con Greta? Carol creyó detectar una silenciosa comunicación entre ella y el capitán porque, finalmente, Greta sonrió. Pero era una sonrisa artificial.

Bienvenida al *Ambrosia* —le dijo imitando al capitán en sus primeras palabras—. Nuestro placer la espera. —Greta levantó los brazos sobre su cabeza sin dejar de observar a Carol y se desperezó—. Venga con nosotros al paraíso —concluyó.

Carol sintió la pesada mano del capitán Homer en su codo, haciéndole dar la vuelta. También creyó ver una mirada furiosa de Greta hacia él.

—El *Ambrosia* es el barco de alquiler más hermoso de Cayo West —dijo Homer guiándola hacia popa y continuando con su propaganda—. Tiene todas las comodidades posibles y es lujoso. Tiene pantalla gigante de televisión por cable, tocadiscos compacto con altavoces cuádruples, cocinero automático programado con más de cien platos de gourmet, y masaje por robot. Y nadie conoce los Cayos mejor que el capitán Homer, he buceado y pescado en estas aguas durante más de cincuenta años.

Se habían detenido en el aérea de entrada a la cabina, en la mitad del yate. A través de la puerta de cristales, Carol podía ver una escalera bajando a otro piso.

—¿Le gustaría bajar a ver la cocina y los dormitorios? —dijo Homer sin la menor traza de conquista que antes mostraba. Era un inteligente camaleón, no cabía la

menor duda. Carol reconsideró su anterior calificación de bufón. *¿Pero qué era ese entendimiento con la musculosa Greta, fuera quien fuera ella?*, se dijo Carol. *¿Y qué es lo que está pasando aquí? ¿Por qué son tan extraños?*

—No, gracias, capitán Ashford. —Carol vio la oportunidad de irse con gracia. Le tendió lo que le quedaba de la «Coca-Cola» sin terminar—. Ya he visto bastante. Es un yate magnífico pero me doy cuenta de que es excesivamente caro para una mujer sola que desea pasar una tarde relajada. De todos modos, muchas gracias por su tiempo y por la visita.

Y empezó a andar hacia la pasarela para bajar al muelle. El capitán Homer entrecerró los ojos:

—Ni siquiera hemos discutido el precio, Miss Dawson. Estoy seguro de que para alguien como usted podríamos llegar a un acuerdo especial...

... Carol sintió que no iba a dejar que se marchara sin más discusión. Al empezar a salir del barco, Greta se acercó al capitán Homer, diciendo con una sonrisa peculiar:

—Encontraría algo para escribir para su periódico, algo fuera de lo corriente.

Carol se volvió, sobresaltada:

—¿Así que me ha reconocido? —exclamó repitiendo lo obvio. La extraña pareja le sonrió—. ¿Por qué no ha dicho nada?

El capitán Homer se limitó a encogerse de hombros:

—Pensamos que a lo mejor viajaba de incógnito, o buscaba un pasatiempo especial, o quizá trabajaba ya en alguna historia... —su voz se apagó.

Carol sonrió y movió la cabeza. Se despidió con la mano, anduvo por la pasarela y enfocó el muelle en dirección a la lejana oficina del puerto. *¿Quiénes son esas personas?*, volvió a preguntarse. *Ahora estoy segura de haberles visto antes. Pero ¿dónde?*

Por dos veces Carol miró por encima del hombro para ver si el capitán Homer o Greta seguían observándola. La segunda vez, cuando estaba casi a cien metros de distancia ya no les vio y suspiró aliviada. La pasada experiencia la había dejado acobardada.

Carol siguió andando despacio y sacó de un pequeño bolso morado la lista computada que Julianne le había dado. Antes de poder mirarla sonó un teléfono a su izquierda y sus ojos se alzaron para seguir el sonido. El teléfono sonaba en un barco anclado justamente delante de ella. Un hombre fornido, de unos treinta años, estaba sentado en una silla plegable, sobre la cubierta del barco. Con un gorro de béisbol colorado en la cabeza y un bañador, gafas oscuras y chancletas, el hombre miraba fijamente una pequeña televisión colocada en una frágil bandeja o cosa parecida. Sostenía un sándwich en una mano (Carol desde una distancia de nueve metros, veía como se le escapaba la mahonesa de entre las rebanadas de pan) y una lata de cerveza



en la otra. No parecía que el hombre del gorro colorado oyera siquiera el teléfono.

Carol se acercó, un poco intrigada. Por la televisión retransmitían un partido de baloncesto. A la sexta llamada del teléfono, el hombre lanzó un grito de alegría (con la boca llena de sándwich), en dirección a la pantalla, bebió un trago de cerveza y bruscamente dio un salto para contestar la llamada. El teléfono estaba debajo de una marquesina en el centro de la nave, sobre una pared de paneles de madera, detrás del volante del timón y junto a unos armarios que parecían contener el equipo de radio y navegación del barco. Durante la breve conversación el hombre jugueteó distraído con el volante y no apartó ni un momento los ojos de la televisión. Colgó, lanzó otro grito de satisfacción y regresó a su silla plegable.

Carol se encontraba ahora en el muelle, a unos centímetros de la proa del barco y a pocos metros de distancia del hombre sentado, pero él no la veía, totalmente absorto en su partido. ¡Bien! gritó de pronto, reaccionando a alguna jugada satisfactoria. Saltó hacia arriba. El súbito movimiento hizo moverse el barco y la improvisada bandeja se vino abajo. El hombre tendió rápidamente la mano y agarró el aparato de televisión antes de que llegara al suelo, pero al hacerlo perdió el equilibrio y cayó hacia delante sobre los codos.

—¡Mierda! —exclamó con un gesto de dolor. Estaba caído en cubierta con las gafas de sol torcidas, y siguiendo el partido en el pequeño aparato que tenía entre las manos. Carol no pudo reprimir la risa. Ahora, dándose cuenta por primera vez de que no estaba solo, Nick Williams, propietario y operador del *Florida Queen*, se volvió hacia la carcajada femenina.

—Perdóneme —empezó Carol amistosamente—. Estaba precisamente pasando y le he visto caer... —calló.

Nick estaba furioso.

—¿Qué quiere? —preguntó truculento. Se levantó, sin soltar (y sin dejar de mirar) la televisión, intentando a la vez volver a montar la bandeja. Le faltaban manos para hacerlo todo a la vez.

—¿Sabe? —dijo Carol sin dejar de sonreír—. Podría ayudarle si con esto no lastimara su orgullo masculino. —¡Oh, no!, pensó Nick. *Otra tía mandona y segura de sí.*

Nick dejó la televisión en la cubierta y empezó a reajustar la bandeja, diciendo:

—No, gracias. Puedo arreglármelas solo. —Ignorando abiertamente a Carol, colocó la televisión en la bandeja, volvió a su silla plegable y recogió el sándwich y la cerveza.

A Carol le hizo gracia lo que Nick consideraba un chasco. Miró el barco, el orden no era una de las virtudes del propietario. Una serie de cosas desaparejadas, gafas de inmersión, tubos, reguladores, toallas e incluso viejas comidas de restaurantes rápidos estaban esparcidas por toda la proa del barco. En un rincón, alguien había

desmontado una pieza de equipo electrónico, quizá para repararla, y lo dejó todo tirado en desorden. Sobre la parte alta de la marquesina había dos letreros, cada uno en un tipo distinto de letra; en uno se leía el nombre del barco y el otro decía «Gracias por no fumar».

El barco parecía desentonar en el elegante puerto y Carol se imaginó a los otros propietarios de barcos reaccionando con cierto asco al pasar ante el *Florida Queen*. Siguiendo un impulso, miró la lista que aún tenía en la mano. Casi se echó a reír cuando vio que el barco era uno de los nueve disponibles para alquilar.

—Perdóneme —empezó, dispuesta a iniciar la discusión sobre el alquiler del barco para la tarde.

Nick exhaló un suspiro exagerado y apartó la vista de su partido de baloncesto. La expresión de su rostro era inconfundible: ¡Lárgate de una vez y déjame en paz disfrutando de mi tarde en el barco!

Pero la traviesa Carol no podía resistir la oportunidad de molestar al arrogante Mr. Williams (supuesto que el nombre que había en la lista y el del hombre que tenía delante eran el mismo, porque no podía imaginar a un miembro de la tripulación actuando con tanta independencia y autoridad en el barco de otro).

—¿Quién juega? —preguntó alegremente, como si no se diera cuenta de que Nick quería deshacerse de ella.

—Harvard y Tennessee —contestó de mala gana, asombrado de que Carol no hubiera captado el mensaje.

—¿Cómo están? —insistió ella disfrutando ahora del juego que había creado.

Nick se volvió otra vez, dando a entender con su mirada su gran exasperación.

—31-29 a favor de Harvard, antes de finalizar la primera parte.

Carol no se movió, simplemente sonrió y le devolvió la mirada sin pestañear.

—Y es la primera vuelta del torneo de la NCAA y están jugando en el Regional Southeast. ¿Alguna pregunta más?

—Sólo una. Me gustaría alquilar este barco para la tarde. ¿Es usted Nick Williams?

Le desarmó.

—¿Quéee? —logró decir Nick. En aquel momento Tennessee empató y eso fastidió nuevamente a Nick. Contempló el juego unos segundos más y trató de recobrarlo—. Pero no he recibido ninguna llamada de Julianne. Todo el que quiere alquilar un barco aquí, en Hemingway, debe firmar en la oficina... y...

—Vine a ver otro barco primero, pero no me ha gustado. Así que de regreso me he parado aquí.

Nick seguía mirando la televisión y Carol empezó a perder la paciencia. Al principio había sido divertido. *Por lo menos no tendré que temer que me manosee*, pensó. *El tío ni siquiera puede concentrarse lo bastante en mí como para que le*

*alquile su barco.*

—Oiga —le dijo—, ¿quiere alquilarme el barco esta tarde sí o no?

Había terminado la primera parte del juego.

—Bueno... creo que sí —aceptó, pensando para sí, *pero sólo porque necesito el dinero*. Indicó a Carol que bajara a la cubierta—. Deje que llame a Julianne y me asegure de que todo está en orden. Hoy en día nunca se sabe.

Mientras Nick confirmaba la identificación de Carol en las oficinas del puerto, un garboso joven negro de unos veinticinco años bajó por el embarcadero y paró frente al *Florida Queen*.

—¡Eh!, profesor —gritó en cuanto Nick dejó el teléfono—, ¿me equivoco de barco? —indicó a Carol—. No me habías dicho que hoy recibías a la belleza, estilo y clase. ¡Uau! Vaya joyas y vaya blusa de seda. ¿Quieren que me vaya y vuelva más tarde a oír la historia? —guiñó el ojo a Carol—. No vale nada, ángel. Todas sus amigas terminan eventualmente conmigo.

—Deja de hacer el tonto, Jefferson —reaccionó Nick—, esta mujer es una diosa en potencia. Y te has retrasado, como de costumbre. ¿Cómo crees que puedo manejar un barco de buceo si no tengo la menor idea de si o de cuándo aparecerá mi tripulación?

—Profesor —repitió el recién llegado saltando a bordo y acercándose a Carol—, si hubiera sabido que tenía algo parecido a lo que veo aquí a bordo, habría llegado antes de que amaneciera. Hola, joven, me llamo Troy Jefferson. Soy el resto de la tripulación en este manicomio de barco.

Carol se había quedado algo desconcertada por la llegada de Troy y las palabras que siguieron, pero reaccionó rápidamente y recobró su compostura. Tomó la mano tendida de Troy y sonrió. Él se inclinó rápidamente y casi le rozó la mejilla:

—¡Uyyy! —exclamó apartándose riendo—. He olido un poco a «Oscar de la Renta». Profesor, ¿no le he dicho que esta mujer tenía clase? Bien, ángel —miró con burlona admiración a Carol—. No sé cómo decirle lo mucho que significa para mí encontrar finalmente a alguien como usted en esta bañera. Generalmente conseguimos ancianas, quiero decir mujeres *viejas*, que se empeñan...

—Basta, Jefferson —le interrumpió Nick—. Tenemos mucho que hacer. Es casi mediodía y nos queda más de media hora de trabajo para estar listos para zarpar. Ni siquiera sabemos lo que Miss Dawson quiere hacer.

—Llámenme Carol —dijo. Estudió por un momento a los dos hombres. *Será lo mejor*, pensó Carol, *nadie sospechará nada si me voy con estos dos*—. Bueno, he dicho en la oficina que deseaba salir para nadar y bucear, pero sólo es parcialmente cierto. Lo que realmente quiero hacer es ir aquí (sacó un mapa doblado de su bolso de playa y les mostró un área de alrededor de dos kilómetros cuadrados en el golfo de México, al norte de Cayo West) y buscar ballenas.

Nick arrugó la frente y Troy miró el mapa por encima del hombro de Carol.

—Ha habido muchas irregularidades en el comportamiento de las ballenas últimamente en este lugar, incluyendo las que esta mañana estaban varadas en Cayo Deer —continuó ella—. Quiero ver si puedo descubrir algún propósito concreto en sus acciones. Necesitaré bucear, así que alguno de ustedes tendrá que acompañarme. Supongo que por lo menos uno de los dos es un buceador autorizado y que llevan su equipo de buceo a bordo, ¿no?

Ambos hombres la miraron incrédulos. Ella se puso a la defensiva:

En realidad, soy periodista —dijo como explicación—. Trabajo para el *Miami Herald* y esta mañana he hecho un reportaje sobre las ballenas varadas en Cayo Deer.

Troy se volvió a Nick.

—Bien, profesor. Creo que tenemos alguien vivo. Una persona que dice que quiere buscar ballenas en el golfo de México. ¿Qué le parece? ¿Aceptamos su dinero?

Nick se encogió de hombros con indiferencia y Troy lo tomó como una afirmación:

—Está bien, ángel —dijo a Carol—, estaremos listos dentro de media hora. Ambos somos buceadores con licencia, por si nos necesita. Nuestro equipo está a bordo y podemos traer más si lo necesita usted. ¿Por qué no va a pagar a Julianne y recoge sus cosas?

Troy dio la vuelta y se acercó a la mezcla desmontada de algo electrónico. Cogió una de las cajas con su interior parcialmente retirado y empezó a entretenerse con ella. Nick sacó otra cerveza de la nevera y abrió los armarios empotrados, dejando al descubierto las hileras del equipo. Carol no se movió. Pasados unos segundos Nick se dio cuenta de que seguía allí.

—Bien —dijo en tono de despedida—, ¿no ha oído a Troy? No estaremos listos hasta dentro de media hora —dio media vuelta y caminó hacia popa.

Troy levantó la vista de su trabajo de reparación, le divertía la fricción que iba notando entre Nick y Carol.

—¿Es siempre tan agradable? —le preguntó ella señalando a Nick con la cabeza. Seguía sonriendo, pero su tono reflejaba irritación.

—Hay una parte de mi equipo que quiero subir a bordo. ¿Podrá echarme una mano?

Treinta minutos más tarde Troy y Carol regresaron al *Florida Queen*. Troy silbaba *Zippity-Do-Dah*, sonriente, mientras tiraba de un carrito muelle abajo y se paraba frente al barco. Un cofre parcialmente lleno descansaba en el carrito. Troy sentía impaciencia por contemplar la cara de Nick cuando viera «parte del equipo» de Carol. Estaba excitado por los acontecimientos, pues sabía que éste no sería un paseo de tarde corriente. Los reporteros, incluso los famosos (y la inteligencia callejera de

Troy le había informado rápidamente de que Carol no era una reportera cualquiera) no tenían acceso al tipo de equipo que ella llevaba. Troy estaba ya casi seguro de que la historia de las ballenas era una tapadera, pero de momento no iba a decir nada; quería esperar y ver cómo se desarrollaba la cosa.

A Troy le gustaba aquella mujer tan segura de sí misma. En su comportamiento no había ni rastro de prejuicios ni de superioridad, y tenía un buen sentido del humor. Después de abrir el maletero del coche con el equipo, Troy había demostrado a Carol que no era ningún principiante en electrónica. Había reconocido inmediatamente la insignia del IOM sobre el telescopio oceánico de Dale y había incluso adivinado el significado del acrónimo IOM-LPI en la parte de atrás del gran monitor y sistema de almacenamiento de datos. Cuando la miró en busca de explicaciones, Carol se limitó a reír diciendo:

—Necesito ayuda para buscar las ballenas. ¿Qué más puedo decir?

Carol y Troy cargaron todo aquello en el carrito y lo sacaron del aparcamiento. La había preocupado un poco que Troy reconociera inmediatamente el origen del equipo y sus acertadas y amistosas preguntas (que manejó hábilmente con vagas respuestas... le ayudó para ello el hecho de que Troy quería saber sobre todo cómo funcionaba la electrónica y ella, la verdad, no tenía la menor idea). Pero mientras hablaban, Carol se sintió cómoda con Troy. Su intuición le decía que era un aliado y que podía contar con su discreción respecto a cualquier información importante.

Carol, no obstante, no había planeado el control de seguridad del despacho de Puerto Hemingway. Uno de los más importantes accidentes de venta de los atraques en el nuevo puerto había sido el sistema de seguridad sin par, ofrecido a los propietarios de barcos. Cada persona que entraba o salía del puerto tenía que pasar por unas puertas computerizadas adyacentes al edificio de las oficinas. Una lista completa de cada entrada y salida individual, incluyendo la hora de paso por la puerta, se copiaba cada noche y se guardaba en el archivo de seguridad como precaución por si ocurría algo sospechoso o fuera de lo corriente.

El material entrante o saliente del puerto también era mirado rutinariamente (y anotado) por el jefe de seguridad, para evitar robos de valiosos equipos de navegación y demás aparatos electrónicos. Carol se disgustó cuando, después de pagar el alquiler del barco, Julianne le pidió que llenara una hoja describiendo el contenido del cofre cerrado. Pero cuando Carol se enfadó de verdad fue cuando el jefe de seguridad, un típico irlandés de Boston que se había retirado en Cayo West, la obligó a abrir el cofre para comprobar su contenido. Sus protestas y los intentos de Troy por ayudarla no sirvieron de nada. Las reglas eran las reglas.

Como el carrito no pasaba por la puerta del despacho de seguridad adyacente, el cofre fue abierto en la habitación principal, de las oficinas. Una pareja de paseantes curiosos, incluyendo una mujer gigantesca y simpática de unos cuarenta años llamada

Ellen (Troy la conocía de algo, probablemente era otra propietaria de algún barco, pensó Carol) se acercó a mirar mientras el oficial O'Rourke comparaba cuidadosamente el contenido con la lista que Carol había preparado.

Estaba, pues, un poco molesta cuando ella y Troy empujaron el carrito, muelle abajo hacia el *Florida Queen*. Había abrigado la esperanza de no llamar la atención y ahora estaba furiosa por no haber pensado en la revisión de seguridad. Entretanto, Nick, después de una preparación de rutina y de abrir otro bote de cerveza, había vuelto a enfrascarse en su partido de baloncesto. Su adorado Harvard perdía ahora frente al Tennessee y ni siquiera oyó el silbido de Troy hasta que él y Carol estuvieron a pocos metros de distancia.

—¡Jesús! —exclamó volviéndose—. Pensé que os habíais perdido... —su voz se apagó al ver el cofre y el carrito—. ¿Qué puñeta es esto?

—Es el equipo de Miss Dawson, profesor —contestó Troy con una amplia sonrisa. Metió la mano en el cofre sacando primero un cilindro terminado en una lente, un objeto parecido a una gran linterna montado sobre un brazo. Tenía unos 50 centímetros de largo y pesaba cerca de seis kilos—. He aquí, por ejemplo, lo que ella me dice que se llama telescopio oceánico. Lo sujetamos en la quilla del barco mediante este brazo y toma fotografías que proyecta a continuación en este monitor de televisión y que se almacenan en este otro aparato, una grabadora de...

—Espera —interrumpió Nick imperiosamente. Fue a la pasarela y miró incrédulo el interior del cofre, sacudió la cabeza y miró a Troy y a Carol—. ¿Lo he entendido bien? ¿Figura que debemos montar toda esta mierda para salir al golfo una tarde, en busca de ballenas...? —miró a Troy—. ¿Dónde tienes la cabeza, Jefferson? Esto es muy pesado, tardaremos tiempo en montarlo y ya es más de mediodía.

—En cuanto a usted, hermana —continuó volviéndose a Carol—, llévese sus juguetes y su mapa del tesoro a otra parte. Sabemos lo que se propone y tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Ha terminado? —gritó Carol al verle alejarse hacia el *Florida Queen*. Paró en seco y se volvió parcialmente—. ¡Óigame!, imbécil —le increpó Carol, dejándose llevar por la ira y la frustración que había ido creciendo en su interior—, ciertamente está en su derecho negándose a dejarme utilizar su barco; pero a lo que no tiene derecho es a portarse como Dios Todopoderoso y tratarme como si fuera una mierda sólo porque soy una mujer y le encante zarandear a la gente.

Dio unos pasos hacia él. Nick retrocedió en vista de su imparable ofensiva.

—Le he dicho que quiero buscar ballenas y eso es lo que me propongo hacer. Lo que usted piense que voy a hacer no me interesa lo más mínimo. En cuanto a las cosas importantes que *usted* tiene que hacer, no se ha apartado del maldito partido de baloncesto en la última hora, excepto para buscar más cerveza. Si se aparta de mi camino, Troy y yo tendremos esto montado en una hora. Y además —Carol se calmó

un poco porque empezaba a sentirse avergonzada de su estallido—, ya he pagado el barco y usted sabe de sobra lo difícil que es modificar estas cuentas con tarjeta de crédito, en la computadora.

—¡Uyyyy!, profesor —Troy rio maliciosamente y guiñó el ojo a Carol—. ¿No es algo grande, profesor? —Calló y se puso serio—. Mira, Nick, necesitamos el dinero, los dos. Y a mí me gustaría ayudarla, podemos descargar el exceso de equipos de buceo si crees necesario equilibrar el peso.

Nick volvió a la silla plegable y a la televisión, tomó otro sorbo de cerveza y no les miró más.

—Está bien —concedió con desgana—. Empezad a montar. Pero si a la una no estamos listos para zarpar, lo dejaremos correr. —Los jugadores pasaron ante sus ojos. Harvard había vuelto a mandar en el juego. Pero esta vez no miraba, estaba pensando en el estallido de Carol. *A lo mejor tiene razón. Quien sabe si yo pienso que las mujeres son inferiores. O algo peor.*

El comandante Vernon Winters temblaba al colgar el teléfono. Le parecía que acababa de ver un fantasma. Tiró el resto de su manzana a la papelera y buscó uno de sus «Pall Mall» en el bolsillo. Sin pensar se levantó y cruzó la habitación hasta el ventanal que daba al patio cubierto de césped del edificio principal de la administración. Acababa de terminar la hora del almuerzo en la Estación Aéreo-Naval de Estados Unidos. Los grupos de muchachos y muchachas que iban o salían de la cafetería ya habían desaparecido. Un guardia marina joven y solitario estaba sentado en el césped, leyendo, con la espalda apoyada contra un grueso árbol.

El comandante Winters encendió su cigarrillo sin filtro y aspiró profundamente, soltó el humo apresuradamente y dio otra chupada.

—¡Eh!, Indiana —le había dicho la voz dos minutos antes—, soy Randy. ¿Te acuerdas de mí? —Como si pudiera olvidar aquella voz nasal, de barítono. Y de pronto, sin esperar respuesta, la voz se había materializado en una cara en el monitor de vídeo. El almirante Randolph Hilliard estaba sentado detrás de su mesa, en un enorme despacho del Pentágono.

—Bien —continuó—. Ahora podemos vernos las caras.

Hilliard había hecho una pausa, luego se inclinó hala cámara.

—Me alegró enterarme de que Duckett te había puesto al frente del asunto *Panther*. Podría ser muy feo, debemos descubrir lo que ha ocurrido de prisa y sin publicidad. Tanto el ministro como yo contamos contigo.

¿Qué le había contestado al almirante? El comandante Winters no podía acordarse, pero supuso que estuvo bien. Y se acordaba de las últimas palabras, cuando el almirante Hilliard le había dicho que volvería a llamar para encontrarse después de la reunión del viernes por la tarde. Winters no había oído aquella voz desde hacía ocho años pero la reconoció al instante.

Y los recuerdos que despertaba llegaron una milésima de segundo después.

El comandante volvió a dar otra chupada al cigarrillo y se apartó de la ventana. Cruzó despacio la habitación. Sus ojos pasaron sin ver la deliciosa copia del cuadro de Renoir, *Deux jeunes filles au piano*, que era lo más sobresaliente de la pared de su despacho. Era su pintura favorita. Su mujer y su hijo le habían regalado aquella gran reproducción en su cuarenta cumpleaños; varias veces a la semana solía ponerse delante y admirar su composición. Pero dos graciosas jovencitas estudiando sus lecciones de piano, no era lo que convenía aquel día.

Vernon Winters volvió a sentarse ante su mesa y se cubrió la cara con las manos. *Ya está de vuelta otra vez, pensó, ya no lo puedo contener, no, después de ver a Randy y de oír esa voz.* Miró a su alrededor y aplastó el cigarrillo en el gran cenicero de la mesa. Durante unos segundos jugueteó con las dos fotografías enmarcadas,



encima de su mesa (una era la fotografía de un pálido chiquillo de unos doce años, junto a una mujer sin belleza, de unos cuarenta años escasos; la otra era una foto de la producción de Actores de Cayo West, *La gata sobre el tejado de zinc*, fechada en marzo de 1993, en la que Winters aparecía vestido con un traje de verano). Finalmente, el comandante volvió a dejar las fotos en su sitio, se recostó en su butaca, cerró los ojos y se dejó vencer por la espiral de los recuerdos. Un telón se alzó en su mente y se vio transportado a una noche clara y tibia de ocho años atrás, a principios de abril de 1986. Lo primero que oyó fue la excitada voz nasal del teniente Randolph Hilliard.

—¡Pssst! Indiana, despierta. ¿Cómo puedes estar durmiendo? Soy Randy, tenemos que hablar. Estoy tan excitado que me cagaría encima. —Vernon Winters se había dormido sólo hacía media hora. Inconscientemente miró su reloj, casi las dos. Su amigo estaba junto a su litera, con una sonrisa de oreja a oreja—. Sólo tres horas más y atacaremos. Por fin vamos a hacer saltar a ese árabe terrorista y loco para que se reúna con Alá en el cielo. Mierda, compañero, ésta es nuestra hora. Para eso hemos estado trabajando toda la vida.

Winters sacudió la cabeza y empezó a surgir de su profundo sueño. Tardó un buen rato en recordar que se encontraba a bordo del *USS Nimitz*, frente a la costa de Libia. La primera acción de su carrera militar iba a ocurrir.

—Mira, Randy —le dijo Winters (aquella noche, casi ocho años atrás)—. ¿No deberíamos estar durmiendo? ¿Y si los libios nos atacan mañana? Tenemos que estar alerta.

—Nada de eso —dijo su amigo y compañero oficial, ayudándole a incorporarse y entregándole un cigarrillo—. Esos bestias nunca atacan a alguien que pueda luchar. Son terroristas, sólo saben atacar a gente desarmada. El único de ellos que tiene bemoles es ese coronel Gadaffi y está como un cencerro. Después de volarle al cielo, habrá terminado la batalla. Además, me sobra adrenalina para mantenerme despierto treinta y seis horas sin sudarlas.

Winters sintió que la nicotina recorría su cuerpo. Despertó de nuevo la anticipada exaltación que había dominado al fin, al quedarse dormido una hora antes. Randy hablaba como un iluminado:

—No puedo creer lo condenadamente afortunados que somos. Durante seis años me he preguntado cómo puede distinguirse un oficial, ya sabes, en tiempos de paz. Y aquí estamos ahora. Un loco planta una bomba en un club de Berlín y nosotros, por casualidad, estamos de patrulla en el Mediterráneo. Eso es estar en el sitio indicado en el momento apropiado. ¡Mierda!, piensa en cuántos compañeros de nuestra promoción darían su pelota izquierda por estar aquí, en nuestro lugar. Mañana matamos al loco y estaremos en camino de ser capitanes, o quizás almirantes dentro de cinco u ocho años.

Winters reaccionó negativamente a la sugerencia de su amigo de que uno de los beneficios de la lucha contra Gadaffi fuera la aceleración de su ascenso personal. Pero no dijo nada, estaba sumido en sus propios pensamientos; también él estaba excitado y no sabía por qué. La excitación era parecida a la que sentía antes de los cuartos de final de baloncesto, en la escuela superior. Pero el teniente Winters no podía evitar preguntarse cuánto bajaría la excitación por el miedo, si se preparaban a entrar en una batalla real.

Por espacio de casi una semana estuvieron preparándose para atacar. En la Marina era normal prepararse para el combate y luego cancelarlo, generalmente un día antes del ataque propuesto. Pero esta vez había sido diferente desde el principio. Hilliard y Winters habían reconocido que se percibía una gravedad en los oficiales superiores que no habían notado antes. No se había tolerado ninguna de las bromas habituales durante las horas aburridas de comprobación de los aviones, misiles y cañones, el *Nimitz* se preparaba para la guerra. Y de pronto, ayer, a la hora normal de cancelación de tales preparativos, el capitán reunió a todos los oficiales para anunciarles que había recibido la orden de atacar al amanecer. El corazón de Winters dio un vuelco cuando el oficial al mando les puso al corriente del alcance de la acción americana contra Libia.

El último trabajo de Winters, antes de la cena, había sido ir a revisar los blancos del bombardeo junto con los pilotos, una vez más. Iban a salir dos aviones para bombardear la residencia donde se suponía que dormiría Gadaffi. Uno de los dos pilotos seleccionados estaba en la glorieta; se daba cuenta de que se le había asignado el primer blanco del ataque. El otro piloto, el teniente Gibson, de Oregón, se mostraba tranquilo y comedido en sus preparativos. Seguía estudiando el mapa, con Winters, y repasando el emplazamiento de las baterías libias. Se quejó también de tener la boca seca y bebió varios vasos de agua.

—¡Mierda! Indiana, ¿sabes lo que me preocupa? Esos mozos voladores estarán en la batalla y nosotros en cambio nos quedaremos clavados aquí sin nada que hacer a menos que estos locos árabes se decidan a atacar. Espera, se me ha ocurrido algo. — El teniente Hilliard no paraba de hablar. Eran más de las tres y ya habían repasado todo lo relacionado con el ataque, por lo menos dos veces. Winters se sentía exhausto y enervado por la falta de sueño pero el asombroso Hilliard continuaba rezumando exuberancia.

—Pero ¡qué gran idea! —siguió Randy, hablando solo—. Y se puede hacer. Tu instruiste anoche a los pilotos, ¿verdad? Así que sabes a quién le tocan los blancos. —Vernon asintió con la cabeza—. Pues bien, pegaremos un «jódete» personal a la panza del misil que va a tocar a Gadaffi. Así, parte de nosotros participará en la batalla.

A Vernon le faltó la energía para disuadir a Randy de su loco plan. Cuando se

acercó el momento de ataque, los tenientes Winters y Hilliard entraron en el hangar del *Nimitz* y encontraron el avión asignado al teniente Gibson (Winters nunca supo explicárselo pero inmediatamente imaginó que sería Gibson el encargado de apuntar su misil al enclave de Gadaffi). Riendo, Randy explicó al joven alférez de guardia lo que él y Vernon se proponían hacer. Tardaron casi media hora en encontrar el avión y localizar el misil que sería el primero en ser lanzado contra la vivienda de Gadaffi.

Los dos tenientes discutieron unos diez minutos sobre lo que iban a escribir en el papel que pegarían al misil. Winters quería algo profundo, casi filosófico, como «Tal es el final justo de la tiranía y el terrorismo». Por fin, un agotado teniente Winters accedió a la comunicación visceral de su amigo. «Muere hijo de puta» fue el mensaje escrito por los dos tenientes en la panza del misil.

Winters regresó exhausto a su litera. Cansado y descentrado por la magnitud de los acontecimientos que se avecinaban, sacó su biblia personal y leyó unos versículos. El presbiteriano de Indiana no encontró consuelo en el buen libro. Intentó rezar oraciones generales al principio y luego más específicas, como tenía por costumbre en los momentos críticos de su existencia. Pidió al Señor que guardara a su mujer y a su hijo y le acompañara en aquel momento crucial de su vida. Y entonces, sin darse cuenta, el teniente Winters pidió a Dios que derramara terror en forma del misil con su mensaje sobre el coronel Gadaffi y toda su familia.

Ocho años más tarde, sentado en su despacho de la Estación Aero-Naval de los Estados Unidos, el comandante Winters recordaría aquella oración y se estremecería interiormente. Incluso entonces, en 1986, justo al terminar la plegaria, se había sentido raro y desorientado, casi como si hubiera cometido un acto blasfemo y disgustado al Señor. La escasa hora de sueño que siguió, fue torturadora, llena de sueños de horribles gárgolas y vampiros. Vio cómo los aviones abandonaban el navío al amanecer en una especie de trance o pesadilla; su boca tenía un amargo sabor metálico cuando, maquinalmente, estrechó la mano de Gibson y le deseó suerte.

Durante todos aquellos años, Winters había deseado haber podido borrar aquella oración. Estaba convencido de que Dios había permitido al misil determinado lanzado por Gibson segar la vida de la hija pequeña de Gadaffi, sólo para darle a él una lección personal. *Aquel día, pensó, sentado en su despacho un jueves de marzo de 1994, cometí un sacrilegio y violé tu confianza. Traspasé los límites y perdí mi posición privilegiada en tu santuario. Desde entonces te he pedido perdón muchas veces, pero no me ha sido otorgado. ¿Cuánto más debo esperar?*

## 6

Vernon Allen Winters nació el 25 de junio de 1950, el día en que Corea del Norte invadió Corea del Sur. Tenía presente el significado de su fecha de nacimiento por su padre, Martin Winters, un granjero trabajador y religioso cultivador de maíz en Indiana, cuando Vernon nació. Cuando Vernon cumplió tres años y su hermana Linda seis, la familia se trasladó de la granja a la ciudad de Columbus, una ciudad blanca de clase media, de unos treinta mil habitantes, en el centrosur de Indiana. La madre de Vernon se sentía aislada en la granja, especialmente durante el invierno, y quería más compañía. La granja de Winters proporcionó un buen montón de dinero, así que Mr. Winters colocó la mayor parte en acciones, en previsión del futuro, y se hizo banquero.

Martín Winters se sentía orgulloso de ser americano. Siempre que Mr. Winters hablaba a Vernon del día de su nacimiento, la historia se centraba, inevitablemente, en la noticia del comienzo de la guerra de Corea, y en cómo el presidente Harry Truman se lo explicó a la nación.

—Aquel día —explicaba Mr. Winters—, pensé que no se trataba de una coincidencia. El buen Dios te trajo a casa ese día con un propósito determinado para ti. Apostaría a que quería que fueras un defensor de este magnífico país que hemos creado... Más tarde, el banquero Winters se preocuparía de que el partido de fútbol Ejército-Marina fuera el principal acontecimiento del año y diría a sus amigos —especialmente cuando se demostró que el joven Vernon era un buen estudiante— que «el muchacho está pensando aún cuál de las academias elegir». Pero a Vernon nunca se le preguntó.

La familia Winters vivía una sencilla vida del mediooeste. Mr. Winters fue moderadamente afortunado, llegando, incluso, a la vicepresidencia del mayor Banco de Columbus. La principal actividad social de la familia se centraba en la religión, eran presbiterianos y se pasaban casi todo el domingo en la iglesia. Mrs. Winters dirigía la escuela dominical, Mr. Winters era deán y se ocupaba, voluntariamente, de las finanzas del templo. Vernon y Linda ayudaban a vigilar a los chiquitines de la escuela dominical y eran responsables de las exposiciones especiales de la Biblia en los tablones de anuncios de la escuela de párvulos y de primaria.

Durante la semana, Mrs. Winters cosía, veía seriales y a veces jugaba al bridge con sus amigas. Nunca trabajó fuera de su casa, su marido y sus hijos eran su trabajo. Era una madre atenta, paciente, que amaba profundamente a sus hijos y les llevó, incansable, a sus diferentes actividades, durante toda su adolescencia.

Vernon participaba en todos los deportes de la escuela superior, fútbol y baloncesto, porque así se esperaba de él, y béisbol porque le gustaba. Era más que bueno en todos los deportes, pero no sobresalía en nada especial.

—Las actividades son importantes, especialmente los deportes —solía decir el banquero Winters complacido—. Las academias tienen más en cuenta esto que las notas.

La única decisión importante que tuvo que tomar Vernon en los primeros dieciocho años de su vida fue elegir la academia. (Mr. Winters, muy cauto, se había preparado ya políticamente para asegurar la aceptación de Vernon en una u otra academia). En su primer año en la Escuela Superior de Columbus, Vernon eligió el Examen de Aptitud Escolástica (EAE) y sacó tal puntuación que era obvio que podría elegir su academia. Eligió Annápolis y no se le preguntaron las razones. Si se lo hubieran preguntado, habría contestado que le gustaba la idea de llevar uniforme de Marina.

La adolescencia de Vernon fue sorprendentemente lineal, especialmente considerando que aquéllos fueron años de gran turbulencia social en los Estados Unidos. La familia Winters rezó juntamente varias horas, después del asesinato de Kennedy, se preocupó por los chicos de la ciudad que habían ido a la guerra del Vietnam, demostró inquietud cuando tres buenos estudiantes de la escuela superior se negaron a cortarse el pelo y fueron expulsados de la escuela, y asistió a un par de reuniones organizadas por la iglesia sobre los peligros de la marihuana. Pero todas esas ansiedades quedaban al margen de la armonía diaria de la familia Winters. La música de los «Beatles» y de los «Rolling Stones» penetraban en la cultura controlada de los Winters, naturalmente, e incluso algunas de las canciones de protesta de Bob Dylan y de Joan Baez se tocaban en el estéreo de Vernon. Pero ni él ni su hermana Linda prestaban demasiada atención a las letras.

Era una existencia fácil. Los íntimos amigos de Vernon pertenecían todos a familias como la suya. Las madres no trabajaban, los padres eran banqueros, abogados u hombres de negocios, casi todos republicanos (aunque un patriota demócrata también era aceptado) y creían fervientemente en Dios, la patria y la entera letanía que terminaba en «tarta de manzana». Vernon era un «buen chico» incluso un «chico excepcional» que llamó primero la atención por sus representaciones en los desfiles anuales de la iglesia, en Navidad y Pascua de Resurrección. El pastor de su iglesia creía que la representación del nacimiento y la crucifixión de Jesús, puesta en escena por los niños de la ciudad, era un medio poderoso para reafirmar la fe de la ciudadanía local. Y el reverendo Pendleton estaba en lo cierto, las representaciones de la Iglesia Presbiteriana de Columbus eran una de las atracciones del año. Cuando la congregación y sus amigos, veían a sus propios hijos haciendo de José, María e incluso de Cristo, se encontraban involucrados en los acontecimientos descritos a un nivel emocional que era virtualmente imposible de conseguir de otro modo.

El reverendo Pendleton tenía dos elencos para cada representación, pero Vernon

era siempre la estrella. Cuando contaba once años, representó por primera vez a Cristo en el desfile de Pascua y se le mencionó en la columna religiosa del periódico de Columbus diciendo que su torturada carga de la cruz había «reflejado todo el sufrimiento del hombre». Fue José en Navidad, y Jesús en cuatro Pascuas seguidas, antes de ser demasiado mayor y por tanto no elegible para los desfiles. Los últimos dos años, cuando Vernon tenía trece y catorce, el papel de la Virgen María en el elenco «A» lo representó la hija del pastor, Betty. Vernon y ella estuvieron mucho tiempo juntos mientras ensayaban, y ambas familias estaban encantadas. Los cuatro padres no ocultaban el hecho de que aprobarían generosamente el que «según la voluntad de Dios», la amistad Vernon-Betty madurase ocasionalmente en algo más permanente.

A Vernon le encantaba la atención que despertaba en los desfiles. Aunque Betty estaba profundamente interesada por el aspecto religioso de las representaciones (permaneció sinceramente devota, sin vacilar, a lo largo de toda su vida), la alegría de Vernon era estar junto a sus orgullosos padres después de cada representación y nadar en alabanzas. En la escuela superior tendió naturalmente a la pequeña actividad dramática y era el protagonista de la representación escolar, todos los años. Su madre le apoyaba en contra de las tibias objeciones del padre («después de todo, querido», decía, «no creo que nadie vaya a pensar que Vernon es un mariquita después de ver cómo domina los tres deportes») porque también a ella le encantaban los aplausos.

En el verano de 1968, poco antes de ingresar en Annápolis, Vernon trabajó en los maizales de su tío. A poco más de cien kilómetros de allá, había tumultos en la Convención Demócrata de Chicago, pero en Columbus, Vernon pasaba sus tardes de verano con Betty, hablando con compañeros y bebiendo cerveza de raíz en el *drive-in* de «A & B». Mr. y Mrs. Winters también jugaban al golf miniatura o a la canasta con Vernon y Betty, de vez en cuando. Estaban encantados y orgullosos de tener unos «chicos limpios» que ni eran hippies ni víctimas de la droga. En conjunto, el último verano de Vernon en Indiana fue ordenado, reprimido y agradable.

Como era de esperar, también fue un estudiante modelo en Annápolis. Estudió mucho, obedeció las órdenes, aprendió lo que sus profesores le enseñaron, y soñó con ser el comandante de un portaaviones o de un submarino nuclear. Salía poco porque los chicos de las grandes ciudades le parecían demasiado sofisticados para él, y no siempre se sentía cómodo cuando hablaban tan indiferentemente del sexo. Era virgen aún y no se avergonzaba de ello, sólo que no sentía la necesidad de proclamarlo en la Academia Naval de Estados Unidos. Salía con chicos un par de veces al mes, nada especial, sólo si la ocasión se presentaba. Después de una primera salida obligada, en el primer año, con Joanna Carr, una animadora de juegos de la Universidad de Maryland, la invitó a salir varias veces. Era alegre, bonita, divertida y moderna. Atraía lo mejor de Vernon, le hacía reír e incluso le relajaba. Fue su compañera de fin

de semana en el partido Ejército-Armada, en Filadelfia.

(Durante toda su estancia en la Academia, Vernon pasó todos los veranos y Navidades en su casa. Cuando estaba allí veía siempre a Betty Pendleton. Betty se graduó e ingresó en una Universidad estatal cercana para estudiar pedagogía. Una o dos veces al año, en ocasiones especiales como el aniversario de su primer beso o en Noche Vieja, Betty y él lo celebraban, en cierto modo, haciendo algo íntimo, como caricias controladas —sólo por fuera—, o besarse estando echados. Ni uno ni otra sugirió jamás la menor variación en esta bien establecida rutina).

Vernon y Joanna tuvieron como compañeros de fin de semana a otro guardia marina Duane Eller el mejor amigo de Vernon en la Marina, que sin embargo no era aún lo que uno llamaría un amigo íntimo, y a su acompañante de Columbia, una chica alborotadora y atrevida llamada Edith. Vernon nunca había pasado mucho tiempo cerca de una chica de Nueva York y encontró a Edith absolutamente desagradable. Edith era violentamente anti-Nixon y anti-Vietnam y parecía, pese a que su pareja iba a ser un oficial, anti-militarista también. El plan original para el fin de semana había sido correcto, incluso un poco anticuado dado que estaban en 1970 y que el sexo solía ser habitual en los campus universitarios. Vernon y Duane compartirían una habitación en el motel y las dos chicas compartirían otra. Durante una cena en una pizzería, la víspera del partido, Edith insultó continuamente a Joanna y Vernon (llamándoles «Miss Remilgada y Ánimo-equipo-ánimo», «Adelante soldados de Cristo, y Dios estará de nuestra parte») y Duane no hizo nada por evitarlo. Al ver que Edith molestaba a Joanna, Vernon le sugirió que sería mejor que ambos compartieran la misma habitación en lugar de atenerse al plan original, y ella aceptó.

No había intentado ninguna relación sexual con Joanna en las cuatro o cinco veces que habían salido juntos. Se había mostrado atento, la había cogido la mano durante toda la velada. Todo había sido extraordinariamente correcto, pero tampoco había habido nunca oportunidades para más intimidad. Así que Joanna no sabía qué esperar, le gustaba el guapo guardia marina y un par de veces había llegado a pensar en la posibilidad de que aquella amistad se transformara en algo más serio, pero Vernon no era aún para ella nada «superespecial».

Después de haber hecho el cambio de habitación (que una Edith borracha había dificultado a todos con sus comentarios subidos de color), Vernon se excusó con Joanna y le dijo que no le importaría dormir en el coche si se sentía ofendida. La alcoba era una típica habitación del «Holiday Inn» con dos camas grandes. Joanna se echó a reír.

—Ya sé que no lo habías planeado así —dijo—, si necesito protección te ordenaré que te vayas a la cama.

La primera noche disfrutaron viendo la televisión y bebiendo más cerveza. Ambos se sentían un poco torpes. A la hora de acostarse se besaron casi

apasionadamente, se rieron y cada uno se fue a su cama.

La noche siguiente, después del baile patrocinado por la Academia Naval en un hotel del centro del Filadelfia, Joanna y Vernon volvieron a su habitación del «Holiday Inn» poco antes de las doce. Ya se habían cambiado los tejanos y Vernon estaba lavándose los dientes, cuando llamaron a la puerta. Joanna abrió y allí estaba Duane Eller, en una enorme sonrisa y la mano cerrada sobre un objeto pequeño.

—Esto es fantástico —dijo metiendo un porro en la mano de Joanna—. Tenéis que probarlo.

Y desapareció rápidamente con una risa de loco.

Joanna era una chica lista, pero no se le ocurrió pensar que su acompañante jamás había visto un porro y menos fumado uno. Ella había fumado marihuana algunas veces durante cuatro años, en la época en que estaba en la escuela superior, le gustaba si el momento y la compañía eran adecuados; lo evitaba cuando no podía controlar a los que la rodeaban. Pero había disfrutado del fin de semana con Vernon y pensó que éste sería un buen medio para relajarse un poco.

En cualquier circunstancia Vernon hubiera dicho no a un ofrecimiento de marihuana, y no porque estuviera en contra de todas las drogas, sino también porque la aterrizzaba ser descubierto y tal vez expulsado de Annápolis. Pero aquí estaba su deliciosa compañera, la animadora cien por cien americana, de Maryland que acababa de encender un porro y se lo ofrecía. Joanna vio al momento que era un novato. Le enseñó cómo debía aspirar y retener el humo y eventualmente como utilizar un clip (de los del pelo), para terminarlo. Vernon había esperado sentirse como borracho y le sorprendió encontrarse más despierto. Con gran sorpresa por su parte se halló recitando poemas que había aprendido en la clase de literatura, y luego él y Joanna empezaron a reír. Reían de todo, de Edith, del fútbol de la Academia Naval, de sus padres, incluso de Vietnam. Rieron hasta que casi lloraron.

De pronto sintieron un hambre atroz. Se pusieron las chaquetas y salieron al aire frío de diciembre en busca de algo que comer. Cogidos del brazo pasearon por la carretera hasta encontrar una tienda de alimentación que aún seguía abierta, a media milla de su motel. Compraron «Coca Cola» y patatas fritas y con gran asombro por parte de Vernon, un paquete de «Ding Dongs». Joanna abrió la bolsa de patatas mientras aún estaban en la tienda, metió una en la boca de Vernon y fueron masticando arrobados mientras el empleado reía con ellos.

Vernon no podía creer lo buenas que estaban las patatas. Se acabó la bolsa mientras regresaban andando al motel. Cuando hubo terminado, espontáneamente, se echó a cantar. Cantó *Maxwell's Silver Hammer* de los Beatles, Joanna se unió a él cantando vigorosamente «bang, bang, el martillo de plata de Maxwell cayó sobre su cabeza...». Levantó la mano y en broma le golpeó la cabeza a Vernon. Éste se sentía alegre, liberado, como si conociera a Joanna de toda la vida. La rodeó con su brazo y



la besó ostentosamente al entrar en la avenida que conducía al motel.

Se sentaron en el suelo de su habitación con todo extendido ante ellos. Vernon puso la radio, estaba conectada a una emisora de música clásica y en mitad de una sinfonía. A Vernon le hechizó la melodía. Por primera vez en su vida, podía oír los instrumentos individuales de la orquesta en su cabeza. Imaginó el escenario y vio a los músicos pasando los arcos sobre las cuerdas de sus violines, estaba fascinado y excitado. Le dijo a Joanna que todos sus sentidos vibraban.

A Joanna Carr la pareció que él se abría por fin y cuando se inclinó hacia ella para besarla, estaba más que dispuesta. Se besaron dulce y profundamente varias veces mientras la sinfonía seguía sonando. Durante un descanso momentáneo para comer algo, Joanna busco en la radio y puso una estación de rock and roll. La música cambió el ritmo de sus besos, el sonido insistente y alegre aumentó de tempo y sus besos se hicieron más apasionados. En su ardor, Vernon echó a Joanna al suelo y allí se besaron una y otra vez, echados uno al lado del otro, completamente vestidos. La fuerza de su excitación les dominó.

La radio empezó a tocar ahora *Light My Fire* por los «Doors». Y Vernon Alien Winters de Columbus, Indiana, guardia marina de tercer curso de la Academia Naval de Estados Unidos ya no era virgen cuando terminó la larga canción: «El tiempo de dudar ha terminado, no queda tiempo para cruzar el marjal, si pruebas ahora sólo puedes perder, y nuestro amor será una pira funeraria... Vamos nena, enciende mi fuego... Vamos nena, enciende mi fuego». Vernon no había perdido el control de sí mismo en toda su vida, pero cuando Joanna acarició la silueta de su abultado pene bajo los tejanos, fue como si una enorme pared de acero y cemento se viniera abajo. Años después, Vernon se maravillaba aún de la pasión descarnada que mostró durante dos o tres minutos. La combinación de los besos insistentes de Joanna, la hierba, y el ritmo histérico de la música le descontrolaron. Fue como un animal. Todavía en el suelo de la habitación tiró con fuerza de los pantalones de Joanna, casi desgarrándolos, y logró bajarlos de las caderas. Sus bragas casi siguieron a los pantalones que Vernon agarró brutalmente y tiró hacia abajo mientras se desembarazaba de sus tejanos.

Joanna intentó calmar a Vernon con voz tranquila, sugiriéndole que tal vez la cama fuera mejor, o, que por lo menos, sería más agradable descalzarse y no hacer el amor con los pantalones ceñidos a los tobillos, impidiendo todo movimiento. Pero Vernon ya no razonaba. Años de contención no le dejaban capacidad para contener su creciente deseo, estaba como poseso y se arrastró sobre Joanna con una expresión de terrible seriedad en el rostro. Por primera vez ella estaba asustada y su súbito miedo exacerbó su excitación sexual. Vernon se debatió durante unos segundos (la música estaba ahora en un frenético paroxismo instrumental) para encontrar el lugar preciso y entró en ella brutalmente. Joanna le sintió arremeter una, dos veces, y de pronto

estremecerse; había terminado en quizá diez segundos. Intuitivamente comprendió que había sido su primera vez y el placer de saberlo compensó sus sentimientos heridos por su falta de dulzura y discreción.

Vernon no dijo nada y se quedó dormido en el suelo junto a ella. Silenciosamente Joanna se fue a la cama, quitó la colcha y se acurrucó en los brazos de Vernon envolviendo a ambos en la cubierta. Sonrió para sí y se durmió, todavía algo asombrada por este marino echado junto a ella. Pero sabía que desde ahora serían algo especial el uno para el otro.

Hasta qué punto especial, Joanna jamás lo supo realmente. Cuando Vernon despertó en mitad de la noche, sintió una poderosa sensación de culpa. No podía creer que hubiera fumado hierba y que hubiera virtualmente violado a una muchacha que apenas conocía. Había perdido el control, había sido incapaz de parar lo que estaba haciendo y había rebasado claramente los límites de la corrección. Se angustió cuando pensó en lo que sus padres (o peor Betty y el reverendo Pendleton) hubieran pensado de él si hubieran podido ver lo que había hecho. Después, la culpa dejó paso al pánico y Vernon imaginó que Joanna estaba embarazada y que él tenía que abandonar Annápolis y casarse con ella (¿qué podría hacer? ¿qué clase de trabajo tendría si no podía ser un oficial naval?), que tendría que explicar todo esto a sus padres y a los Pendleton. Peor aún, imaginó que en cualquier momento el motel sería registrado y la Policía encontraría la colilla del porro con el clip. Primero le expulsarían de la Academia por consumir droga, *luego* se enterarían de que había dejado a una muchacha embarazada.

Vernon Winters estaba ahora asustado de verdad. Echado en el suelo de una habitación de motel, en las afueras de Filadelfia, a las tres de la mañana de un domingo, empezó a rezar. «Dios mío —rezó Vernon Winters, pidiendo algo específico para él, por primera vez desde que pidió a Dios que le ayudara en el examen de ingreso—, déjame que salga de esto sin problemas y seré el oficial naval más disciplinado que hayas visto jamás. Dedicaré mi vida a defender este país que te honra. Por favor ¡ayúdame!».

Vernon consiguió al fin volver a dormirse, pero su sueño fue inquieto y estuvo turbado por extrañas imágenes. En un sueño Vernon vestía su uniforme de guardia marina pero se encontraba en el escenario de la Iglesia Presbiteriana de Columbus. Era el día de desfile de Pascua y volvía a ser Cristo arrastrando su cruz hasta el calvario. El borde agudo de la cruz le cortaba a través de su camisa de uniforme y tenía miedo de no poder pasar la inspección. Tropezó y cayó, y la cruz se clavó más profundamente a través del uniforme, y vio que le caía la sangre por el brazo. «Crucificadle» oyó gritar a alguien en el sueño, «crucificadle» gritó un grupo entre el público y Vernon trató en vano de ver a través de las luces. Despertó sudando. Por un instante estuvo desorientado, luego, otra vez sus emociones siguieron el ciclo del

asco, la depresión y el miedo, al revivir los acontecimientos de la noche anterior.

Joanna se mostró tierna y afectuosa al despertar, pero él, estuvo distante. Explicó su actitud alegando que le preocupaban sus próximos exámenes. Un par de veces Joanna intentó hablar de la noche anterior, pero él cambió rápidamente de tema cada vez. Vernon sufrió desde el desayuno hasta el trayecto de vuelta a College Park donde residía Joanna. Ella trató de besarle tiernamente cuando se separaron pero él no lo hizo. Tenía prisa por olvidar todo el fin de semana. De vuelta a la soledad de su dormitorio en Annápolis, volvió a negociar arrepentido, con Dios, para que le librara de complicaciones.

El guardia marina Vernon Winters fue fiel a su palabra. No sólo no volvió a hablar jamás con Joanna Carr (ella le llamó dos veces y no le encontró, le envió dos cartas que no obtuvieron respuesta, y al fin lo dejó) sino que tampoco salió con nadie más en sus últimos dieciocho meses en Annápolis. Trabajó y estudió duro y asistió a la capilla, como había prometido a Dios, dos veces por semana.

Se graduó con honores y salió su primera misión en un portaaviones. Dos años más tarde, en junio de 1974, después de que Betty terminara y obtuviera su certificado de maestra, Vernon se casó con ella en la Iglesia Presbiteriana de Columbus donde habían jugado a ser José y María, doce años antes. Se trasladaron a Norfolk, Virginia, y Vernon creyó que su existencia estaba encauzada. Su vida consistiría en navegar largos períodos y volver a casa cortas estancias con Betty y con los niños que pudieran tener.

Daba regularmente gracias a Dios por haber mantenido su parte del compromiso y se dedicó a ser el mejor oficial de la Marina de Estados Unidos. Todos sus informes de capacidad alababan su seguridad y escrupulosidad, sus oficiales superiores le dijeron abiertamente que tenía madera de almirante. Hasta Libia, o más específicamente, hasta que volvió a casa después de la acción en Libia. Porque el mundo entero cambió para Vernon Alien Winters durante las pocas semanas que siguieron el ataque americano contra Gadaffi.

Carol y Troy estaban sentados en dos sillas de lona, en la proa del *Florida Queen*. Tenían la vista fija delante, en el océano y el caliente sol de la tarde. Carol se había quitado la blusa dejando al descubierto la parte alta de su bañador azul de una pieza, pero seguía con el pantalón blanco puesto. Troy iba sin camisa, con un equipo de surfing blanco, que le cubría gran parte de su magníficas piernas negras. Su cuerpo era delgado y sinuoso, en perfecta forma pero poco musculoso. Hablaban ligera y animadamente, riendo con frecuencia de forma relajada. Detrás de ellos, debajo de la marquesina, Nick Williams leía *Notas de un jan*, de Fred Exley. De vez en cuando echaba una mirada a la pareja y después volvía a su lectura.

—¿Por qué no fuiste nunca a la Universidad? —preguntó Carol—. Está claro que tenías condiciones. Hubieras sido un ingeniero magnífico.

Troy se puso en pie, se quitó las gafas de sol y se apoyó en la borda.

—Mi hermano Jamie, decía lo mismo —dijo despacio mirando el tranquilo océano—. Pero yo era demasiado salvaje. Cuando por fin me gradué en la escuela superior. Tenía ansias de saber lo que era el mundo. Así que me fui. Recorrí todo Estados Unidos y Canadá durante dos años.

—¿Fue en estos años cuando aprendiste electrónica? —preguntó Carol. Mirando el reloj para ver la hora.

—No, fue más tarde, mucho más tarde —recordó Troy—. En aquellos dos años de vagabundeo no aprendí nada sino cómo vivir de ingenio. Y también lo que era ser negro en un mundo de blancos —miró a Carol y no observó ninguna reacción.

—Debí de tener cien trabajos distintos —prosiguió mirando el mar—. Fui cocinero, copista, encargado de bar, albañil. Incluso di lecciones de natación en un club particular. Fui botones en un hotel y cuidador de un club de campo... —Troy rio y se volvió de nuevo para ver si impresionaba a Carol—, pero imagino que nada de esto le interesa...

—Ya lo creo, me fascina. Intento imaginar el aspecto que tenías con el uniforme del hotel. Y si el jefe Nick está en lo cierto, nos quedan aún diez minutos hasta llegar a donde vamos —bajó la voz—. Por lo menos, tú *hablas*, el profesor no es precisamente sociable.

—Ser un botones negro en un hotel elegante del Mississippi fue una experiencia sorprendente... —empezó Troy con una sonrisa. A Troy le encantaba contar historias de su vida. Siempre le situaba en el centro del escenario...—. Imagíneme, ángel, con dieciocho años y la suerte de colocarme en el gran «Gulfport Inn», en plena playa. Habitación, comida y propinas, me siento en la cima del mundo. Por lo menos hasta que el jefe de los botones, un hombrecillo horrible llamado Fish, me lleva a los dormitorios donde todos los botones y el personal de cocina se alojan y me presenta a

todos como el «nuevo botones negro». Por cositas que oía, me entero de que el hotel está en apuros por posible discriminación racial y el contratarme forma parte de su nueva política.

»Mi habitación en el “acuartelamiento” estaba precisamente cerca del duodécimo *green* en el campo de golf. Una escasa litera, un tocador empotrado, una mesa con una lámpara portátil, un lavabo para lavarme los dientes y la cara... ahí viví durante seis semanas. En la otra punta del edificio estaba el gran baño comunitario del que todos salían cuando entraba ya.

»En la escuela superior de Miami la mayor parte de los estudiantes eran cubanos o negros, o ambas cosas. Así que casi no sabía nada de los blancos. Por los libros y la televisión tenía la imagen idealizada de los blancos como personas guapas, competentes, educadas y ricas. ¡Ja! Mi fantasía no tardó en disiparse, el personal que trabajaba en el hotel era increíble. El jefe de botones, Fish, fumaba hierba con su hijo de dieciséis años, Danny, y soñaba en el día en que encontraría un millón de dólares que alguien hubiera olvidado en la habitación. Su otra meta en la vida era continuar jodiendo en la despensa a la mujer del cocinero, Marie, hasta el día de su muerte.

»Uno de los otros botones era un pobre desgraciado, solitario, cuyo verdadero nombre era Saint John porque sus inteligentes padres habían pensado que “Saint” era un nombre de pila. Tenía solamente seis dientes, llevaba gafas gruesas, y tenía un tumor gigantesco debajo del ojo izquierdo. Saint John sabía que era feo y estaba todo el tiempo preocupado por si perdía el empleo debido a su aspecto. Así que Fish le explotaba vergonzosamente dándole los trabajos más asquerosos y obligándole a darle parte de sus propinas. Los otros botones aprovechaban cualquier oportunidad para ponerle en ridículo y le hacían blanco de todas sus jugarretas.

»Una noche estaba tranquilamente sentado en mi cuarto leyendo un libro cuando llamaron suavemente a la puerta. Al abrir, allí estaba Saint John, confuso y agitado. Llevaba una caja de juegos en una mano y un cartón de seis cervezas en la otra. Esperó un momento y le pregunté qué quería, miró nerviosamente en todas direcciones y luego me preguntó si sabía jugar al ajedrez. Cuando le dije que sí y que me gustaría jugar una partida, Saint John sonrió de oreja a oreja y murmuró algo sobre lo contento que estaba por haberse atrevido. Le invité a pasar y jugamos, hablamos y bebimos cerveza durante casi dos horas. Tenía nueve hermanos y procedía de una familia rural, pobre, del Mississippi. Mientras jugábamos, Saint John dejó escapar casualmente que le había costado decidirse a pedirme que jugáramos porque Fish y Miller le habían dicho que los negros eran demasiado estúpidos para jugar al ajedrez.

»Saint John y yo nos hicimos amigos, o algo parecido, durante las semanas que estuve allí. Nos unía el lazo más profundo, ambos éramos extraños en aquella curiosa estructura social creada por los empleados del “Gulfport Inn”. Por Saint John me

enteré de las infinitas ideas erróneas que los blancos del sur tienen de los negros.

Se echó a reír y continuó:

—Una noche ¿sabe?, Saint John me siguió hasta el cuarto de baño para comprobar con sus propios ojos que yo no abultaba más que él.

Troy volvió a su silla y miró a Carol. Le sonreía, era difícil no entretenerse con las historias de Troy, las contaba con gran entusiasmo y encanto. Nick, bajo la marquesina, también había dejado el libro y escuchaba la conversación.

—Luego estaba Farrell, de veinti pocos años, un gigante que se parecía a Elvis Presley. Proporcionaba alcohol a los huéspedes a menos precio, facilitaba un servicio de acompañantes por teléfono, y se llevaba el exceso de provisiones del hotel para venderlo en el puesto de su hermana. Alquiló una parte de mi habitación para almacenar algunas cajas de alcohol. ¡Qué tipo! Después de los grandes desayunos de las convenciones, recogía el zumo de naranja sobrante de las jarras y lo embotellaba para revender. Una mañana, el gerente del hotel encontró una caja del líquido, guardada temporalmente en un cuarto cerca del vestíbulo, y quiso saber lo que significaba. Farrell me agarró y me sacó diciéndome que quería hacer un trato conmigo; si yo confesaba que había cogido el zumo, Farrell me pagaría veinte dólares. Me explicó que si yo confesaba esto no me ocurriría nada porque siempre se esperaba que los negros robaran, pero si le cazaban a él perdería su empleo...

Nick salió de la sombra y dijo con cierto sarcasmo:

—Lamento interrumpirles, pero según nuestra computadora piloto nos encontramos ya en el borde sur de la región señalada en el mapa.

Y devolvió el mapa a Carol.

—Gracias, profesor —rio Troy—, creo que has salvado a Troy de una muerte conversada.

Se acercó al equipo de seguimiento que había quedado sobre el cofre, junto a la marquesina y accionó el interruptor de fuerza.

—¡Eh!, ángel, debería decirme como funciona todo esto.

El telescopio oceánico de Dale Michaels estaba programado para tomar, virtualmente, tres imágenes simultáneas en cada toma fija. La primera de las imágenes era una imagen visible normal, la segunda era el mismo panorama fotografiado con longitudes de onda infrarrojas, y la tercera una imagen de sonar, compuesta por el mismo enfoque. El subsistema sonar no producía imágenes claras, sólo perfiles de objetos. No obstante, llegaba a profundidades, aun cuando las aguas estuvieran sucias, que ni los elementos infrarrojos o visibles del telescopio podían captar.

Fijado en la quilla de cualquier barco, aquel telescopio compacto podía hacerse girar treinta grados atrás y adelante sobre la vertical, mediante un pequeño motor interior. El esquema de observación para el telescopio se solía definir por un

protocolo preprogramado. Los detalles de esta secuencia, así como los parámetros ópticos críticos para el telescopio, estaban todos almacenados en el sistema microprocesador; sin embargo, todo en la software podía cambiarse a tiempo real manualmente, si el operador así lo deseaba.

Los datos dados por el telescopio eran llevados al resto del equipo electrónico del barco mediante finas fibras ópticas. Estos cables estaban sujetos a lo largo del borde del barco. Alrededor de un diez por ciento de las imágenes reconstruidas por esos datos se mostraban (después de toscas intensificaciones) en el monitor del barco. Pero todos los datos tomados por el telescopio quedaban automáticamente registrados en una unidad de memoria adjunta al monitor. Otro juego de fibras ópticas conectaba esta unidad de memoria al sistema de navegación central del barco, y los actuadores de servomotor controlaban los telescopios. Estos circuitos eran pulsados cada diez milisegundos a fin de que la orientación del telescopio y la ubicación del barco en el momento en que el telescopio tomaba cada imagen pudieran guardarse conjuntamente en el archivo permanente.

Junto al monitor colocado sobre el cofre, pero en el lado opuesto a la unidad de memoria, estaba el panel del sistema de control. El doctor Dale Michaels y el IOM eran famosos en todo el mundo por la inteligencia de sus inventos; sin embargo, esas ingeniosas creaciones no eran fáciles de operar. Dale había intentado dar un cursillo acelerado a Carol sobre el funcionamiento del sistema, la noche antes de trasladarse de Miami a Cayo West, pero había sido casi inútil. Algo frustrado, Dale había sencillamente programado en el microprocesador una secuencia fácil que cuadrículaba el área de debajo del barco en esquemas regulares. Luego dispuso las mejoras ópticas a valores normales y ordenó a Carol que no cambiara *nada*.

—Lo único que debes hacer —le explicó el doctor al cargar cuidadosamente el panel del sistema de control en la ranchera—, es pulsar este botón GO. Luego cubre el panel para asegurarte de que nadie pulsa distraídamente el mando equivocado.

Así que Carol no podía explicar a Troy como funcionaba todo aquello. Se le acercó, le apoyó el brazo sobre el hombro y le sonrió avergonzada:

—Lamento decepcionarte, mi curioso amigo, pero no sé más de cómo funcionan estas cosas de lo que te dije cuando montamos el equipo. Para hacerlo funcionar, lo único que debemos hacer es darle al interruptor de fuerza y apretar este botón —y apretó el botón GO del panel. Una imagen clara del océano a unos quince metros por debajo del barco apareció en el monitor de color. La imagen era sorprendentemente limpia. Los tres contemplaron asombrados un tiburón martillo nadando entre un banco de pequeños peces grises, tragando centenares de ellos en su terrible avance.

»Por lo que deduzco —continuó Carol mientras ambos hombres miraban fascinados el monitor—, el sistema telescópico hace el resto, siguiendo una serie de observaciones previstas, almacenadas en su software. Obviamente vemos lo que se ve

en este monitor. Por lo menos vemos la imagen visual, las imágenes simultáneas de sonar e infrarrojos quedan almacenadas en el grabador. Mi amigo del IOM (no quería aumentar su curiosidad mencionando el nombre de Dale) intentó explicarme cómo podía cambiar de visual a infrarrojos y sonar, pero no me pareció fácil. Una piensa que sería fácil pulsar I para infrarrojos o S para sonar, pues nada. Hay que incorporar tanto como doce órdenes, sólo para cambiar la señal que se inserta en el monitor.

Troy estaba impresionado, no sólo por el sistema telescópico oceánico sino también por cómo Carol, una mujer no preparada en ingeniería o electrónica, había captado claramente lo esencial.

—La parte de infrarrojos del telescopio debe medir la radiación termal —dijo Troy lentamente—, si recuerdo bien mi física de la escuela superior. ¿Pero cómo pueden las variaciones termales subacuáticas decirle algo sobre ballenas?

Llegados a este punto, Nick sacudió la cabeza y se alejó de la pantalla. Reconocía que estaba totalmente fuera de su elemento intelectual en todos estos términos de ingeniería y se sentía más que avergonzado de confesar su ignorancia ante ellos. Por otra parte, tampoco creía que Carol hubiera llevado toda aquella brujería electrónica a bordo para encontrar ballenas desviadas de su ruta migratoria. Se acercó a la pequeña nevera y sacó otra cerveza.

—Y lo que vamos a hacer en las próximas dos horas, si no lo entiendo mal, ¿es dar vueltas con el barco mientras busca ballenas en la pantalla?

El comentario burlón de Nick llevaba implícito un inconfundible desafío e interfería en las relaciones cálidas y amistosas que se habían creado entre Carol y Troy. Ella se permitió sentirse molesta por su actitud y le devolvió sus tiros verbales:

—Éste *era* el plan, Mr. Williams, como le dije al salir de Cayo West, pero Troy me ha dicho que usted es también un buscador de tesoros, o por lo menos lo *era* hace unos años. Y como parece convencido de que lo que yo ando buscando es un tesoro, quizás le gustaría sentarse aquí, a mi lado, y mirar las mismas imágenes para asegurarse de que no se me escapa ninguna ballena. O tesoro, según el caso.

Nick y Carol cruzaron una mirada furiosa, pero Troy se interpuso entre ellos:

—Mira, profesor... y usted también, ángel... no intento comprender por qué ambos insisten en pisotearse, pero para mí es como un grano en cierto sitio. ¿No pueden tranquilizarse un momento? Después de todo —añadió Troy mirando primero a Nick y luego a Carol—, si ambos se sumergen juntos, son compañeros. Sus vidas pueden depender una del otro, así que ya basta.

Carol se encogió de hombros y asintió:

—Por mí, está bien —pero al no obtener respuesta de Nick no pudo resistir lanzar una pulla más—, siempre y cuando Mr. Williams reconozca su responsabilidad como miembro del PADI y esté lo bastante sobrio para bucear.

Los ojos de Nick relampaguearon airados. Luego, teatralmente, se acercó a la



borda y vació su nueva cerveza en el mar:

—Sé cuidarme. Usted preocúpese solamente de lo que vaya a hacer.

El microprocesador del telescopio oceánico contenía una alarma especial de subrutina que hacía un ruido como de llamada de teléfono siempre que las condiciones programadas en la alarma coincidían. Atendiendo a la petición de Carol, Dale Michaels, había adaptado personalmente el algoritmo de la alarma normal poco antes de que se trasladara a Cayo West, a fin de que reaccionara *tanto* a una criatura enorme moviéndose a través del campo visual, como a un objeto «desconocido» estacionado y de tamaño determinado. Después de haber terminado el esquema lógico para el pequeño cambio pasándolo a su departamento de software para máxima prioridad de codificación y prueba, Dale había sonreído para sí. Le divertía su complicidad con Carol. Esta pieza de subterfugio tecnológico convencería con seguridad sus compañeros, fueran quien fueran, de que se dedicaba en serio a la búsqueda de ballenas. Al mismo tiempo, la alarma se dispararía también si lo que Carol buscaba realmente, un supuesto (secreto) y errante misil de la Marina, en período de prueba, aparecía en el suelo del océano, debajo del barco.

La estructura básica para ambas alarmas algorítmicas era fácil de comprender. Para identificar un animal en movimiento, era suficiente superponer dos o tres imágenes tomadas a menos de un segundo de distancia (en cualquier longitud de onda, aunque había mayor precisión en el proceso con las imágenes visuales más nítidas) y luego comparar los datos basándose en el conocimiento de que la mayor parte de la escena no habría sufrido cambio. Errores de comparación significativos (áreas conectadas en la superposición con leves diferencias de imagen a imagen) indicarían la presencia de una enorme criatura en movimiento.

Para identificar objetos en el campo visual, la alarma algorítmica se aprovechaba de la tremenda capacidad de almacenamiento de la unidad de memoria en el sistema de proceso de datos del telescopio. Las imágenes infrarrojas y visuales casi simultáneas iban alimentando la unidad de memoria y eran toscamente analizadas contra unos datos que contenían cadenas de parámetros de reconocimiento sobre ambas regiones de longitud de onda. Estos parámetros de esquemas habían sido desarrollados a lo largo de años de cuidadosa investigación y habían sido recientemente ampliados por el IOM para incluir virtualmente toda cosa normal (plantas, animales, estructuras de arrecifes, etc.) que pudiera verse en el fondo del océano, cerca de los Cayos de Florida. Cualquier objeto grande que no tuviera relación con los datos base existentes sería captado y sonaría la alarma.

Las alarmas hacían innecesario estar pacientemente sentado frente a la pantalla y estudiar los mil encuadres de datos a medida que eran recibidos a bordo. Incluso Troy, un loco confeso del conocimiento, cuyo interés por todo era casi insaciable, se cansaba de mirar el monitor diez minutos seguidos, especialmente cuando el barco

entró en aguas más profundas y había poco que ver en imágenes visuales.

Una pareja de tiburones solitarios provocaron alarmas y crearon una momentánea excitación, unos veinte minutos después de activar el telescopio, pero siguió un período sin ningún descubrimiento.

A medida que corría la tarde, Nick iba impacientándose más y más.

—No sé por qué me dejé convencer de participar en esta caza de nada —refunfuñó sin dirigirse a nadie en particular—. Podríamos estar preparando el barco para el *charter* del fin de semana.

Carol ignoró el comentario de Nick y estudió el mapa una vez más: habían atravesado la región definida por Dale de sur a norte, y avanzaban ahora despacio en dirección este por la periferia del norte. Dale había delimitado el área de reconocimiento basándose en sus propias deducciones a partir de las preguntas que le había hecho la Marina. Probablemente pudo haber señalado con más seguridad el área de interés, después de unas preguntas personales, pero no había querido levantar sospechas.

Carol sabía que la búsqueda era algo así como encontrar una aguja en un pajar, pero había creído que merecería la pena por sus posibles resultados. Si de algún modo podía encontrar y fotografiar un misil secreto de la Marina, caído cerca de un área de población... ¡Qué noticia sería! Pero ahora también ella empezaba a impacientarse y le costaba recuperar su anterior excitación, durante su larga tarde al sol. Tendrían que regresar a Cayo West para poder llegar antes de la noche. *Bueno, pensó resignada, por lo menos lo he intentado. Y como solía decir mi padre, el que nada arriesga, nada consigue.*

Estaba en la punta de la proa del barco cuando empezaron a sonar alarmas en la unidad de memoria, junto al monitor. Una llamada y luego dos, seguidas de un corto silencio. Sonó una tercera llamada rápidamente seguida de una cuarta. Carol se precipitó excitada hacia el monitor.

—¡Pare el barco! —gritó imperiosamente a Nick, pero era demasiado tarde. Cuando llegó al monitor, las alarmas habían enmudecido y no se veía nada en la pantalla.

»Dé la vuelta, dé la vuelta —gritó una frustrada Carol inmediatamente, sin ver que Nick la miraba furioso.

—Bien, ¡capitán! —respondió Nick, dándole al timón con tal fuerza que Carol perdió el equilibrio. El monitor y el resto del equipo empezaron a deslizarse de su frágil montaje sobre el cofre y fueron salvados por Troy en el último minuto. El *Florida Queen* viró bruscamente en el agua. Pese a la inmovilidad del océano una pequeña ola pasó por encima de la borda en la parte más baja de cubierta, mojando a Carol de rodillas para abajo. Los bajos de su pantalón blanco se pegaron a sus tobillos y las playeras blancas y los calcetines quedaron empapados. Nick no hizo el menor

esfuerzo para disimular su diversión.

Carol se disponía ya a pelear con él cuando el renovado sonar de las alarmas la distrajo. Recuperando su equilibrio chorreante cuando el barco se enderezó, vio en el monitor que se encontraban sobre un arrecife de coral. Y en lo más profundo, por debajo del barco y apenas visibles en la pantalla, había tres ballenas iguales a las que aquella mañana había visto en la playa, en Cayo Deer. Nadaban juntas en lo que parecía ser un movimiento sin rumbo. Pero había más, el mensaje del código de la alarma especial indicaba que también había un objeto extraño en, o cerca, del mismo campo visual de las perezosas ballenas. Carol no pudo contener su exaltación y dio una palmada: «Ancla, por favor», gritó y luego se echó a reír. Vio que Troy ya había lanzado el ancla por la borda.

Unos minutos más tarde Carol se ponía apresuradamente su chaleco salvavidas en la popa del barco, detrás de la marquesina. Su máscara y las aletas ya estaban ajustadas y junto a ella en la cubierta. Troy estaba ayudándola sosteniendo la botella que iba incrustada en la espalda del chaleco.

—No se preocupe por Nick —le advirtió—. Hoy está gruñón por alguna razón, quizás porque Harvard ha perdido el partido, pero es un buceador fabuloso. Tiene fama de ser el mejor profesor del buceo de los Cayos —sonrió—. Después de todo, me enseñó hace un par de meses y se suponía que ni siquiera sabíamos nadar.

Carol le devolvió la sonrisa:

—¿No dejas nunca de hablar en broma? —le dijo. Pasó su brazo libre por la segunda abertura y el chaleco quedó encajado—. A propósito —añadió en voz baja—, para ser un buceador experto, tu amigo utiliza un equipo de lo más anticuado.

En aquel momento se arrepintió de haber dejado su chaleco hecho a medida en la ranchera. Lo utilizaba siempre que buceaba con Dale y tenía los últimos adelantos, tales como CAF (Compensación Automática de Flotación) y un bolsillo perfecto para su cámara submarina. Pero con todo lo que organizó en la oficina del puerto con su cofre y su equipo electrónico, Carol había decidido no llamar más la atención sacando un chaleco fuera de serie.

—Nick piensa que los nuevos chalecos hacen las cosas demasiado fáciles para el buceador. Quiere que se ajuste manualmente el grado de flotación... para que se sea más consciente de la profundidad a que se ha bajado —Troy examinó a Carol—. No pesa mucho. Este cinturón le bastará. ¿Utiliza pesos normalmente?

Carol sacudió la cabeza y se abrochó el cinturón. Nick apareció junto a la marquesina con la máscara y las aletas en la mano; ya se había puesto el chaleco con la botella de aire y el cinturón de pesos.

—Sus ballenas siguen en el mismo sitio —anunció—. Jamás he visto ballenas que se quedaran en el mismo sitio —le entregó una pastilla de tabaco y Carol frotó con ella, el interior de la máscara (para evitar que se empañara) mientras él daba una

vuelta a su alrededor. Comprobó su manómetro y su regulador, así como la boquilla secundaria, por si fuera necesario compartir el oxígeno con ella en caso de emergencia.

Nick habló con Carol mientras hacía las últimas comprobaciones de su equipo.

—Ha pagado usted por esta salida —empezó a hablarle en tono aparentemente amistoso—, así que podemos ir a cualquier parte que desee mientras estemos abajo. La bajada no será demasiado difícil ya que hay solamente trece metros, más o menos, hasta el fondo. Sin embargo —y Nick se colocó delante de Carol mirándola directamente a los ojos—, quiero que una cosa quede clara. Éste es mi barco y soy responsable de la seguridad de la gente que va en él, incluyéndola a usted, lo quiera o no. Antes de salir quiero estar seguro de que me obedecerá bajo el agua.

Carol reconoció que trataba de mostrarse diplomático. Incluso se le ocurrió que estaba gracioso, plantado allí delante de ella, con su equipo de buceo. Decidió mostrarse simpática:

—De acuerdo. Pero una cosa antes de bajar, recuerde que soy una reportera. Llevo una cámara conmigo y puede que quiera que usted se aparte de vez en cuando, así que no se enfade si le hago una señal para que se marche.

Nick sonrió.

—De acuerdo. Trataré de acordarme.

Carol se calzó las aletas y se puso la máscara. Después recogió su cámara submarina y se la pasó por el cuello y el hombro. Troy la ayudó a tensar la correa. Nick estaba sentado en un costado del barco junto a una abertura en la barandilla y al lado de una tosca escala que Troy acababa de descolgar.

—Ya he comprobado el agua —explicó— y hay bastante corriente por esta parte. Bajaremos siguiendo la cadena del ancla hasta llegar al suelo del océano. Desde allí iremos a donde usted quiera.

Nick se dejó caer de espaldas. Al momento apareció, nadando. Carol levantó los pulgares (la señal entre buceadores que indica que todo está bien) y se sentó delante de la abertura. Troy le ayudó a efectuar los últimos ajustes de su chaleco.

—Suerte, ángel —dijo Troy—. Espero que encuentre lo que busca. Y tenga cuidado.

Carol se metió el regulador en la boca, respiró profundamente y, como Nick, se dejó caer de espaldas. El agua del océano estaba fría contra su piel tostada. En unos segundos se reunió con Nick junto al cable del ancla y ambos hicieron la señal de pulgares levantados. Nick bajó delante, bajaba mano tras mano, con cuidado, sin dejar nunca completamente el cable. Ella le seguía con la misma cautela. Notando la fuerte corriente que Nick había mencionado y que tiraba de ella, tratando de arrancarla del cable; pero consiguió mantenerse.

Cada dos o tres metros, Nick se detenía para igualar la presión en los oídos y

levantaba la mirada para ver si Carol le seguía y estaba bien. Después continuaba el descenso.

No hubo mucho que ver hasta que llegaron al arrecife. Las fotografías del telescopio habían sido tan claras que les habían confundido. El arrecife con todo su colorido y su abundancia de plantas y vida animal parecía estar justo debajo de ellos debido al enfoque automático del sistema óptico, pero once metros es mucha distancia. Cualquier edificio normal de tres pisos podía haber estado en el suelo del océano debajo del *Florida* y no llegar a tocar su casco.

Cuando por fin llegaron al arrecife donde estaba echada el ancla, Carol se dio cuenta de que había cometido un error. No había sabido reconocer el entorno y por consiguiente no sabía qué dirección tomar para encontrar a las ballenas. Se reprochó brevemente no haber pasado un poco más de tiempo estudiando el monitor para estar segura de reconocer las marcas que hubiera. *Bueno, se dijo. Ya es demasiado tarde. Elegiré una dirección y la seguiré, además, no tengo la menor idea del lugar donde está el objeto que ha hecho sonar la alarma.*

La visibilidad era bastante buena, en unos quince o dieciocho metros en todas direcciones. Carol ajustó ligeramente su chaleco y señaló un paso entre dos partes de arrecife, ambas cubiertas de algas, anémonas de mar y el eterno coral. Nick movió afirmativamente la cabeza. Pegando sus brazos al cuerpo para ofrecer menos resistencia, Carol agitó las aletas y nadó hacia la abertura.

Detrás de ella, Nick la miró nadar con admiración, se movía en el agua con la misma gracia que el banco de peces ángel negros y amarillos que avanzaban a su lado. No había preguntado a Carol sobre su experiencia en buceo y no sabía exactamente qué esperar. Por su soltura y familiaridad con el equipo sospechaba que era una veterana, pero no estaba preparado para encontrar un as del submarinismo. Exceptuando a Greta, no había encontrado otra mujer que se moviera con tanta soltura como él en el agua.

Nick adoraba la paz y la serenidad del mundo rico y vibrante de las profundidades del océano. Lo único que oía siempre abajo era su propia respiración. A su alrededor, los arrecifes de coral bullían de vida, de una belleza y complejidad inimaginables. Ahora, allí, debajo de él había un mero bañándose, acomodado en un hueco del fondo, y dejando a los diminutos limpiadores que le comieran los parásitos acumulados. Un momento antes, el descenso de Nick al fondo había asustado a una manta oculta en la arena. Esta raya enorme, llamada pez-diablo por los especialistas, había salido ondulando de su escondrijo en el último momento, y por muy poco no le había tocado con su fuerte y peligrosa cola.

Nick Williams se encontraba como en casa en este mundo acuático del fondo del golfo de México. Era su recreo y su refugio. Siempre que se sentía triste o preocupado por los acontecimientos de la superficie, sabía que sólo con bucear

encontraría evasión y paz. Excepto en aquella determinada salida, en que experimentaba una inefable emoción, quizás el principio de un anhelo vagamente definido, posiblemente mezclado con recuerdos de años atrás. Estaba siguiendo a una bella sirena que nadaba a lo largo del arrecife y su visión le excitaba. *Me he portado como un colegial, pensó, o peor, como un pelmazo. Y ¿por qué? ¿Porqué es bonita? No, porque está llena de vida, mucha más vida que yo.*

Carol y Nick hicieron dos recorridos diferentes, empezando cada vez desde el cable del ancla, sin encontrar ni las ballenas ni nada inusual. Cuando volvieron al ancla tras la segunda e infructuosa salida, Nick señaló su reloj, llevaban casi media hora bajo el agua. Carol movió afirmativamente la cabeza y luego levantó el índice indicando que probaría una vez más.

Poco después de cruzar sobre un abultado saliente del arrecife, encontraron las ballenas; este saliente, muy alto, quedaba a unos cinco metros de la superficie. Nick las vio primero y señaló hacia abajo. Las tres ballenas estaban unos seis metros por debajo de ellos y quizás a treinta metros de distancia. Seguían nadando despacio, más o menos juntas, dando vueltas en círculo, errantes, tal como las habían visto en la pantalla. Carol indicó a Nick que se apartara, señalando la cámara; después nadó hacia las ballenas, fotografiándolas mientras se acercaba a ellas, estudiando cuidadosamente la profundidad y equilibrando la presión en sus oídos.

Nick nadó a su lado. Estaba seguro de que las ballenas les habían visto a los dos, pero por alguna extraña razón no intentaron huir. En todos sus años de buceador, solamente una vez había visto a una ballena, en mar abierto, aceptar la presencia de un humano. Se trataba de una madre dando a luz en una laguna del Pacífico, frente a la costa de Baja California, cuyos dolores de parto eran una fuerza superior a su instintivo miedo a los humanos. Aquí, incluso cuando Carol se acercó a unos seis metros, las ballenas continuaron su indolente paseo. Parecían estar perdidas o drogadas.

Carol se fue aproximando despacio cuando vio que no intentaban escapar. Tomó más fotografías. Las fotos de cerca de ballenas en su hábitat natural eran todavía raras, así que su excursión podía decirse que ya era un éxito. Pero a ella también la desconcertaba su comportamiento. ¿Por qué ignoraban su presencia? ¿Y qué estaban haciendo en aquel punto determinado? Recordó haberse sorprendido por la ballena solitaria que encontró cuando salió a nadar por la mañana, y volvió a preguntarse si, de algún modo, aquellos acontecimientos estarían relacionados.

Nick seguía a su derecha, a unos dieciocho metros. Le señalaba algo al otro lado de las ballenas y gesticulaba para que se acercara. Se alejó, nadando, de los grandes mamíferos y fue hacia Nick. Inmediatamente vio lo que le había llamado la atención. Por debajo de las ballenas, justo encima del suelo del océano había un gran hueco

oscuro en la base de un arrecife de imponente estructura. A primera vista parecía ser la entrada de una gruta subterránea, pero la vista aguda de Carol observó que la fisura en forma de labio era sumamente lisa y simétrica, sugiriendo casi que se trataba de algún tipo de construcción. Se rio de sí misma al acercarse a Nick, el asombroso mundo submarino y el curioso comportamiento de las ballenas le hacían ver visiones.

Nick señaló el agujero y luego se señaló a sí mismo indicando que iba a bajar y comprobarlo de cerca. Cuando empezó a irse, Carol sintió el urgente impulso de agarrarle por el pie y tirar de él. Un momento después, viendo como se alejaba nadando, un miedo espantoso de origen desconocido la inundó. Empezó a temblar y luchó valientemente contra esta extraña sensación. Se le puso carne de gallina en brazos y piernas y sintió un deseo imperioso de alejarse, de huir, antes de que ocurriera algo terrible.

Un instante más tarde vio a una de las ballenas acercarse a Nick. Si hubiera estado en tierra, hubiera gritado, pero a quince metros de profundidad en el océano, no había forma de advertir a nadie desde lejos. Al acercarse Nick a la abertura ignorante del peligro, fue apartado a un lado por una de las ballenas, con tal fuerza que rebotó en el arrecife y de allí hacia arriba. El tremendo empujón le hizo caer sobre un pequeño montículo de arena. Carol se aproximó nadando sin perder de vista a las ballenas. Nick había perdido su regulador y no parecía hacer nada por remplazado. Se acercó y levantó los pulgares, no obtuvo respuesta. Nick tenía los ojos cerrados.

Carol sintió un coletazo de adrenalina cuando se agachó a recoger el regulador de Nick y se lo metió en la boca. Golpeó su máscara con el puño. Tras unos dolorosos segundos, Nick abrió los ojos. Ella volvió a levantar los pulgares y él sacudió la cabeza como si se sacudiera las telarañas, sonrió, y al fin devolvió la señal. Empezó a moverse pero Carol le detuvo, indicándole con gestos que se quedara sentado, quieto, mientras ella le reconocía apresuradamente. Por la fuerza con que había chocado contra el arrecife, Carol esperaba lo peor. Incluso aunque su equipo estuviera intacto, su piel se habría desgarrado por la dureza cortante de coral y el impacto. Pero, increíblemente, no había heridas importantes ni en Nick ni en su equipo. Lo único que tenía era un par de pequeños rasguños.

Las tres ballenas seguían en el mismo lugar donde se hallaban antes. Mirándolas desde abajo, se le ocurrió a Carol que parecían centinelas guardando un determinado territorio oceánico. Nadaban de un extremo a otro formando un arco de unos doscientos metros. Fuera lo que fuera la causa de que una de las ballenas variara su itinerario y topara con Nick, no estaba nada claro. Pero Carol no deseaba arriesgarse a otro tropiezo, señaló a Nick que la siguiera y se alejaron unos treinta metros hasta un banco de arena entre los arrecifes.

Carol se proponía volver a la superficie tan pronto estuviera segura de que Nick

no estaba seriamente herido, pero mientras examinaba su cuerpo para tener la certeza de que no habían pasado por alto ninguna desgarradura importante en su anterior y apresurado examen, Nick descubrió dos marcas paralelas en la arena, debajo de él. Agarró el brazo de Carol para mostrarle lo que había descubierto. Ambos surcos eran parecidos a huellas de tanque, tendrían unos tres centímetros de profundidad y parecían recién hechas. En una dirección, las huellas iban hacia la fisura del arrecife, debajo de las tres ballenas, en la dirección contraria, se extendían hasta donde alcanzaba la vista, a lo largo del banco de arena, por entre los dos arrecifes mayores del área.

Nick señaló el banco y nadó en aquella dirección siguiendo los surcos fascinado. Ni siquiera se volvió para ver si Carol le seguía. Ésta retrocedió hasta tan cerca de la fisura como se atrevió (¿volvía a imaginar cosas o las tres ballenas la vigilaban mientras recorría el suelo del océano?) para tomar unas fotografías y comprobar que, en efecto, las huellas convergían frente a la fisura, pero lo hizo sin entretenerse. No quería quedar separada de Nick en aquel lugar espectral. Cuando se volvió casi no le veía, pero, afortunadamente, él se había detenido al notar que no le seguía. Cuando finalmente se reunieron, Nick hizo un ademán de excusa. Las líneas paralelas desaparecían en un punto del banco de arena, cuando el banco terminaba en roca, pero Nick y Carol localizaron la continuación de los surcos unos cincuenta metros más allá.

El banco de arena, más parecido a una trinchera que a otra cosa, se iba estrechando tanto que se vieron obligados a nadar unos dos metros por encima para evitar golpearse contra las rocas coralinas de ambos lados. Poco después, huellas y trinchera viraban hacia la izquierda y desaparecían debajo de un saliente. Carol y Nick se detuvieron y permanecieron flotando en el agua, de frente. Sostuvieron una conversación mediante gesticulación de manos y por fin, decidieron que Carol bajaría primero a ver si había algo debajo del saliente, puesto que deseaba una fotografía, un primer plano, del punto donde desaparecían los surcos paralelos.

Carol nadó cautelosamente hasta el suelo de la trinchera, sorteando con habilidad las aristas de ambos lados del arrecife. Cuando desapareció bajo el saliente, la trinchera era lo suficientemente ancha como para apoyar uno solo de sus pies con su aleta. El saliente estaba a unos dieciocho centímetros sobre el suelo, pero no podía inclinarse y mirar por debajo sin arañarse la cara con el arrecife. Delicadamente metió la mano bajo el saliente en dirección al final de las huellas. Nada. Tendría que apoyarse en las rocas y el coral y meter el brazo hasta el fondo.

Mientras Carol trataba de buscar una postura mejor, perdió momentáneamente el equilibrio y sintió el impacto del coral en la parte trasera de su muslo izquierdo. ¡Huy!, pensó, al volver a meter la mano bajo el saliente, *me está bien empleado. Un recuerdo físico de un día asombroso. Embrujado, casi. Curiosas ballenas. Huellas de*



*tanque en el fondo del océano... y ¿eso qué es?* La mano de Carol se cerró sobre algo que parecía una caña metálica de un centímetro de espesor. Era un contacto tan sorprendente que inmediatamente retiró la mano y un escalofrío le recorrió el espinazo. Los latidos de su corazón se aceleraron y se esforzó en respirar despacio para calmarse. Después, decidida, volvió a meter la mano y encontró el objeto. ¿O sería otro objeto? Esta vez notó algo metálico, claro, pero le pareció más grueso y con cuatro púas, como una horquilla. Carol recorrió el objeto con la mano y volvió a encontrar la supuesta caña.

Desde su puesto ventajoso, por encima de ella, Nick comprendió que Carol había encontrado algo. Ahora le tocaba a él sentirse excitado. Nadó hasta ella, que forcejeaba sin éxito para recuperar el objeto, cambiaron de situación y Nick buscó bajo el saliente rocoso. Primero tocó algo que la parecía una esfera lisa del tamaño de la palma de la mano.

Comprendió que el fondo de la esfera descansaba en la arena y que la caña sujeta a ella sobresalía varios centímetros. Se afianzó y tiro de la caña que se movió un poco. Cambió de postura y la cogió por el lado, tirando de nuevo. Unos tirones más y el objeto estuvo fuera del saliente.

Durante casi un minuto Nick y Carol flotaban sobre el objeto metálico dorado que descansaba sobre la arena. Su superficie era lisa a la vista igual que al tacto y en total tendría unos cuarenta y cinco centímetros de longitud. No podía verse más que la superficie lisa y brillante que indicaba que el objeto estaba, en efecto, hecho de algún tipo de metal. Su largo eje terminaba en un extremo en una especie de gancho; a setenta centímetros del gancho estaba el centro de una pequeña esfera, simétricamente construida alrededor de la caña, cuyo radio era de algo más de treinta centímetros. La esfera mayor, la que Nick había tocado primero al meter la mano debajo del saliente, tenía un radio de unos setenta centímetros y estaba en el centro de la caña. Esta esfera también estaba perfecta y simétricamente colocada alrededor de la caña que era su eje. Más abajo de las dos esferas, el objeto carecía de adornos hasta que la caña terminaba en cuatro pequeñas ramas, las púas que Carol había notado en el otro extremo.

Carol fotografió meticulosamente el objeto expuesto frente al saliente. Antes de que hubiera terminado, Nick señaló el reloj, llevaban casi una hora sumergidos. Carol comprobó su válvula de oxígeno y vio que estaba casi en rojo, hizo una señal a Nick y fue a recoger el objeto. Era extremadamente pesado, Nick pensaba que su peso podría ser de unos diez kilos. *Entonces, no estaba sujeto por nada cuando al principio traté de sacarlo, pensó, simplemente pesaba mucho.*

El peso del objeto sirvió para acrecentar la excitación de Nick, que empezó ya cuando vio el color del oro. Aunque nunca había visto nada parecido a ese gancho con púas y esferas, recordó que las piezas más pesadas encontradas en el pecio del

*Santa Rosa*, habían sido todas de oro. Y este objeto era mucho más pesado que nada que jamás hubiera tocado. ¡Jesús!, pensó, soltando algunas pastillas de plomo de su cinturón para facilitar la subida del objeto al barco, *si aquí hay, aunque sólo sean cinco kilos de oro puro, al precio oficial de mil dólares la onza, son 160.000 dólares, y esto puede ser solamente el principio. Venga esto de donde venga, debe de haber más. ¡Bien!, Williams, éste puede ser tu día de suerte.*

Los pensamientos de Carol corrían a un kilómetro por minuto mientras nadaba al lado de Nick hacia el cable del ancla. Estaba ocupada en tratar de integrar todo lo que había visto en la última hora. Tenía ya el convencimiento de que todo estaba relacionado de algún modo con el misil errante de la Marina... el comportamiento de las ballenas, la horquilla de oro terminada en gancho, las huellas de tanque en el océano, aunque en principio no tenía la menor idea de cuál podía ser aquella relación.

Mientras nadaba de regreso, Carol recordó de pronto haber leído, años atrás, una historia sobre las huellas de un submarino ruso descubiertas en el suelo del océano frente a una base naval sueca. Su mente de periodista empezó a montar un escenario loco pero plausible para justificar y explicar todo lo que había visto. *Quizás el misil se estrelló cerca de aquí y siguió mandando datos aunque estuviera sumergido, se dijo. Sus señales electrónicas confundieron a las ballenas, y quizás estas mismas señales fueran captadas por submarinos rusos. Y americanos.* Sus pensamientos llegaron a un callejón sin salida momentánea. *Así que hay por lo menos dos opciones,* pensó de nuevo tras unas brazadas más, viendo como Nick se acercaba al cable con el objeto firmemente apretado en su mano... *O bien he descubierto un complot ruso para localizar y robar un misil americano, o las huellas y la horquilla de oro forman parte de un esfuerzo americano para encontrar el misil sin alertar al público. ¡Qué más da! En un caso u otro es un gran reportaje. Pero debo llevar esta cosa dorada a Dale y el IOM para que la analicen.*

Tanto Nick como Carol estaban peligrosamente bajos de oxígeno cuando llegaron a la superficie, junto al *Florida Queen*. Llamaron a Troy para que les ayudara a subir su trofeo del fondo. Estaban exhaustos cuando finalmente se arrastraron sobre el barco, pero también estaban a tope de excitación, impresionados por los descubrimientos de la tarde. Todo el mundo empezó a hablar a la vez. Troy tenía también su historia que contar, porque había visto algo fuera de lo corriente en el monitor mientras Nick y Carol seguían las huellas por la trinchera. Nick sacó cerveza y bocadillos de la nevera mientras Carol curaba los arañazos que se había hecho en el coral y sonriente el trío se sentó en las tumbonas de cubierta mientras se iba poniendo el sol. Tuvieron mucho que compartir en los noventa minutos del trayecto de vuelta a Cayo West.

La camaradería persistió durante parte del camino de regreso al puerto. Nick ya no estaba taciturno. Excitado por lo que creía era el descubrimiento inicial de un gran tesoro sumergido, hablaba por los codos y contó por lo menos dos veces su encuentro con la ballena. Estaba seguro de que la colisión había sido accidental que la ballena simplemente se desplazaba en aquella dirección por alguna razón, y no se había dado cuenta de que él estaba allí.

—Imposible —había afirmado cuando Carol sugirió que la ballena le había golpeado deliberadamente porque le vio ir hacia la fisura del arrecife—. ¿Quién ha oído jamás hablar de ballenas guardando un punto en el océano? Además, si su teoría es cierta, ¿por qué la ballena no me atacó *de verdad* y acabó conmigo? ¿Me pide que acepte que las ballenas custodiaban una cueva subterránea? ¿Y que con el empujón me advertían de que no me acercara? —se rio de buena gana—. Deje que le pregunte algo, Miss Dawson, ¿cree usted en hadas y elfos?

—Desde donde me encontraba yo —respondió Carol—, le aseguro que todo fue planeado.

No tocó más el tema, en realidad, tras las primeras exclamaciones, no habló gran cosa durante el trayecto de regreso a Cayo West. Ella también estaba excitada pero preocupada porque si hablaba demasiado podría, sin querer, dar a conocer sus pensamientos sobre la posible conexión entre lo que habían visto y el misil perdido. Tampoco quería mencionar su miedo sobrenatural, poco antes de que la ballena empujara a Nick, o la red de huellas que creyó hacer visto converger bajo la base de la fisura.

En cuanto a Nick, el objeto descubierto era decididamente parte de un tesoro. No le preocupaba el hecho de que estuviera oculto bajo un saliente al final de unos extraños surcos. Se lo quitó de la cabeza sugiriendo que tal vez alguien había encontrado el tesoro sumergido unos años antes y había ocultado algunas de las mejores piezas. (Pero ¿por qué las huellas eran recientes? ¿Y qué las había hecho? Carol quería hacer estas preguntas pero se dio cuenta de que era mejor, en interés de Nick, dejarle seguir convencido de que había encontrado un tesoro). Nick estaba cerrado a todo argumento e incluso a cualquier hecho que no apoyara su teoría del tesoro. Para él era emocionalmente vital que aquel gancho de oro fuera la primera pieza de un gran descubrimiento, y como la mayoría de la gente, era capaz de bloquear sus facultades críticas normalmente agudas, cuando éstas implicaban una complicación emocional del resultado.

Cuando Nick y Carol se calmaron lo bastante como para escuchar, Troy tuvo oportunidad de contar su historia.

—Después de que abandonarais el área situada debajo del barco, supongo que

para seguir la trinchera, empecé a preocuparme y me puse a vigilar continuamente el monitor. Ahora bien, ángel, esas tres ballenas siguieron nadando en su mismo estúpido recorrido durante más de una hora, así que no las vigilé de cerca.

Troy se había levantado de su tumbona y paseaba por delante de Carol y Nick. Era una noche oscura; unas nubes bajas venidas del norte bloqueaban la luna y oscurecían la mayoría de las estrellas. El reflector en la parte de la marquesina iluminaba de vez en cuando las finas facciones de Troy al entrar y salir de las sombras.

—Como me proponía encontraros, alcé la supresión de la alarma tal como me enseñó usted y oí regularmente el ding-dong-ding de las ballenas. Ahora, oídmelo bien, pasados un par de minutos, sonó una cuarta alarma. Miré el monitor, esperando veros a uno de vosotros, y vi otra ballena, de la misma especie, nadando por debajo de las otras tres y en dirección opuesta. A los diez segundos, las ballenas originales dieron la vuelta rompiendo su continuo giro y siguieron a la nueva ballena fuera del monitor, a la izquierda. Ya no volvieron.

Troy terminó la historia en un tono dramático y Nick rio con fuerza:

—¡Jesús!, Jefferson, hay que ver cómo cuentas una historia. Supongo que ahora me dirás que esas ballenas estaban estacionadas allí y que la nueva vino a darles órdenes distintas. O algo parecido. Cielos, entre tú y Carol, querréis hacerme creer que las ballenas están organizadas en patrullas o algo así.

Nick se calló. Troy estaba decepcionado porque Carol no había dicho nada.

—Ahora —continuó Nick sin dar importancia a la historia de Troy y yendo al asunto en el que estaba pensando desde hacía casi una hora— tenemos algo muy importante que discutir. Hemos traído del océano algo que seguro que vale mucho dinero. Si nadie más puede demostrar que le pertenece, pertenecerá a los que lo han encontrado.

Nick miró primero a Carol y después a Troy:

—Aunque soy el capitán y propietario de este barco y he subido el objeto desde el mar, estoy preparado a repartir las ganancias entre los tres. ¿Os parece justo a vosotros dos?

Hubo un silencio moderadamente largo antes de que Troy contestara:

—Claro, Nick, me parece justo —Nick sonrió y estrechó su mano. Luego tendió la mano a Carol.

—Un momento —dijo ésta sin inmutarse mirando directamente a Nick y sin aceptar su mano—. Puesto que usted es el que ha decidido iniciar esta conversación, hay varios puntos más que discutir. No es simplemente una cuestión de dinero por el objeto. Está también la cuestión de posesión. ¿Quién guarda el objeto de oro? ¿Quién decide si lo ofrecido es un precio justo? ¿Qué estamos dispuestos a decir o no decir a los demás? ¿Y qué pasa si se encuentran más objetos por uno o más de nosotros? ¿Lo

compartimos todo? Hay todo un acuerdo que debemos aclarar antes de atracar.

Nick frunció el ceño.

—Ahora comprendo por qué ha estado tan callada estos últimos minutos. Ha estado pensando en su parte. La había juzgado mal, pensé que habría decidido no crear más problemas...

—¿Quién ha hablado de crear problemas? —le interrumpió bruscamente Carol, alzando ligeramente la voz—. Si quiere saberlo, estoy poco interesada en el maldito dinero. Aceptaré alegremente el tercio de dólares que me toque por el tridente, porque es cierto que me los merezco. Pero si hay más tesoros ahí abajo y usted y Troy pueden encontrarlos sin mí, suyo será. Lo que yo quiero es algo más.

Ambos hombres la escucharon ahora atentamente:

—Antes que nada, quiero los derechos exclusivos de esta historia, y esto quiere decir secreto *absoluto* sobre lo que hemos encontrado, cuándo, dónde y todo lo relacionado con ello... por lo menos hasta que tengamos la seguridad de que no hay más que saber. Segundo, quiero posesión inmediata del objeto durante cuarenta y ocho horas, antes de que nadie más sepa que existe. Después, pueden quedárselo y llevarlo a las autoridades para que lo evalúen.

¡*Ho, ho!*, se dijo Carol al ver las curiosas miradas que había provocado en Nick y Troy. *Me he pasado. Sospechan algo. Mejor aflojar un poco.* Les dirigió una sonrisa resplandeciente y terminó:

—Les he expuesto mi punto de vista inicial. Supongo que van a ser necesarias ciertas negociaciones.

—Caramba, ángel —rio Troy—, vaya perorata. Por un instante pensé que había todo un juego en marcha y que era la única que lo jugaba. Naturalmente, tanto el profesor como yo estaremos encantados de discutir un acuerdo con usted, ¿verdad, Nick?

Nick afirmó con la cabeza, pero a él también le había intrigado la minuciosa exposición e inconfundible intensidad de la reacción de Carol. Parecía desproporcionada al valor periodístico de lo encontrado. *¿Trata acaso de fomentar una rivalidad entre nosotros?*, pensó. *¿O es que hay algo que se me escapa?*

Ya habían llegado a un acuerdo cuando el *Florida Queen* atracó en el muelle de Cayo West. Nick se llevaría el juguete de oro (a ambos hombres les gustó el nombre que le había dado Carol) el viernes por la mañana. Había una anciana de Cayo West que era un compendio de conocimientos sobre tesoros y podría indicarles su valor y su probable lugar de origen. La mujer sería también testigo de su descubrimiento en caso de que el tridente se perdiera. El viernes por la tarde, los tres se reunirían en el barco o en el aparcamiento del puerto, a las cuatro. Nick entregaría el objeto a Carol y ella lo tendría durante el fin de semana. Después de devolvérselo a Nick el lunes

por la mañana, él se haría responsable de su cuidado y eventual venta. Los tres eran copropietarios del tridente, pero Carol soslayó cualquier interés en futuros descubrimientos. Carol redactó los términos del sencillo acuerdo en el dorso del menú de un restaurante, que sacó del bolso, todos lo firmaron, y les prometió entregarles copias al día siguiente.

Troy estaba apagado y silencioso mientras cargaba otra vez el equipo de Carol en el cofre. Lo levantó sobre el carrito y tiró de éste por el muelle. Carol caminaba a su lado. Eran casi las nueve y el puerto estaba en silencio. Las altas farolas fluorescentes creaban extraños reflejos en los muelles de madera.

—Bien, ángel —dijo Troy cuando él y Carol llegaban al despacho central—, ha sido un gran día. He sido realmente feliz en su compañía —se volvió a mirarla. Su cabello negro se había secado a medias y parecía un poco despeinado, pero su rostro era hermoso a la luz de los reflejos. Troy desvió la mirada hacia el agua y los barcos—. ¿Sabe?, es una vergüenza cómo se desenvuelve la vida a veces. Se tropieza uno con alguien, por casualidad, se inicia una amistad y de pronto, ¡puf! se acabó. Es todo tan... tan transitorio.

Carol se le acercó y empujándose le dio un beso en la mejilla.

—Tú sabes que también me gustas —le respondió e iluminó las palabras con una sonrisa, asegurándose de que Troy comprendía la clase de amistad que podían tener—. Anímate. No está todo perdido, volverás a verme mañana un rato y también quizá cuando devuelva el juguete el lunes.

Le cogió del brazo y anduvieron juntos por el muelle, lejos del carrito cargado.

—¡Quién sabe! —rio Carol—. Vuelvo a los Cayos de vez en cuando, podríamos tomarnos unas copas y me contarías más historias —apenas se distinguía el foco de la marquesina del *Florida Queen* a unos cien metros de distancia—. Veo que tu amigo el profesor está aún trabajando. Las despedidas no son su fuerte, y ningún tipo de modales por lo que he visto.

Le soltó el brazo y se volvió en busca del carrito. Pasaron por las oficinas aparentemente desiertas, sin hablar. Cuando el cofre estuvo cargado en la ranchera, Carol abrazó a Troy:

—Eres una gran persona Troy Jefferson. Te deseo lo mejor.

Nick se disponía a marchar cuando Troy regresó al barco. Estaba llenando una bolsa.

—Tiene un aspecto inocente, ¿no crees Troy? Nadie sospecharía que uno de los grandes tesoros del océano está dentro... —hizo una pausa y cambió de tema—. ¿La has dejado a salvo en su coche? Bien. Es una mujer rara ¿verdad?, misteriosa y agresiva, pero a la vez tan bonita. Me pregunto ¿qué le interesa?

Nick cerró la cremallera de la bolsa y caminó por el lado de la marquesina.

—Ordena sólo el equipo de buceo esta noche. No te preocupes por el resto del barco... lo ordenaremos mañana. Me voy a casa a soñar con riquezas.

—Hablando de riquezas, profesor —sonrió Troy— ¿qué hay del préstamo de cien dólares que te pedí el martes? No me has vuelto a decir nada, y entonces me dijiste que veríamos.

Nick se acercó lentamente a Troy y se plantó delante de él. Le habló muy despacio:

—Debí de haber hecho un discurso cuando me pediste el primer préstamo. Y aquí estamos ahora, prestatario y prestamista, y no me gusta. Te prestaré cien dólares, Mr. Troy Jefferson, pero ésta es la última vez. Por favor, no vuelvas a pedirme nada más. Estos préstamos para tus supuestos inventos me hacen difícil trabajar contigo.

A Troy le sorprendió la inesperada dureza del tono de Nick y también le irritó la indiferencia de la última frase.

—¿Estás insinuando —dijo Troy con voz contenida, sin dejar traslucir su enfado— que no te digo la verdad, que no me gasto el dinero en la electrónica? ¿O me estás diciendo que no crees que un negro ignorante pueda inventar algo que merezca la pena?

Nick volvió a mirarle.

—Ahórrame tu justa indignación racial. Esto no es una cuestión de prejuicios o mentiras, es dinero, pura y simplemente dinero. Mis préstamos están jodiendo nuestra amistad —Troy iba a hablar pero Nick no le dejó—. Mira, éste ha sido un día muy largo. Y también fascinante. He dicho cuanto quería decir sobre el préstamo y considero terminado el asunto.

Nick recogió su bolsa, dio las buenas noches y salió del *Florida Queen*. Troy pasó detrás de la marquesina para ordenar el equipo de buceo. Diez minutos más tarde, cuando estaba terminando, oyó que alguien le llamaba:

—¡Troy...! ¡Troy!, ¿eres tú? —gritó una voz con fuerte acento.

Troy se asomó y vio a Greta de pie en el muelle, bajo la luz fluorescente. Aunque ahora el aire era fresco, vestía su habitual y escaso bikini que ponía en evidencia su maravilloso físico. Troy le dedicó una gran sonrisa:

—¡Vaya, vaya, si es la supergermana! ¿Cómo demonios estás? Veo que sigues cuidando ese imponente cuerpo.

Greta esbozó un principio de sonrisa.

—Homer, Ellen y yo organizamos una pequeña fiesta esta noche, vimos que estabas aún trabajando y pensamos que a lo mejor te gustaría venir cuando termines.

—Puedes que sí —dijo Troy moviendo la cabeza—. A lo mejor sí que voy.

—¡Oh, Dios!, ¿no podemos parar ya? ¿Por fin? Por favor, déjanos. Está todo tan tranquilo aquí, ahora —hablaba a las estrellas y al cielo. La cabeza del anciano cayó hacia delante, en la silla de ruedas, al exhalar el último suspiro. Hannah Jelkes se arrodilló a su lado para ver si realmente había muerto y, después de besarle en la cabeza, levantó la suya con una sonrisa de paz. El telón cayó y se alzó a los pocos segundos. La compañía se reunió en el escenario.

—Está bien, basta por esta noche, buen trabajo. —El director, un hombre de unos sesenta años, con un pelo canoso que empezaba a clarear, se acercó al escenario—. Buena representación Henrietta, prueba a repetirlo igual mañana por la noche para el estreno, la justa combinación de resistencia y vulnerabilidad —Melvin Burton subió al escenario—. Y tú, Jessie, si consigues que Maxine sea más sensual, se nos comerán —dio una vuelta sobre sí mismo y rio con otras dos personas en las primeras filas del teatro.

—Muy bien, pandilla —Melvin se dirigió a la compañía—, podéis iros a casa y descansar mucho. Esta noche ha estado mejor, muy bien. ¡Oh!, comandante, ¿pueden usted y Tiffani quedarse un minuto más después cambiarse? Tengo un par de cosas que decirles.

Volvió a bajar del escenario y regresó a la cuarta fila de butacas donde estaban sentados sus dos asociados. Uno era una mujer mayor que Melvin pero con brillantes ojos verdes detrás de sus gafas de abuelita. Llevaba un traje estampado lleno de colores primaverales. La otra persona era un hombre de unos cuarenta años, con rostro de intelectual y expresión cálida y abierta. Melvin estaba nervioso al sentarse junto a ellos.

—Me preocupaba, cuando elegimos *La noche de la iguana*, el que resultara demasiado difícil para Cayo West. No es tan conocida como *Un tranvía* o *El zoo de cristal*. Y en cierto modo los personajes son tan raros como los de *De pronto, el pasado verano*, pero parece que sale bien. Si pudiéramos afinar las escenas entre Shannon y Charlotte...

—¿Sientes haber añadido el prólogo? —preguntó la mujer. Amanda Winchester era una institución en Cayo West. Entre otras cosas, era la decana de los empresarios teatrales de la resucitada ciudad. Dueña de dos de los nuevos teatros junto al puerto, había sido la responsable de la formación de, por lo menos, tres diferentes grupos de repertorio, locales. Le gustaban las obras de teatro y la gente del teatro, y Melvin Burton era su director preferido.

—No, no lo siento, Amanda. Ayuda claramente a la obra a ofrecer una sensación inicial de lo frustrante que puede ser llevar un grupo de feligresas baptistas a un viaje a México en verano. Y sin la escena de sexo entre Charlotte y Shannon en aquella



calurosa habitación de hotel, no estoy seguro de que su relación sea creíble para el público... —reflexionó un momento—. Huston hizo lo mismo con la película.

—Ahora mismo la escena de sexo no queda bien —observó el otro hombre—. En realidad es casi cómica, los abrazos que se dan son como los que mi hermano da a sus hijas.

—Ten paciencia, Marc —respondió Melvin.

—Hay que hacer algo o suprimir el prólogo —asintió Amanda—. Marc tiene razón, esta noche la escena resultaba casi cómica. Parte del problema es que Charlotte parece una niña, en esta escena —hizo una breve pausa antes de continuar—. Verás, la muchacha tiene un pelo precioso y se lo hemos recogido en lo alto de la cabeza para que parezca decorosa y correcta. Está claro que no lo llevaría suelto todo el día en el calor de un verano mexicano, pero ¿y si se lo *soltara* cuando va a la habitación de Shannon?

—Es una idea fantástica, Amanda. Como he dicho infinidad de veces podrías haber sido un director fabuloso. —Melvin miró a Marc y cambiaron una sonrisa. Luego el director se recostó en su butaca y empezó a pensar en lo que iba a decir a sus dos personajes dentro de un momento.

Melvin Burton era un hombre feliz. Vivía con su compañero Marc Adlen desde hacía quince años, en una casa en la playa de Cayo Sugarloaf, a unos dieciséis kilómetros al este de Cayo West. Melvin había dirigido teatro en Broadway durante casi una década y estaba asociado al teatro de una manera u otra desde los cincuenta. Siempre prudente con su dinero, había conseguido ahorrar una cantidad impresionante en 1979 y preocupado por el impacto de la inflación sobre sus ahorros, buscó consejo en un contable amigo y asociado. Fue casi un flechazo. Marc tenía entonces veintiocho años, era tímido, solitario e inseguro de sí mismo en el bullicioso Nueva York. El *savoir faire* de Melvin y su fama teatral hicieron conocer a Marc aspectos de la vida que jamás había imaginado.

Cuando la Bolsa se disparó a mediados de los ochenta, Melvin vio cómo su dinero alcanzaba casi el millón de dólares, pero otros aspectos de su vida no eran tan satisfactorios. La epidemia de SIDA golpeó duramente a la comunidad teatral de Nueva York y tanto Marc como él perdieron antiguos amigos. La carrera de Melvin también pareció estancarse; ya no se le consideraba uno de los primeros directores.

Una noche, camino a casa desde el teatro, Marc fue atacado por un grupo de jóvenes gamberros. Le pegaron, le robaron el reloj y la cartera y le abandonaron sangrando en la calle. Mientras el entristecido Melvin curaba las heridas de su amigo, tomó una importante decisión, abandonaría Nueva York, vendería sus acciones y convertiría su fortuna en inversiones a renta fija. Compraría una casa donde no hiciera frío y estuvieran seguros, donde pudieran relajarse, leer y nadar juntos. Tal vez haría un poco de teatro comunitario si era posible, pero eso no era lo importante.

Lo que *era* importante era que compartirían los años que le quedaban a Melvin.

Melvin se encontró con Amanda un día en que él y Marc estaban de vacaciones en Cayo West. Habían trabajado juntos, aunque brevemente, en un proyecto que nunca prosperó, veinte años atrás. Amanda le contó que acababa de formar un grupo de teatro local, de aficionados, para representar dos obras de Tennessee Williams al año. ¿Le interesaría dirigirles?

Melvin y Marc se trasladaron de Cayo West y empezaron a levantar su casa en Cayo Sugarloaf. Ambos disfrutaron de su trabajo con los «Cayo West Players». Los actores eran gente corriente, dedicada y entusiasta. Algunos habían tenido cierta experiencia teatral, pero la mayoría, secretarias, amas de casa, dependientes, oficiales y soldados de la Estación Aero-Naval de los Estados Unidos, eran todos novatos con una cosa en común: cada uno, consideraba sus pocos días en el escenario como su mayor momento de gloria, y deseaban sacarle el máximo partido.

El comandante Winters fue el primero en salir del camerino. Iba de uniforme (había llegado al ensayo directamente desde la base) y parecía un poco envarado e inseguro. Se sentó en una de las butacas junto a Amanda Winchester.

—Me ha alegrado volver a verle —dijo Amanda estrechándole la mano—. Encontré que su papel de Goober, en otoño, fue perfecto.

Winters le dio las gracias y Amanda cambió de tema:

—¿Cómo van las cosas por la base? Leí un artículo el otro día en el *Miami Herald* sobre todo el armamento moderno que tiene hoy día la Marina, submarinos sin piloto, aviones de despegue vertical y torpedos de busca y captura. Parece que no hay límites a nuestra capacidad de producir juguetes más potentes y más peligrosos para la guerra. ¿Está usted mezclado en todo esto?

—De forma muy limitada —respondió amablemente el comandante Winters. Luego, anticipándose a la discusión con el director, se inclinó para ver también a Melvin y Marc—. Debo excusarme si he estado un poco soso esta noche —empezó—. Tenemos un par de problemas gordos en la base y tal vez estuve un poco ausente, pero mañana...

—¡Oh!, no —le interrumpió Melvin—, no es eso lo que quería decirle. Es sobre su primera escena con Tiffani... ¡Ah! Aquí viene, subamos al escenario.

Tiffani Thomas tenía casi diecisiete años y era alumna de la escuela superior de Cayo West. Una niña de la Marina durante toda su vida, Tiffani había estado en siete diferentes escuelas en los once años que habían transcurrido desde el parvulario. Su padre era un suboficial que había sido asignado a Cayo West hacía tres meses. La había recomendado a Melvin Burton la profesora de teatro de la escuela superior, cuando se hizo patente que Denise Wright, sencillamente, no podía representar el papel de Charlotte Goodall.

—No ha hecho nada conmigo, excepto ensayar —dijo de Tiffani la profesora—,

pero aprende los papeles rápidamente y tiene una calidad, una intensidad que, a mi entender, la hacen sobresalir entre las demás. Y se nota que ha trabajado antes. No sé si podrá prepararse en tres semanas, pero de momento es la que prefiero. Tiffani no habría sido calificada de guapa por sus condiscípulos de Florida. Sus facciones se apartaban demasiado de lo corriente para ser debidamente apreciadas por la mayoría de los chicos de la escuela superior. Lo mejor de ella eran sus ojos aceitunados, tranquilos y melancólicos, sus ligeras pecas sobre una tez pálida, sus largas pestañas rojas con reflejos castaños y una magnífica cabellera pelirroja. Tenía buen porte, muy erguida, no encorvada como la mayoría de adolescentes, así que probablemente parecería estirada a sus compañeros, «llamativa» decía de ella Amanda, acertadamente, al verla por primera vez.

Esperaba en el escenario sola, con sus tejanos y blusa de manga corta, mientras llegaban los dos hombres. Llevaba el cabello recogido en una cola de caballo, tal como gustaba a su padre. Tiffani era muy nerviosa, le preocupaba lo que Mr. Burton fuera a decirle; había oído a la compradora que hacía de Hannah Jelkes decir que Melvin podía suprimir el papel de Charlotte «si la nueva no puede con él». *He trabajado tanto para este papel, pensó Tiffani. ¡Oh! Por favor, por favor, que no sean malas noticias.*

Tiffani estaba mirándose los pies cuando Melvin Burton y el comandante Winters se reunieron con ella.

—Bien —dijo Melvin—. Vayamos al grano. La primera escena con vosotros en la habitación del hotel, no funciona, es un desastre. Debemos hacer algunos cambios.

Melvin vio que Tiffani no le miraba. Con dulzura le puso la mano bajo la barbilla y le levantó la cabeza hasta que sus ojos se encontraron.

—Debes mirarme criatura, porque intento decirte cosas muy importantes —se fijó en que tenía los ojos llenos de lágrimas y sus años de experiencia le hicieron comprender lo que pasaba. Se inclinó hacia ella y le murmuró de forma que nadie más pudiera oírle—. He dicho que cambiaríamos algunas cosas, no que suprimiría la escena, ahora recóbrate y escucha.

Burton volvió a adoptar su voz de director y se volvió a Winters.

—En esta escena, comandante, su personaje Shannon y la joven Miss Goodall empiezan un juego que termina más tarde en un juego de amor. En la escena siguiente son descubiertos, en flagrante delito, por la aturdida Miss Fellowes. Y esto provoca la desesperada situación que hace a Shannon correr junto a Maxine y Fred en el Costa Verde.

—Pero nuestra escena no funciona porque nadie que la vea creerá que lo que están haciendo es prepararse. Puedo cambiar el juego para hacerlo más fácil —metiendo a Shannon en la cama cuando descubre a Charlotte detrás de la puerta, sería una manera—, también puedo cambiar la ropa de Charlotte para que parezca menos

niña, *pero* hay algo que no puedo hacer... —Melvin calló y miró a Tiffani y a Winters. Ambos le observaban sin comprender.

—Venga aquí, vengan aquí los dos —Melvin gesticuló impaciente con la mano derecha. Volvió a bajar la voz—. Son dos amantes por una noche, en esta obra. Es esencial que el público se lo crea, o no comprenderán por qué Shannon ya no puede más, como la iguana. Shannon está desesperado porque en un principio fue expulsado de su iglesia por ceder a la lujuria...

Ambos escuchaban, pero la intuición de Melvin le dijo que aún no le habían captado. Tuvo otra idea. Tomó la mano de Tiffani y la puso en la del comandante, cerrando su mano sobre las de ellos para dar mayor énfasis:

Sus ojos estaban en contacto:

—Y él, es un hombre guapo, ¿verdad Tiffani? Quiero que te imagines que tienes un deseo incontrolable de tocarle, besarle, estar desnuda junto a él. —Tiffani enrojeció, Winters se movió inquieto. Melvin estaba casi seguro de haber notado una chispa, aunque fugaz.

—Ahora bien —continuó mirando a Tiffani y dejando sus manos—, quiero que mañana recobres *esta* emoción cuando estés escondida en su habitación. Quiero que parezca que estalla en ti cuando se da cuenta de que estás allí. Y usted, comandante —contempló al maduro oficial naval—, usted está desgarrado entre su gran pasión por poseer físicamente a esta joven y el reconocimiento casi seguro de que va a ser la ruina final de su vida y de su alma. Está usted atrapado sin esperanza. Recuerde, teme que Dios ya le haya abandonado por sus pecados pasados, pero, pese a ello, cede a su lujuria y comete otro pecado imperdonable.

Tiffani y el comandante se dieron cuenta al mismo tiempo de que sus manos seguían entrelazadas. Se miraron un momento y luego, turbados, se separaron torpemente. Melvin Burton pasó entre sus dos actores y rodeó sus hombros, diciendo:

—Así que váyanse a casa ahora y piensen en lo que les he dicho. Y vuelvan mañana y pártanse el alma.

Vernon Winters condujo el «Pontiac» hasta su entrada en los suburbios de Cayo West, justo antes de las once. La casa estaba silenciosa, las únicas luces encendidas eran las de la cocina y el garaje. *Ordenada como las estrellas*, pensó Vernon, *Hap acostado a las diez y Betty en cama a las diez y media*. Mentalmente vio a su mujer entrando en el dormitorio de su hijo, como hacía todas las noches, y entreteniéndose momentáneamente con las sábanas y la colcha.

—¿Has rezado?

—Sí, señora —contestaba Hap invariablemente.

Luego le daba las buenas noches, le besaba en la frente, apagaba su luz al salir de la habitación y pasaba a su propia alcoba. A los diez minutos ya se había puesto el

pijama, lavado los dientes y la cara. Entonces se arrodillaba junto a su cama, apoyaba los codos sobre la manta y cruzaba las manos delante del rostro.

—Querido Dios —decía en voz alta, y a continuación rezaba hasta exactamente las diez y media, moviendo silenciosamente los labios y con los ojos cerrados. Cinco minutos después estaba dormida.

Vernon experimentó un vago desasosiego al cruzar el cuarto de estar en dirección a los tres dormitorios del lado de la casa opuesto al garaje. Algo extraño se movía dentro de él, algo que no supo identificar, pero que supuso estaba asociado, o a su nerviosismo ante la noche del estreno, o al súbito retorno de Randy Hilliard a su vida. Deseaba poder hablar con alguien.

Primero se detuvo en el dormitorio de Hap. Entró despacito a oscuras y se sentó en el borde de la cama de su hijo. Una lucecita nocturna en la mesita de noche iluminaba su perfil. *¡Cómo te pareces a tu madre!*, pensó Winters. *¡Qué unidos estáis! Yo parezco casi un intruso en mi propia casa.* Apoyó la mano suavemente en la mejilla de Hap. El muchacho no se movió. *¿Cómo puedo compensarle por todo el tiempo que estuve fuera?*

Winters despertó dulcemente a su hijo.

—Hap —dijo en voz baja—, soy papá.

Henry Pendleton Winters se frotó los ojos y se incorporó rápidamente:

—Sí, señor, ¿ocurre algo? ¿Está bien mamá?

—No —contestó su padre y se rio—. Quiero decir sí, mamá está muy bien. No pasa nada, sólo quería hablar contigo.

Hap miró el reloj de su mesita.

—¡Hmmm! Bueno, bien, papá. ¿De qué quieres que hablemos?

Winters tardó en responder:

—Hap, ¿has leído la copia de la obra que conseguí para ti y para tu madre, la de mi representación?

—No, señor. No mucho. Lo siento pero no pude entenderla, me temo que es demasiado para mi cabeza —sonrió—. Pero estoy impaciente por verte mañana por la noche... —hubo una pausa—. Pero ¿de qué trata en realidad?

Winters se levantó y miró por la ventana abierta.

Más allá de la persiana podía oír el suave susurro de los grillos.

—Se trata de un hombre que pierde el afecto de Dios porque no quiere o no puede controlar sus actos. Se trata de... —Winters volvió la cabeza y vio a su hijo mirando el reloj. Una punzada de emoción le lastimó, esperó hasta que hubo cedido y respiró profundamente murmurando—: Bueno, podemos hablar en otro momento, hijo. Ya veo que es muy tarde.

Anduvo hasta la puerta.

—Buenas noches, Hap.

—Buenas noches, señor.

Vernon Winters pasó por delante de la alcoba de su mujer hasta el tercer dormitorio, el suyo, al final del vestíbulo. Se desnudó despacio, más consciente ahora que antes de un deseo insatisfecho. Por un segundo pensó en despertar a Betty para hablar y a lo mejor..., pero lo pensó mejor. *No es su estilo, se dijo, ni lo fue nunca. Incluso antes, cuando dormíamos juntos Y después de Libia y de mis sueños y lágrimas por la noche, no puedo censurarla por querer dormir sola.*

Se metió en la cama en calzoncillos. La sedante melodía de los grillos le envolvió. *Ella tiene a su Dios y yo tengo mi desesperanza. No queda nada entre nosotros excepto Hap, nos acoplamos como extraños, temiendo ambos cualquier descubrimiento.*

—La sala de comunicaciones cerrará dentro de cinco minutos. La sala de comunicaciones cerrará dentro de cinco minutos.

La voz grabada, incorpórea, parecía cansada. Carol Dawson también estaba cansada. Hablaba con Dale Michaels en el videofono. Sobre la mesa y debajo de la pantalla y del vídeo estaban tiradas las fotografías.

—De acuerdo —decía Carol—, pienso lo mismo que tú. La única forma que tengo de descifrar este rompecabezas es llevarlas ahí, a Miami, con la grabación de telescopio —suspiró y luego bostezó—. Estaré ahí a primera hora de la mañana, en el vuelo que llega a las siete y media, para que IPL pueda echar un vistazo a los datos recogidos. Pero recuerda, debo estar de vuelta a tiempo de recoger el tridente de oro, a las cuatro. ¿Puede el laboratorio procesar todos los datos en un par de horas?

—Esto no es lo difícil. Lo duro va a ser intentar analizar los datos y formar con ellos una historia coherente en una o dos horas.

El doctor Dale estaba sentado en su sofá, en el cuarto de estar de su espacioso chalet de Cayo Biscayne. Frente a él, encima de la mesita, había un magnífico tablero de ajedrez de jade con los cuadros en verde y blanco. Seis figuras talladas estaban aún sobre el tablero, las dos reinas y cuatro peones, dos de cada bando. Dale Michaels calló y miró significativamente a la cámara:

—Sé lo importante que es esto para ti. He cancelado mi cita de las once para poder ayudarte.

—Gracias —dijo Carol maquinalmente. Se sentía algo irritada. *Por qué será que, pensó, mientras Dale le hablaba de uno de sus nuevos proyectos en el IOM, los hombres exigen siempre gratitud por cada pequeño sacrificio. Si una mujer cambia sus planes en beneficio de un hombre, es lo que se espera de ella. ¡Ah! Pero si un hombre modifica sus preciosos planes, es una jodida concesión.*

Dale siguió hablando, ahora le contaba, entusiasmado, un nuevo esfuerzo del Instituto para la vigilancia de los volcanes submarinos de los alrededores de Papúa, Nueva Guinea. *Brrr*, sonrió Carol para sí cuando se dio cuenta de que el interés de Dale por su propio proyecto la molestaba, *debo de estar muy cansada. Me siento a punto de ser intransigente.*

—¡Eh! —le interrumpió Carol. Se levantó y empezó a recoger las fotografías desparramadas por allí—. Siento tener que poner punto final a este encuentro, pero se disponen a cerrar la sala y estoy agotada. Te veré por la mañana.

—¿No vas a jugar? —preguntó Dale mostrándole el tablero.

—No, no voy a jugar —y Carol dejó entrever su irritación—. Y puede que no lo haga nunca más. Cualquier jugador normal hubiera aceptado las tablas que te ofrecí el pasado fin de semana y pasado a cosas más importantes. Tu maldito ego no puede,

sencillamente, aceptar la idea de que en un juego de cada cinco te domine y te acorrale.

—Se sabe de muchos que han cometido errores en el movimiento final —arguyó Dale, evitando reconocer el desprecio de la última observación—. Pero sí sé que estás cansada, te recogeré en el aeropuerto y te llevaré a desayunar.

—De acuerdo, buenas noches. —Carol colgó el videófono con cierta brusquedad y metió todas las fotografías en su cartera. Tan pronto como salió del puerto, llevó su cámara y películas directamente al cuarto oscuro del *Cayo West Independent*, donde pasó una hora revelando y estudiando las fotos. Los resultados eran intrigantes, especialmente un par de instantáneas. En una de ellas se veían claramente cuatro surcos separados convergiendo en un punto debajo de la fisura. En otra foto, los cuerpos de las tres ballenas habían sido captados en una postura en la que parecían enfrascadas en una profunda conversación.

Carol cruzó el espacioso vestíbulo del «Marriott Hotel». El piano-bar estaba casi desierto y el delgado pianista negro tocaba una vieja melodía de Karen Carpenter, *Adiós al amor*. Un apuesto caballero de unos treinta o cuarenta años besaba a una rubia llamativa en un rincón, a la derecha. Carol se indignó. *Esta cría no debe tener más de veintitrés años, se dijo, probablemente es su secretaria o algo igualmente importante.*

Al enfilear el largo corredor que llevaba a su habitación, pensó en su conversación con Dale. Éste le había dicho que la Marina tenía pequeños vehículos robot, algunos de ellos derivados de diseños de IOM, que podían haber hecho los surcos fácilmente. Así que sería virtualmente cierto que los rusos poseyeran vehículos similares. Había dejado de lado el comportamiento de las ballenas como irrelevante, pero pensaba que su fracaso en investigar si había algo más debajo del saliente había sido un fallo grave. *Naturalmente*, pensó Carol cuando él lo dijo, *debí pasar un minuto más buscando. Cuernos. Espero no haberlo estropeado.* Mentalmente había revivido con sumo cuidado toda la escena del saliente para intentar recordar si había algún otro indicio de que algo más pudiera estar oculto allí.

La mayor sorpresa de su discusión con Dale se había producido cuando Carol, de pasada, alabó la forma en que la nueva alarma de algoritmo había funcionado. Dale, de pronto, se había mostrado interesadísimo:

—¿Así que el código de alerta marcaba decididamente 101?

—Sí, por eso fue por lo que no me sorprendió tanto encontrar el objeto.

—Eso no —cortó Dale enfático—. El tridente no podía causar el código de alerta. Incluso encontrándose al borde del campo visual del telescopio, y me parece improbable dado que seguiste un buen rato la trinchera, es demasiado pequeño para que se disparara la alarma de objeto extraño. ¿Y cómo podía ser visto debajo del saliente? —Dale hizo una corta pausa—. No miraste ninguna de las imágenes de



infrarrojo en tiempo real, ¿verdad? Bien, mañana las procesaremos y veremos si sabemos descubrir qué disparó la alarma.

Carol se sentía extrañamente derrotada al abrir la puerta de su habitación. *Es simplemente cansancio*, se dijo sin querer reconocer que la conversación con Dale la había hecho sentirse un poco inútil. Dejó la cartera encima de una silla y se arrastró hasta el lavabo para lavarse la cara. Dos minutos más tarde estaba profundamente dormida encima de la cama, en ropa interior. Su pantalón, blusa, zapatos y calcetines estaban tirados en un rincón.

De nuevo vuelve a ser una niña pequeña en su sueño, y lleva el traje de rayas azul y amarillo que sus padres le regalaron en su séptimo cumpleaños. Carol está paseando con su padre por el Northridge Mall un sábado por la mañana. Pasan por delante de una gran pastelería. Ella suelta la mano de su padre, corre a la tienda y se queda mirando todos los bombones, a través del cristal del escaparate. Señala unos chocolates con leche en forma de tortuga, cuando el hombre que está detrás del mostrador le pregunta qué quiere.

En el sueño, Carol no alcanza el mostrador y no tiene dinero.

—¿Dónde está tu madre, niña? —le pregunta el hombre.

Carol mueve la cabeza y el hombre repite la pregunta. Entonces se pone de puntillas y confiesa al hombre en tono confidencial que su madre bebe demasiado, pero que su padre le compra bombones.

El hombre sonríe pero sigue sin querer darle los chocolates.

—¿Y dónde está tu padre, niña? —pregunta ahora el hombre de la pastelería.

En el cristal, Carol ve el reflejo de la cara de un hombre amable que le sonríe, encuadrado entre dos montones de chocolatinas. Da la vuelta, esperando ver a su padre, pero el hombre que está detrás de ella no es su padre. La cara de este hombre es grotesca, desfigurada. Asustada vuelve de nuevo a los chocolates, pero el hombre se los está llevando ya, es hora de cerrar. Carol se echa a llorar.

—¿Dónde está tu padre, niña? ¿Dónde está tu padre? —La niña del sueño está sollozando. Está rodeada de gente, todos ellos haciéndole preguntas. Se cubre los oídos con las manos.

—¡Se ha ido! —grita Carol por fin—. ¡Se ha ido! Nos abandonó, se fue y ahora estoy sola.

# CICLO 447

## 1

Sobre el fondo profundamente negro de las estrellas desperdigadas, los filamentos de la galaxia de la Vía Láctea parecen jirones de luz añadidos por un artista magistral. Aquí, en el extremo más alejado de la Concha Exterior, cerca del principio de lo que los colonizadores llaman la Brecha, no hay indicios de la enorme actividad de la Colonia, a unos veinticuatro miliciclos-luz de distancia. Un silencio impresionante, ininterrumpido, sirve de fondo a la sorprendente belleza de un cielo negro tachonado de brillantes estrellas.

De pronto, del vacío sale un pequeño mensajero robot interestelar. Busca y finalmente encuentra un oscuro satélite esférico de unos cinco kilómetros de diámetro, fácilmente pasado por alto en el gran panorama de la bóveda celeste. Transcurre el tiempo. Un primer plano revela actividad en el satélite. Unas suaves luces artificiales iluminan porciones de su superficie. Vehículos automatizados trabajan en la periferia del objeto, cambiando aparentemente su forma. Se desmantelan estructuras externas y se llevan a un área de almacenaje temporal, lejos. Por fin, el satélite original desaparece y lo que queda son dos largos raíles paralelos, de una aleación metálica, montados en secciones de unas doscientos metros por pieza, sacadas de las partes de repuesto del ahora desaparecido satélite. Cada raíl tiene diez metros de ancho y está separado de su compañero por alrededor de otros cien.

Los viajes regulares al área de almacenamiento continúan hasta que se agotan las provisiones de material útil y los raíles se extienden en una distancia de casi quince kilómetros. Luego cesa toda actividad. Los raíles que van de ninguna parte a ninguna parte del espacio quedan como mudos recuerdos de una gran actividad de ingeniería bruscamente abandonada. ¿O no fue así? Justo por debajo de un prominente par binario, las dos luces más brillantes del cielo oriental, surge un punto. El punto crece hasta dominar el cuadrante oriental del cielo. Una docena, no, dieciséis grandes naves de carga con parpadeantes luces rojas, encabezan una procesión de vehículos robot a la región. Los fantasmagóricos raíles a ninguna parte se ven rodeados por los recién llegados. El primer carguero se abre y emergen seis pequeñas lanzaderas, regresando cada una a la hilera de los grandes contenedores cargueros. Las lanzaderas esperan silenciosamente en el exterior de las grandes naves mientras que el resto completa su llegada.

El último vehículo en llegar es un pequeño transbordador espacial, tirando de un objeto largo y estrecho que parece como dos abanicos japoneses plegados y unidos

punta con punta. Viene metido en una funda protectora y transparente de un material muy fino. Ocho diminutos aparatos moviéndose como colibrís bailan a lo largo de su entero cuerpo como si en cierto modo lo guiaran, guardaran y comprobaran su salud, todo a la vez.

Los enormes cargueros, de forma parecida a los viejos dirigibles pequeños, se abren ya y revelan su contenido. La mayor parte transporta secciones de raíl apiladas en enormes montones. Las pequeñas lanzaderas descargan las secciones, dejándolas apiladas y colocadas en grupos que se extienden por kilómetros en ambas direcciones desde los raíles existentes. Cuando casi todas las secciones de raíl están descargadas, cuatro de las lanzaderas se acercan al costado de las restantes naves de carga y esperan que se abran los grandes portones. Desde el interior de este carguero salen ocho máquinas que atacan a cada una de las cuatro lanzaderas por parejas, partiéndose cuidadosamente en pedazos y metiéndolos en la oscura bodega de la nave. Un momento después, un alargado complejo de maquinaria articulada emerge de la gran nave. Una vez fuera de los confines del carguero, se extiende como un largo banco de casi un kilómetro y medio de longitud. Cada cien metros o así, a lo largo de la plataforma central de este banco, un pequeño conjunto de componentes coordinados se transforma en pequeños grupos locales altamente organizados.

Éste es el sistema de construcción automatizado y multiforme, uno de los tesoros tecnológicos de los colonizadores. El entero sistema se traslada y encaja al final de las vías y sus diversos y remotos manipuladores empiezan a tirar de las secciones de raíles amontonados. Sus sofisticadas manos y dedos locales colocan hábilmente las nuevas secciones y las fijan con soldaduras atómicas. La rapidez es asombrosa. Un kilómetro y medio entero de vía se termina en minutos y los grandes constructores pasan a otro grupo de secciones de raíl. Las vías terminadas se extienden a más de cien kilómetros en el espacio.

Habiendo dado fin a una tarea, el sistema de construcción sufre su siguiente metamorfosis. Autodesmontándose por piezas, empezando desde los extremos del largo banco, la monolítica estructura desaparece y se reorganiza en mil componentes separados pero similares. Estos pequeños aparatos, como hormigas, se sujetan agrupados a las secciones de raíl individuales. Miden meticulosamente todas las dimensiones y comprueban las soldaduras entre secciones adyacentes. Después, como obedeciendo a una indicación, los raíles de los cuatro extremos de la vía empiezan a elevarse y torcerse, levantados por los componentes-hormigas. Los raíles se van torciendo hacia arriba, arrastrando el resto de la vía. Las dos largas líneas paralelas son eventualmente transformadas en dos gigantescos aros de dieciséis kilómetros de radio, que parecen las ruedas de un parque de atracciones suspendidas en el espacio.

Con la terminación del doble círculo, el sistema de construcción vuelve a reconfigurarse. Algunos de los nuevos elementos del sistema recogen el largo y

delgado objeto parecido a los dos abanicos japoneses encarnados. Lo levantan cerca del círculo (es, y no debe sorprender, casi de la exacta longitud del diámetro de los círculos) bajo la cuidadosa vigilancia de sus guardas colibrís. Entonces el objeto es levantado y colocado como un radio norte-sur en la estructura del doble círculo. Algunos de los colibrís producen unos cables finos e invisibles y sujetan el radio a la estructura circular en ambos extremos. El resto de los menudos y veloces mecanismos crean una red que se enrosca en la sección central y conecta la gran antena con el eje este-oeste de los círculos.

La antena ahora conectada a su estructura de soporte, se abre despacio a las dos posiciones norte y sur del anillo. Una inspección más detenida revela que los colibrís están ahora separando los pliegues individuales. Estos pliegues se extienden hasta que todo el interior de los cercos está cubierto por una mezcla de tela metálica, costillaje y una sorprendente y compleja red de elementos locales. El despliegue inicial está completo.

Después de esto sigue el complejo de comunicación que pasa por una complicada autopruueba mientras que sus subordinados de la construcción esperan por si surgen problemas. Las pruebas tienen éxito y la estación es declarada operacional. A las pocas horas, la falange de emisarios robot procedente del universo habitado recoge todo el metal sobrante y lo carga en una de las grandes naves de carga. Luego, tan de prisa como han venido, los vehículos robot desaparecen en la oscuridad que rodea la estación, dejando la imponente estructura circular sola, como recordatorio de la presencia de inteligencia en el Universo.

Alrededor de la enorme Concha Exterior, cuyas doscientas cincuenta y seis secciones contienen cada una más volumen que la Colonia, se han montado más de un millar de similares vertientes durante el Ciclo 446, en un intento de extender las avanzadas capacidades de comunicación a nuevos ambientes. Ésta es la última cuesta de un grupo muy difícil, en una región cercana a la Brecha. Este grupo se vio retardado varias veces debido a un número inaceptable de deficiencias de manufactura en la más cercana e importante fábrica, a más de dos miliciclos-luz de distancia. Después de varios intentos de diagnosticar y reparar los problemas, la fábrica tuvo que ser cerrada y virtualmente reedificada de planta. El retraso total en la terminación del proyecto fue de catorce miliciclos, aproximadamente lo que el Consejo de Ingenieros había predicho en su análisis de «peor caso», que acompañaba la Proclamación del Ciclo 446.

Mientras se acerca el gran momento, toda actividad cesa en el corazón de la Colonia. En el último nanociclo, no hay actividad comercial, ni entretenimientos. Incluso los espaciopuertos están cerrados. A precisamente 446.9, después de doscientos miliciclos de debate, el programa del Gobierno para la próxima era será

proclamado y toda inteligencia de la Colonia estará escuchando.

El transmisor gigante se activa según lo previsto y la Proclamación del Ciclo 447 sale a una velocidad de información de cien trillones de fragmentos de información por picociclo. La velocidad real de datos procedente de la poderosa fuente es mucho más alta, pero la velocidad de información se reduce para acomodar requerimientos para codificación sofisticada, así como comprobación de errores internos de los datos. Con la codificación, solamente los receptores de la Colonia equipados con algoritmos especiales de decriptación pueden clarificar el mensaje a cualquier nivel. Y las comprobaciones de consistencia interna en cada paquete de datos en la transmisión, reduce la probabilidad de recibir información errónea incluso a enorme distancia, a prácticamente cero.

De acuerdo con la organización y agenda para La Proclamación establecida en la Era del Genio, entre los Ciclos 371 y 406, el primer microciclo de la transmisión es un resumen completo del plan entero. Doscientos nanociclos de este resumen están dedicados a cada una de las cinco divisiones gobernadas por el Consejo de Líderes: administración, información, comunicación, transporte y exploración. Después de un descanso planeado, de cuatrocientos nanociclos, para permitir ajustes de recepción a lo largo de la trayectoria de la señal, empieza la transmisión de la actual Proclamación del Ciclo 447. Empieza y continúa. No para hasta veinte microciclos más tarde. Se utilizan cuatro microciclos completos para intercalar, en profundidad, explicaciones de los proyectos importantes llevados a cabo en cada una de las cinco disciplinas. De especial interés para el Comité de la Concha Exterior, el grupo que gobierna la inmensa región concéntrica que define hasta el punto más distante donde los colonizadores pretenden tener jurisdicción, es un plan de la División de Exploración que anuncia la repatriación a la Concha Exterior de casi un millón de especies procedentes del Sistema Sociológico 3.

(La transmisión de La Proclamación, un caudal de información que puede ser traducida a lenguaje, imágenes, sonido y otras impresiones sensoriales según los seres que la reciben y la sofisticación de su equipo de decriptación, es el principio del proceso gubernamental para cada ciclo. Basándose en La Proclamación, los cuerpos regionales o agencias administrativas con jurisdicciones ajustan entonces sus planes para que el ciclo sea consistente con los anunciados por el Consejo de Líderes. Este procedimiento está detalladamente definido en los Artículos de la Confederación Colonial).

La Proclamación es retransmitida a toda la Colonia y a los lugares cercanos de la Concha Interior mediante estaciones de comunicación gigantescas dispuestas a lo largo de las rutas de transporte desarrolladas. Estas estaciones, en realidad centros de información que almacenan *todos* los mensajes de la Colonia en sus extensas bibliotecas por tanto tiempo como cien ciclos, amplifican y retransmiten la señal a la

siguiente estación, según el esquema de unos diez microciclos-luz de distancia. El límite de la Colonia (y de ahí el principio de la Concha Interior) se extendió mediante Decreto de Límites en la Proclamación del Ciclo 416, en el que se incluían todos los puntos hasta tres miliciclos-luz del centro administrativo. De este modo, para cuando La Proclamación llega al gigantesco Complejo Zoológico, una combinación de tres estrellas y diecinueve planetas (cuatro de ellos artificiales), justo al otro lado del límite de la Colonia, el mensaje ha sido transmitido a través de trescientas estaciones.

El Comité de Guardianes del Zoo espera ansiosamente la promulgación para encontrar la respuesta a su petición de expansión del Complejo Zoológico. Les sorprende encontrar su petición remplazada por otro plan de repatriación. En otra ocasión, el Ciclo 429, había propuesto una expansión del Zoo para poder manejar la abundante progrenie creada por los sobresalientes en ingeniería de adaptabilidad genética durante los Ciclos 426-428. A la sazón, también su petición fue desestimada y el Consejo de Líderes había recomendado la repatriación como medio de resolver el problema de población. Durante los Ciclos 430-416 la población del Complejo Zoológico se mantuvo aproximadamente constante mediante estas transferencias regulares de especies corrientes a sus lugares de origen.

Pero con el inicio del Ciclo 437, se notó un rápido aumento del interés por la biología comparada. Lo provocó el descubrimiento de una quinta clase de forma de vida, llamada Tipo E, por el Consejo de Biólogos, en la Sección 28 de la Concha Exterior. Las expediciones subsiguientes a esta área mostraron no sólo que el tipo de vida dominante de las Secciones 28 a 33 era del Tipo E, sino que también el Tipo A estaba sorprendentemente presente, en dichas secciones. Ésta fue la primera vez que la natural evolución en una región determinada había mostrado una predilección por cualquier tipo de vida que no fuera el Tipo A de los Colonizadores en su desarrollo de híbridos. El interés por comprender a esas poco usuales criaturas llevó a las expediciones hacia las estaciones en peligro, a la Concha Exterior, en los Ciclos 440 y 441, y a la creación en el Ciclo 442, de diversos mundos para estudiar específicamente el nuevo Tipo E de formas de vida.

Muchas de estas especies florecieron en el Sistema Zoológico 3, causando problemas de espacio y población, otra vez, al Comité de Guardianes de Zoo. La falta de espacio era especialmente seria y se exacerbaba tanto por la necesidad de segregar todos los Tipos E, como por su rápida reproducción. Por consiguiente, al principio del proceso de planificación para este Ciclo 447, el Comité de Guardianes de Zoo había propuesto la pequeña expansión de su Complejo Zoológico, sugiriendo no sólo un cuarto sistema de Zoo completamente dedicado a los Tipo E, sino también una vigorosa campaña para completar la repatriación de todas las especies de la Colonia y Concha Interior, con coeficientes de agresividad por debajo de 14.

El Comité de Guardianes de Zoo se asombró por la escala de repatriación del plan

de la Concha Exterior contenido en la Proclamación del Ciclo 447. En una agitada discusión técnica, catalizada por una inesperada proposición, los peligros de devolver las formas de vida a sus planetas de origen fueron vigorosamente planteados. El Comité decide intentar dar un paso inusitado, someter una Proclamación Diversa al Consejo de Líderes. En el borrador de dicha proclamación los Guardianes hacen notar que se han llevado a cabo muchos experimentos genéticos con el nuevo Tipo E, que las posibilidades evolutivas para la nueva especie son aún inciertas, que las frecuencias de vigilancia y pruebas en la Concha Exterior son inadecuadas y que los coeficientes de agresividad para muchos del grupo no se han comprobado con exactitud.

Por tanto, antes de someter la diversidad, el Comité de Guardianes de Zoo se da cuenta de que alguien ha debido ya señalar todos estos factores en los primeros debates. Así, ¿por qué se promulgó la política de repatriación? ¿Formaba esto parte de un nuevo propósito para rebajar la importancia de la información zoológica? ¿O era esta maniobra estrictamente política y posiblemente conectada con el Mensaje del Poder 2?

## 2

De acuerdo con las leyes de la Colonia que gobiernan la diseminación y conservación de importante información histórica, el comentario oficial del Consejo clave, organizaciones de un mismo nivel acompañan la transmisión de la Proclamación del Ciclo 447. De especial interés, para aquellos involucrados en el proyecto de repatriación de la Concha Exterior, son los siguientes extractos del informe del Consejo de Ingenieros:

... La primera repatriación a la Concha Interior se llevó a cabo sobre una base *ad hoc*, transportando simplemente los seres vivos, en masa, a su región original, o a otro entorno similar de un sector cercano. Esto se llevó a cabo conduciendo una redada de criaturas tranquilizadas a sus hábitats del Zoo, cargándolas en enormes naves de transporte que mantenían condiciones internas parecidas a las del hábitat, y luego dispersándolas en su nuevo hogar. Este proceso funcionó adecuadamente siempre que se tratara de pequeños grupos a corta distancia. También resultaba barato. Sin embargo, tenía graves deficiencias que lo hacían prácticamente inservible para operaciones continuadas.

Primero y principalmente, el desarrollo ontogenético de las criaturas fue interrumpido del todo por la repatriación. Estaban asustadas por su traslado, turbadas por la necesaria estrechez de sitio durante el trayecto, una vez situados en sus nuevas residencias, molestos por las pequeñas diferencias con su anterior hogar. Su recuerdos, aunque electrónicamente lavados, retenían una intensa sensación de pérdida que minaba su adaptación. Todas estas condiciones, en conjunto, conducían a un marcado aumento filogenético del coeficiente de agresión que, de todos modos, no disminuía significativamente en algunas de las especies en diez o quince generaciones...

... Desde el punto de vista del diseño de naves espaciales, teniendo en cuenta tamaño y distancia del traslado, no era aconsejable trasladar ejemplares adultos antes de que los problemas biológicos y de desarrollo fueran del todo conocidos. Cuando la Proclamación del Ciclo 432 reclamó más repartición dentro de la Colonia y de la Concha Exterior, hubo cierto pánico en el Consejo de Ingenieros porque se creyó que harían falta vehículos a escala planetaria. Afortunadamente, los Comités de Ingeniería Biológica y de Robótica Avanzada propusieron que los futuros traslados se hicieran utilizando cigotos en suspensión junto con nuevas versiones de robots superinteligentes sirviendo como monitores de Zoo.



Después de algunos problemas preliminares con la técnica de los cigotos, ésta fue más o menos perfeccionada, por lo menos en cuanto a las formas de vida A y B, tan prevalentes en la colonia. La proporción de éxitos de repatriación es muy alta, incluso con los Tipos C y D que son más difíciles. Sin embargo, esta proporción de éxitos no debe esperarse en la Proclamación del Ciclo 447. No sólo algunas de las nuevas formas de vida son las menos comprendidas en el complejo zoológico, sino que éstas serán repatriadas, en muchos casos a un entorno distante, biológicamente poco documentado, donde la vigilancia será tan infrecuente como cada dos o trescientos miliclos. Algunas de las formas más avanzadas del Tipo E tienen los lapsos de vida inteligente muy cortos, tan cortos como cinco o seis miliciclos, lo que significa que pueden pasar de cincuenta a cien generaciones sin que se compruebe su evolución...

... Pero, en conjunto ello, es un magnífico reto para la ingeniería. Muchos vehículos de transporte volarán fuera de la infraestructura estándar del transporte y por consiguiente deben poder buscar materias primas por su cuenta. Las condiciones en los mundos blancos pueden haber cambiado, así que la adaptación y el proceso de nueva información tendrán un papel crítico en el esquema. Los componentes electrónicos tendrán más fallos debido a la larga duración de los vuelos, significando esto que habrá que probar y desarrollar nuevos sistemas extraordinarios de corrección de faltas...

Y por parte del Consejo de Historiadores:

Es útil empezar nuestro más negativo comentario del plan de repatriación a la Concha Exterior recordando a todos los colonistas que nuestro Consejo incluye el mayor depósito de inteligencia en continuada actividad, de cualquier Consejo del Directorio. Dos de nuestros grupos tienen memorias directas de la Era del Genio a través de varias generaciones de biología refrescada. Así es natural que nuestra tendencia hacia cualquier proyecto propuesto sea comprobar su mérito en relación con su papel en la evolución general y/o la estrategia de nuestra sociedad. No es deseo nuestro desalentar las ansias juveniles que se exaltan ante la adquisición de conocimientos nuevos, o el proyecto de una gran aventura; pero preferiríamos establecer un sentido de perspectiva en todos los esfuerzos de la Colonia y medir el futuro impacto de cualquier cambio notado en la política de base...

... El programa propuesto de repatriación es un paso más en la peligrosa locura del frontierismo desatado, que empezó, en opinión nuestra, con el Decreto de Límites del Ciclo 416. En lugar de discutir los detalles del plan propuesto, sin referencia a su contexto histórico (hay excelentes descripciones de los elementos del plan en el informe del Consejo de Ingenieros... algunos de los significativos del riesgos a corto plazo están expuestos en el informe del Consejo de Biólogos), deseamos esbozar sus

peligros incluyéndolos en nuestro amplio enjuiciamiento del entero tipo de aventuras provocadas por el Derecho de Límites...

... Las justificaciones presentadas para el frontierismo siempre parecen buenas superficialmente. Los que las proponen señalan que el cambio social está producido por nuevas informaciones al margen de los acontecimientos ordinarios, que el frontierismo está esencialmente dirigido a la producción de este tipo de nuevo conocimiento, y que el cambio resultante en la perspectiva que procede de «una nueva visión del Universo» obliga a la apropiada y seguida revalorización de nuestra cultura...

La Historia suele estar generalmente de acuerdo con los abogados del frontierismo y es indudablemente por esto por lo que esta proposición de repatriación y otras actividades similares y previas han sido apoyadas con tanto entusiasmo. No obstante, hay limitaciones a los beneficios que redundan de la nueva información, especialmente cuando las investigaciones fronterizas revelan un conocimiento que es, o bien enemigo de la estructura fundamental de la sociedad, o está más allá de la comprensión de sus grupos más instruidos. En estos casos, la difusión, a través de la sociedad, de la nueva información es perturbadora y en lugar de enriquecer y elevar mina realmente la seguridad de las instituciones establecidas.

Un perfecto ejemplo de lo que ocurre cuando el frontierismo es abrazado sin reservas puede verse en los acontecimientos de los últimos treinta ciclos, que condujeron a la recepción del Mensaje del Poder 2 en mitad del Ciclo 444. El Decreto de Límites inició el proceso al establecer, en efecto, un nuevo dominio jurisdiccional para los colonistas. La vieja Colonia central carecía de límites rigurosos. Un desarrollo significativo se extendió solamente a dos miliciclos-luz de distancia del centro administrativo. La estación más alejada del centro y permanentemente mantenida estaba entonces a diez miliciclos-luz de distancia. También se crearon tres Conchas específicas, definiendo la Concha Exterior como la región entera distanciada entre doce y veinticuatro miliciclos-luz del centro administrativo.

Esta Concha Exterior contenía cincuenta mil sistemas estelares no explorados, en un volumen mil veces mayor que el de la vieja Colonia central. Durante el período situado entre los Ciclos 425 y 430, casi la mitad de las iniciativas más importantes identificadas con las proclamaciones cíclicas, se vieron involucradas de un modo u otro en la exploración de la Concha Exterior. (Debería tenerse en cuenta que durante esos cinco ciclos también hubo especulación documentada sobre que una expansión tan rápida en la base de nuestro conocimiento podría tener ramificaciones imprevistas, pero los negativistas, como se les llamaba, quedaron ahogados por la fascinación colectiva de la oleada exploratoria). Entonces, en el Ciclo 433, nuestra nueva clase de zumbadores interestelares, específicamente diseñados para estudiar y categorizar los muchos mundos de la Concha Exterior se encontraron con una nave

espacial, grande y obediente, de origen desconocido. Cuidadosas investigaciones *in situ* no tuvieron éxito en su intento de comparar los componentes de ingeniería de la nave espacial con cualquier base tecnológica conocida en navegación espacial.

Evitando la cautela sugerida por muchos de los Comités, el Consejo de Líderes hizo remolcar la enigmática nave a una de las ciudades desarrolladas de la Concha Interior. Allí se expuso y analizó detalladamente. La conclusión inicial de los zumbadores se confirmó. La nave espacial no procedía de ninguna parte de los dominios de la Colonia. El Consejo de Ingenieros llegó a la conclusión de que la capacidad técnica de los constructores era más o menos equivalente a la de los colonistas en el principio de la Era del Genio. Pero ¿cuándo se había construido? ¿Y de dónde procedía? Y, lo que era más importante, ¿quién la había construido?

Al tomar la decisión de traer la nave muerta a la civilización, el Consejo de Líderes garantizó básicamente que la desconcertante cuestión de su origen sería primordial en las mentes de los colonistas. Esta búsqueda desatinada para recoger información pudo de nuevo desestabilizar la cultura. La sociedad por entero estaba colmada de explicaciones rumoreadas, a las preguntas inquietantes y sin respuesta provocadas por la nave espacial. La opinión dominante era la de que el aparato había sido un prototipo colonial, jamás puesto en producción, que por alguna razón había sido omitido en la *Enciclopedia de Vehículos Espaciales* oficial. Esta opinión era coincidente con la tendencia general de los colonistas que creían ser superiores innatos a todas las demás formas de vida.

Pudo haberse dejado que las dudas y los temores sobre la nave desconocida acabaran en nada, pero el Consejo de Líderes resucitó la ansiedad colectiva anunciando, en la Proclamación del Ciclo 434, que el más importante proyecto nuevo de la Colonia sería el diseño y eventual despliegue de una nueva generación de órdenes de recepción en la Concha Exterior. El propósito de estas órdenes o formaciones sería el de interceptar y descifrar cualquier mensaje radiofónico coherente que pudiera emanar del interior de la Brecha. Era una clara indicación de que la jefatura creía que la silenciosa nave podía ser de origen extracolonia.

En los Ciclos 435 y 436, oleada tras oleada de información perturbadora dejó a la colonia estupefacta. Primero, hubo el prematuro anuncio de que se habían descifrado varios mensajes extracoloniales. Esta revelación confirmaba el extendido rumor de múltiples Poderes en la Galaxia, algunos de ellos más adelantados que la Colonia. Este terrible concepto perduró por espacio de medio Ciclo antes de que el Consejo de Astrónomos, respondiendo a la proliferación de medias verdades, anunciara finalmente que todos, excepto unos pocos mensajes, podían atribuirse a un solo poder, el Poder 2, cuyo centro de actividad parecía estar a unos doscientos miliciclos-luz de distancia. Poco después, su nuevo y sorprendente comunicado identificaba sin ambigüedad las transmisiones del Poder 2 como procedentes de fuentes separadas por

una distancia de ciento cincuenta miliciclos-luz, o sea, más de tres veces el diámetro de toda la jurisdicción colonial.

Entre el Ciclo 438 y la recepción del Mensaje, el Consejo de Líderes ignoró el Consejo de que la Colonia debería administrar cuidadosamente sus recursos mientras analizaba el impacto del descubrimiento de la extraña nave espacial. Se crearon programas de choque en inscripción avanzada, es cierto, sobre todo para calmar la preocupación de que el Poder 2 podía controlar todas nuestras transmisiones. Esta actitud fue ampliamente alabada como un paso en la buena dirección. No obstante, se intensificó a la vez la exploración de la Concha Exterior, con la intención de llegar a la identificación del nuevo Tipo E de formas de vida, y la subsiguiente y mal disfrazada caza de las especies en peligro. Todas las sugerencias para frenar el programa de exploración fueron ignoradas. En realidad, en el Ciclo 442, el Complejo del Zoo creó varios planetas artificiales sólo para llevar a cabo experimentos de capacidad genética en las especies Tipo E.

Entonces llegó el Mensaje del Poder 2. Tan simple, tan directo, tan terrorífico. Estaba codificado en nuestra más avanzada inscripción algorítmica. Reconocía nuestro mutuo conocimiento y sugería la apertura de comunicaciones bilaterales. Mada más. Fin del Mensaje...

... No es el miedo a la hostilidad del Poder 2 lo que motiva nuestra objeción a la exploración continuada de la Concha Exterior. Todo lo contrario. Nosotros, al igual que los historiadores, creemos que la naciente preocupación por la posible agresividad del Poder 2 es infundada. Estudio tras estudio, se ha demostrado que hay una significativa correlación positiva entre el coeficiente de alta agresividad y la incapacidad de evolucionar en una sociedad con un alcance mayor al de un sólo sistema solar. De hecho, la probabilidad de que una sociedad tan avanzada como la nuestra pudiera haber retenido la agresión y la territorialidad como constitutivas de su aspecto psicológico, es infinitamente pequeña. Sin embargo, acontecimientos tan monumentales como el Mensaje del Poder 2 requieren reflexión y síntesis, y no actividades exploratorias adicionales. Deberíamos emplear nuestros recursos en estudiar y comprender el amplio surtido de impactos que el Mensaje tendrá sobre nuestra sociedad, sin malgastarlos en atrevidos esquemas de repatriación... Es una cuestión de prioridades, y de nuevo los abogados del frontierismo, exaltando la nueva información y desarrollo tecnológico sobre la estabilidad de la sociedad, están ciegos ante los riesgos de sus empeños...

# VIERNES

## 1

Nick Williams se despertó a las cinco de la mañana y no pudo volver a dormirse. Su mente estaba demasiado activa, repasando una y más veces los acontecimientos del día anterior y las posibles consecuencias del día que empezaba. El mismo fenómeno solía ocurrirle cuando estaba en la escuela superior, en Virginia, y también alguna vez más tarde, en Harvard, generalmente antes de las grandes reuniones de natación. Si estaba demasiado excitado, su cerebro no se calmaba lo bastante como para dejarle dormir.

Permaneció acostado una hora más, obligándose a dormir y dejando vagar su fantasía alternativamente diciéndose que lo que había encontrado el día anterior era sólo el primer hallazgo de un inmenso y valioso tesoro. A Nick le encantaba fantasear. Le resultaba siempre fácil ver, mentalmente, todas las escenas de las novelas que tanto le gustaba leer. Ahora imaginó por un momento los titulares del *Miami Herald*, anunciando su descubrimiento de un tesoro de oro sumergido frente a la costa de Cayo West.

Alrededor de las seis, Nick dejó de intentar dormir y saltó de la cama. Su pequeña bolsa de gimnasia estaba junto a la cómoda, sacó el tridente de oro para mirarlo, como había hecho cinco o seis veces la noche anterior. *¿Qué sería esto?*, se preguntó. *Debió de haber tenido algún uso práctico porque es demasiado feo para ser ornamental.* Sacudió la cabeza. *Amanda lo sabría. Si alguien puede decirme de dónde procede esta cosa, es ella.*

Nick cruzó su dormitorio hacia las puertas correderas de cristal y descorrió las cortinas. El sol iba a salir. Más allá del pequeño balcón podía ver la playa y el océano. Su apartamento se encontraba en el tercer piso y tenía una vista abierta al tranquilo mar. Por encima del agua una pareja de pelícanos oscuros volaban en graciosa formación, esperando la oportunidad de lanzarse al agua y pescar algún pez distraído que estuviera demasiado cerca de la superficie. Nick contempló a una pareja de ancianos que paseaba lentamente; un par de veces la mujer se soltó de la mano para recoger una o dos conchas y guardarlas en una pequeña bolsa.

Se apartó de la puerta y recogió los tejanos que había dejado caer al suelo la noche anterior. Se los puso sobre los calzoncillos y entró en el cuarto de estar llevando la bolsa que contenía el tridente. Colocó cuidadosamente el objeto de oro encima de la mesa donde podía examinarlo bien, después pasó a la cocina para poner la cafetera en marcha y encender la radio.

Excepto por los libros, el cuarto de estar de Nick estaba decorado como otros

cientos de apartamentos de Florida. El sofá y el sillón eran cómodos y alegres, con un estampado de helechos en color verde pálido. Dos pequeñas acuarelas de pájaros en una playa vacía adornaban las desnudas paredes. Las cortinas de un beige pálido, a juego con la alfombra, enmarcaban los grandes ventanales corredores que llevaban al balcón y a sus muebles de mimbre.

Eran los libros los que daban cierta personalidad al apartamento. Sobre la pared de enfrente del sofá, entre el cuarto de estar y el dormitorio, estaba la gran biblioteca que se extendía desde las puertas correderas del ventanal, frente al balcón, hasta la puerta del dormitorio. Aunque el aspecto general del apartamento era el de un gran desorden (periódicos y revistas deportivas desparramadas aquí y allá sobre la mesita, ropas y toallas en el suelo del dormitorio y el baño, platos sucios en la fregadera, y el lavavajillas abierto y lleno), la zona de la biblioteca estaba en perfecto orden. Debía haber en total cuatrocientos o quinientos libros en las cuatro largas estanterías de la gran biblioteca, todos encuadernados en rústica, casi todo novelas, y todos cuidadosamente ordenados según su categoría.

Frente a cada grupo de libros, sujeta con celo sobre la madera, había una hoja de papel identificando su categoría. Nick había terminado ya *Notas de una jan* el jueves, a bordo, y lo había colocado en su lugar apropiado (en la categoría de «americano, Siglo xx, A-G») junto a otra docena, o más de libros de William Faulkner. Para leer en la cama había seleccionado una novela del siglo XIX francés, *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. Lo había leído una vez, tiempo atrás, durante su primer año en Harvard, y no le había interesado gran cosa. No obstante, recientemente le había sorprendido ver el libro en varias listas de las mejores novelas de todos los tiempos, considerándola de la misma categoría que obras maestras del tipo de *Crimen y castigo*, de Dostoievski. ¡Hum! Quizá me perdí algo la primera vez, se había dicho la noche anterior cuando decidió volver a leerlo.

Pero Nick no había podido concentrarse en las descripciones magníficamente detalladas de la vida francesa en provincias, ciento cincuenta años antes. Al seguir la historia de la deliciosa Emma Bovary, una mujer a la que la propia estulticia de su vida la llevó a relaciones que escandalizarían eventualmente a su pueblo, la excitación de la propia vida de Nick, interfirió por una vez. Fue incapaz de hundirse en la novela, su mente seguía volviendo a las posibilidades ofrecidas por el objeto de oro escondido en la bolsa.

Mientras bebía su café matinal, Nick daba vueltas al objeto entre sus manos. Entonces tuvo una idea, se dirigió al otro dormitorio, frente a la cocina y junto al lavadero, y abrió el armario que utilizaba como almacén. En uno de los rincones había cuatro cajas de cartón llenas de desechos que había traído al apartamento cuando lo compró, siete años antes. En todo este tiempo no las había abierto ni una sola vez, pero recordaba que en una de ellas había un montón de fotografías de los

objetos que habían subido del *Santa Rosa*. Quizá si miro estas fotografías, se dijo tratando de encontrar la caja que las contenía en el mal iluminado armario, *vea algo que se parezca a esta cosa*.

Por fin localizó la caja en cuestión y la sacó al cuarto de estar. En algún momento su contenido debió de haber estado bien ordenado, porque había carpetas numeradas en su interior. Pero casi todos los papeles, fotografías, y recortes de periódicos, habían salido de su lugar original y estaban ahora revueltos en el interior de la caja. Nick encontró y sacó un recorte del *Miami Herald*, amarillento por el tiempo y que había quedado pegado a un rincón. Cinco personas, incluyéndole a él, estaban representadas en la gran fotografía de la primera página.

Nick se paró un momento a contemplar la foto y el pie. *¿Tanto tiempo ha transcurrido?*, pensó. *¿Casi ocho años desde que encontramos el Santa Rosa?* El pie de foto identificaba a las cinco personas como la tripulación del *Neptuno*, un barco de buceo y salvamento que había encontrado un viejo barco español llamado *Santa Rosa*, hundido en el golfo de México a unas quince millas al norte de las *Dry Tortugas*. Objetos de oro y plata de un valor superior a los dos millones de dólares habían sido recuperados del navío y amontonados frente a la feliz y alegre tripulación. De izquierda a derecha estaban Greta Erhard, Jake Lewis, Homer Ashford, Ellen Ashford y Nick Williams.

*Esto fue antes de que empezaran a comer*, recordó Nick. *Ellen comía por causa de Greta, porque se justificaba así por lo que estaba ocurriendo con Homer. Y Homer comía porque podía permitírsele, igual que hace con todo. Para algunas personas reprimirse es lo que las salva. Dadles libertad y se vuelven locas.*

Nick buscó en el fondo de la caja una colección de veinte fotografías que mostraban los grandes objetos de oro recuperados del *Santa Rosa*. Fueron apareciendo en grupos de cuatro o cinco, en diferentes partes de lo que ahora empezaba a ser revoltijo en el fondo de la caja. Cada vez que encontraba otras fotografías las sacaba, las miraba detenidamente y movía la cabeza al darse cuenta de que el tridente de oro no se parecía en absoluto a ninguno de los objetos del *Santa Rosa*.

En el fondo de todo, Nick encontró una carpeta amarilla sujeta con una banda de goma. Pensando en un principio que la carpeta podía contener el resto de las fotografías del *Santa Rosa* la sacó y la abrió apresuradamente. Una fotografía de 8 x 11 de una hermosa mujer de alrededor de treinta años se deslizó fuera y cayó al suelo, seguida por notas, tarjetas, algunas cartas metidas en sobres, y luego unas veinte hojas de buen papel cubiertas de escritura a máquina, a doble espacio. Nick suspiró. *¿Cómo era posible que no hubiera reconocido la carpeta?*

La mujer de la fotografía tenía un largo cabello negro, ligeramente nevado en la frente. Llevaba una blusa de algodón rojo oscuro, abierta por arriba, dejando al

descubierto tres hilos de perlas ceñidos al cuello. Escritas en una tinta azul que contrastaba con el rojo de la blusa, y con una caligrafía magnífica y claramente artística, había unas palabras en el ángulo derecho de la parte baja de la fotografía: *Mon cher, je t'aime, Monique.*

Nick se arrodilló para recoger el desparramado contenido de la carpeta. Miró detenidamente el retrato, con un pequeño vuelco en el corazón al recordar lo bella que había sido y empezó a ordenar las páginas mecanografiadas. En la parte superior de una de ellas, estaba escrito en mayúsculas «MONIQUE», y debajo, «por Nicholas C. Williams». Empezó a leer:

«La maravilla de la vida reside en su incapacidad de predicción. Cada una de nuestras vidas está irrevocablemente determinada por las cosas que no podemos de ningún modo predecir. Salimos de casa todas las mañanas para ir a trabajar, o a clase, o incluso a la tienda de ultramarinos, y noventa y nueve veces de cada cien volvemos sin que nos haya ocurrido nada que podamos recordar ni dentro de un mes. En estos días, nuestras vidas están sumidas en la banalidad de vivir, en la básica y aburrida cadencia de la existencia cotidiana. Es para otro día, el día mágico, para lo que vivimos.

»En ese día mágico, nuestro carácter se define, nuestro crecimiento se acelera, ocurren todas nuestras transiciones emocionales. A veces, quizás una vez en la vida, habrá una sarta de días mágicos, uno tras otro, tan llenos de vida, de cambio y de reto, que nos veremos completamente transformados por la experiencia y nuestras almas inundadas de una alegría sin límites. Durante ese tiempo, con frecuencia nos veremos abrumados por el sencillo e increíble milagro de, simplemente, estar vivos. Ésta es la historia de tal mágico período.

»Fue al principio de la primavera, en Fort Lauderdale. Nuestra temporada de natación había terminado en Harvard, y mi tío, como regalo de mis veintiún años, me permitió disfrutar de su casa de Florida durante un par de semanas, para que pudiera desentumecerme de la rígida disciplina de estudiar y nadar...»

Hacía casi diez años que Nick no había vuelto a ver estas páginas. A medida que leía los primeros párrafos recordaba vividamente el éxtasis con que fueron escritos. *Fue dos noches antes de la fiesta. Aquella noche ella había tenido que asistir a una función social, volvería demasiado tarde, vendría a primera hora de la mañana. Yo no podía dormir. Era la primera noche, en una semana, en que me encontraba lejos de ella.* Descansó un momento, las viejas emociones revivían en su interior y le hacían sentirse vagamente mareado y hasta con náuseas. Volvió a leer el primer párrafo. *Fue también antes del dolor, antes de aquel increíble y maldito dolor.*

Por espacio de unos treinta minutos había oído música por la radio. La había oído, sabía que estaba allí, pero no hubiera podido identificar ninguna de las canciones, se había vuelto música de fondo. Ahora, en el preciso instante en que el recuerdo de



Monique se hacía lacerante, la «estación WMIM, 99.9, en nuestra FM, de rock and roll clásico» se puso a tocar el éxito obsesionante de Cyndi, de 1984, *Una y otra vez*. La música pareció aumentar marcadamente de volumen, Nick tuvo que sentarse y recobrar aliento. Hasta la canción había podido lidiar con sus recuerdos de Monique, pero aquella canción, la que había estado oyendo en la cassette de su coche, casi cada noche en su trayecto de Fort Lauderdale a Palm Beach para verla, traía consigo todo el amor juvenil, la alegría, el temor y la rabia que había marcado la relación entera. Nick estaba abrumado. Sentado en el sofá escuchando la canción, gruesas lágrimas ardientes llenaron sus ojos y resbalaron por sus mejillas:

«... Echado en mi cama, oigo el tictac del reloj y pienso en ti.

... Prisionero de un círculo, la confusión no es nueva para mí.

... Volved noches tibias, casi olvidadas... bolsa de mis recuerdos... Una y otra vez».

## 2

«Dices, despacio... no puedo seguir... la otra mano cede...»

Brenda se inclinó y bajó el volumen de la cassette:

—Soy yo, Mr. Stubbs, de veras, Brenda Goldfine. ¿No me reconoce?

Se lo estaba diciendo a gritos a un viejo de uniforme azul, sentado en un taburete sobre una pequeña torre circular, en mitad de la carretera.

—Y ésta es Teresa Silver, sentada atrás, no se encuentra bien. Venga, levante la barrera y déjenos pasar.

El guardia de seguridad bajó de su asiento y se acercó despacio a la delantera del viejo «Pontiac» de Nick.

Anotó la matrícula y fue junto a la ventanilla de Brenda.

—Por esta vez pasa, Brenda, pero esto es ir contra las reglas. Todos los visitantes que entren en Windsor Cove, después de las diez de la noche, deben advertirlo mucho antes.

Por fin el guarda levantó la barrera y Nick pudo arrancar su coche.

—Este tío es realmente un desastre —comentó Brenda chupándose las encías—. Cristo, parece como si fuera el propietario de esto o algo parecido.

Nick había oído hablar de Windsor Cove. Mejor dicho había leído algo; una vez estando en casa de su tío en Potomac, Maryland, vio un ejemplar de *Town and Country* sobre la mesa y leyó sobre la «vida elegante de Windsor Cove». Ahora, al conducir por delante del más prestigioso sector de Palm Beach, se quedó impresionado por el despliegue ostentoso de la riqueza.

—Ahí. Ésa es la casa de Teresa.

Brenda señaló un edificio colonial, apartado unos doscientos metros del camino. Nick entró en la avenida semicircular y se paró delante de un camino que llevaba hasta la casa. Era un lugar imponente. Dos pisos, seis columnas blancas de más de seis metros de altura, una puerta maciza cuya parte superior terminaba en una ventana de medio arco de vidrieras emplomadas, representando una garza blanca que volaba sobre un cielo azul lleno de nubes blancas. Brenda miró al asiento trasero del coche, donde su amiga parecía estar sin sentido.

—Mira, será mejor que me dejes a mí, subiré a hablar con Mrs. Silver y le explicaré todo lo ocurrido. Sino te verás metido en un buen lío. A veces saca conclusiones precipitadas.

Cuando Brenda llegó a la puerta principal para llamar, ésta se abrió. Una mujer atractiva, con una blusa oscura de color rojo y un elegante pantalón negro, esperaba. Nick supuso que había sido llamada por el guardia de seguridad. No podía entender la conversación pero veía que la madre de Teresa estaba haciendo preguntas. Pasados unos minutos Brenda y la mujer se acercaron al coche.

—No me has dicho que todavía estaba sin sentido —Nick oyó una voz sorprendente, ronca, con un vago acento, europeo quizás—. Mira Brenda, ésta es la última vez que sale contigo. No puedes controlarla. Ni siquiera creo que lo intentes —la voz sonaba airada pero sin estridencias.

Nick abrió su puerta y bajó del coche.

—Éste es el chico de que le he hablado. Mrs. Silver —prosiguió Brenda—. Sin él, Teresa seguramente estaría aún en la playa.

Mrs. Silver tendió la mano y Nick la tomó sintiéndose muy torpe. No sabía estrechar manos de mujer.

—Creo que estoy en deuda con usted, joven —le dijo con amabilidad—. Brenda me ha dicho que ha salvado a Teresa de todo tipo de horrores. La luz de las farolas de la calle jugó sobre sus facciones esculpidas. Su mano era suave, sensual. Nick olió algo de perfume exótico. Sus ojos estaban fijos en los de él, firmes e inquisitivos.

—Sí, señora —contestó Nick turbado—, quiero decir que había bebido demasiado y pensé que la pandilla de adolescentes con los que estaba parecían algo descontrolados —calló. Ella seguía observándole, calibrándole. Él empezó a agitarse sin comprender la razón—. Alguien tenía que ayudarla y yo estaba por allí... —terminó.

Mrs. Silver le dio las gracias y se volvió hacia Brenda.

—Tu madre te está esperando pequeña. Estaremos aquí fuera hasta que llegues a casa. Haz una señal con las luces cuando llegues.

Brenda pareció encantada de que la despidieran. Salió corriendo en la noche en dirección a la casa más cercana, a unos cien metros de distancia.

Hubo una pausa momentánea mientras contemplaban a la chiquilla de dieciséis años desaparecer en la oscuridad. Nick se encontró dirigiendo miradas furtivas al perfil de Mrs. Silver. Una percepción inexplicable de lo que sentía le hizo ponerse más nervioso. *¡Jesús!, qué bella es. Y joven. ¿Cómo puede ser la madre de la chica?* Se debatía en un mar de pensamientos cuando vio parpadear las luces a distancia.

—Bien —dijo ella volviéndose a Nick con una sonrisa—. Brenda ya está en casa. Ahora podemos ocuparnos de Teresa —se detuvo un momento y se echó a reír—. ¡Oh!, casi se me olvidaba. No hemos sido presentados, soy la madre de Teresa, Mónica Silver.

—Yo soy Nick Williams —respondió. Los ojos oscuros de Mónica volvían a estar fijos en él. A la luz reflejada, la expresión de sus ojos parecía variar. Por momentos era un duende, después una conquistadora, luego una digna dama de la sociedad de Palm Beach. ¿O lo estaba imaginando? Ya no podía devolverle la mirada. Sintió que se ruborizaba al desviar la vista.

—Tuve que llevarla en brazos desde la playa al aparcamiento —explicó Nick bruscamente, mientras iba a la puerta trasera de su coche y la abría. La adolescente

estaba apoyada en la puerta y casi se cayó. No reaccionó, la cogió y se la echó a la espalda—. Así que para mí no es ningún problema entrarla en casa para usted. Estoy acostumbrado.

Anduvieron despacio por el camino, hacia la casa, Mónica Silver andando delante. Nick contempló cómo caminaba delante de él. Se movía sin esfuerzo, como una bailarina, en una postura casi perfecta. Su cabello negro estaba peinado en un moño enroscado. *Debe ser muy largo*, pensó para sí entusiasmado, imaginando aquel pelo suelto sobre la hermosa espalda.

Era una noche típicamente tibia y húmeda de Palm Beach. Cuando llegaron a la entrada Nick estaba sudando.

—¿Quiere hacerme un favor más, Nick? ¿Puede subirla a su dormitorio? Mi marido no está en casa y el servicio ya se ha acostado. Y tengo serias dudas de que se recobre lo suficiente para subir la escalera, incluso ayudándola, en estos momentos.

Nick siguió las instrucciones de Mrs. Silver y llevó a Teresa a través del porche hasta el cuarto de estar, por los peldaños de la entrada hasta la escalera y por ella al piso hasta su alcoba. Era enorme. En su cuarto, Teresa disponía de una cama grande con cuatro columnas, una televisión gigante, un armario entero de películas para el vídeo y un sistema de sonido que hubiera hecho honor a cualquier grupo de rock and roll. Posters de Bruce Springsteen y fotografías por toda la estancia. Nick depositó suavemente a Teresa sobre su cama y ésta murmuró «Gracias» indicándole que, por lo menos, estaba semiconsciente. Su madre se inclinó sobre ella y la besó.

Nick las dejó solas, bajó la escalera y pasó al cuarto de estar. Le costaba creer que alguien pudiera realmente vivir en una casa como aquélla. El cuarto de estar, sólo, era mayor que la casa de Falls Church donde él creció. Recorrió la estancia. Había pinturas en las paredes, arañas de cristal colgadas del techo y una acumulación de objetos de arte repartidos por las mesas y por cada rincón y hornacina. Era demasiado para él, estaba abrumado.

Sintió una mano en el hombro e involuntariamente se estremeció. Mónica Silver le reconvino:

—Cielos, ¡qué nervioso está! Soy yo.

Se volvió a mirarla. ¿Lo imaginaba o se había vuelto a peinar y refrescado el maquillaje en los pocos segundos que habían estado separados? Por primera vez la vio a plena luz. Era la mujer más hermosa que jamás hubiera visto, se quedó sin aliento, y un poco mareado. Fuera no había podido fijarse en su tez, ahora se encontraba mirando sus brazos desnudos, recorriendo la elegante línea de su cuello. Su piel tenía la finura del marfil, deseaba tocarla. *Ten cuidado, Williams*, oyó que una voz interior le advertía, *o cometerás un ultraje*. Trató de calmarse.

Pero era inútil, no podía apartar los ojos de ella. Le estaba diciendo algo, le había hecho una pregunta. Estaba tan pasmado por lo que le sucedía que ni siquiera la oía,

ni sabía donde se encontraba. Le llevaba a otra parte de la casa, su imaginación había enloquecido. Le condujo a una pequeña habitación con una mesa y le dijo que se sentara.

—Es lo menos que puedo hacer —iba diciéndole—, para pagarle lo que ha hecho por Teresa. Sé que debe tener hambre, todavía nos queda mucho que ha sobrado de la fiesta.

Nick se encontraba en la parte destinada al desayuno, junto a la gran cocina. A su izquierda una puerta llevaba al patio y luego afuera, al jardín trasero. Las luces que bordeaban la gran piscina seguían aún encendidas, podía ver cuidados jardines llenos de rosales en flor, tumbonas, sombrillas de colores, mesas de hierro blancas, con patas de filigrana... no podía creer que todo fuera real. Se sintió transportado a otro mundo, un mundo que solamente existía en los libros y en las películas.

Mónica Silver puso algo de comida sobre la mesa, salmón ahumado, cebollitas, alcaparras, queso tierno, dos tipos de pan diferentes y un plato de una especie de pescado que Nick no supo reconocer.

—Es arenque en adobo —le aclaró sonriendo al fijarse en su expresión. Le pasó una copa de vino, la tomó e inconscientemente la miró a los ojos. Permanecía estático, se sentía débil e impotente, como si le arrastraran hacia sus profundos ojos oscuros, embrujadores, hacia su mundo de riqueza, lujo y belleza. Se le doblaron las rodillas, se le desbocaba el corazón, sentía un cosquilleo en los dedos.

Le llenó la copa de vino blanco y se sirvió ella también.

—Éste es un Burdeos, «Clos des Mouches» —le dijo, chocando ligeramente su copa en la de él—. ¡Brindemos!

Estaba radiante y él hechizado.

—¡Por la felicidad!

Estuvieron hablando más de tres horas. Nick se enteró de que Mónica Silver había crecido en Francia, de que su padre había sido un pequeño comerciante en pieles, de París, y que había conocido a su marido, Aarón (el más importante de los peleteros de Montreal), cuando ayudaba a su padre en la tienda. Contaba diecisiete años en la época del fulgurante noviazgo. Mr. Silver se le había declarado siete días después de haberse conocido, y ella aceptó inmediatamente aunque su futuro marido era veinte años mayor que ella. Se trasladó a Montreal y se casó antes de cumplir los dieciocho años. Teresa nació nueve meses después.

Nick le dijo que estaba en Harvard para graduarse en inglés y francés y para obtener una buena educación en humanidades antes de entrar en la facultad de Derecho. Tan pronto como se enteró de que estaba en tercer curso de francés, pasó a hablar en su idioma nativo. Su nombre se transformó en Monique. Perdía algo de lo que le decía, pero no importaba, entendía la idea. Y su voz dramática, más la música del idioma extranjero, no hacía sino aumentar la fuerza del hechizo provocado por el

vino y su belleza.

Nick intentó también hablar francés de vez en cuando. La vergüenza que ordinariamente hubiera experimentado quedó anulada por la magia del entorno y su creciente relación. Rieron juntos, con facilidad, por sus equivocaciones. Estuvo encantadora al corregirle, añadiendo siempre *mais vous parlez français très bien*, al principio de la velada. Más tarde, cuando la conversación se hizo más personal (Nick habló de sus problemas con su padre; Monique, se preguntó en voz alta si había algo que pudiera hacer una madre con su hija adolescente excepto esperar que hubiera aprendido ciertos valores básicos) Monique se hizo más personal también y empleó el tuteo para hablarle. Esto estableció una mayor intimidad entre ellos, intimidad que fue en aumento a medida que entraban en las primeras horas de la mañana.

Monique hablaba de París, de sus calles románticas, de sus *bistros*, sus museos, su historia. Nick lo «veía» todo y se sentía transportado con ella a la ciudad de la luz. Le contó sus sueños, cuando crecía, de pasearse por el distrito dieciséis entre los acaudalados, prometiéndose que algún día ella... Él la escuchaba atento, arrobado, con una sonrisa casi beatífica en el rostro. Al final, Monique tuvo que decirle que ya era hora de marcharse porque tenía clase de tenis a primera hora de la mañana. Eran más de las tres. Mientras iban hacia la puerta, él se excusó, ella se echó a reír y le aseguró que había sido muy divertido. Al llegar a la puerta, se puso de puntillas y le besó en la mejilla. Al contacto de sus labios el corazón le saltó fuera del cuerpo.

—Llámame alguna vez —le recordó con una sonrisa juguetona al cerrar la puerta tras él.

Durante más de treinta horas, Nick no pensó en nada más que en Monique. Todo el día estuvo mentalmente hablando de ella, en sus sueños nocturnos fue su amante. La llamó una vez, dos, tres, y en todas habló con su contestador automático. La tercera vez le dejó su número de teléfono y su dirección y sugirió que intentara ponerse en contacto con él cuando sus múltiples compromisos se lo permitieran.

A mediodía del segundo día tras su velada en la mansión de los Silver, en Palm Beach, empezó a calmarse dándose cuenta de que era una insensatez seguir venerando la imagen de una mujer que sólo había visto una noche. Especialmente una mujer que estaba casada con otra persona. Al atardecer fue a la playa para jugar a balonvolea con algunos estudiantes de otras facultades, que había conocido en sus primeros días en Florida. Acababa de lanzar cuando creyó oír su nombre pronunciado por una voz ronca de acento absolutamente inconfundible.

Por un momento creyó estar soñando. A unos diez metros, de pie en la arena, estaba Monique. Llevaba un bikini a rayas, rojo y blanco, y su largo pelo negro suelto sobre la espalda le llegaba a la cintura. El juego cesó. Sus amigos silbaron. Se acercó a ella con el corazón golpeándole las sienes y con el aliento luchando por encontrar la salida de su pecho agarrotado. Monique sonrió y le cogió del brazo. Explicó que

había traído a Teresa a Lauderdale a una pequeña fiesta de la escuela y como hacía tanto calor...

Pasearon por la playa y hablaron mientras el sol iba poniéndose tras las casas. Se hallaban totalmente ajenos a los jóvenes que les rodeaban, las olas blancas mojaban sus pies con su agua tibia mientras andaban. Monique insistió en que comieran en casa de Nick, así que pararon para comprar atún, tomates, cebollas y mahonesa para hacer sándwiches. Cerveza fría, patatas fritas y bocadillos sobre una desnuda mesa de formica fueron la cena, el amor fue el postre. Nick casi tuvo un orgasmo al primer beso y su pasión le hizo torpe y divertido cuando intentó quitarle el bikini. Monique le frenó, le sonrió con dulzura, dobló su bikini y el bañador de Nick (mientras él, naturalmente, enloquecía) y se reunió con él en la cama. Después de dos besos, desnudos en la cama, Nick fue presa de un paroxismo de lujuria. Saltó brutalmente sobre Monique y empezó a girar sobre sus caderas. Algo alarmada al principio, Monique le contuvo un poco y le condujo suavemente dentro de ella.

El cuerpo de Monique era casi perfecto. Unos senos llenos, firmes, enhiestos (¿habrían sido reconstruidos después de haber criado a Teresa, pero como podía saberlo Nick, o importarle?) cintura fina, un trasero femenino y redondeado (no uno de esos traseros de muchacho que suelen tener las mujeres flacas), piernas musculosas mantenidas a costa de ejercicio. Pero era su piel, su magnífica piel de marfil, la que extasiaba a Nick, era blanca y suave al tacto.

Su boca parecía encajar perfectamente con la suya. Nick había estado antes con dos mujeres, una de ellas una prostituta de lujo que alquilaron para él por Navidad, cuando el equipo de natación de Harvard se enteró de que aún era virgen al final de su primer año, y Jennifer Barnes, de Radcliffe, su compañera casi fija durante el curso. Los dientes de Jennifer siempre chocaban con los suyos cuando se besaban, pero ésta no había sido la única dificultad en su relación con ella. Era estudiante de física y su aproximación al sexo era puramente clínica. Medía tamaños, duraciones y frecuencias, e incluso cantidades de eyaculación. Después de tres «sesiones programadas» con Jenny, Nick decidió que no merecía la pena seguir.

Nick gimió al entrar en Monique. Ambos sabían que duraría poco. Diez segundos más tarde Nick terminó su clímax y empezó a retirarse. Pero Monique le retuvo firmemente con las manos por detrás, manteniéndole dentro y con habilidad (¿cómo pudo hacerlo?) giró hasta colocarse encima. Nick ahora estaba fuera de su elemento. En su limitada experiencia, retirarse era lo inmediato al orgasmo, no sabía lo que estaba haciendo Monique. Despacísimo, con los ojos entrecerrados mientras tarareaba un fragmento de música clásica, Monique fue moviéndose arriba y abajo encima de él, sujetando fuertemente con su vagina el pene ahora flácido. Pasados un par de minutos empezó a mover su pelvis hacia delante y al hacerlo, y con gran sorpresa suya, se encontró endureciéndose de nuevo. Ahora, con los ojos completamente

cerrados y con el ritmo más acelerado, su movimiento hacia delante le aplastaba los huesos. Él estaba ya definitivamente erecto y empezó a seguir sus movimientos, al ritmo de ella.

Monique se echó un poco más, concentrada pero sonriente, con los ojos cerrados, preparándose para su propio orgasmo. Se daba perfecta cuenta y la satisfacía que Nick estuviera otra vez a su disposición. Organizando sus avances perfectamente y controlando por completo la situación, con destreza y suavidad alargó la mano y empezó a acariciar los pezones de Nick al ritmo de sus acometidas. A Nick, cuando antes había hecho el amor, nadie le había tocado el pecho y estaba avergonzado, pero la excitación era abrumadora. Ella aumentó su juego cuando se dio cuenta (y lo notó) de cómo respondía él. Oleada tras oleada de gozo circuló por su cuerpo, Nick lanzó un gemido fuerte y lastimero y tuvo su segundo orgasmo en quince minutos. Al finalizar el clímax estaba completamente volcado en el placer, emitía sonidos animales y temblaba involuntariamente de exhausta saciedad.

Después se sintió un poco avergonzado de su ruidosa e incontrolada reacción, pero Monique, amistosa y juguetona, le aseguró que todo había ido muy bien. Fue al armario, sacó una de sus tres mejores camisas y se la puso. Los faldones le llegaban casi a las rodillas (Monique medía metro setenta y él era mucho más alto) y su aspecto era positivamente infantil, con su sonrisa de duendecillo, su pelo largo y la camisa de hombre. Nick empezó a declararle su amor, pero ella se le acercó y le puso un dedo en los labios. Luego le besó amorosamente y le dijo que tenía que recoger a Teresa, saltó a la ducha y en menos de un minuto, se vistió, volvió a besarle, y salió por la puerta. En todo este tiempo Nick no se movió. Después de que ella se fuera se quedó dormido y satisfecho. No soñó.

Durante los ocho días siguientes, Nick se sintió el amo del mundo. Veía a Monique todos los días, la mayor parte del tiempo en su mansión de Palm Beach, pero a veces también en la casa de su tío. Hacían el amor en cualquier oportunidad que tuvieran y siempre era diferente. Monique estaba llena de sorpresas. La segunda vez que Nick fue a su casa, por ejemplo, la encontró en la parte de atrás, nadando desnuda en la piscina. Le explicó que había dado el día libre al servicio y pocos minutos después retozaban y reían sobre el césped, entre el jardín y la piscina.

Llevaron su relación en francés. Monique le enseñó a conocer vinos y comida, y compartieron sus conocimientos de literatura francesa. Una noche apasionada discutieron sobre *La Symphonie Pastorale* de André Gide, antes y después de hacer el amor. Monique defendió al pastor y se rio de la insistencia de Nick el considerar a la ciega Gertrude «una inocente». Otra noche, cuando Monique se empeñó en que Nick llevara un antifaz negro y un par de leotardos blancos durante toda la cena francesa, leyeron juntos *Le Balcon* de Jean Genet como preludeo al sexo.

Los días se sucedieron implacables, envueltos en la magia de la intimidad y el



amor. Una vez, Nick apareció en la mansión y Monique le recibió vestida con un abrigo increíble, largo hasta los pies, de foca de Alaska con zorro azul en el cuello, puños y partiendo de los hombros, recorriendo las mangas hasta las muñecas. El abrigo era lo más suave que Nick había tocado nunca, incluso más suave que su excitante piel. Su adorada juguetona había puesto el aire acondicionado lo más frío que pudo, a fin de poder lucir su abrigo favorito. Debajo no llevaba nada. Aquella noche después de hacer el amor, envolvió a Nick en uno de los abrigos de castor de su marido, explicando la presencia, de media docena de ellos en Palm Beach, diciendo sencillamente: «es nuestro negocio y nos gusta tener cosas que mostrar a nuestros amigos y conocidos, por si les interesan».

Nick le declaraba su amor, cada vez con más celo, todas las veces que volvían a encontrarse. Monique respondía con su habitual *je t'aime* pero no contestaba a sus apremiantes preguntas respecto a su futuro. Evitaba toda pregunta sobre su relación con Mr. Silver, excepto para decir que era un «trabajoólico» y que pasaba la mayor parte del año en Montreal. Había comprado la casa de Palm Beach, sobre todo porque a Monique no le gustaba el frío y deseaba una vida social más activa que la que llevaban en Montreal. Ella solía quedarse en Palm Beach, de Navidad a Pascua; Teresa, que terminado el período de vacaciones primaveral en su elegante colegio privado y había regresado a Canadá, venía siempre que podía para estar con su madre.

Monique daba respuestas secas y breves a sus preguntas sobre su vida social, pero el recuerdo de su infancia en París era como una rapsodia. Jamás criticaba a su marido ni se quejaba de su vida matrimonial. No obstante, confesó a Nick que los días pasados junto a él habían sido los más felices de su vida. También le habló de algunos amigos, pero él jamás los vio. Estaban siempre solos.

Un día fue a recogerle en su «Cadillac» y se dirigieron a Cayo Largo para que él pudiera hacer algo de submarinismo en *Pennekamp Recreation Área*. Como siempre, llevaba su alianza. Aquel día concreto Nick se había jurado conseguir respuestas sobre su futuro, y la presencia constante de la alianza le fastidiaba. Le rogó que se la quitara. Ella se negó amablemente y luego se enfadó cuando él insistió. Sacó el coche de la carretera, junto al terreno pantanoso de los cayos y apagó el motor.

—Sabes que estoy casada —dijo decidida—, y por quitarme la alianza no cambiará nada. Indudablemente te quiero, pero habrás comprendido desde el principio mi situación. Si eres incapaz de aceptarla, será mejor que nos despidamos.

Nick se quedó impresionado por su reacción. La idea de estar sin ella le aterrorizaba, le pidió perdón y le confesó su amor. Empezó a besarla apasionadamente y después saltó al asiento de atrás diciéndole que la necesitaba entonces, en aquel mismo momento. Un poco a desgana, ella fue junto a él y se amaron en el asiento trasero del «Cadillac» Monique estuvo muda y pensativa el resto

del día.

El viernes, exactamente una semana después de haberse conocido, Monique llevó a Nick a una tienda para que le probaran un smoking para una cena de amigos que daba el sábado por la noche, en su casa. Así que, finalmente, iban a verle con ella. «Y», se dijo, «ahora me hablará de nuestro futuro». Nick tenía que estar en Boston el lunes por la mañana y sus padres le esperaban el sábado en Falls Church, pero se dijo que podría conducir todo el día (y la noche si era preciso, tan rebotante era su amor por Monique) para llegar a las clases el lunes por la mañana.

Cuando el sábado por la noche llegó a la mansión de los Silver iba lleno de esperanzas y de sueños. Estaba muy elegante con su smoking de verano, y la sonrisa con la que le recibió Monique en la puerta podría haber ganado un premio. Incluso con el portero al lado, le entregó una docena de rosas, le dio un beso y le dijo que la amaba.

—Pues claro que sí —le contestó ella alegremente—, como todos los demás, ¿verdad?

Le acompañó adentro y le presentó a cuatro personas que como él habían llegado temprano, diciéndoles «es el joven que salvó a nuestra Teresa un día en Lauderdale», después, Monique se excusó. Era su estilo, se enteró Nick más tarde, invitar a unos pocos amigos antes de que empezara la fiesta, para recibirles sin ceremonias, y luego volver cuando ya estaba todo el mundo haciendo una gran entrada. Al subir Monique, graciosamente, la escalera de la mansión, los ojos de Nick fueron siguiéndola con una inconfundible expresión de amor.

—¿No es magnífica? —le preguntó tranquilamente un hombre moreno de unos cincuenta años que le ofreció un Martini. Su nombre era Clayton.

—Una vez estuve con ella todo el fin de semana en su yate, mientras Aaron estaba en Montreal. Pensé que me invitaba para divertirse —rio—. Pero me equivocaba, deseaba tener compañía y yo podía hablarle de Francia y Europa. Venga conmigo y le presentaré (le cogió del brazo) al grupo selecto que hoy ha sido invitado temprano.

Nick fue tratado con extrema cortesía por los otros invitados privilegiados, pero desconfiaba de sus preguntas acerca de Monique. Después de todo, él era un muchacho del sur y si había algo que decir de sus relaciones, era ella quien debía hacerlo. Así que sus respuestas fueron modestas y corteses y no habló más.

Una de las dos mujeres que estaban en el bar y que se presentó como Jane Alguien, dijo que era la amiga de Mónica más antigua de Palm Beach. (Todos la llamaban Mónica, para él era imposible llamarla otra cosa que Monique. Nick se preguntó si sospechaban lo que había entre ellos o si Monique se lo había contado). Jane tenía más de treinta años, era gordita y ruidosa, bebía mucho y fumaba en cadena. En tiempos había sido muy atractiva, pero había vivido intensamente

demasiado pronto. Era una de esas personas que mientras hablan te tocan y a Nick le puso muy nervioso.

Empezaron a llegar los demás invitados. Jane y Clayton (como Clayton Pointdexter III de Newport y Palm Beach. Clayton, cuando Nick le preguntó qué hacía, le contestó SVMV —sin visibles medios de vida— una forma empleada para cubrir a todos los vagabundos) parecían actuar como anfitriones en ausencia de Monique. Le presentaron a todo el mundo, Nick se bebió tres o cuatro «Martini» y contó la historia de Teresa por lo menos siete veces durante la primera hora de estar en la mansión Silver.

Nick empezaba a sentirse flotar. Canturreó para sí al coger otro «Martini» de la bandeja ofrecida por uno de los sirvientes. El alcohol había elevado su espíritu y le hacía sentirse temporalmente afable. Se encontraba en el patio hablando con la compañera de equitación de Monique, una mujer de veintitantos años llamada Anne, cuando oyó aplausos en el salón.

—Es Mónica —dijo Anne—. Vamos a verla.

La gran escalera de la mansión colonial de los Silver llegaba hasta un gran rellano, a unos dos metros sobre el piso del cuarto de estar, y de allí se separaba en dos tramos que continuaban hasta el piso superior. Monique estaba en el rellano, agradeciendo los aplausos, vestida con un sencillo traje de punto azul marino que se ajustaba como una piel a su cuerpo perfecto. La espalda estaba escotada hasta la cintura, casi hasta el final de su espectacular cabello (se volvió para satisfacer a los cuarenta, o más, invitados), y por delante se veían dos finas tiras de tejido que bajaban desde los hombros hasta la cintura, cubriendo adecuadamente cada seno pero dejando mucho que admirar. Extasiado por la visión de su reina Nick gritó, quizá demasiado alto, «¡Bravo! ¡Bravo!». Monique pareció no oírle, se había vuelto y miraba hacia la parte superior de la escalera.

Él tardó quizás un minuto en comprender lo que estaba viendo. Un hombre, un hombre de unos cincuenta años, de aspecto distinguido, con un smoking color avellana y un enorme zafiro en el dedo meñique, bajó la escalera y rodeó con sus brazos el talle de Monique. Ella se alzó y le besó. Él sonrió y saludó a la gente mientras éstos aplaudían. Bajaron juntos la escalera hasta llegar al salón.

*¿Quién es?* pensó Nick y le llegó la respuesta pese a toda la ginebra y el vermouth y a todas las increíbles ideas. *Éste es su marido, Aaron. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Por qué no me lo dijo?* Y después, a continuación *¿cómo puede hacerme esto? La quiero y ella me quiere y aquí hay algo muy, muy raro. Esto no puede estar ocurriendo.*

Nick intentó respirar pero sentía un gran peso, como una apisonadora, sobre su pecho. Instintivamente apartó la mirada de Monique y Aaron bajando juntos la escalera, cogidos del brazo. Al hacerlo volcó parte del «Martini» sobre el hombro de

Anne. Se excusó torpemente. A continuación, totalmente desconcertado, se dirigió vacilante hacia el bar tratando desesperadamente de respirar y detener los latidos de su corazón. *¡No! ¡No! No puede hacer esto. Debe de haber algún error.* Su mente era incapaz de digerir el mensaje que sus ojos le enviaban. Bebió de golpe otro «Martini», sin darse cuenta de lo que le rodeaba ni de la amalgama de sensaciones que torturaban su alma.

—Ahí está. —Oyó su voz detrás de él, la voz que significaba lo más importante y valioso de su vida, la voz del amor. Pero esta vez estaba aterrorizado. Nick se volvió y se encontró frente a Monique y Aaron.

—Así que finalmente conoceré al joven de quien tanto he oído hablar —dijo Aaron, amable, simpático, sin la menor traza de nada que no fuera gratitud en su voz. Aaron Silver le tendía la mano, Monique le sonreía. *¡Dios!, que hermosa es. Incluso ahora, cuando debería odiarla.* Maquinalmente, Nick estrechó la mano de Aaron y aceptó en silencio su agradecimiento por «ayudar a Teresa en un momento difícil». Nick no abrió la boca, se volvió a mirar a Monique. Ella se empinó y le besó en la mejilla. *¡Oh!, aquellos labios. ¡Cómo deseo esos labios! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué va a ocurrir ahora?*

Se dio cuenta de pronto de que tenía los ojos llenos de lágrimas. *¡Oh! Dios mío. Voy a echarme a llorar.* Confuso más allá de lo imaginable, se excusó bruscamente y salió al patio. Ahora las lágrimas se deslizaban libremente por sus mejillas, temía que fuera a dejarse caer sobre el césped y llorar como un niño. Confuso, desconcertado, caminó por el jardín con la cabeza baja y se esforzó sin éxito, por respirar con normalidad.

Sintió una mano en el codo. Era Jane, la última persona en la tierra que Nick hubiera querido ver en aquel momento.

—Saldrá a verte dentro de unos minutos. Primero ella y Aaron tienen que saludar a los invitados, ya sabes como se hace en las fiestas cuando se es la anfitriona...

Jane encendió un cigarrillo. Nick tuvo la certeza de que iba a vomitar. Se volvió rápidamente para suplicarle que apagara el cigarrillo y perdió el equilibrio.

Tal vez fuera la bebida, tal vez la adrenalina, quizás un exceso de todo. La cabeza le daba vueltas y más vueltas e inadvertidamente se apoyó en Jane para sostenerse. Ella lo interpretó de otro modo y le hizo apoyar la cabeza en su pecho.

—Bueno, bueno. No te lo tomes así, tú y Monique podréis veros aún. Aaron sólo estará aquí un par de días y regresará a Montreal para su trabajo. Además —le dijo ansiosamente—, si eres la mitad de bueno de lo que asegura Mónica, estaré encantada de ocuparme de ti mientras esté Aaron.

Nick le dio un empujón y retrocedió dando traspiés. Fue como si le hubieran dado un mazazo. El impacto del comentario de Jane penetró muy hondo en él y una mezcla incontrolable de ira y dolor subió a la superficie. *¿Qué? ¿Cómo? Lo sabe. Esa*

*pegajosa perra lo sabe. Tal vez lo sabe todo el mundo. ¿Cómo? Mierda. Jodidos todos.* Y entonces casi inmediatamente, su mente empezó a medir los acontecimientos de la noche. *¿Cómo puedo salir de aquí? ¿Dónde está la salida?* Dio la vuelta a la casa, hacia la entrada principal (no pensaba volver a entrar) y de lo más profundo de su ser subió un grito, un grito que creció al llegar a la superficie y que no pudo contener. Fue un alarido de dolor, el grito sin paliativos, inevitable, del animal en total desesperación. Milenios de culturas han hecho difícil oír tales gritos en seres humanos, pero ese alarido fuerte e inesperado que se alzó en la noche de Palm Beach como la sirena de un coche policial proporcionó el primer consuelo a Nick. Mientras los que disfrutaban de la fiesta trataban de identificar lo que habían oído, él subió a su «Pontiac 1977» y se alejó.

Condujo hacia Fort Lauderdale, con el corazón latiéndole desbocado y su cuerpo estremecido por el exceso de adrenalina. No pensó en nada coherentemente. Las imágenes llegaban a su mente al azar, totalmente inconexas y Monique era el foco central de todas ellas. Monique y su abrigo de foca de Alaska, Monique en su bikini blanco y rojo, Monique vestida como esta noche (Nick se encogió porque de refilón, en su imaginación aparecía Aaron bajando la escalera). *¿Nada había tenido sentido? ¿Fue solamente un juego?* Nick era demasiado joven para entender los grises de la vida, para él todo era una simple cuestión en blanco y negro. O era una maravilla o una mierda. O Monique le amaba apasionadamente y quería abandonar su lujosa vida para casarse con él, o le utilizaba para satisfacer sus necesidades sexuales y su ego. De modo que la conclusión, al llegar a la casa de su tío en Fort Lauderdale, fue que *fui otro de sus juguetes. Fui como sus pieles y sus caballos, y sus coches, y yates, y trapos. La hice sentirse colmada.*

Asqueado de sí mismo, increíblemente deprimido, con un dolor de cabeza que empezaba a estrujarle el cerebro por causa de los martinis, Nick hizo rápidamente las maletas. Ni se bañó, ni comió, bajó las dos maletas al coche, dejó el smoking alquilado a los gerentes del complejo, y condujo hacia la Interestatal 95. Un par de kilómetros antes de llegar a la autopista, acercó el coche a la cuneta y se permitió unas lágrimas. Nada más. La dureza exterior que iba a caracterizar los próximos diez años de su vida, se inició en aquel momento. *Nunca jamás, se dijo, nunca jamás permitiré que una perra se burle de mí. Ni hablar.*

Diez años más tarde, a primera hora de una mañana de marzo, en su apartamento de Cayo West, Nick Williams jugaba distraído con un objeto de metal dorado, sentado ante su mesita, experimentando de nuevo el terrible dolor de ver a Monique en aquella fiesta, con su marido. Nostálgico, con un dolor ya más maduro, recordaba también cómo cuando llegó a la I-95 giró a la izquierda en dirección a Miami y los Cayos, en lugar de girar a la derecha, hacia el norte y Boston. En aquel momento no hubiera sabido explicarse la razón. Hubiera podido decir que Harvard era trivial

después de Monique o que quería estudiar la vida y no los libros. No comprendía que su necesidad de empezar *absolutamente* de nuevo nacía del hecho de no poder enfrentarse a sí mismo.

No había retornado el recuerdo completo de Monique, desde el principio al fin en cinco años. Aquella mañana Nick pudo distanciarse por primera vez, de las emociones recordadas, aunque fuera ligeramente, y ver todo aquel asunto con un poquito de perspectiva. Reconocía que su pasión juvenil le había dejado abierto a la angustia, pero aún se negaba a considerar a Monique intachable. Por lo menos, el recuerdo ya no le destruía. Recogió el tridente y fue hacia la ventana. *Puede que ahora venga todo a la vez.* Dijo para sí. *Un tesoro nuevo. La fusión final de la última angustia de la adolescencia.* Pensó en Carol Dawson, le fastidiaba, pero le fascinaba su intensidad. Siempre soñador, imaginó a Carol en sus brazos e imaginó también la dulzura y suavidad de su beso.

### 3

Carol observaba fascinada cómo el pulpo capturaba a su presa con sus largos tentáculos.

—Imagine lo que sería tener ocho brazos —le dijo Óscar Burcham—. Piense en la arquitectura cerebral necesaria para separarlos todos, para identificar que estímulo viene de cada miembro, para coordinar todos los tentáculos en defensa o en adquisición de alimento.

Carol se echó a reír y se volvió a su compañero. Se encontraba delante de una gran ventana de cristal translúcido, dentro de un edificio poco iluminado.

—¡Oh!, Óscar —dijo al anciano, con ojos brillantes—, usted no cambia nunca. Solamente usted puede pensar en todas estas criaturas vivas como sistemas biológicos con arquitectura. ¿No se le ocurre pensar alguna vez en sus sentimientos, sus sueños mientras dormitan, en sus conceptos de la muerte?

—Claro, pues lo hago —respondió Óscar con cierta picardía—. Pero es virtualmente imposible para los seres humanos, incluso con un lenguaje común y una habilidad de comunicación desarrollada, describir verdaderamente sus sentimientos. ¿Cómo podemos saber o apreciar, por ejemplo, la sensación de soledad de un delfín? A nuestro modo sentimental oíde le atribuimos emociones humanas, lo cual es ridículo... —calló un instante para pensar. Luego continuó—. No, es más provechoso conducir investigaciones científicas a niveles en que podamos comprender las respuestas. A la larga, creo que saber como funcionan estas criaturas en el sentido científico es probable que nos conduzca a sus cocientes emocionales, antes que llevar a cabo experimentos psicológicos cuyos resultados todavía no pueden ser interpretados.

Carol se acercó y le besó con cariño.

—Toma todo lo que digo en serio, Óscar. Incluso cuando le hablo en broma, siempre presta atención a mis comentarios —calló y miró a lo lejos—. Es usted el único que lo hace.

Óscar retrocedió teatralmente y apoyó ambas manos en el hombro derecho de Carol.

—Por aquí, por alguna parte hay una astilla... lo sé con seguridad... está por aquí... ya la tengo. No te favorece, ¿sabes? Aquí estás, una célebre, incluso famosa, reportera, sufriendo todavía de lo que sólo puede describirse como inseguridad terminal. ¿Por qué? ¿Es que tú y tu jefe os habéis peleado esta mañana?

—No —contestó Carol, mientras iban a otra sección del acuario—. Bueno, algo así. Ya sabe como es, lo quiere hacer todo. Estoy ahora trabajando en una gran historia, en Cayo West. Dale viene al aeropuerto a buscarme, me lleva a desayunar, y a continuación me dice exactamente lo que debería estar haciendo para cubrir mi

encargo. Sus sugerencias son casi todas buenas y aprecio su ayuda en todo lo técnico, pero es la *forma* de hablarme. Como si creyera que soy estúpida o algo así.

Óscar la miró fijamente.

—Carol, cariño, habla del mismo modo a todo el mundo, incluso a mí. En él, esto no significa nada. Está absolutamente convencido de su superioridad y en su vida no ha ocurrido nada que cambie su punto de vista. Se hizo millonario con sus patentes antes de que se graduara en el ITM.

Carol se sentía impaciente y frustrada.

—Ya lo sé, Óscar, créame, lo sé. Pero está protegiéndole otra vez. Dale y yo somos amantes desde hace un año. Dice a todo el mundo lo orgulloso que se siente de mí y cuánto disfruta siendo estimulado por mi mente. Pero cuando estamos juntos, me trata como a una imbécil. Esta mañana incluso ha discutido conmigo sobre lo que tomo para desayunar. Por el amor de Dios, he sido nominada para el premio Pulitzer, pero el hombre que quiere casarse conmigo cree que no sé encargar mi propio desayuno.

Estaban ante un gran tanque lleno de agua clara como el cristal. Una media docena de pequeñas ballenas nadaban en círculos acercándose de vez en cuando a la superficie para cobrar aire.

—Viniste a pedirme consejo al principio, mi joven amiga. Y te dije que creía que vuestras almas eran incompatibles. ¿Recuerdas lo que me contestaste?

—Sí —le respondió con una sonrisa triste—. Le pregunté qué podía saber de almas el máximo científico del IOM. Lo siento Óscar. Y lo sentí entonces. ¡Era tan testaruda! Dale parecía estupendo a primera vista y deseaba tanto que usted me aprobara...

—Olvídalo —la interrumpió—. Sabes lo que siento por ti. Pero nunca desestimes a un científico. Algunos de ellos —murmuró abstraído—, quieren conocer hechos y conceptos para llegar a la comprensión total de la naturaleza de todas las cosas. Incluyendo el alma putativa. Ahora, fíjate en estas ballenas —continuó Óscar aumentando la intensidad de su voz y cambiando hábilmente de tema—. Llevamos casi diez años tratando de planificar sus cerebros, aislando varios tipos de funciones de ubicaciones específicas, y tratando de correlacionar su estructura cerebral con la de un ser humano. Hemos tenido un éxito razonable. La función de lenguaje que gobierna su canto ha sido separada y la ubicación de todos los controles físicos para todas las partes del cuerpo ha sido identificada. En realidad, hemos encontrado un área en el cerebro de la ballena que corresponde a la función equivalente para cada capacidad de importancia en el cerebro humano. Pero sigue habiendo un problema, un misterio si lo prefieres.

Una de las ballenas paró en su circuito normal alrededor del tanque. Parecía observarles.



—Hay un gran sector de su cerebro que no hemos podido asignar a ninguna función específica. Hace años, un brillante científico, después de escuchar los cantos de las ballenas cuando emigran y comparando estos cantos con el resto de su comportamiento, llegó a la conclusión de que esta gran porción, no definida, de su cerebro, era una colección multidimensional de recuerdos. Su hipótesis era que las ballenas almacenan incidentes completos, incluyendo panoramas, sonidos, e incluso sentimientos, y que reviven estos incidentes durante su migración para aliviar el aburrimiento. Nuestras pruebas empiezan a confirmar su teoría.

Carol estaba intrigada.

—¿Quiere decir que pueden coleccionar la serie entera de impresiones sensoriales de algo importante, como dar a luz, y después, en cierto modo, revivirlo por completo durante una parte especialmente aburrida de su ruta migratoria? ¡Oh! Es fascinante. Mi memoria me irrita todo el tiempo. Sería maravilloso que de alguna manera pudiera entrar en ella, de forma dirigida, y sacar todo lo que quiera. Y también sentimientos... —se echó a reír—. Ha habido veces, en verano, en que no podía recordar exactamente lo magnífico que era esquiar y casi sentía pánico preocupándome por si el invierno siguiente habría perdido esa sensación.

Óscar agitó la mano a la ballena y ésta se alejó.

—Ten cuidado —la advirtió—. Otra gente ha creído también que sería fantástico el que nuestros recuerdos fueran más completos, algo así como una computadora. Pero supón que tuviéramos una memoria perfecta y multidimensional, como la memoria hipotética de la ballena. Y supón también que tuviéramos la misma carencia de control de entrada que es característica de la memoria humana, tal como es ahora. Ya sabes, donde *lo que* recordamos y *cuando* lo recordamos, no depende de nuestro control individual. De ser así habría problemas. Podríamos incluso no ser funcionales como especie. Una canción, un cuadro, un olor, incluso el sabor de un pastel podría forzarnos de pronto a enfrentarnos de nuevo con todas las emociones asociadas a la muerte de un ser amado. Podríamos revivir una pelea entre nuestros padres, o incluso el trauma de nuestro propio nacimiento.

Óscar dejó de hablar un instante, hasta que finalmente dijo:

—No, la evolución nos ha servido con utilidad. No podía desarrollar un mecanismo de control de entrada para nuestros recuerdos, así que para protegernos, para evitar que fuéramos destruidos por errores o acontecimientos pasados, la evolución creó un proceso natural de decoloración de nuestros recuerdos...

«Carol Dawson, Carol Dawson. Preséntese inmediatamente en la sala de conferencias audiovisual, junto al despacho del director».

El altavoz interrumpió el silencio del acuario del IOM. Carol abrazó a Óscar.

—Ha sido estupendo como siempre, Ozzie —dijo viendo como hacía una mueca al oírla usar aquel nombre cariñoso—. Pero parece que ya han revelado todas las

fotografías. Incidentalmente, creo que todo lo que se refiere a la memoria de las ballenas es fascinante. Quiero volver y escribir un artículo sobre ellas, a lo mejor algún día de la semana próxima. Para su hija y nieto un abrazo de mi parte.

Carol había sentido tanto interés por la conversación con Óscar que se le había olvidado que aquella mañana temprano había volado desde Miami. Ahora volvía a sentir una fuerte excitación mientras conducía hasta el edificio principal administrativo del IOM desde el acuario. Dale confiaba, a la hora del desayuno en que el revelado de las tomas de infrarrojos mostraría algo interesante.

—Después de todo —comentó con lógica— la alarma ante el objeto extraño sonó repetidamente. Y en las imágenes visuales no se veía nada. Por consiguiente, o las observaciones de los infrarrojos causaron la alarma, o el algoritmo no funcionó adecuadamente. La segunda posibilidad es improbable puesto que yo mismo diseñé la entrada de datos y mis mejores programadores lo probaron después de codificarlo.

Dale estaba inusitadamente excitado, cuando ella llegó a la sala de conferencias. Carol inició una pregunta pero la hizo callar con un vigoroso gesto negativo de la cabeza seguido de una sonrisa de bienvenida. Dale estaba hablando con dos técnicos de proceso de imagen.

—Muy bien, ¿entonces estamos preparados? Proyecte las imágenes en esta secuencia. Las iré solicitando con una llamada.

Los técnicos abandonaron la sala. Dale se acercó a Carol y la cogió del brazo:

—No vas a creerlo, ¡qué regalo! ¡Qué imponente regalo! —se calmó un poco y continuó—. Pero antes que nada, te prometí no estropearlo —le indicó un asiento en la mesa de conferencias, frente a una gran pantalla, y se sentó a su lado.

Empujó el botón de control remoto. En la gran pantalla apareció una foto fija de las tres ballenas en el área del arrecife, debajo del barco. Podía verse claramente la fisura hasta la derecha y debajo de las ballenas. Dale miró a Carol.

—Ya veo —se encogió de hombros—, ¿qué hay de particular? Yo tomé fotografías, con mi cámara submarina, que son tan buenas como ésta.

Dale se volvió a la pantalla y pulsó el control remoto repetidas veces. Las escenas sucesivas fueron ampliando el agujero del arrecife, progresivamente aislando y centrándose en un pequeño brillo en la parte izquierda de la fisura. De nuevo Dale la miró.

—Y también una ampliación parecida —murmuró pensativa—. Pero es imposible decir si hay realmente algo o si es producto del revelado —se calló—. Aunque el hecho de que dos técnicas diferentes encontraran esta luz esencialmente en el mismo sitio querría decir que puede no ser un fallo debido a distorsión del revelado —se inclinó hacia delante interesada—. ¿Qué viene ahora?

Dale ya no pudo contenerse, dio un salto y anduvo a grandes zancadas por la sala.

—Lo que viene podría ser tu billete para la cena del Pulitzer en Nueva York.

Ahora voy a mostrarte exactamente la misma secuencia de imágenes, sólo que éstas fueron tomadas por infrarrojos un segundo más tarde. Fíjate bien, especialmente en el centro de la fisura.

La primera imagen procesada de infrarrojos abarcaba la misma área debajo del barco que la primera imagen visual proyectada. No obstante, en la imagen del infrarrojo lo que se veía eran variaciones termales de la escena. Al procesarlas, a cada *pixel* (elemento fotográfico individual de la imagen) se la atribuía una temperatura específica basada en la radiación infrarroja de la porción del encuadre. La computadora, entonces, agrupaba temperaturas similares y les asignaba el mismo color. Este proceso creaba regiones isotérmicas o regiones de aproximadamente la misma temperatura, que eran visualmente conectadas por el color. El resultado era que en la primera foto aparecían de color rojo, la mayor parte de las plantas del arrecife eran azules y la temperatura normalizada del agua formaba un fondo gris oscuro. Carol tardó un momento en ajustarse a la proyección. Dale sonreía triunfal. Antes de que Carol tuviera la oportunidad de fijarse en dos pequeñas regiones, una roja y otra marrón, en el centro del agujero del arrecife, el zoom estaba funcionando. A los pocos segundos una imagen del infrarrojo, cercana a la fisura, demostró claramente por qué Dale estaba tan excitado.

—Te dije que había algo debajo del barco —exclamó acercándose a la pantalla y señalando un objeto largo y oscuro. El objeto era cilíndrico en un extremo y terminado en punta en el otro. La fisura había sido descubierta por el zoom, así que casi llenaba la pantalla. Incluso pese a tanta ampliación, la calidad de la imagen del infrarrojo era soberbia. Dentro de la abertura podían verse dos o tres colores; no obstante, sólo dos, el rojo y el marrón eran continuos en un significativo número de *píxels*.

—¡Válgame Dios! —exclamó Carol y levantándose involuntariamente fue a reunirse con Dale—, esta cosa marrón debe ser el misil perdido. Estuvo todo el tiempo debajo de nosotros —cogió el puntero y señaló la pantalla—. Pero ¿qué es esta área roja? Se parece al gato de *Alicia en el país de las maravillas*.

—No estoy seguro —respondió Dale—, y probablemente no sea nada significativo. Pero tengo una extraña idea. Me baso en lo que me dijiste sobre el extraño comportamiento de las ballenas, ahí abajo. Puede ser la cabeza de otra ballena, alejada de la luz, y mirando desde el interior de la cueva, o lo que sea esta abertura. Mira, fíjate en esto. Apartando el zoom un poco obtenemos una sola fotografía que muestra ambas regiones isotérmicas rojas. Fíjate como la región roja en mitad de la fisura y el rojo de tus ballenas centinelas parecen iguales. Incluso estirando un poco más, las dos regiones siguen siendo comparables en temperatura. No hay pruebas de ningún tipo, pero seguro que confirma mi idea. La mente de Carol corría adelantándose. Ya estaba planeando su próxima acción. Era esencial recuperar

el misil antes de que nadie supiera que estaba allí. Necesitaba regresar a Cayo West tan pronto como fuera posible, recogió su bolso y su portafolios.

—¿Puede llevarme alguien al aeropuerto, Dale, por favor? Ahora mismo. Quiero volver a llamar al teniente Todd y asustarle un poco. Ya sabes, hacer que se muestre más cauto y ganar tiempo para nosotros.

Calló pensando en un millón de cosas a la vez.

—Pero no puedo llamarle desde aquí sin despertar sus sospechas... Y debo arreglarme para disponer de un barco mañana... ¡Oh!, a propósito supongo que habrás sacado copias de estas fotografías para mí.

—Claro —le aseguró Dale—. Pero primero siéntate y relájate un momento. Quiero mostrarte algo más, no sé aún si es un fenómeno real, pero si lo es... —Carol empezó a protestar pero algo en su actitud le hizo obedecer. Se sentó. Él inició un discurso de alabanza a los algoritmos, explicando cómo la información mediante fotografías podría extenderse a poner de manifiesto datos y rasgos especiales, permitiendo así una mejor interpretación.

—Está bien, está bien —masculló Carol—. Lo único que necesito es la última línea. Sé de sobra lo inteligentes que sois tú y tus ingenieros.

Dale volvió a proyectar la primera imagen de infrarrojos, la que mostraba a las tres ballenas debajo del barco.

—Esta fotografía no tiene mucha granulación térmica. Cada *pixel* de la región teñida de rojo, por ejemplo, no corresponde exactamente a la misma temperatura. En realidad, el abanico de temperaturas para el mismo color es aproximadamente de cinco grados. Ahora bien, si ampliamos la imagen y hacemos que las regiones isotérmicas cubran una extensión total de *dos* grados cada una, obtenemos esta fotografía.

En la nueva imagen había diez colores distintos. Resultaba mucho más difícil ver detalles individuales, y los vagos datos señalados hacían muy difícil su interpretación. Una porción delantera de una de las ballenas era ahora de un color diferente al del resto del animal.

—El límite de exactitud del equipo, para cuando los datos espectrales se convierten en temperaturas, es de aproximadamente un grado. Si mostramos otra ampliación de la misma fotografía, con las regiones isotérmicas ahora conectadas cubriendo sólo un alcance total de un grado para cada una, entonces la fotografía se convierte en algo sin sentido. Ahora bien, hay veinte colores diferentes para las regiones isotérmicas y, debido al ruido o error en cada dato señalado, de la misma magnitud que la amplitud de la región isotérmica, resulta virtualmente imposible ver las fisuras de objetos conocidos como son las tres ballenas. Te digo todo esto aquí delante para estar seguro de que te das cuenta de que lo que voy a mostrarte puede ser falso. Sin embargo, es absolutamente fascinante.

La siguiente imagen proyectada era una primera vista del suelo del océano, exactamente encima de la trinchera que Carol había seguido cuando retrocedió para encontrar el origen de las huellas. Las familiares líneas paralelas apenas se veían en la imagen de infrarrojos. La fisura estaba casi a la izquierda de la imagen. A cada lado de la trinchera, el color azul, interrumpido por algún verde ocasional, marcaba los dos arrecifes. Carol miró a Dale con expresión desconcertada.

—Esta imagen cercana tiene el mismo grado cinco de granulación que la imagen ampliada. Aquí no hay nada notable —proyectó otra fotografía—. Ni aquí tampoco, donde hemos aumentado el número de colores otra vez a diez. Pero fíjate en esta otra imagen en la pantalla. Ésta era muy difícil de seguir y menos de interpretar. Tantos como veinte colores conectaban extrañas regiones en lo que parecían ser diseños al azar. La única cosa que era regular en la fotografía era el fondo de rocas sobre las que vivían el coral y otras vidas marinas. Y eran precisamente estas rocas de fondo las que excitaban tanto a Dale.

—Esto es lo que quería que vieras —dijo señalando las rocas a ambos lados de la trinchera—. Las dos estructuras del arrecife no tienen el mismo color. Por alguna razón desconocida y absolutamente inexplicable, cada fondo rocoso de esta área está codificado en color *chartreuse*. En el arrecife opuesto, al otro lado de la trinchera, separados solamente por unos metros, las rocas son amarillas a un grado de diferencia. Ahora bien, si alguna de las piezas amarillas estuviera intercalada con piezas *chartreuse*, y viceversa, diría que el dato carece de importancia y que lo que vemos son señales de ruidos. Pero este esquema es contundente.

Carol se sentía perdida. Podía ver las rocas de una estructura del arrecife todas de color *chartreuse*, y el arrecife opuesto de color amarillo, pero para ella eso no significaba nada. Sacudió la cabeza, necesitaba más explicaciones.

—¿No lo comprendes? —preguntó Dale con un gesto dramático—. Si estos datos son ciertos, entonces es que hemos encontrado algo de enorme importancia. O bien hay alguna fuente *dentro* de una de las estructuras, que hace su superficie uniformemente más caliente, o, y confieso que esto parece realmente increíble, una de las dos *no es un arrecife* y es algo disfrazado de arrecife.

Era casi siempre imposible encontrar un sitio donde aparcar en un día de trabajo, cerca de la casa de Amanda Winchester, en Cayo West. El Puerto Hemingway había revitalizado la parte antigua de la ciudad donde ésta vivía, pero como siempre nadie había tenido en cuenta la necesidad de aparcar. Todas las mansiones del siglo pasado, repintadas y renovadas a lo largo de las calles Eaton y Carolina tenían postes que decían cosas como ésta «Ni piensen en aparcar si no son residentes», pero era inútil. La gente que trabajaba en las tiendas cercanas al puerto aparcaba donde le resultaba más conveniente y evitaba así el caro precio del aparcamiento del puerto.

Después de buscar inútilmente durante un cuarto de hora, Nick Williams decidió aparcar delante de un almacén y caminar toda la manzana hasta la casa de Amanda. Sentía una extraña ansiedad. Parte de su nerviosismo era debido a su excitación, pero también se sentía un poco culpable. Amanda había sido la mayor patrocinadora de la primera expedición al *Santa Rosa* y Nick había pasado mucho tiempo con ella después de encontrar el tesoro. Amanda, Nick y Jack Lewis estaban convencidos de que Homer Ashford y su *ménage a trois* habían ocultado, de un modo u otro, parte del tesoro, estafándoles, claro, sus partes correspondientes. Nick y Amanda trabajaron juntos intentando encontrar pruebas de que Homes les había robado, pero nunca pudieron probar nada concluyente.

Durante este período Amanda y Nick habían intimado. Se habían estado viendo casi cada semana y durante cierto tiempo la consideró como una tía o una abuela. Pero después de un año o así, Nick dejó de ir a visitarla. Al principio no supo explicarse por qué, pero la verdadera razón de evitarla fue que Amanda era demasiado intensa para él, y siempre demasiado personal. Le formulaba demasiadas preguntas sobre lo que hacía o pensaba hacer con su vida.

Esta mañana en concreto, no tenía más opciones. Amanda era ampliamente reconocida como *la* experta en los tesoros sumergidos en los Cayos. Dos cosas componían su vida, tesoro y teatro, y su conocimiento de ambos era enciclopédico. Nick no la había llamado antes porque no quería discutir sobre el tridente a menos que estuviera dispuesta a verlo. Así que con cierta angustia llamó a la puerta principal del magnífico hogar.

Una joven de unos veinte años le abrió la puerta, diciendo por un resquicio: «¿Sí?» y asomando la cara por la rendija con desconfianza.

—Me llamo Nick Williams —anunció—. Querría ver a Mrs. Winchester si fuera posible. ¿Está en casa? —una pausa—. Soy un viejo...

—Mi abuela está muy ocupada esta mañana —le interrumpió la muchacha—. A lo mejor podría llamarla y concertar una cita —empezó a cerrar la puerta dejando a Nick en el porche con su bolsa de gimnasia. Entonces se oyó el murmullo de unas

palabras y la puerta se abrió del todo.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Amanda con los brazos abiertos—. Tengo un joven visitante, ven aquí Nick y dame un beso. —Nick estaba turbado. Entró y dio un beso y un abrazo a la anciana.

Al separarse de ella empezó a excusarse:

—Lamento no haber vuelto a verla. Quería hacerlo, pero mi programa...

—Está bien, Nick. Lo comprendo —le interrumpió Amanda afectuosamente. Sus ojos eran tan vivos que no correspondían a su edad—. Ven y cuéntame lo que has estado haciendo. No te había visto desde, cielos, fue hace un par de años ¿desde que nos tomamos aquel coñac después del *Tranvía*? —le precedió a una mezcla de despacho y cuarto de estar y le sentó junto a ella en el sofá—. ¿Sabes Nikki?, pensé que tus comentarios sobre la actriz que hacía de Blanche DuBois fueron los más acertados que oí mientras duró la temporada. Tenías razón respecto de ella. No podía haber representado aquel papel excepto como un caso mental. La mujer, sencillamente, no tenía idea del apetito sexual femenino.

Nick miró a su alrededor. La estancia apenas había cambiado desde la primera vez que la visitó, ocho años atrás. El techo era muy alto, quizás de cinco metros. Las paredes estaban forradas de librerías cuyo estantes llenos llegaban hasta el techo. Frente a la puerta había un enorme óleo de Amanda y su marido delante de su casa de Cape Cod, que presidía la habitación. Al fondo de la pintura, un nuevo «Ford 1955» era parcialmente visible. Ella estaba radiantemente bella en el cuadro, tendría unos treinta años, vestía un traje de seda blanco, con rojo en los puños y en el cuello. Su marido vestía de etiqueta, era casi calvo, con un pelo rubio que le blanqueaba en las sienes, sus ojos eran cálidos y bondadosos.

Amanda preguntó a Nick si quería té y él asintió. La nieta, Jennifer, desapareció por el vestíbulo. Amanda se volvió y tomó las manos de Nick entre las suyas.

—Me alegra, que hayas venido, Nick, te añoraba. De vez en cuando oigo algún comentario sobre tu barco o sobre ti, pero casi nunca es de fiar la información de segunda mano. ¿Qué has estado haciendo? ¿Aún sigues leyendo todo el tiempo? ¿Tienes alguna amiga?

Nick se echó a reír, Amanda no había cambiado. Nunca había sabido llevar una conversación intrascendente.

—Ninguna amiga, el mismo problema de siempre. Las que son inteligentes resultan ser, o arrogantes, o emocionalmente ineptas, o ambas cosas; las que son sensibles y afectuosas no han leído un libro en su vida —por alguna razón Nick vio a Carol Dawson y casi dijo sin pensar «excepto por», pero se contuvo a tiempo—. Lo que necesito es alguien como usted —dijo en cambio.

—No, Nikki —le contradijo Amanda, grave de pronto. Cruzó las manos sobre el regazo y miró momentáneamente ante sí—. No —repitió con dulzura, y su voz se

hizo más intensa al volverse a mirarle—, incluso aunque no fuera lo bastante perfecta para ti. Me acuerdo muy bien de todas tus visiones fantásticas de graciosas y jóvenes diosas. Habías mezclado las mejores dotes de todas las mujeres de tus novelas favoritas junto con tus sueños de adolescente. Siempre me pareció que habías puesto a la mujer en un pedestal; tenían que ser reinas o princesas. Pero en las muchachas con las que solías salir, buscabas sus debilidades, señales de vulgaridad, indicaciones de comportamiento ordinario. Era casi como si desearas encontrarlas imperfectas, encontrar fallos en su armadura para poder así justificar tu falta de interés.

Jennifer llegó con el té. Nick se sentía incómodo, había olvidado lo que era hablar con Amanda. Su insistencia emocional y sus observaciones no solicitadas le resultaban, aquella mañana, extremadamente perturbadoras. No había venido a verla para que le hiciera una disección de su actitud con las mujeres. Cambió de tema.

—Hablando de tesoro —dijo inclinándose para recoger su bolsa—. He encontrado algo muy interesante, fue ayer, mientras buceaba. Pensé que a lo mejor había visto antes algo parecido. Sacó el tridente y se lo tendió a Amanda, que casi lo dejó caer porque no estaba preparada para su peso.

—¡Cielos! —exclamó, temblándole el brazo por la tensión de sostener el tridente de oro frente a ella—. ¿De qué puede estar hecho? Es demasiado pesado para ser oro.

Nick se inclinó hacia delante y recogió el objeto. Lo sostuvo para que ella pudiera deslizar sus dedos sobre su excepcional suavidad externa.

—Nunca he visto nada como esto, Nikki. No hace falta que saque todos mis libros y fotografías para compararlo. La suavidad de su acabado no tiene nada que ver con las técnicas europeas durante o después de la época de los galeones. Esto debe de ser moderno, pero no puedo decirte nada más. ¿Dónde demonios lo encontraste?

Le contó la historia por encima, cuidando como siempre de no proporcionar datos importantes. No era sólo por el acuerdo hecho con Carol y Troy; los buscadores de tesoros nunca confían en nadie. Pero sí comunicó a Amanda su idea de que tal vez alguien hubiera escondido esta pieza determinada, así como otras más, para recuperarlas más tarde. Nick insistió en que esta idea suya era una explicación perfectamente plausible de las huellas encontradas en el fondo del océano.

—Tu escenario me parece improbable —observó Amanda—, aunque debo admitir que estoy desconcertada y no veo una explicación mejor. Quizás Miss Dawson tenga algunas fuentes que puedan echar cierta luz sobre el origen de esta cosa. Pero no hay la menor probabilidad de que yo me equivoque. He visto personalmente o he estudiado fotografías detalladas de cada pieza significativa de los tesoros recuperados en los Cayos en el siglo pasado. Podrías mostrarme hoy un nuevo objeto y podría decirte en qué país europeo fue hecho y en qué década. Si este objeto procede de un barco hundido, se tratará de un barco moderno, seguramente de después de la Segunda Guerra Mundial. Más que esto no puedo ayudarte.



Nick volvió a guardar el tridente en la bolsa y se dispuso a marchar.

—Espera un poco antes de irte, Nikki. Acércate un minuto —le cogió del brazo y le llevó exactamente frente al gran retrato— Walter te hubiera gustado, Nikki. También era un soñador, le encantaba ir en busca de tesoros. Todos los años, pasábamos una o dos semanas en el Caribe, en un yate, exclusivamente en busca de tesoros, generalmente, para compartir nuestros sueños. De vez en cuando encontrábamos objetos en el fondo del océano, que no podíamos localizar y creábamos conjeturas fantásticas para explicárnoslo. Casi siempre había una explicación prosaica, inferior a nuestras fantasías.

Nick seguía a su lado con la bolsa en la mano derecha. Amanda se volvió hacia él y apoyó dulcemente la mano en su antebrazo izquierdo.

—Pero no importaba. Ni siquiera importaba que la mayoría de los años subiéramos con las manos vacías. Porque siempre encontrábamos el auténtico tesoro, nuestro mutuo amor, siempre regresábamos a casa renovados y riendo, y agradecidos de que la vida nos hubiera permitido compartir otra semana o diez días, durante los que habíamos imaginado, fantaseado y buscado tesoros juntos.

Sus ojos eran tiernos y cariñosos. Su voz era baja pero llena de pasión.

—No sé cuándo o si volveré a verte, Nikki, pero hay cosas que he estado esperando decirte desde hace tiempo. Si te parece, olvídalas como divagaciones de una vieja sentenciosa... pero quizás nunca tendré la oportunidad de decírtelas otra vez. Tienes todos los atributos que yo amaba en Walter, inteligencia, imaginación, sensibilidad. Pero algo falla, estás solo. Por elección tuya. Tus sueños de tesoros, tu ansia por vivir... son cosas que no compartes. Me resulta muy triste verlo —calló un instante y volvió a mirar el cuadro. Luego terminó su pensamiento, casi como si hablara consigo misma—. Porque cuando tengas setenta años y mires hacia atrás, a lo que ha significado tu vida, no enfocarás tus actividades en solitario. Lo que recordarás son los instantes en contacto, las veces en que tu vida se enriqueció con un momento compartido con un amigo o con la *amada*. Lo que nos permite aceptar nuestra mortalidad es el conocimiento mutuo de este milagro llamado vida.

Nick no estaba preparado para un encuentro emocional con Amanda. Había pensado pasar a verla un momento, preguntarle sobre el tridente y luego marcharse. Mirando hacia atrás se dio cuenta de que la había tratado muy mal a lo largo de los años. Ella le había ofrecido amistad sincera y él la había despreciado, apartándola totalmente de su vida cuando su influencia recíproca había dejado de interesarle. Le dolió reconocer lo egoísta que había sido.

Al ir caminando despacio calle abajo, mirando distraído las deliciosas casas antiguas edificadas cien años atrás, Nick respiró hondamente. Había experimentado demasiadas emociones para una sola mañana. *Primero Monique, luego Amanda. Y*

*parece como si el tridente no fuera a solucionar mis problemas. Es curioso como todas las cosas vienen siempre agrupadas.*

Se encontró pensando que quizás había mucho de verdad en lo que le había dicho Amanda. Reconoció que últimamente se había sentido muy solo y se preguntó si aquella vaga soledad estaría en realidad acogida a una reptante idea sobre su propia mortalidad, al paso de aquella fase de la vida encerrada en la frase de Thomas Wolfe: «Porque éramos jóvenes, y creíamos que nunca moriríamos». Cuando llegó al final de la acera que le llevaba al aparcamiento del almacén, Nick se sentía cansadísimo.

La vio antes que ella a él. Estaba de pie, delante del conductor, junto a su nuevo coupé «Mercedes», rojo. Sostenía con el brazo una bolsa de papel color avellana y miraba por la ventana del coche aparcado junto al suyo, el «Pontiac 1900» de Nick. Nick experimentó una subida de adrenalina seguida de rabia y desconfianza. Por fin le vio cuando él empezó a hablarle:

—Hola, Greta, ¡qué sorpresa! Supongo que hemos coincidido en esta parte de Cayo West por casualidad a la misma hora.

—Ya, Nick. Pensé que era tu coche. ¿Cómo estás? —Greta dejó la bolsa de papel sobre el capó del coche y se le acercó amistosamente. O no lo había entendido o quería ignorar el sarcasmo de su saludo. Llevaba un cuerpo amarillo sin mangas y unos shorts azules y ceñidos. Su cabello rubio estaba recogido en dos trenzas.

No te hagas la inocente conmigo, *fraulein* —replicó Nick—. Sé que no has venido aquí de compras —casi le hablaba a gritos. Utilizó su brazo libre para acentuar sus palabras e impedir que Greta se acercara—. Ésta no es una de las tiendas de tu circuito. Has venido aquí buscándome. ¿Qué es lo que quieres? —Nick bajó el brazo, un par de transeúntes se habían detenido a observarles.

Greta le miró fijamente con sus ojos claros como el cristal. No llevaba maquillaje. Parecía una chiquilla si no se le veían las arrugas del rostro:

—¿Aún estás enfadado, Nick? ¿Después de todos estos años? —se le acercó y le miró sonriente a los ojos—. Recuerdo una noche, casi hace cinco años —comentó juguetona—, en que no estabas tan enfadado. Te alegraba verme. Me preguntaste si te querría por una noche, sin preguntar, y acepté. Estuviste magnífico.

En un destello momentáneo Nick recordó la noche lluviosa que había parado a Greta cuando ésta salía del muelle. Recordó también lo desesperadamente que necesitaba tocar a alguien, a cualquiera, aquella noche determinada:

—Fue el día después del entierro de mi padre —dijo secamente—. Y además no quería aquello —desvió la mirada. No quería encontrarse con sus ojos penetrantes.

—No fue ésa la impresión que tuve —continuó Greta, igualmente en broma pero en un tono desprovisto de la menor emoción—. Te sentí dentro de mí, probé tus besos. No irás a decirme...

—Oye —la interrumpió Nick— ¿qué es lo que quieres? No pienso quedarme aquí

toda la mañana discutiendo contigo sobre una noche estúpida de hace cinco años. Ahora sé que has venido por algo. ¿De qué se trata?

Greta retrocedió un paso y su expresión se endureció:

—Eres un hombre muy difícil, Nick. Podría ser divertido trabajar juntos si no fueras tan ¿cómo diría yo?, tan cargante —dejó de hablar un segundo—. He venido de parte de Homer. Tiene una proposición que hacerte. Quiere ver lo que encontraste ayer en el océano y discutir, quizás, una asociación.

Nick rio triunfante:

—Así que yo tenía razón. Te enviaron a buscarme. Y ahora ese canalla quiere discutir una asociación. ¡Ja! Ni pensarlo. No me volveréis a robar nunca más. Di a tu jefe o amante, o lo que sea, que se meta su proposición donde le quepa. Ahora, si me permites...

Echó a andar rodeando a Greta y abrió la puerta de su coche. Su mano fuerte le agarró del brazo:

—Cometes un error, Nick —sus ojos volvieron a clavarse en él—. Un gran error. No puedes hacerlo por tus propios medios. Lo que encontraste probablemente no valga nada. Si es así deja que él gaste su dinero —sus ojos de camaleón volvieron a cambiar una vez más—. ¡Y sería tan divertido volver a trabajar juntos!

Nick subió al coche y lo puso en marcha.

—Es inútil, Greta. Malgastas el tiempo, ahora tengo que irme —salió marcha atrás del aparcamiento y se metió después en una calle estrecha. El tesoro volvía a estar en frente y en centro de su mente. Se había sentido momentáneamente deprimido por lo que le había dicho Amanda acerca del tridente, pero el hecho de que Homer quisiera verlo produjo en Nick un sentimiento de poder. Pero, se preguntó, ¿cómo puede haberse enterado ya? ¿Quién habló? ¿O nos habría visto alguien?

Cuando el comandante Winters volvió a su oficina después de la programada reunión con el departamento de relaciones públicas, su secretaria Dora, que leía abiertamente el periódico de Cayo West le dijo, llamando deliberadamente su atención:

—El Vernon Winters que es protagonista de *La noche de la iguana* en el «Playhouse» de Cayo West, ¿es alguien que conozco? ¿O hay dos iguales en esta ciudad?

Se echó a reír. Le gustaba Dora. Contaba casi sesenta años, era negra, abuela más de doce veces, y una de las pocas secretarias de la base que se enorgullecía de su trabajo. Trataba a todo el mundo, incluso al comandante Winters, como a uno de sus hijos. Simulando indignación le preguntó:

—¿Por qué no me lo dijo? Después de todo ¿y si se me hubiera pasado por alto? Ya le dije el año pasado que debía decírnoslo siempre cuando hiciera teatro.

—Me proponía decírselo Dora —dijo estrechándole la mano—, pero se me pasó. Y usted sabe que mis actividades teatrales no son precisamente del agrado de la Marina, así que no lo propague demasiado. Pero dentro de dos semanas le traeré un par de entradas para usted y su marido —miró el montón de notas y mensajes que tenía encima de la mesa.

—¿Tantas? Y sólo he estado fuera un par de horas. Nunca llueve, sino que diluvia.

—Dos son aparentemente urgentes —Dora miró su reloj—. Una tal Miss Dawson del *Miami Herald*, le llamará dentro de cinco minutos, y ese teniente Todd ha estado llamando toda la mañana. Insiste en que debe verle *antes* del almuerzo o no estará debidamente preparado para la reunión de esta tarde. Por lo visto ha dejado un largo mensaje en su comunicador de Máximo Secreto, esta mañana. De momento está furioso conmigo porque no he querido interrumpir sus visitas para enterarle del mensaje. ¿Es de verdad tan importante?

El comandante Winters se encogió de hombros y abrió la puerta de su despacho. *¿Qué querrá Todd?*, pensó. *Supongo que hubiera debido comprobar mi telecomunicador antes de ir a reunirme con el jefe.*

—¿Metió el resto de los mensajes en la computadora? —preguntó a Dora antes de cerrar la puerta. Asintió—. Está bien, hablaré con Miss Dawson cuando llame. Diga a Todd que le veré dentro de quince minutos —se sentó ante su mesa y conectó la computadora. Activó su subdirectorío del telecomunicador y vio que sólo en esta mañana tenía tres entradas, una de ellas en la sección MÁXIMO SECRETO. El comandante Winters se identificó, introdujo la palabra clave del máximo secreto, y empezó a leer la transmisión del teniente Todd.

Sonó el teléfono. Unos segundos después, Dora le llamó para decirle que se trataba de Miss Dawson. Antes de empezar, el comandante Winters accedió a que la conversación pudiera hacerse en videófono para poder grabarla. Reconoció inmediatamente a Carol por sus ocasionales apariciones en televisión. Le explicó que utilizaba la red de comunicaciones del Aeropuerto internacional de Miami.

—Comandante Winters —le dijo sin perder tiempo—, tenemos un informe sin confirmar, de que la Marina está dedicada a la búsqueda de algo importante y secreto, en el Golfo de México, entre Cayo West y las Everglades. Su gente de Prensa y un tal teniente Todd han negado el informe y me han dicho que me comunique con usted. Nuestra fuente de información, y subsiguientemente hemos comprobado ambos hechos, asegura que hay un gran número de barcos tecnológicos navegando por el golfo y que ustedes han intentado alquilar telescopios marinos muy sofisticados al Instituto Oceánico de Miami. ¿Tiene algo que comentar?

—Naturalmente, Miss Dawson —el comandante esgrimía su mejor sonrisa teatral. Había repasado cuidadosamente la respuesta en la reunión de esta mañana con el almirante—. Es realmente asombroso cómo vuelan los rumores, especialmente cuando alguien sospecha de juego sucio en la Marina —soltó una risita—. Toda la actividad no es más que la preparación para unas maniobras de rutina, dentro de una semana. Algunos de los marinos que van en los barcos tecnológicos se sienten un poco oxidados y han querido practicar esta semana. En cuanto a los telescopios del IOM, pensábamos utilizarlos en nuestras maniobras para comprobar su valor y prevenir amenazas subacuáticas —miró directamente a la cámara—. No hay más, Miss Dawson. No pasa nada especial.

Carol observaba al comandante desde su monitor del aeropuerto. Había esperado a alguien con un imponente aire de autoridad. Este hombre tenía dulzura en los ojos, un tipo de sensibilidad que no era habitual en un oficial de carrera militar. Carol tuvo una idea repentina, se acercó a su propia cámara y dijo amablemente:

—Comandante Winters, déjeme hacerle una pregunta hipotética. Si la Marina estuviera probando un nuevo tipo de misil y, en vuelo de prueba, se desviara, posiblemente poniendo en peligro centros de población, ¿no sería probable que la Marina, alegando en su defensa razones de seguridad nacional, negara que tal cosa hubiera ocurrido?

Durante una fracción de segundo los ojos del comandante Winters vacilaron. Parecía estupefacto, pero recobró en seguida el control:

—Es difícil responder a semejante pregunta hipotética —dijo gravemente—, pero puedo asegurarle que la política de la Marina es mantener al público informado de sus actividades. Solamente cuando la información al público pudiera socavar significativamente nuestra seguridad nacional, se dispondría algún tipo de censura. La entrevista tocó rápidamente a su fin. Carol había logrado su objetivo. El comandante

Winters dijo para sí ¡*Maldita sea!*, y Dora le anunció que el teniente Todd esperaba para verle. *Debí contar con esta pregunta. Pero ¿cómo lo sabía? ¿Alguien sonsacó a Todd a alguno de los otros oficiales? ¿O alguien en Washington se fue de la lengua?*

Winters abrió la puerta de su despacho y el teniente Todd entró como un huracán. Con él venía otro joven y alto teniente de anchos hombros, y gran bigote, que Todd le presentó como el teniente Ramírez de la División de Inteligencia Naval.

—¿Ha leído mi mensaje? ¿Qué le pareció? ¡Dios mío!, es casi increíble lo que han hecho esos rusos. No tenía idea de que pudieran ser tan inteligentes —Todd excitado, casi gritaba dando vueltas por el despacho.

Winters observó a Todd agitándose por la habitación. *Este joven teniente, pensó, tiene mucha prisa por llegar a alguna parte. Su impaciencia se escapa por todos sus poros. ¿Pero qué demonios me está diciendo de los rusos? ¿Y por qué está este fornido mexicano aquí, con él?*

—Siéntense por favor —respondió el comandante indicando dos sillas frente a su mesa. Miró severamente al teniente Todd:

»Y empiece por explicarme por qué está aquí el teniente Ramírez. Conoce el reglamento; se nos explicó claramente la semana pasada, a todos. Solamente oficiales, de comandantes hacia arriba, pueden autorizar pasar información sobre la base de “necesidad-de-saber”.

Todd se defendió inmediatamente contra el reproche: Comandante Winters, señor, creo que lo que tenemos aquí es un importante incidente internacional —respondió—, demasiado grande para ser manejado por proyectos especiales y sistemas de ingeniería solamente. Deje recado en su telecomunicador a las 08.30 de esta mañana para que se pusiera en contacto TPCP, porque había una nueva y significativa evolución en el proyecto FLECHA ROTA. Al no tener noticias tuyas a las 10.00, aunque había intentado varias veces comunicarme por teléfono, me preocupó pensar que estábamos perdiendo el tiempo. Entonces entré en contacto con Ramírez a fin de que él y sus hombres pudieran empezar a trabajar.

Todd se puso en pie.

—Señor —volvió a empezar, cada vez más excitado—, puede que no estuviera suficientemente claro en el telecomunicador. Tenemos pruebas irrefutables de que alguien *ordenó* al *Panther* desviarse, inmediatamente después de activarse el APRS. Hemos confirmado por una búsqueda especial, manual, de los datos telemétricos intermitentes, que el contador receptor de mando *enloqueció* en un período de dos segundos, antes de que el misil se desviara de su ruta.

—Cálmese, teniente Todd y siéntese —Winters estaba irritado, no sólo porque Todd se había saltado alegremente a la torera el reglamento, sino también por su abierta acusación de que Winters había dejado de responder a sus mensajes. El día del comandante había empezado con una sesión con el almirante que mandaba la

estación aérea. Reclamaba información sobre todo el asunto Flecha Rota. Así que Winters ni siquiera había estado en su despacho, excepto durante un par de minutos, hasta que volvió del apartamento de relaciones públicas.

Cuando Todd volvió a sentarse, Winters observó cuidadosamente:

—Ahórreme su histeria y sus conclusiones personales. Quiero que me dé los hechos, sólo hechos, pero despacio y sin prejuicios. Las acusaciones que ha hecho hace un momento son muy serias. Desde mi punto de vista, si ha saltado demasiado de prisa, a conclusiones insustanciales su capacidad como oficial puede estar en duda. Así que empiece por el principio.

Hubo un destello de ira en los ojos del teniente, luego abrió su libreta. Cuando habló, su voz era monótona, cuidadosamente modulada para librarla de toda emoción. Empezó:

—Esta mañana, precisamente a las 03.45, me despertó el alférez Andrews, que había estado trabajando gran parte de la noche en los datos telemétricos que reclamamos, tanto de la estación de Cañaveral como del barco escolta, cerca de Bimini. Su trabajo había consistido en repasar la secuencia de acontecimientos a bordo del misil *Panther*, por la desordenada telemetría a ser posible, y determinar si se habían sucedido a bordo acontecimientos anómalos antes de que el misil se desviara. Pensamos que de este modo podríamos tener la suerte de aislar la causa del problema.

»El alférez Andrews hizo básicamente de detective. Como sabe, el sistema de datos está comprimido por la limitada anchura de banda. Así que los paquetes de datos telemétricos salen de un modo algo artificial, significando esto que muchos datos de los valores que gobernaban el comportamiento del pájaro en el momento en que cambió de dirección, no hubieran llegado a tierra hasta varios minutos más tarde, *después* de que el misil se hubiera desviado y que las estaciones de seguimiento lo hubieran perdido y recuperado un par de veces.

»El alférez Andrews me mostró que en los datos intermitentes había cuatro medidas discretas tomadas del contador de recepción de mando, un simple amortizador en la software, que incrementa una unidad cada vez que un nuevo mensaje de mando es correctamente recibido por el misil. En un principio no creíamos lo que estábamos viendo. Pensamos que quizás alguien había cometido un error o que los mapas de desconmutación estaban equivocados. Pero a las 07.00 habíamos comprobado los valores de las dos estaciones de seguimiento y verificado que, en efecto, estábamos observando el canal correcto. Comandante, los 1.7 segundos siguientes a que el APRS fuera activado, el contador receptor de mando registró más de *trescientos* mensajes nuevos. Y entonces, el misil se desvió de su blanco propuesto.

El comandante iba escribiendo en un paquete bloc de espiral mientras hablaba

Todd. Tardó casi medio minuto en terminar sus anotaciones. Luego miró a Todd y a Ramírez. Con voz cargada de sarcasmo preguntó:

—¿Debo creer pues, que sobre toda esta serie de datos es sobre lo que ustedes quieren que base su acusación a la Unión Soviética y ponga a nuestra comunidad de Inteligencia Naval en alerta? ¿O hay algo más?

Todd pareció confuso.

—¿Creen más probable —continuó Winters alzando la voz—, que los rusos conocieran la clave para la prueba de mando y transmitieran trescientos mensajes de menos de dos segundos, exactamente en el momento preciso y desde algún lugar frente a la costa de Florida, que la posibilidad de que en alguna parte del sistema 4.2 de software se haya producido un error, que aumentara indebidamente la recepción en el contador de mando? Por el amor de Dios, teniente, utilice la cabeza. ¿Ve fantasmas por la noche? Estamos en 1994. No hay tensión en la escena internacional. ¿Cree que los rusos son tan colosalmente estúpidos como para arriesgarse a ser descubiertos enviando a un misil naval, en crucero de prueba, fuera de la ruta? Incluso si, de algún modo, pudieran mandar el misil a un lugar específico para después recuperarlo y estudiarlo desmontándolo, ¿por qué correr tan terrible riesgo para tan escaso provecho?

Todd y Ramírez no dijeron nada durante la arenga del comandante. Ramírez empezaba a sentirse desagradablemente turbado. La seguridad infantil de Todd se había desvanecido y empezaba a retorcerse las manos y hacer crujir sus nudillos, distraído. Después de una larga pausa, Winters prosiguió con firmeza pero sin la exasperación de su primer discurso.

—Ayer asignamos unos determinados trabajos, teniente, que debían discutirse hoy. Vuelva a mirar en la software 4.2, sobre todo para ver si hay algún error en el interior del juego de mandos que apareciera durante las pruebas de módulo o integración. Quizás había algo en la subrutina del contador de recibo de mando que no hubiera sido corregido en el nuevo lanzamiento. Para la reunión de esta tarde, quiero que me traiga una lista de posibles modos de fallo que explicaran los datos telemétricos, *excepto* órdenes recibidas de una potencia exterior. Y después exponga lo que se propone hacer para analizar cada fallo y reducir la longitud de la lista.

Ramírez se puso en pie para marcharse.

—Dadas las circunstancias, comandante, creo que mi presencia aquí es, digamos, incorrecta. Ya había encargado trabajo a un par de mis hombres y puesto en marcha un trabajo de investigación para ver si había ahora o había habido recientemente actividad rusa civil o militar en el área. Había asignado máxima prioridad al esfuerzo, pero en vista de esta conversación, creo que debo suspender...

—No necesariamente —le interrumpió el comandante Winters—. Sería muy difícil para usted explicarlo, ahora. —Miró a ambos jóvenes y preocupados, tenientes



—. Y no es mi deseo mostrarme vengativo e informar sobre los dos, aunque creo que ambos han obrado precipitadamente y en contra del reglamento. No, teniente, siga con su recogida de inteligencia, que eventualmente podría ser importante. No se lo tome como un caso vital. Yo aceptaré la responsabilidad.

Ramírez se dirigió hacia la puerta. Estaba claramente agradecido y dijo sinceramente:

—Gracias, comandante, por un momento creí que me lo había jugado todo. Ha sido una valiosa lección.

Winters saludó al oficial de Inteligencia e indicó a Todd, que parecía prepararse para salir, que volviera a sentarse. El comandante fue a colocarse delante de la pintura de Renoir y pareció estudiarla. Sin volverse a mirar al joven oficial, habló a media voz:

—¿Dijo algo a esa reportera sobre el misil, o ella le mencionó el misil mientras hablaban?

—No, señor, no se habló nada. Incluso se mostró vaga cuando le pregunté qué había oído decir.

—Pues, o tiene información de dentro o es muy afortunada —musitó distraído el comandante, casi como si hablara consigo mismo. Se acercó un poco más a la pintura e imaginó que podía oír como tocaba el piano la más joven de las dos hermanas. Hoy oía una sonata de Mozart. Pero no era el momento de escuchar. *Este joven necesita sacar una buena lección de todo esto*, pensó Winters dando la vuelta.

—¿Fuma, teniente? —preguntó ofreciéndole un cigarrillo y poniéndose uno en la boca. El joven sacudió la cabeza—. Yo sí —declaró Winters encendiendo su «Pall Mall»—, aunque hay un millar de razones para no hacerlo. Pero casi nunca fumo cuando estoy con gente que no lo hace. Es una cuestión de consideración.

Winters se acercó a la ventana e inhaló el humo lentamente. Todd estaba desconcertado.

—Y ahora mismo —prosiguió Winters—, estoy fumando, aunque le parezca raro, por consideración. Por usted. Verá, teniente Todd —dijo volviéndose dramáticamente—, mientras fumo estoy más tranquilo. Quiero decir que controlo mejor mi enfado.

Anduvo directamente hasta situarse delante del teniente:

—Porque estoy *loco de rabia* acerca de todo esto, joven. No se confunda, amigo. Hay parte de mí que quiere hacer de usted un ejemplo a no seguir, tal vez incluso formarle un Consejo de Guerra por no obedecer órdenes. Es demasiado presumido, demasiado seguro de sus propias conclusiones, es peligroso. Si se hubiera ido de la lengua y hecho alguno de los comentarios que yo he oído aquí, a esa reportera, para usted sería el apaga y vámonos. —Winters rodeó su mesa y fue a aplastar su colilla—. Pero siempre he creído que no se debe crucificar a la gente por un solo error.

El comandante se sentó y se recostó en su sillón.

—Entre nosotros, teniente, estará usted en situación condicional con respecto a mí. No quiero volver a oír más tonterías sobre un incidente internacional. Éste es un simple caso de mal funcionamiento de un misil. Haga su trabajo meticulosamente, y bien. No se preocupe, si cumple debidamente con su obligación se le tendrá en cuenta, el sistema no es ciego ante su ambición o su talento. Pero si vuelve a desatar su fantasía una vez más en este problema, yo, personalmente, me preocuparé de hundir su expediente personal.

Todd comprendió que se le despedía. Seguía furioso, ahora sobre todo consigo mismo, pero tuvo la sensatez de no demostrarlo. Consideraba al comandante Winters como un anciano de mediana competencia, y odiaba ser amonestado por él. *No obstante, por el momento, no tengo más remedio que aguantarle*, se dijo al abandonar su despacho.

La luz de aviso de Nick funcionaba cuando éste llegó a su casa después de la visita a Amanda y del encuentro con Greta. Guardó la bolsa con el tridente en el armario y conectó el contestador automático. En el pequeño monitor apareció Julianne. Nick sonrió para sí, siempre grababa sus mensajes, por pequeños que fueran, en vídeo.

—Lamento tener que comunicarte, Nick, que tus clientes de Tampa para mañana y el domingo han llamado para cancelar la salida. Según ellos oyeron un parte meteorológico que anunciaba tormentas. De todos modos, no lo has perdido todo porque te quedas con su depósito. —Calló un instante—. A propósito, Linda, Corinne y yo vamos a ir a «Sloppy Joe» esta noche para oír a Angie Leatherwood. ¿Por qué no te acercas y nos vemos? Hasta te invitaría, quizás, a una copa.

*Mierda*, se dijo Nick, *necesitaba el dinero. Y Troy también*. Maquinalmente marcó el nombre de Troy en el pequeño teclado junto al teléfono y esperó a que levantara el auricular y conectara el vídeo.

—Hola, profesor. ¿Qué demonios haces en un día tan precioso, en el trópico? —Troy estaba de buen humor, como de costumbre. Nick no podía comprender cómo alguien podía estar de perpetuo buen humor.

—Tengo malas noticias y peores noticias, amigo. Primero, Amanda dice que nuestro tridente es moderno y que está casi segura de que no forma parte de ningún tesoro antiguo. Por mi parte, aún no estoy convencido del todo. Segundo, y más importante por lo inmediato, nuestro viaje de mañana se ha ido al cielo. Estamos sin trabajo para el fin de semana.

—¡Uff! —dijo Troy, frunciendo el ceño—. *Esto sí que es un problema*. —Por un momento pareció como si no supiera que decir. Al instante el Troy normal reapareció, sonriendo animadamente—. ¡Eh!, profesor, tengo una idea, como no tenemos nada que hacer esta tarde, ¿por qué no te vienes a casa, al sanatorio Jefferson, a tomarte papas y cerveza? De todos modos tengo algo que enseñarte —le brillaban los ojos.

En cualquier otra circunstancia, Nick hubiera declinado el ofrecimiento de Troy y se habría quedado en casa leyendo *Madame Bovary*. Pero la mañana ya había estado cargada de emoción y se daba cuenta de que necesitaba cierta distracción. Sonrió para sí. Troy era un chico muy divertido, una tarde de alegría y cerveza le resultaba atractiva. Además, Troy había estado trabajando para él desde hacía cuatro meses y aún no habían intentado hacerse amigos. Aunque habían pasado muchas horas trabajando en el barco, todavía no había estado nunca en su casa.

—De acuerdo —se oyó aceptar—, iré. Yo llevaré la comida y tu preocúpate de la cerveza. Nos veremos dentro de veinte o treinta minutos.

Cuando Nick paró su coche delante del pequeño dúplex de madera, en uno de los

sectores más antiguos de Cayo West, Troy llegaba también. Aparentemente había ido a una tienda cercana, porque llevaba una enorme bolsa de papel con seis cartones de tres botellas de cerveza.

—Esto debería servirnos para toda la tarde —hizo un guiño de saludo a Nick y le precedió hasta la puerta. Sobre ésta había un papel pegado que decía: «Profe, vuelvo en seguida. Troy». Troy arrancó el papel y buscó en la moldura encima de la puerta hasta encontrar la llave.

Nick nunca se había preguntado cómo sería el apartamento de Troy, pero seguramente nunca hubiera imaginado el cuarto de estar que encontró al entrar. La habitación estaba ordenada y amueblada al estilo que podría llamarse «de la abuelita». La serie de sofás anticuados y sillones comprados en las subastas de barrio (ninguno era del mismo color, lo que no tenía la menor importancia para Troy, que consideraba el mobiliario como una serie de unidades funcionales, y no meras piezas decorativas) estaban dispuestos en forma de gran rectángulo alrededor de una larga mesa de madera sobre la que se amontonaba ordenadamente un surtido de revistas de electrónica y vídeo. Dominando la habitación, había un magnífico sistema de sonido cuyos cuatro grandes altavoces ocupaban las esquinas, de forma que el sonido convergía en el centro de la estancia. En cuanto los dos hombres entraron, Troy fue al tocadiscos-compacto colocado encima del equipo de estéreo y lo puso en marcha. Una voz femenina, negra, bellísima, acompañada de piano y guitarra llenó la habitación.

—Es el nuevo álbum de Angie —explicó Troy tendiéndole una cerveza abierta. Había estado en la cocina y en la nevera mientras Nick miraba a su alrededor—. Su agente piensa que éste le conseguirá el premio de oro. *Cartas de amor* por poco lo gana, pero de todos modos le reportó más de un cuarto de millón; sin contar el dinero que ganó con su gira de conciertos.

—Recuerdo que me dijiste que la conocías —observó Nick bebiendo un buen trago de cerveza. Se había acercado a una caja, junto al estéreo, donde había sesenta o setenta discos perfectamente ordenados. En la funda vacía del disco, se veía la fotografía de una joven negra bellísima, suavemente iluminada por detrás. Llevaba un traje de noche largo, oscuro. *Recuerdos de noches de encanto*, era el título del álbum—. ¿Sabes algo más de la historia de Miss Leatherwood? —le preguntó a Troy—. Es una mujer magnífica, diría yo.

Troy se le acercó. Programó el tocadiscos para seleccionar ocho piezas del álbum.

—Pensé que no me lo preguntarías nunca —rio feliz—. Esta canción probablemente es la que lo explica mejor.

Nick se sentó en uno de los extraños sillones y escuchó una dulce balada, con un agradable ritmo de fondo. El título de la canción era *Deja que te cuide, cariño* y contaba la historia de un amante perfecto que hacía reír a la cantante tanto en casa

como en la cama. Eran compatibles, eran amigos, pero no podía ofrecer más porque no tenía nada hecho aún. Así que, en la última estrofa, la mujer que canta la canción le suplica que se trague su orgullo y la deje ponérselo fácil a él.

Nick miró a Troy y puso los ojos en blanco mientras movía la cabeza.

—Jefferson —le dijo—, me desconciertas. Nunca sé cuando dices la verdad y cuando me lanzas tierra a los ojos con ambas manos.

Troy se echó a reír y se levantó del sofá, protestando:

—Pero, profesor, así resulta más interesante —se acercó a recoger el bote vacío de Nick—. ¿Te cuesta creerlo, verdad? —preguntó sin dejar de sonreír, contemplando a Nick—. ¿Es posible que tu divertido primer oficial negro ofrezca unas dimensiones que no habías advertido?

Troy se volvió hacia la cocina. Nick le oyó abrir botes de cerveza y poner las patatas fritas en un bol.

—Bueno —gritó Nick—, estoy esperando. ¿Cuál es la historia?

—Angie y yo nos conocemos desde hace cinco años —le contestó Troy desde la cocina—. Cuando empezamos a salir ella tenía diecinueve y era completamente inocente. Una noche estábamos aquí, poco después de que yo me trasladara, escuchando un álbum de Whitney Houston y Angie empezó a cantar.

Troy regresó al cuarto de estar, dejó el bol de patatas encima de una mesita y se sentó en un sillón junto a Nick.

—Lo demás, como dicen en Hollywood, es historia. La presenté al dueño de un club nocturno local y al cabo de un año ya tenía un contrato para grabar y yo un problema: era mía, pero no podía permitirme seguirla. —Troy estuvo inusualmente silencioso durante unos segundos—. Es una mierda que tu orgullo se interponga entre tus sentimientos y la única mujer que has querido.

Nick se sorprendió al descubrir que la íntima revelación de Troy le había emocionado. Se inclinó en su sillón y le apoyó ligeramente la mano en el hombro con un gesto de comprensión. Troy cambió de tema rápidamente.

—¿Y qué hay sobre ti, profesor? ¿Cuántos corazones destrozados cuelgan en tu armario? He visto como Julianne y Corinne, e incluso Greta, te miran. ¿Por qué no te has casado?

Nick rio y bebió cerveza:

—Vaya, éste debe de ser mi día de suerte. ¿Sabes, Jefferson, que eres la segunda persona que me ha preguntado hoy sobre mi vida amorosa? Y la primera ha sido una mujer de setenta años... —Bebió otro sorbo y continuó—: Hablando de Greta. Me la he encontrado esta mañana..., pero no por casualidad. Me ha estado esperando mientras yo hablaba con Amanda. Sabía que ayer encontramos algo y quería hablarme de una asociación. ¿Sabes tú algo de eso?

—Claro —contestó Troy al momento—. Homer debió hacer que nos espiera.

Anoche, cuando terminé de arreglar el barco, me estaba esperando para sacarme información. Te había visto salir con tu bolsa y adiviné, o se enteró, de que habíamos encontrado algo. Yo no le dije nada, aunque tampoco lo negué. Acuérdate de que Ellen vio a Carol y a mí en el despacho del puerto con todo ese sensacional equipo.

—Sí, claro, y tampoco esperaba mantenerlo en secreto para siempre. Sólo que yo quería encontrar más tesoro, si lo hay, antes de que esos fisgones nos siguieran en todo momento.

Ambos hombres guardaron silencio y siguieron bebiendo.

—Pero no has contestado a mi pregunta, la has esquivado —dijo Troy con una sonrisa de picardía—. El tema eran las mujeres. ¿Cómo puede ser que un hombre como tú, educado, no gay en apariencia, no tenga una compañera?

Nick reflexionó un instante. Se fijó en el rostro sincero y bondadoso de Troy y decidió arriesgarse:

—No lo sé bien, Troy —confesó gravemente—, pero creo que las alejo. Encuentro algo que falla en ellas y me sirve de excusa. A lo mejor es que se lo hago pagar de algún modo. ¿Preguntaste por los corazones desgarrados? El mayor de todos los que guardo en el armario es el mío. El mío se hizo pedazos cuando era un chiquillo por una mujer que tal vez ni siquiera se acuerda de mí.

Troy se levantó y fue al tocadiscos a cambiar la música.

—Fíjate en los dos —observó—, ambos luchando con la infinita complejidad de la especie femenina. Que Dios las mantenga para siempre locas y misteriosas y maravillosas. Y por cierto, profesor —reapareció la sonrisa característica de Troy—, he sacado este tema para prevenirte. A menos que me equivoque, la dama reportera se ha fijado en ti. Le gustan los retos, y hasta ahora sólo has emitido señales negativas. Por decir algo.

Nick saltó de su sillón en un rápido impulso:

—Voy a tomarme otra cerveza, mi buen amigo. Hasta este momento creí estar hablando con alguien sensato, lleno de comprensión. Ahora, por el contrario, descubro que hablo con un negro estúpido que piensa que «tocayo» es una palabra de amor. —Se calló mientras iba a la cocina en busca de más patatas fritas—. A propósito —gritó a Troy entre crujidos de patatas—, dijiste por teléfono que querías que viera algo. ¿Se trataba del álbum de Angie Leatherwood o era otra cosa?

Troy se le acercó cuando volvía con la cerveza:

—No, era otra cosa. Pero quería hablar antes contigo para estar seguro... bueno, la verdad es que no lo sé, para confiar en que no te burlarías de mí.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó Nick algo confuso.

—Está aquí —contestó Troy golpeando una puerta cerrada del otro lado del vestíbulo, frente al cuarto de estar—. Es mi hijo. Llevo más de dos años trabajando en él, solo la mayor parte del tiempo..., aunque el hermano artista de Angie, Lanny,

me ha ayudado en alguna cosa..., y ahora quiero que lo pruebes —sonrió—. Serás el primer probador alfa.

—¡Qué diablos...! No entiendo nada. ¿Qué es un probador alfa? —Nick arrugó la frente mientras intentaba seguir la conversación. Las dos cervezas frías en el estómago vacío le habían producido una inesperada y pequeña excitación.

—Un invento mío —contestó Troy lentamente, haciendo que cada palabra penetrara en su amigo—, es un juego de computadora. Llevo casi dos años trabajando en él, y tú serás el primer extraño que juegue.

Nick hizo una mueca, como si hubiera encontrado un fruto amargo.

—*Moi!* —exclamó—. ¿Quieres que juegue un juego en una computadora? ¿Quieres que yo, cuya coordinación mano-ojo es casi inexistente, incluso estando sobrio, me sienta a matar marcianos, o esquive bombas, o lance canicas a una velocidad que sólo los neoadolescentes pueden alcanzar? Jefferson, ¿has perdido la cabeza? Soy Nick Williams, el tipo al que tú llamas profesor, el hombre que se sienta a leer *libros* para divertirse.

—Está bien, muy bien. —Troy se echó a reír ante la reacción de Nick—. Serás perfecto como probador alfa. Mi juego no es de esos de salón que ponen a prueba los reflejos, aunque en algunos momentos el ritmo sea muy rápido. Mi creación es un juego de aventura. Es un poco como una novela, excepto en que el mismo jugador define el resultado del juego. Tiendo a que lo vea mucha gente e incluyo muchas arrugas tecnológicas poco corrientes. Me gustaría ver cómo respondes tú al juego.

Troy tomó como asentimiento el gesto de Nick y abrió la puerta del que hubiera debido ser dormitorio principal de la casa. En cambio lo que encontraron los ojos de Nick fue una colección casi fantasmagórica de equipo electrónico llenando hasta el último rincón de una habitación bastante grande. Su primera impresión fue de caos total, pero después de sacudir la cabeza y parpadear un par de veces, halló cierto orden en la mezcla de teclados, monitores, cables, computadoras e infinidad de piezas sueltas. A un lado de la habitación había un sillón a unos diez pasos delante de una pantalla gigante. Entre el sillón y la pantalla, había una mesa baja con un teclado. Troy le indicó que se sentara.

—Mi juego se llama *Aventura aliena* —explicó Troy excitado—, y empezará tan pronto como yo pare los discos y tú estés dispuesto ante el teclado. Pero antes de empezar hay cosas que debo decirte —se arrodilló junto a Nick y señaló el teclado—. Hay tres teclas críticas que debes recordar mientras estés en el juego. Primero, la X para el reloj. Desde el momento en que empieces el juego, el reloj anda y mientras el reloj ande tú estarás consumiendo recursos vitales. Éste es el único modo de parar el reloj y recargar, sin pagar una multa: tocar la X te permite parar y pensar.

»Más importante que la X es la S. La S te permite comprobar o, como si dijéramos, salvar el juego. Ahora mismo no entiendes nada de lo que te digo porque

no has jugado a juegos de computadora complicados, pero créeme, debes aprender a ir salvando el juego. Cuando pulsas la S, todos los parámetros del juego que estás jugando están escritos en una base de datos especial que tiene un identificador único. Después, en cualquier momento del futuro, podrás llamar al identificador y el juego volverá a empezar exactamente en el mismo punto donde lo salvaste. Este rasgo puede salvar una vida. Si tomas un camino peligroso en el juego y tu personaje acaba muriendo, es el salvador del juego el que evita que tengas que volver a empezar de nuevo.

Nick estaba asombrado. Éste era un Troy distinto al que había conocido hasta entonces. Cierto que siempre se había sentido un poco sorprendido y considerablemente impresionado por la habilidad de su segundo de a bordo para arreglar cualquier pieza del equipo electrónico del barco, pero nunca ni en su más loca imaginación hubiera podido creer que Troy dejara el barco y marchara a casa a trabajar en cosas similares y de forma mucho más creativa. Ahora, este mismo negro sonriente le había sentado en una butaca frente a una pantalla gigantesca y le enseñaba pacientemente, como a un niño. Nick estaba impaciente por ver lo que ocurriría a continuación.

—Finalmente —siguió Troy preguntando con la mirada si le seguía—, está la H o la tecla de ayuda. Cuando, sencillamente, se te haya agotado la imaginación y no sepas que hacer, pulsas la H. El juego entonces te dará unas pistas sobre cómo puedes proceder. Pero debo advertirte una cosa, el reloj sigue corriendo mientras recibes ayuda. Y hay algunas situaciones del juego, como por ejemplo durante una batalla, en que pulsar la H puede ser desastroso, porque estarás esencialmente desamparado durante el tiempo en que el juego procesa tu demanda de ayuda. H es útil cuando te encuentres en una buena situación y trates de pensar cuál va a ser tu estrategia general.

Todavía agachado a su lado, Troy entregó a Nick un pequeño bloc de espiral y le indicó que lo abriera. La primera página decía: «Diccionario de Mando». En cada página había una explicación separada, escrita legiblemente a mano, que explicaba el mando del juego que resultaría al pulsar la tecla indicada en la parte superior de la página.

—He aquí el resto de los mandos, cincuenta en total —dijo Troy—. Pero no necesitas memorizarlos, yo te ayudaré. Tú mismo los irás aprendiendo a medida que vayas jugando un rato. La mayoría de los mandos importantes se activan por una simple pulsación en el teclado aunque algunos requieren dos pulsaciones.

Nick hojeó el bloc. Se fijó en que la L activaba el mando «Mirar». Pero se necesitaba otra entrada para identificar *qué* instrumento debía emplearse para mirar. La 1 seguida de 1, por ejemplo, quería decir «mirar con los ojos». L8 significaba «mirar con un espectrómetro ultravioleta», fuera lo que fuera. Nick empezaba a estar



abrumado y miró a su amigo que estaba ocupado haciendo las últimas comprobaciones en parte del equipo.

Troy volvió junto a la butaca y le miró a su vez.

—Bueno —le dijo—, creo que ya estás listo. ¿Alguna pregunta?

—Sólo una, mi señor y guía —contestó Nick con burlona humildad—. ¿Puedo, por favor, tomarme otra cerveza antes de que arriesgues mi hombría en algún misterioso mundo de tu creación?

La verdad es que Nick no estaba aún listo para empezar a jugar. Incluso después de que Troy eliminara tres discos compactos, hubo más actividades preliminares antes de que empezara propiamente el juego. Tenía que declarar su nombre, raza, edad y sexo, en respuesta a las preguntas que aparecieron en la pantalla gigante. Nick miró a Troy con la cabeza ladeada y una rara expresión en su rostro.

—No hagas ya más preguntas, lo verás todo claro muy pronto.

A continuación la pantalla se llenó con un precioso planeta con anillos, o lo que parecía la invención de un artista, al que le gustaba el color púrpura para representar a Saturno. La perspectiva arrancaba del polo del planeta; los anillos estaban desplegados como las diferentes secciones de un blanco de dardos. Pequeñas chispas de luz escapaban intermitentemente de estos anillos, indicando que el sol, o la estrella, o lo que fuera fuente de la luz refleja, se hallaba cerca del que miraba. Era una imagen preciosa. Un simple anuncio en letras mayúsculas, sobreimpuesto al planeta de los anillos por unos segundos, decía *Aventura Aliena* por Troy Jefferson, y en la habitación empezó a oírse un suave fondo de música clásica. Nick contuvo un impulso de reírse cuando oyó la voz de Troy, claramente consciente y grave, saliendo de uno de los altavoces.

La voz grabada de Troy explicaba las condiciones iniciales del juego. El aventurero se encontraba en una estación espacial en órbita polar alrededor de Gunna, el mayor planeta perteneciente a otro sistema solar, y cuyo cuerpo central era la estrella tipo-G que llamamos Tau Ceti a sólo diez años-luz de distancia de la Tierra.

—Tau Ceti tiene ocho cuerpos primarios en su sistema —explicó la voz de Troy—, incluyendo seis planetas y dos lunas.

»Los mapas del sistema están disponibles en el comisariato de la estación —continuó—, aunque algunas de las regiones figuran incompletas en la descripción del mapa. Cuando empieza tu aventura, estás durmiendo en tu camarote de la estación. Suena una alarma en tu receptor personal...

La voz se apagó y se oyó una alarma. Lo que se reflejaba en la pantalla gigante era el interior de un camarote espacial, casi seguramente tomado de alguna de las muchas películas de ciencia ficción. En la esquina de la derecha, arriba, se veía un reloj digital que cambiaba de unidad en unidad cada cuatro segundos. Nick miró

desamparado hacia Troy y éste sugirió que pulsara la L. A los pocos segundos, Nick supo que podía utilizar las teclas de dirección del teclado para mirar a determinados objetos de su cabina. Cada vez que pulsaba una tecla de dirección, la imagen de la pantalla variaba para mostrar otro punto de vista. Nick se fijó en que había una figura borrosa en su pequeña televisión y siguiendo las directrices de Troy miró hasta que se aclaró.

Cuando el enfoque en la pequeña televisión de su camarote se ajustó, Nick pudo ver a una joven vestida con un traje largo y amplio, de un rojo intenso, que llegaba al suelo. Estaba allí, de pie, incongruente, en una habitación pequeña y desnuda, con sólo una cama, un pequeño escritorio y una silla dura. Un poco de luz penetraba por una ventana solitaria en lo alto de la pared, cerca del techo y detrás del escritorio. En el cristal de la ventana estaban incrustadas gruesas barras verticales.

La cámara enfocó el zoom a su cara. Nick se inclinó en su butaca.

—Pero, pero..., si es Julianne —exclamó sorprendido en el preciso momento en que la mujer empezó a hablar.

—Capitán Nick Williams —le dijo, ante su sorpresa—, usted y yo no nos hemos visto nunca, pero su reputación de valeroso y justo, es inigualada en la Federación. Soy la princesa Heather de Othen. Cuando asistía al gran baile de la inauguración del virrey de Toom, fui secuestrada por Willenes y llevada a su fortaleza del planeta Accutar. Han comunicado a mi padre, el rey Merson, que no me liberarán hasta que les ceda todos los asteroides ricos en metales preciosos, de la región de Endelva.

»No debe hacer esto, Nick —continuó la princesa, insistente, con el zoom de la cámara enfocando su rostro—, o privará a nuestra gente de su única fuente de hanna, la clave de nuestra inmortalidad. Mis informes me dicen que mi padre se está acabando, abrumado por su imposible situación. Mi hermana Samantha ha huido de Othen con una división clave de nuestras mejores tropas y una enorme provisión de hanna. No está claro si se propone liberarme o rebelarse contra el gobierno de mi padre, en el caso de que decidiera abandonar los asteroides de Endelva a cambio de mi vida. Siempre ha sido totalmente imprevisible.

»Ayer los Willenes enviaron un ultimátum a mi padre. Debe decidirse antes de un mes, o me cortarán la cabeza. Capitán Williams, por favor, ¡ayúdeme! No quiero morir. Si viene y me libera, compartiré con usted el trono de Othen y el secreto de nuestra inmortalidad. Podremos vivir eternamente como rey y reina.

La transmisión paró bruscamente y la imagen desapareció. La pantalla volvió a mostrar el interior del camarote de Nick, a bordo de la estación espacial. Nick contuvo el impulso de aplaudir y permaneció inmóvil. De un modo u otro, Troy había hecho de Julianne una princesa Heather convincente. *Pero ¿cómo entró mi nombre en el guión?*, se preguntó. Quería hacer preguntas pero un mensaje de advertencia cruzó la pantalla como un destello, indicando que el tiempo pasaba y el aventurero no

entraba en acción. Nick encontró la tecla X y el reloj digital paró. Se volvió a Troy:

—Bien, ¿y ahora qué hago?

Con la ayuda ocasional de Troy, Nick se equipó para un viaje, encontró el camino del puerto espacial y entró en una pequeña lanzadera. Pese a las insinuaciones de Troy de que sus probabilidades de supervivencia en el «espacio abierto» eran pequeñas a menos que dedicara algo más de tiempo a examinar las otras instalaciones de la estación espacial, Nick arrancó de todos modos. Era muy divertido. Utilizó los mandos del teclado para controlar la velocidad y la dirección. Lo que veía en la pantalla concordaba perfectamente con su mando, dándole la ilusión de que realmente volaba en un vehículo a través del espacio. Vio otros muchos vehículos en el monitor, al ir maniobrando en dirección a su destino, un planeta llamado Gunna, pero ninguno de ellos se acercó a su lanzadera. Sin embargo, justo en el exterior de la esfera de influencia de Gunna, un aparato achatado se le acercó rápidamente y, sin previo aviso, le disparó una batería de misiles. Nick no pudo escapar. La pantalla se llenó del fuego de la explosión que destrozó su lanzadera. Entonces, el monitor se apagó y se quedó negro, exceptuando un sencillo mensaje: «El juego ha terminado», escrito en letras blancas en el centro de la pantalla.

—¿Hay tiempo para otra cerveza? —preguntó Nick sorprendido al descubrir que estaba decepcionado por la muerte de su protagonista.

—Ahora mismo, capitán —respondió Troy.

Anduvieron juntos hacia la cocina. Troy abrió la nevera y sacó otro par de cervezas, pasándole una a Nick. El profesor seguía absorto, pensando en el juego.

—Si recuerdo correctamente, había cuatro sectores señalados en el mapa de la estación espacial... —musitó en voz alta—. Y sólo estuve en dos de ellos. ¿Te importaría hablarme de los otros dos?

—Te perdiste la cafetería y la biblioteca —le aclaró Troy encantado de que Nick siguiera interesado—. La cafetería no es muy importante —añadió riendo—, aunque no sé que hayas ido a ninguna parte antes de comer primero. Pero la biblioteca...

—No me lo digas —le interrumpió Nick—. Deja que lo suponga. En la biblioteca puedo enterarme de todo sobre los Willenes y los Otheners, o comoquiera que se llamen, que pueden vivir eternamente, y lo que es exactamente un virrey de Toom —sacudió la cabeza—. ¡Vaya! ¡Vaya! Troy debo decirte que estoy más que impresionado. No tengo la menor idea de cómo alguien puede crear algo así. Y tengo la impresión de que sólo he arañado la superficie.

—¿Deduzco que estás dispuesto a continuar, profesor? —exclamó Troy aceptando la alabanza con una gran sonrisa—. Un consejo. Mientras estés en la biblioteca, busca en la *Enciclopedia de Vehículos Espaciales* a fin de poder distinguir, por lo menos, una nave hostil cuando aparezca. De lo contrario no llegarás nunca a la fase excitante del juego.

La tarde pasó muy de prisa. Nick encontró que el escape al mundo imaginario del juego de Troy era sorprendentemente relajante, precisamente el tónico que necesitaba después de la evocación matinal de Monique. Troy se dio cuenta de que Nick disfrutaba con el juego y ello le encantó. Sintió un ramalazo de orgullo creativo y el convencimiento de que su *Aventura Aliena* sería su pasaje al éxito renació.

En su búsqueda imposible de la princesa Heather, Nick murió otro par de veces. Una vez, cuando tomó tierra en un planeta llamado Thenia que no estaba en el mapa, un hombre negro con cabeza de lagarto se le acercó y le ordenó que se fuera, porque en Thenia no había nada salvo complicaciones. Nick hizo caso omiso de la advertencia y se alejó de la lanzadera en un «:Landrover». Escapó por un pelo a una erupción volcánica, para caer en una trampa y ser comido por un gigantesco limaco que surgió de la tierra, cerca del punto de aterrizaje de la lanzadera.

En otra reencarnación, Nick encontró a Samantha, la hermana de la princesa Heather, representada en un par de escenas por la amiga de Julianne, Corinne. En realidad, Troy había hecho que Corinne se pareciera a Susie Q. la famosa reina del porno de principio de los noventa, y gran parte de las imágenes que aparecían en la pantalla del juego estaban sacadas de su descarado clásico *Placer hasta el dolor*. Un hábil intercalado de nuevas y antiguas escenas daban la ilusión de encontrarse en la película con Susie Q. mientras ésta ofrecía goces sexuales más allá de toda negativa.

Samantha, alias Susie Q. alias Corinne, seducía a Nick y luego le apuñalaba con una pequeña daga mientras él yacía expectante y desnudo sobre la cama. Al llegar a este punto, los dos hombres se terminaron las cervezas. La combinación de las escenas pornográficas y el alcohol les habían llevado a una conversación descarnada y degenerada.

—¡Mierda! —exclamó Nick, tratando de convencer a Troy para que volviera a poner la escena donde una Samantha/Susie Q. desnuda se acerca a la cámara para meter el pene erecto en su boca—. Nunca, jamás, jamás había oído siquiera hablar de un juego de computadora en que casi te hacen gozar. Hombre retorcido, eres un genio, sí, lo reconozco; pero jodido y absolutamente retorcido. ¿Qué demonios te indujo a poner escenas de sexo en este juego?

—Hombre... —rió Troy pasándole el brazo por el hombro al salir dando bandazos hacia el salón—, el nombre del juego es ventas. Y aquí mismo en *Pasatiempos de software* (cogió un de las revistas de la mesa) dice que un setenta y dos por ciento, setenta y dos jodido por ciento, amigo mío, de toda la gente que compra juegos de computadora son varones de 16 a 24 años. ¿Y sabes lo que gusta a este grupo, además de juegos de computadora y ciencia ficción? Sexo, amigo mío. ¿No ves a cualquier jovencuelo retirándose a su alcoba para jugar a este juego sin testigos? ¡ii yaaa! —Troy se desplomó en uno de los sillones y se golpeó el pecho.

Estás loco, Jefferson —observó Nick mirándole—. No sé si alguna vez podré quedarme solo a bordo contigo. Eres un loco confirmado. Bueno, imagina los comentarios: *Aventura Aliena* muestra un encuentro con Susie Q. la reina de la pornografía, en un castillo subterráneo en el esteroide Vitt. Lo que me recuerda, ¿cómo te las arreglaste para intercalar todos estos trozos de película?

—Mucho trabajo de investigación, trabajo duro, profesor —respondió Troy calmándose—. Lanny y tres de sus amigos se han pasado quizá mil horas viendo películas para mí, tratando de descubrir los clips apropiados. Y nada de esto hubiera sido posible, claro, sin los nuevos métodos de almacenamiento de datos. Ahora podemos guardar una excelente versión digital de cada película que se ha hecho en Estados Unidos, en un almacén no mucho mayor que este dúplex. He utilizado la base de datos al máximo.

Nick aplastó un bote de cerveza entre sus manos.

—Es fabuloso, realmente fabuloso. Pero no conozco el asunto del sexo. ¿Y por qué haces registrar, al principio, la raza? ¿No crees que alguien podría ofenderse? No he visto nada en el juego que estuviera basado en la información racial.

Aunque estaba algo bebido, Troy se puso momentáneamente serio, casi sombrío.

—Mira, amigo —afirmó—, sexo y raza son ambos parte de una vida. Tal vez es verdad que la gente juega a juegos de computadora principalmente para pasar el tiempo, y que preferirían no tener que enfrentarse a ciertos tópicos mientras están divirtiéndose, pero debe permitírseme cierta licencia creativa. La raza está siempre con nosotros e ignorarla me parece que sólo contribuye al problema.

Después se animó y siguió hablando:

—¡Eh!, profesor, el hombre lagarto que te avisó, en Thenia, era negro. Tú seguiste adelante pese a su advertencia. ¿Y si hubiera sido blanco? ¿Hubieras dado media vuelta y regresado a la lanzadera? Un negro jugando a este juego se encuentra con un hombre lagarto blanco en Thenia, es parte de la representación, hombre. Hay unos veinte cambios en el libreto que se basan en la nota racial.

La expresión de Nick era claramente incrédula.

—Realmente —dijo Troy de pie dispuesto a volver a la habitación donde habían jugado—, te lo enseñaré. Fíjate en cómo empieza el juego si el jugador registrado es negro.

Nick siguió a Troy hasta el cuarto de la computadora, con una curiosidad claramente aguzada. Troy puso el juego en marcha y Nick dio los datos, cambiando su raza a negra. Esta vez, cuando la imagen en su pequeño televisor apareció, ¡la princesa Heather era negra! La princesa era ahora, naturalmente, Angie Leatherwood.

—Que me ahorquen —exclamó Nick contemplando al sonriente Troy—. Es usted un tío muy inteligente, señor Jefferson.

Y salió de la estancia silbando y moviendo la cabeza. Troy apagó y le siguió.

—Bueno —empezó Nick, otra vez instalado en el cuarto de estar y sentado en el sofá—, una última pregunta y olvidemos el juego de momento. ¿Cómo metiste mi nombre? Me ha parecido impresionante.

—La idea original fue de Lanny, y se basaba en una película que había visto sobre terapia de lenguaje. Lanny tuvo a los personajes secundarios durante un día, pronunciando todos los sonidos, vocales y consonantes, en una sesión de prueba. Después reunimos todos estos sonidos en lo que se llaman técnicas de continuidad audio analíticas. —Troy se echó a reír. Se sentía bullir de felicidad y se recreaba en los cumplidos—. Pero tiene sus inconvenientes, nuestro intérprete sólo sabe leer palabras inglesas sencillas. Tendremos que suprimir el pasaje si vendemos el juego al extranjero.

Nick se levantó:

—Bueno, se me han terminado los superlativos. A propósito, ¿sois más hermanos, hermanas y demás? Me gustaría poner en guardia al resto del mundo.

—Ahora sólo quedo yo —una fugaz expresión nostálgica pasó por el rostro de Troy—. Tenía un hermano, Jamie, seis años mayor que yo. Nos queríamos mucho. Murió en un accidente de coche cuando yo tenía catorce años.

Siguió un silencio incómodo.

—Lo siento —dijo Nick impresionado de nuevo por la sinceridad de Troy. Éste se encogió de hombros y luchó contra el recuerdo.

Nick cambió de conversación. Hablaron del barco y, luego, de Homer y de su tripulación. De pronto, Nick miró el reloj y exclamó:

—¡Santo Dios!, son más de las cuatro. ¿No debíamos encontrarnos con Carol Dawson a las cuatro?

Troy saltó de su sillón.

—Claro que sí. Vaya socios que se ha mercado, la tarde entera bebiendo cerveza y jugando.

Los dos hombres se golpearon la espalda, lanzaron los botes vacíos a la basura y salieron en dirección al coche de Nick.

Carol estaba claramente furiosa mientras esperaba sentada en la sala de comunicaciones del «Marriott Hotel». Tamborileaba con los dedos sobre la mesa mientras esperaba la llamada telefónica. Oyó un clic y la voz de Nick que decía: «No estoy en casa en este momento. Pero si...» Cortó rápidamente y ella misma terminó la frase «pero si deja su nombre, su número y la hora de su llamada, me pondré en comunicación con usted tan pronto vuelva». M-i-e-r-d-a. Mierda. Sabía que debí llamarle antes de salir de Miami.

Marcó otro número. Le contestó Bernice y la puso en contacto directo (por vídeo) con el doctor Dale Michaels. Carol no se molestó en saludar.

—¿Puedes creer que no encuentro a ese bandido? No está en su barco, no está en su casa, nadie sabe dónde está. Podía haberme quedado en Miami y dormir una siesta.

Carol no había contado gran cosa a Dale sobre Nick y Troy. Y lo que había dicho de Nick era poco halagador.

—Bien, ¿y qué esperabas? —respondió Dale—. Querías salir con aficionados porque eran una buena tapadera. ¿Por qué creíste que sería fácil encontrarle antes de la cita contigo? Ese tipo seguro que suele quedarse en la cama con su nena todo el día, hasta que tiene alguna razón para saludar al mundo —y Dale rio para sí.

Carol se sintió curiosamente fastidiada por el despectivo comentario de Dale sobre la vida amorosa de Nick. Empezó a decir algo pero cambió de opinión y solo dijo:

—Oye, Dale, ¿es segura esta línea telefónica? Tengo un par de cosas delicadas que quisiera discutir contigo.

Le sonrió.

—No debes preocuparte. Tengo sensores que avisan con un destello si algo inexplicable interfiere la línea. Incluso donde tú hablas.

—¡Magnífico! —Sacó su libretita y estudió una lista escrita a mano—. Por lo que Arnie Webber sabe —dijo mirando a la cámara—, no hay prohibición legal contra el salvamento de ninguna propiedad del Gobierno de los Estados Unidos, siempre y cuando se devuelva a su propietario legal inmediatamente después de su salvamento. Así que, si sacara el misil no cometería, técnicamente, ningún crimen.

Borró la primera línea de su lista.

—Pero, Dale, durante el vuelo hacia aquí desde Miami, se me ha ocurrido algo más. El objeto es, después de todo, una especie de misil dirigido. ¿Y si explota? ¿Estoy loca por pensar en estas cosas? ¿O estará en cierto modo inutilizado o algo así por el mero hecho de hallarse allá abajo, en la arena y en agua salada, durante varios días?

—A veces, Carol —rio Dale—, eres divina. Estoy más que convencido de que el

nuevo misil está diseñado para operar tanto en el aire como en el agua. Y no creo que la arena estropeará su mecanismo delicado en un período de tiempo tan corto. Sin embargo, el hecho de que no haya estallado aún me sugiere que, en primer lugar, no estaba cargado, excepto, posiblemente, por un pequeño aparato destructor que puede, o no, haber fallado. Salvando ese misil estás corriendo un riesgo calculado. Sigo sugiriendo firmemente que te sumerjas, consigas las fotografías y después des publicidad a la historia. Subir el misil para enseñarlo me parece un espectáculo más que una labor de periodismo. Además, es peligroso.

—Como te he dicho en el coche —Carol se mostró tajante—, tienes todo el derecho a opinar. La Marina podría alegar que he trucado las fotografías, pero no pueden discutir ante un misil con presencia física y que puede ser claramente visto por los telespectadores de toda una nación. Quiero el máximo impacto para la historia.

Borró otra nota de la lista de su cuaderno.

—¡Oh, sí!, se me olvidó mencionar que he conocido a otro capitán de barco, en realidad un poco pinta, viejo, gordo y que se llama Homer. Pareció reconocerme al momento. Yate grande, dinero y demás. Extraña tripulación...

—¿Se apellida Ashford? ¿Homer Ashford? —la interrumpió Dale.

Carol asintió:

—¿Así que le conoces?

—Ya lo creo. Era el jefe de la expedición que encontró el tesoro del *Santa Rosa*, en 1986. Tú también le conociste, aunque es obvio que lo has olvidado. Él y su mujer fueron invitados al banquete de la entrega de premios del IOM a principios de 1993. —Dale se quedó pensando—. Eso mismo. Ahora recuerdo que llegaste tarde al banquete por causa de la amenaza de Juan Salvador contra ti. Pero estoy sorprendido de que los hayas olvidado, especialmente a la mujer. Era una mujer grande y gorda que pensó que no valías gran cosa.

Poco a poco, todo fue encajando en la memoria de Carol. Recordó una noche curiosa, después de que empezara a salir con Dale. Había escrito un artículo en el *Herald* sobre tráfico de cocaína, y sugerido que el concejal cubano, Juan Salvador, entorpecía deliberadamente las investigaciones policiales. A mediodía de aquel día, una fuente habitualmente de confianza había llamado a su jefe, en el periódico, para decirle que el señor Juan Salvador había amenazado la vida de Carol. El *Herald* le había asignado un guardaespaldas y recomendado que modificara su programa habitual, de modo que sus movimientos no fueran nunca precisos.

Aquella noche, en el banquete del IOM, Carol estaba como atontada. El guardaespaldas llevaba solamente tres horas con ella y ya se sentía confinada y encarcelada, pero la amenaza la había asustado realmente. En el banquete, había estudiado cada rostro en busca de un asesino, esperando que alguien diera el primer



paso. Ahora, sentada en la sala de comunicaciones del hotel, catorce meses después de aquello, recordó vagamente haber conocido a Homer (iba vestido de etiqueta) y a una mujer jovial y gorda que la había seguido durante unos minutos. ¡Maldición!, pensó Carol. *Vuelve a fallarme la memoria. Debí reconocerle al momento. ¡Qué estúpida!*

—En efecto —reconoció Carol—. Ahora les recuerdo. Pero ¿por qué vinieron al banquete del IOM?

—Era un banquete en honor de nuestros principales bienhechores. Homer y Ellen habían sido grandes patrocinadores de nuestro esfuerzo de vigilancia submarina. En realidad, ha probado *in situ* muchos de nuestros prototipos, en sus instalaciones de Cayo West y además con resultados sólidos. La mejor recopilación de reacciones vigilante/intruso que nadie haya catalogado jamás. Precisamente, fue Ashford el que nos mostró como puede engañarse un MQ-6...

—Está bien, está bien —comentó Carol, dándose cuenta de que su grado de tolerancia era aún muy bajo—. Gracias por la información. Son las cuatro menos cuarto, voy a bajar al puerto para encontrarme con Nick Williams y organizarme para mañana. Si surge algo nuevo, te llamaré a casa esta noche.

*Ciao* —se despidió Dale Michaels, tratando, sin éxito, de parecer sofisticado—, y por favor ten cuidado.

Carol dejó el teléfono con un suspiro. Se preguntó si debía pasar uno o dos minutos imaginando adónde acabarían yendo ella y Dale. *O no yendo, según fueran las cosas*. Recordó todo lo que necesitaba hacer, cerró su libreta y se levantó de la butaca. Pensó, *ahora mismo, no tengo tiempo de pensar en Dale. Pero tan pronto como me sobre un minuto en esta loca vida mía, lo haré*.

Carol realmente estaba echando humo cuando entró por segunda vez en la oficina del puerto. Se acercó al mostrador de información saliéndole fuego por los ojos y dijo furiosa a Julianne:

—Señorita, como ya le he dicho hace un cuarto de hora, tengo una cita, aquí, con Nick Williams y Troy Jefferson. Como puede ver son las cuatro y media pasadas.

Carol señaló el reloj digital con un gesto amplio e impaciente que obligó a Julianne a mirar.

—Ambas hemos comprobado independientemente que Mr. Williams no está en su casa. Ahora bien, ¿va usted a darme el número del teléfono de Mr. Jefferson o le hago una escena?

A Julianne no le gustaba Carol ni sus aires de superioridad así que se mantuvo en sus trece:

—Como ya le he dicho Miss Dawson —insistió correctamente pero en un tono mordiente—, la política del puerto prohíbe que demos los números de teléfono de los

propietarios de barcos de su tripulación. Es una cuestión de intimidad. Ahora bien, si tuviera usted un contrato a través de nosotros —continuó Julianne, refocilándose en su momento de gloria—, nuestra obligación sería ayudarla. Pero, como he dicho antes, al...

—Maldita sea, ya lo sé —saltó Carol furiosa. Golpeó el mostrador de Julianne con el sobre de fotos que llevaba—. No soy una imbécil, ya lo hemos dicho antes. Le he insistido en que tenía que encontrarme aquí con ellos a las cuatro, ahora bien, si no quiere ayudarme, quiero hablar con su jefe, el gerente o lo que sea.

—Bien —respondió Julianne, echando chispas de desprecio—. Si quiere tomar asiento allí, veré si puedo localizar...

—No pienso tomar ningún asiento —gritó Carol exasperada—. Quiero verle ahora mismo, se trata de algo extremadamente urgente. Venga, levante ya el teléfono y...

—¿Ocurre algo? Tal vez puede ayudar —Carol giró sobre sí misma. Homer Ashford estaba exactamente detrás de ella y hacia la derecha, cerca de la puerta en dirección a los embarcaderos, Greta y una mujer gorda (*Ésa es Ellen. Ahora la recuerdo*, pensó Carol) hablaban en voz baja. Ellen sonrió a Carol mientras Greta la traspasaba con la mirada.

—¡Ah!, hola, capitán Homer —le saludó Julianne con dulzura—, le agradezco su pregunta. Pero creo que todo está bajo control. Miss Dawson, aquí presente, acaba de indicarme que no acepta mi explicación sobre nuestras normas. Va a esperar a que...

—Quizás *pueda* usted ayudarme —interrumpió Carol agresiva—. Tenía una cita aquí a las cuatro con Nick Williams y Troy Jefferson y no han aparecido. ¿Sabe por casualidad el teléfono de Troy?

El capitán Homer dirigió una mirada suspicaz a Carol y tras cambiar una ojeada fugaz con Ellen y Greta se volvió a ella.

—¡Vaya!, es una sorpresa volver a verla por aquí, Miss Dawson. Esta mañana precisamente, hablábamos de usted diciendo que esperábamos que lo pasara muy bien en su día libre, en Cayo West —calló para ver el efecto de sus palabras—. Ahora me pregunto por qué ha vuelto, al día siguiente. ¿Y creo haber oído correctamente que necesitaba ver a Williams y a Jefferson para algo sumamente urgente? ¿No tendrá nada que ver con todo ese equipo que trajo ayer, verdad? ¿O con la bolsa gris que Williams custodia desde anoche?

¡Ajá!, pensó Carol, al ver que Ellen y Greta se le acercaban. *Estoy rodeada*. El capitán Homer se disponía a coger el sobre cerrado que Carol había dejado sobre el mostrador de Julianne, pero Carol le detuvo.

—Si no le importa, capitán Ashford —dijo con firmeza, al mismo tiempo que le quitaba el sobre de la mano, guardándolo bajo su brazo y bajando la voz—. Me gustaría hablar con usted en privado —y Carol indicó con la cabeza a las dos mujeres

—. ¿Podemos salir un momento al aparcamiento?

Los ojillos de Homer la miraron y después le dedicó la misma sonrisa lujuriosa y desagradable que Carol había observado en el *Ambrosia*.

—Por supuesto, hija mía —al salir con Carol gritó a Ellen y Greta—: Esperadme aquí, tardaré un minuto.

*La necesidad es la madre del invento*, pensó Carol al pasar la puerta junto a Homer Ashford. *Así que a ver que inventas, bruja, ahora, en este momento*.

Caminaron unos pasos hasta el aparcamiento... Carol se volvió al capitán Homer al llegar, con expresión conspiradora.

—Apuesto a que ya imagina por qué estoy aquí —dijo—. No lo quería así porque pensaba que sería una historia mejor si nadie se enteraba de lo que estaba haciendo... Pero obviamente es usted demasiado listo para mí —Homer sonrió como un bobalicón—, sin embargo, quisiera pedirle que no lo propague más de lo necesario, puede contárselo a su esposa y a Greta, pero por favor, a nadie más. El *Herald* quiere que sea una sorpresa.

Homer estaba desconcertado. Carol se inclinó hacia él y casi le murmuró al oído:

—La sección *entera* del magazine del domingo en la cuarta semana de abril. ¿No le parece increíble? Título provisional: «Sueños de riqueza», historias sobre personas como usted, como Mel Fisher, como los cuatro de Florida que ganaron más de un millón de dólares cada uno, en la lotería. Sobre cómo cambia la vida una riqueza súbita. Lo hago yo todo. Empieza con el enfoque del tesoro por su interés general.

Carol veía que al capitán Homer le daba vueltas la cabeza. Sabía que lo tenía desconcertado y por tanto vulnerable:

—Ayer me propuse mirar rápidamente su barco, ver como vivía, qué daría en fotografía. Al reconocerme tan pronto tuve que despistar. Pero desde el primer momento me propuse salir con Williams antes que con nadie —Carol rio—. Mi equipo de buscadora de tesoros del IOM le dejó confuso y todavía cree que soy una auténtica buscadora de tesoros. Ayer casi dejé terminada mi entrevista con él, sólo he vuelto para un par de datos que quedaron en el aire.

Una alarma sonó en la mente de Homer Ashford cuando Carol habló de engañar a Nick Williams. No estaba seguro de creerse la historia de esta reportera escurridiza, ni siquiera ahora. Se dijo que la historia era plausible, pero había una gran cuestión sin respuesta. Preguntó:

—¿Pero qué es lo que lleva Williams en esa bolsa?

—Eso —contestó Carol percibiendo su desconfianza—, no es nada. O casi nada —alzó las cejas y volvió a reír—. Ayer por la tarde sacamos una vieja chuchería sin valor a fin de poder fotografiar el salvamento para mi historia. Le dije que hoy fuera a que se lo valoraran. Piensa que soy una excéntrica. Debe mantenerlo escondido en la bolsa porque le da vergüenza y no quiere que nadie le vea con ello.

Carol golpeó ligeramente a Homer con el codo en las costillas. Él sacudió la cabeza, por una parte se daba cuenta de que le estaban contando una mentira inteligente, pero, curiosamente, en parte tenía tanto sentido que Homer no veía donde estaba el engaño. Por un momento frunció el ceño.

—Me figuro pues, que querrá hablar con nosotros cuando termine con esos dos...

En aquel momento preciso y sin que Carol lo supiera, Nick y Troy entraron en el aparcamiento del puerto. Todavía estaban algo bebidos y atontados.

—¡Vaya, vaya, vaya! —dijo Troy al descubrir a Carol y al capitán Homer conversando—. Creo que mis ojos se han vuelto locos, me están enviando la imagen de la bella y la bestia al cerebro. Se trata de Miss Carol Dawson junto a nuestro gordo y favorito capitán. Ahora dime, ¿de qué supones que estarán hablando?

—No lo sé —contestó Nick erizándose al instante—, pero ten la maldita seguridad de que voy a averiguarlo. Si nos está traicionando... —metió rápidamente el coche en una plaza libre y se dispuso a saltar afuera. Troy le cazó a tiempo y le retuvo.

—¿Por qué no dejas que lo haga yo? —sugirió— creo que el humor es la postura indicada.

Nick lo pensó un instante.

—Puede que tengas razón. Te dejaré ir primero.

Troy apareció ante ellos en el momento en que Carol y el capitán Homer terminaban su conversación.

—¡Hoooooola, ángel! —dijo desde lejos— ¿qué ocurre?

Carol levantó la mano para indicar que le había oído pero sin darse la vuelta para saludarle.

—Así que es Columbia 2748, inmediatamente pasado el «Pelican Resort» ¿mañana por la noche a las ocho y media?

—Sí —contestó Homer. Saludó con la cabeza en dirección a Troy y se dispuso a marchar—. La esperaremos. Traiga mucha cinta porque es una historia muy larga —hizo un furioso ruido con la boca—. Y dispóngase a quedarse para la pequeña fiesta de después.

Homer estaba ya a unos pasos de distancia cuando Troy llegó junto a Carol:

—Hola, capitán Homer. Adiós, capitán Homer —dijo haciéndose el gracioso. Se inclinó para besar la mejilla de Carol—. Hola, ángel...

—Basta —Carol apartó la mejilla—. Hueles como una cervecería, no me sorprende que haya tenido que recorrer toda la ciudad en vuestra busca —vio a Nick acercándose a través del aparcamiento. Llevaba la bolsa en la mano. Alzó la voz—. Bien, Mr. Williams, que agradable sorpresa. Cuánto agradezco que usted y su hermano pudieran bajar de sus taburetes de bar a tiempo de llegar a su cita —miró su

reloj—. Vaya, vaya —dijo con sarcasmo—, elegantemente retrasados. Veamos, si uno espera quince minutos a un profesor auténtico, ¿cuánto tiempo hay que esperar a uno falso?

—Déjese de ironías, señorita sabelotodo —exclamó Nick, reaccionando furioso ante sus pullas. Se reunió con Carol y Troy y contuvo el aliento—. También tenemos algo que aclarar con usted. ¿Qué le estaba contando a ese lameculos de Ashford?

Nick sonaba amenazador. Carol se dispuso a atacar:

—Oíganle bien, el típico macho, macho. Siempre echando la culpa a la mujer. «Hey, perra», dice, «olvida que llego tarde, olvida que soy una bestia arrogante, en cualquier caso fue culpa tuya...»

—¡Eh, eh...! ¡eh! —se interpuso Troy. Carol y Nick se miraban con rabia. Ambos empezaron a hablar a la vez, pero Troy volvió a interrumpirles—. Niños, niños, por favor. Tengo algo importante que decir —ambos se le quedaron mirando mientras alzaba los brazos pidiendo paz. Luego adoptó una postura erguida y simuló leer—. «Ochenta y siete años atrás nuestros abuelos montaron una nueva nación en este continente...»

Carol cedió primero.

—Troy —exclamó sonriendo, pese a su enfado—, eres imposible. Eres, además, ridículo.

Un Troy sonriente golpeó a Nick en el hombro.

—¿Qué tal lo he hecho, profesor? ¿Sería un buen Lincoln? ¿Podría un chico negro y simpático resultar un buen Lincoln para los blancos?

Nick sonrió de mala gana y miró al suelo de cemento mientras Troy parloteaba. Cuando Troy acabó, el tono de Nick hacia Carol fue conciliatorio:

—Siento que llegáramos tarde —se excusó con voz comedida—, se nos pasó la hora. Aquí tiene el tridente.

Carol reconoció lo difícil que había sido para él excusarse. Lo aceptó amablemente con una sonrisa y un gesto de las manos.

—Guarda el tridente un poco más —dijo tras una breve silencio—. Tenemos muchas otras cosas de que hablar —miró el derredor—. Pero éste podría ser el lugar equivocado en el momento equivocado.

Los dos hombres la miraron inquisitivamente.

—Tengo noticias excitantes —les explicó—, algunas de las cuales están aquí, en las fotografías que revelé esta mañana. El caso es que el telescopio recogió una señal infrarroja procedente de la fisura, que emanaba de un gran objeto u objetos —se volvió a Nick—. Puede ser más tesoro, pero no podemos estar seguros de lo que es basándonos en las imágenes.

Nick tendió la mano, pero Carol apartó el sobre.

—Ni aquí, ni ahora. Demasiados ojos y demasiadas orejas. Les doy mi palabra.

Lo que debemos hacer ahora es decidir y planear. ¿Pueden sacarme otra vez mañana por la mañana temprano y estar dispuestos para el salvamento de objetos tan grandes como de cien kilos? Por supuesto, voy a pagar otra vez por alquilar el barco.

—¡Uau! —silbó Nick— ¡cien kilos! Estoy impaciente por ver las fotografías —se tranquilizó al instante—. Necesitaremos pedir una draga y...

—Todavía tengo el telescopio y podremos utilizarlo de nuevo —añadió Carol mirando el reloj—. Son casi las cinco, ¿cuánto tiempo creen que necesitarán para prepararse?

—Tres horas, cuatro como máximo —contestó Nick tras un rápido cálculo—. Con la ayuda de Troy, naturalmente —añadió.

—Encantado, amigos míos. Y como Angie ha reservado una mesa para mí en «Sloppy Joe» esta noche, a las diez y media, para el espectáculo, ¿por qué no nos encontramos allí y repasamos los detalles para mañana?

—¿Angie Leatherwood es amiga tuya? —exclamó Carol claramente impresionada—. No la he vuelto a ver desde que tuvo su gran éxito... —esperó un instante y luego tendió el sobre a Nick—. Estudie estas fotografías en privado. La serie está tomada debajo del barco, donde nos sumergimos, algunas son ampliaciones de otras. Puede que sus ojos tarden algo en ajustarse a los colores, pero lo que buscamos es el objeto u objetos de color marrón —Carol se dio cuenta de que ambos hombres estaban ansiosos por ver las fotografías. Fue con ellos hasta el coche de Nick—. Así que nos veremos en «Sloppy Joe» a eso de las diez y cuarto —y se volvió para dirigirse a su aparcamiento.

—¡Eh!, Carol, un minuto —la llamó Nick. Carol esperó mientras él repentinamente embarazado, trataba de imaginar cómo formular su pregunta—. ¿Le importaría decirnos de qué hablaba con el capitán Homer? —terminó prudentemente.

Carol les miró a los dos y se echó a reír.

—Me lo encontré mientras estaba en la oficina tratando de llamaros por teléfono. Quería saber qué era el objeto encontrado ayer. Le despisté diciéndole que estaba escribiendo un artículo sobre todos los miembros de la tripulación que encontró el tesoro del *Santa Rosa*, hace ocho años.

Nick miró a Troy con simulado disgusto.

—Lo ves, Jefferson —dijo con exagerado énfasis—. Ya te dije que habría una explicación lógica —ambos hombres saludaron a Carol con la mano mientras ésta iba hacia su coche.

—Teniente Todd —dijo el comandante exasperado—, estoy empezando a creer que la Marina de los Estados Unidos ha sobreestimado su inteligencia, o experiencia, o ambas cosas. No llego a entender como puede siquiera continuar considerando la posibilidad de que el *Panther* fuera *desviado por orden* de los rusos, especialmente después de la nueva información presentada esta tarde.

—Pero señor —insistió el joven, obcecado—, es una hipótesis que sigue siendo viable. Y usted mismo dijo en la reunión que un buen análisis de fallo no excluye ninguna posibilidad razonable.

Ambos hombres se encontraban en el despacho del comandante Winters. El comandante volvió a acercarse a mirar por la ventana, fuera era casi de noche. El aire era pesado, húmedo e inmóvil sobre el océano, hacia el sur, iban formándose tormentas. La base estaba casi vacía. Por fin Winters miró el reloj, suspiró y volvió adonde estaba el teniente Todd. Sonreía, pero ligeramente.

—Me oyó bien, teniente. Pero la palabra que cuenta ahí es «razonable». Repasemos los hechos. ¿Oí o no oí correctamente que su análisis telemétrico encontró esta tarde que el contador de rechazo de mandos del pájaro se incrementó durante el vuelo, empezando tan pronto, como frente a la costa de New Brunswick? ¿Y que, aparentemente, más de *mil* mensajes de mando fueron rechazados mientras el misil bajaba por la costa Atlántica? ¿Cómo se propone explicar todo esto según su argumento? ¿Acaso los rusos desplegaron una flota entera a lo largo del trayecto de vuelo, con el solo propósito de confundir y capturar un solitario misil de prueba de la Marina?

El comandante Winters se había plantado delante del alto y joven teniente.

—¿O tal vez cree —continuó sarcástico, antes de que Todd pudiera responder— que los rusos tienen una nueva arma secreta, que vuela al lado de un misil que va a Mach 6 y le habla por el camino? Venga, teniente, ¿sobre qué base razonable se funda para considerar todavía viable esta estrambótica hipótesis rusa?

El teniente Todd siguió en sus trece.

—Señor —contestó—, ninguna de las otras explicaciones posibles sobre el comportamiento del misil tiene sentido. Ahora dice que cree que se trata de un problema de software; no obstante, nuestros programadores más listos no pueden imaginar cómo la sola indicación externa de un grave mal funcionamiento del sistema normal de la software podría hacer que dos, y solamente dos, contadores de mando se estropearan. Se han comprobado todos los datos de diagnóstico de toda la software interior, que fueron telemetrados a tierra, y no encuentran problemas. Además, la comprobación prelanzamiento indica que todo el software funcionaba bien, segundos antes de empezar el vuelo.

»Y sabemos algo más. Ramírez ha averiguado por Washington que ha habido extraños movimientos de la flota submarina rusa frente a la costa de Florida en las últimas cuarenta y ocho horas. No le estoy afirmando que la hipótesis rusa, como usted la llama, sea la respuesta. Sólo que hasta que no tengamos una explicación más satisfactoria de un fallo mecánico que hubiera podido provocar el incremento de ambos contadores de mando, parece sensato mantener una opción que asuma que el *Panther* fue obligado realmente a seguir una orden.

Winters sacudió la cabeza. Por fin dijo:

—Está bien, teniente. No le mandaré que lo borre de la lista, pero le ordeno que centre este fin de semana en la búsqueda del misil por alguna parte del océano, e identifique el problema de software o de hardware que haya podido causar anomalías en el contador de mando o el cambio de ruta de vuelo, o ambas cosas. Debe haber una explicación que no involucre operaciones a escala masiva por parte de los rusos.

Todd empezó a separarse de Winters para salir.

—Un minuto —advirtió el comandante con los ojos entrecerrados—. No creo que sea necesario, ¿verdad teniente?, recordarle que le consideraré responsable si este asunto de los rusos sale a la luz.

—No, comandante... señor —fue la respuesta.

—Pues adelante y téngame al corriente de todo lo significativo que se presente.

El comandante Winters tenía prisa. Había llamado al teatro en cuanto Todd salió, para avisar a Melvin Burton de que seguramente llegaría tarde. Condujo rápidamente hasta un puesto de hamburguesas, se tragó una con patatas fritas, y se dirigió al área del puerto.

Llegó al teatro cuando la mayor parte de los actores estaban ya vestidos. Melvin le esperaba en la puerta:

—De prisa, comandante, no tenemos tiempo que perder. El maquillaje debe ser perfecto la primera vez... —miró nervioso el reloj—. Estará en el púlpito dentro de cuarenta y dos minutos exactamente.

El comandante entró en el vestuario de hombres, se quitó el uniforme de marino y se vistió con la triste indumentaria negra de un sacerdote episcopaliano. Delante de la puerta del vestidor, Melvin paseaba arriba y abajo, dedicado a un final repaso mental.

El comandante Winters ya estaba en el púlpito cuando se levantó el telón. Sufrió el clásico nerviosismo de la primera representación. Miró hacia las tres hileras de sus feligreses teatrales y después a todo el público del teatro. Vio a su mujer Betty y a su hijo Hap en la segunda fila y les dedicó una rápida sonrisa antes de que cesaran los aplausos. Su nerviosismo desapareció tan pronto empezó el sermón de Shannon.

El breve prólogo terminó en seguida. Las luces se apagaron otra vez durante unos quince minutos, el decorado cambió automáticamente, y se encontró en la escena



final, entrando en su dormitorio del hotel, en México, murmurando para sí fragmentos de su carta. Shannon/Winters se sentó en la cama. Oyó un ruido en una esquina de la alcoba y levantó la mirada. Era Charlotte/Tiffani. Su magnífica cabellera rojiza caía sobre sus hombros. Llevaba un ligero camisón azul pálido muy escotado por delante, que sus senos grandes y erectos llenaban por completo. Oyó que le decía:

—Larry, ¡oh, Larry!, por fin estamos solos, juntos... —y se sentó junto a él en la cama. Su perfume le envolvió, su mano le cogió por la nuca, sus labios se apretaron contra los suyos insistentes, duros, ávidos. Él se echó hacia atrás, pero los labios de ella le siguieron y su cuerpo también. Se desplomó sobre la cama. Ella se arrastró encima de él sin dejar de besarle, con sus pechos apoyados en el suyo, que latía con fuerza. La rodeó con sus brazos, primero despacio y después echado, y la envolvió en un abrazo profundo.

Las luces se encendieron y se apagaron unos segundos. Charlotte/Tiffani se separó de Winters y se echó junto a él en la cama. Podía oír su agitada respiración. Se oyó una voz:

—Charlotte —y con fuertes golpes en la puerta, la voz repitió—, Charlotte sé que estás ahí —la puerta se abrió de golpe. Los dos amantes medio se incorporaron en la cama. Las luces se apagaron y cayó el telón. El aplauso fue fuerte y largo.

El comandante Vernon Winters abrió la puerta de un empujón y salió fuera. Se encontraba en el callejón de la entrada de artistas. La puerta, sobre la que había una sola bombilla cubierta de insectos, daba a un pequeño rellano de madera que remataba los pocos peldaños que terminaban en la acera. Winters bajó los tres peldaños y se apoyó en el muro de ladrillo rojo del teatro. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Contempló el humo que subía, rizado, contra el ladrillo rojo. A lo lejos vio un relámpago seguido de una pausa antes de que oyera el trueno. Inhaló profundamente y trató de comprender lo que había sentido durante aquellos cinco o diez segundos con Tiffani. *Quien sabe si se dieron cuenta, pensó, me pregunto si fue obvio para todos.* Cuando se cambió de ropa después del primer acto, se fijó en las manchas de sus calzoncillos. Exhaló un poco más de humo y se estremeció. *Y esa chiquilla ¡Dios mío! Ella lo sabe seguro, debió de notar lo cuando estaba encima de mi.*

Muy a su pesar, revivió por un instante su excitación cuando Tiffani se apretó contra él. Jadeó y empezó a sentir un ramalazo de culpabilidad. *¡Dios mío!*, volvió a pensar. *¿Qué soy? Un viejo cochino.* Por alguna razón recordó a Joanna Carr, una noche, veinticinco años atrás. Recordó el momento en que la tomó...

—Comandante —oyó que le llamaban. Se volvió. Tiffani estaba en el rellano con su camiseta y sus tejanos, con su larga cabellera sobre los hombros. Empezó a bajar

los peldaños hacia él—. Comandante —repitió con una sonrisa misteriosa—, ¿puede darme un cigarrillo?

Le dejó estupefacto, sin voz; no pudo decir nada. Maquinalmente, Winters se metió la mano en el bolsillo y sacó su paquete de «Pall Mall». La chica cogió uno, le golpeó sobre la uña y se lo llevó a la boca. Esperó un segundo, tal vez dos, entonces volvió a sonreírle. Winters despertó al fin y sacó su mechero barato, de supermercado. Ella abarcó su mano temblorosa e inhaló vigorosamente.

Estaban allí juntos, fumando en silencio, tranquilos. Sobre el océano brilló otro destello y se oyó un nuevo trueno. Cada vez que Tiffani se llevaba el cigarrillo a la boca, el hechizado Winters seguía todos sus movimientos. Sorbía el humo profunda, intensamente, chupando la nicotina que su cuerpo ansiaba. Él, se daba cuenta vagamente de sus confusos pensamientos.

Es hermosa, ¡qué hermosa! Joven y fresca y llena de vida. ¡Y ese cabello! ¡Cómo me gustaría enroscármelo al cuello...! Pero no es una niña, es una mujer. Debe darse cuenta de lo que siento, de mi atracción por ella... fuma como yo, completamente concentrada. Acaricia...

—Me gustan las noches de tormenta —Tiffani rompió el silencio mientras otro relámpago lejano iluminaba el cielo. Se acercó a él y luego alargó el cuello para ver las nubes de donde surgían los relámpagos tras un grupo de árboles que le tapaban la vista. Rozó ligerísimamente al comandante Winters, que quedó electrizado.

Se le quedó la boca seca. Su cuerpo estaba lleno de deseo, un deseo que no acertaba a comprender. No pudo contestar a su comentario, por el contrario, se quedó mirando la creciente tormenta y dio la última chupada a su cigarrillo.

También ella terminó el suyo y lo dejó caer a la acera. Al volverse para mirarle sus ojos se encontraron, los últimos girones de humo escapando aún de sus labios. Lo expulsó con un rápido mohín lleno de coquetería y Winters se retorció de lujuria. Se contuvo, no perdió la cabeza y entraron juntos, en silencio.

El aplauso continuaba. El comandante Winters se adelantó con las dos mujeres que habían hecho de Maxine y de Hannah, para ofrecer el último saludo, tal como habían dispuesto antes de que empezara la representación. El aplauso se intensificó. Volvió a mirar los asientos vacíos donde habían estado Betty y Hap antes del descanso. Oyó una voz que desde el público gritaba: «¡Charlotte Goodall!» y Winters improvisó. Devolvió a las dos señoras al grupo de actores reunidos y fue en busca de Tiffani, que por un momento no comprendió, luego, su rostro se iluminó con una sonrisa radiante al cogerse de su mano.

Se adelantaron juntos hasta el centro del escenario, unidas sus manos con fuerza. Éste era su momento especial de gloria. Él estaba a punto de llorar al oír como crecían otra vez los aplausos. Se hizo a un lado mientras la jovencita hacía una

graciosa reverencia al público. Terminada la reverencia, volvió a cogerla de la mano, se la estrechó, y ambos retrocedieron hasta el grupo de actores.

Melvin, Marc y Amanda esperaban todos entre bastidores, mientras los demás se cambiaban de ropa. Por todas partes se oían felicitaciones entusiastas. Melvin parecía especialmente abstraído. Confesó que había tenido sus dudas durante los ensayos, pero que todo el mundo había estado maravilloso. Dijo a Winters que la escena de la alcoba con Tiffani había sido «soberbia» «... no podían haberlo hecho mejor», mientras salía casi bailando por la puerta del camerino.

Winters se sentía abrumado por innumerables emociones. Estaba satisfecho de su actuación en la obra y de la recepción del público, pero su mente encerraba cosas mucho más personales. ¿Qué les habría ocurrido a Betty y Hap? ¿Por qué se marcharon durante el entreacto? Repasó mentalmente su escena de amor con Tiffani y sintió un pánico momentáneo al convencerse de que ella había comprendido, desde su butaca entre el público, que su marido no estaba actuando, que estaba realmente tan excitado como el personaje que representaba.

No acababa de entender lo que le había ocurrido con Tiffani y ni siquiera podía pensar en ello sin sentirse culpable. Mientras volvía a ponerse el uniforme, se permitió revivir los besos de ella en la cama del escenario, y la tremenda tensión sexual que experimentó mientras fumaron juntos en el callejón. Pero se negó a seguir más allá de reconocer su exaltación. La culpabilidad era una emoción depresiva, y en su gloriosa noche de estreno no quería sentirse deprimido.

Cuando el comandante Winters salió del vestuario de hombres, Tiffani estaba esperándole. Su cabello volvía a estar recogido en trenzas, su rostro limpio de maquillaje, otra vez volvía a ser el de una niña.

—Comandante —le dijo casi servil—, ¿podría hacerme un favor?

Sonrió asintiendo. Le indicó que se acercara y la siguió hasta el vestíbulo adyacente a las dependencias, tras los bastidores.

Un hombre pelirrojo, de una edad aproximada a la de Winters esperaba fumando nervioso y paseando. Era obvio que se sentía incómodo y fuera de lugar. A su lado había una morenita, de alrededor de treinta años mascando chicle y hablando en voz baja con el hombre, que se tranquilizó visiblemente al ver al comandante de uniforme.

—¡Vaya!, señor —dijo a Winters cuando Tiffani se lo presentó como su padre—, me alegra conocerle. No entiendo mucho de teatro, pero pienso que a veces no puede ser bueno para mi hija —hizo un guiño a su mujer, la madrastra de Tiffani y bajó la voz—. ¿Sabe, señor?, con tanta gente rara en el teatro, uno no puede ser más que demasiado cuidadoso. Pero Tiff me explicó que había un verdadero oficial de la Marina, un comandante auténtico, como parte de la compañía. En un principio no quise creerla.

Mr. Thomas recibía señales por parte de su hija y de su mujer, indicando que hablaba demasiado.

—Yo también soy parte de la Marina —farfulló mientras Winters permanecía silencioso—, desde hace veinticinco años. Firmé cuando tenía poco más de dieciocho. Conocí a la madre de Tiff dos años después y...

—Papá —interrumpió Tiffani—, me prometiste que no te enrollarías. Por favor, pídeselo. Probablemente tiene otras cosas que hacer.

El comandante ciertamente no se había preparado para conocer al padre de Tiffani y su madrastra. En realidad, no pensó ni por un momento en los padres de la jovencita, aunque escuchando allí a Mr. Thomas, lo vio todo claro. Tiffani, después de todo, era una «junior» en la escuela superior. *Así que, naturalmente, vive en su casa, pensó, con sus padres.* Mr. Thomas estaba muy serio y durante un segundo Winters sintió miedo, un principio de pánico. *No, No, se dijo rápidamente, no puede haberles contado nada. Es muy pronto.*

—Mi mujer y yo jugamos al bridge —explicaba Mr. Thomas—, bridge de dobles, en concursos. Y este fin de semana hay uno importante en Miami. Saldremos mañana por la mañana y volveremos el domingo por la noche, tarde.

Winters estaba desconcertado, se sentía perdido en aquella conversación. ¿Por qué iba a importarle a él lo que los Thomas hicieran en su tiempo libre? Al fin, Mr. Thomas fue al grano:

—De modo que llamamos a la prima de Mae, en Marathon, y le pedimos que recogiera a mi hija mañana, después de la representación, pero claro, esto implicaba que Tiffani se perdiera la fiesta de los actores. Tiff sugirió que tal vez a usted no le molestaría llevarla a casa, después de la fiesta —Mr. Thomas sonrió amablemente— y vigilarla paternalmente mientras estamos fuera jugando al bridge.

Instintivamente, Winters miró a Tiffani. Durante una milésima de segundo vio una mirada de mujer en sus ojos y esto le produjo un súbito ardor. Al instante, volvió a ser una chiquilla que suplicaba a su padre que le permitiera asistir a la fiesta.

El comandante hizo bien el papel, aceptó diciendo:

—De acuerdo Mr. Thomas, me alegra poder ayudarle... —dio unas palmaditas afectuosas a Tiffani—. Merece ir a la fiesta, ha trabajado muy bien —hizo una pausa—. Pero debo hacerle un par de preguntas. Seguramente habrá champaña en la fiesta y probablemente, también, termine tarde. ¿Tiene que estar en casa a una hora determinada? ¿Qué le parece...?

—Haga lo que crea oportuno, comandante —le interrumpió Mr. Thomas—. Mrs. Mae y yo confiamos por completo en usted —el buen hombre estrechó la mano de Winters—. Y muchas gracias. Por cierto —añadió al volverse para marchar—, estuvo usted estupendo, aunque debo confesar que me preocupó que besara a mi hija. El tío que escribió la obra debía de ser un tipo raro.

La madrastra de Tiffani murmuró unas gracias mezcladas con el chicle y la chiquilla dijo también:

—Hasta mañana —al alejarse los tres. El comandante se metió la mano en el bolsillo en busca de otro cigarrillo.

Betty y Hap estaban ya durmiendo, como el comandante Winters suponía, cuando por fin llegó a su casa, cerca de las once. Anduvo de puntillas por delante de la habitación de su hijo, pero se detuvo frente a la de Betty. Hombre básicamente considerado Winters pasó unos segundos sopesando su necesidad de dar una explicación frente el sueño de Betty. Decidió entrar y despertarla. Le sorprendió sentirse nervioso cuando se sentó, a oscuras, al borde de la cama.

Dormía boca arriba con la sábana y una manta muy fina subidas correctamente hasta cerca de los hombros. La sacudió ligeramente:

—Betty, cariño —le dijo—. Estoy en casa, me gustaría hablar contigo.

Ella se movió, volvió a sacudirla y dijo a media voz:

—Soy Vernon.

Su mujer se incorporó y encendió la luz de la mesilla. Debajo de la luz había una pequeña estampa con el rostro de Jesús, un hombre sabio más allá de sus treinta años, con una barba cerrada, una mirada grave y un halo resplandeciente detrás de la cabeza.

—¡Cielos! —exclamó arrugando la frente y frotándose los ojos—. ¿Qué pasa? ¿Está todo bien? —Betty nunca había sido especialmente bonita, pero en los últimos diez años había abandonado del todo el cuidado de su belleza e incluso había engordado diez malditos kilos.

—Sí, sólo quería hablarte. Y averiguar por qué tú y tu hijo abandonasteis la sala después del entreacto.

Betty le miró directamente a los ojos, era una mujer sin doblez, incluso sin matices. Para ella la vida era simple y recta, si uno creía verdaderamente en Dios y en Jesucristo no había dudas sobre nada.

—Vernon —empezó—, me he preguntado muchas veces por qué decidiste representar y participar en esas obras tan raras. Pero nunca me he quejado, particularmente porque parece ser la única cosa que te interesa desde lo de Libia y aquel espantoso incidente en la playa.

Frunció el ceño y una nube pareció ensombrecer momentáneamente su rostro. Después continuó, como siempre, sin pelos en la lengua.

—Pero Hap ya no es un niño, se está volviendo un hombre. Y que oiga a su padre, aunque sea en una comedia, referirse a Dios como «ese viejo petulante» y «delincuente senil» no es como para reforzar su fe... —desvió la mirada—. También pensé que resultaría molesto para él ver cómo manoseabas a aquella jovencita. En

conjunto —declaró mirando a su marido y resumiendo lo anterior—, para mí la obra carecía de valores de moral y no merecía que siguiéramos viéndola.

Winters sintió bullir la ira pero luchó por dominarla, como siempre. Envidiaba la firme fe de Betty, su habilidad para ver claramente a Dios en cada actividad diaria. Él mismo se sentía desligado del Dios de su infancia y su infructuosa búsqueda personal no había obtenido aún una percepción más clara de Él. Pero de un par de cosas sí estaba seguro Winters, su Dios se reiría y se compadecería de los personajes de Tennessee Williams, pero no podía sentirse complacido por las bombas que caían sobre los niños.

El comandante no discutió con Betty. Le dio un beso fraternal en la mejilla y ella apagó la luz. Por un instante pensó. *¿Cuánto tiempo hace? ¿Tres semanas?* Pero no podía recordar el momento exacto, o si había estado bien o mal. Se «entretenían», como lo llamaba Betty siempre que su percepción de la necesidad de su marido dominaba su habitual falta de interés. *Probablemente casi normal para gente de nuestra edad*, se dijo Winters, a la defensiva, mientras se desnudaba en su habitación.

Pero no podía dormirse, yaciendo quieto en la oscuridad, bajo la sábana. La sensación de excitación que había sido tan intensa, primero durante la representación y luego en el callejón, seguía reclamándole con imágenes. Cuando cerraba los ojos volvía a ver a Tiffani con sus labios tiernos y atrevidos soplando el resto de humo que quedaba en el fondo de sus pulmones. Su boca parecía saborear aún aquellos apasionados besos que ella le había forzado a aceptar durante la escena de la alcoba. Y después, aquella mirada especial cuando su padre le había pedido que cuidara de ella en la fiesta. ¿O lo había imaginado?

El comandante Winters cambió varias veces de postura en la cama, esforzándose por barrer de su mente las imágenes y el nerviosismo que le mantenía despierto. No hubo suerte. De repente, mientras yacía boca arriba, se dio cuenta de que solamente había un medio para liberarse de aquella tensión. Al principio se sintió culpable, incluso embarazado, pero las oleadas de imágenes de Tiffani seguían inundando su cerebro.

Se tocó. Las imágenes del día se hicieron más vivas y empezó a perderse en fantasías. Ella estaba encima de él, en la cama, lo mismo que había hecho en escena, y él respondía a sus besos. Por un breve instante Winters se asustó y se contuvo, pero un desesperado resurgir de deseo borró sus últimas inhibiciones. Volvía a ser un adolescente, sólo con su desbordante imaginación.

La escena mental cambió. Estaba echado desnudo en una cama inmensa, en una estancia opulenta, de techo altísimo. Tiffani se le acercó desde el cuarto de baño, también desnuda, con el pelo suelto sobre sus hombros en sedosa cascada y cubriendo los pezones de sus pechos. Dio una última chupada lánguida a su cigarrillo y lo dejó en el cenicero de la mesilla sin apartar ni un momento sus ojos de él y,

amorosamente, exhaló el humo que le quedaba. Subió a la cama y se tendió a su lado. Vernon sintió la suavidad de su piel, las cosquillas de su cabellera sobre su cuello y pecho.

Le besó dulce pero apasionadamente, con las manos bajo su cabeza. Sintió como su lengua le acariciaba los labios, como acercaba su cuerpo más a él y apoyaba su pelvis sobre la suya. Sintió la erección. Ella entonces tomó su pene en la mano y oprimió con suavidad, estaba totalmente erecto. Volvió a oprimirle y alzó su cuerpo con gracia y se clavó en él hasta lo más hondo. Sintió un mágico calor húmedo y casi inmediatamente explotó en ella.

El comandante Winters se asombró por la fuerza e intensidad de su fantasía. En alguna parte de su ser una voz interior clamaba cautela y le advertía de las terribles consecuencias de dejar que su fantasía se hiciera demasiado real. Pero mientras yacía agotado y solo en su vivienda suburbana, apartó su culpabilidad y sus temores y se concedió el goce sin par de un sueño posorgásmico.

«Sloppy Joe» era una institución en Cayo West. El bar predilecto de Hemingway y de su variopinta pandilla había conseguido adaptarse rápidamente a la polifacética evolución de la ciudad de la que ahora era el símbolo. Muchos habitantes de la antigua ciudad habían estado al borde de la apoplejía cuando el bar abandonó su histórica ubicación en el centro de la ciudad y fue trasladado al inmenso complejo comercial que abrazaba el nuevo puerto. Pero así y todo después de que el club abriera en una gran sala y bien ventilada, admitían a regañadientes que el escenario, el sonido y excelente acústica, las lámparas Tiffany, los largos mostradores de madera, los largos espejos del suelo al techo, y montones de recuerdos de cien años de Cayo West, habían sido elegantemente dispuestos de modo que todavía se conservaba la atmósfera y espíritu del viejo bar.

Era perfectamente normal que Angie Leatherwood tuviera el papel más importante en «Sloppy Joe» durante sus breves y poco frecuentes regresos a su ciudad natal. Troy había convencido con su hábil labia a Tony Palazzo, un neoyorquino trasplantado de cincuenta años, para que le concediera una primera audición, cuando ella aún no tenía diecinueve años. Tony la había oído cantar durante cinco minutos y había clamado, subrayando sus palabras con gestos alocados de sus manos:

—No era suficiente que me trajeras una chica negra tan hermosa que te deja sin aliento, no. Me traes una que canta como un ruiseñor. ¡Mamma mía! La vida es injusta, mi hija Carla querría cantar como ella.

Tony se había vuelto el mayor fan de Angie y promocionado desinteresadamente su carrera. Ella nunca olvidó lo que Tony había hecho por ella y siempre que se encontraba en la ciudad iba a cantar a «Sloppy Joe». Ella era así.

La mesa de Troy estaba en el centro y en primera fila, a unos cuatro metros del escenario. Nick y Troy ya estaban sentados en una mesita redonda y habían terminado su primera ronda cuando Carol apareció, cinco minutos antes de las diez y media. Se excusó y murmuró algo sobre aparcar en Siberia. En cuanto llegó, Nick sacó el sobre de las fotografías y ambos le confesaron que las habían encontrado interesantísimas. Nick empezó a hacer preguntas sobre las fotos mientras Troy llamaba a un camarero y cuando llegaron las bebidas Nick y Carol estaban ya enfrascados en una intensa conversación acerca de los objetos de la fisura. Nick acababa de mencionar que uno de ellos parecía un misil moderno. Eran entonces las diez treinta y cinco, las luces se encendieron y se apagaron anunciando que empezaba el espectáculo.

Angie Leatherwood era una artista consumada. Como muchas de las mejores cantantes, nunca olvidaba que el cliente era el público, y que era éste el que creaba la



imagen y ensalzaba su encanto. Empezó con la primera canción de su álbum *Recuerdos de noches encantadas*, y a continuación cantó un pupurrí de canciones de Whitney Houston, pagando con ello un tributo a la brillante cantante cuyo talento había despertado en Angie el deseo de cantar. Después, demostró su versatilidad mezclando un cuarteto de canciones de diferentes ritmos, un «reggae» de Jamaica, una tierna balada de su primer álbum *Love Letters*, una casi perfecta imitación de Diana Ross, de una vieja canción de Supremes. *¿Adónde fue nuestro amor?*, y una alabanza tremendamente emotiva, un exaltado elogio a su viejo padre ciego, *El hombre que veía*.

Cada final de canción era saludado con aplausos atronadores. «Sloppy Joe» estaba lleno hasta los topes, incluyendo a todos los que estaban de pie a lo largo de las barras. Siete enormes pantallas de vídeo repartidas por el espacioso club, servían para acercar a Angie a los que estaban lejos del escenario. Ésta era su gente, éstos eran sus amigos. Un par de veces Angie casi se turbó porque los aplausos y los bravos no cesaban. En la mesa de Troy casi no se habló durante la representación, el trío mencionó canciones que les gustaban especialmente (la favorita de Carol era una canción de Whitney Houston, *El mayor amor de todos*), pero no era momento de conversar. Angie dedicó su penúltima canción *Deja que te cuide, cariño* a su «más querido amigo» (Nick dio un puntapié a Troy por debajo de la mesa), y luego terminaron el fragmento más popular de *Love Letters*. El público le dedicó, de pie, una gran ovación y pidió a gritos que hiciera un bis. Nick observó, mientras se encontraba de pie, que estaba un poco espeso por las dos cargadas copas y también que se sentía extrañamente emocionado, posiblemente por las asociaciones subliminales despertadas por las canciones de amor que Angie cantaba.

Angie volvió al escenario. Cuando cesó el ruido pudo oírse su voz dulce y acariciadora:

—Todos sabéis que Cayo West es un lugar muy especial para mí. Aquí fue donde me crie y crecí y fui a la escuela. La mayor parte de mis recuerdos son de aquí... —calló un instante y sus ojos recorrieron el público—. Hay muchas canciones que me traen recuerdos y emociones que van con ellos. Pero entre todas, mi preferida es la canción tema del musical *Cats*. Así que, Cayo West, para vosotros.

Hubo aplausos aún mientras los sintetizadores musicales que la acompañaban tocaban la introducción a *Recuerdos*. El público permaneció de pie mientras la voz dulce de Angie iniciaba la bella canción. En cuanto empezó, Nick se sintió instantáneamente transportado al Kennedy Center de Washington D. C., en junio de 1984, donde asistía a una representación de *Cats* con su padre y su madre. Fue al regresar a casa cuando les comunicó que se sentía incapaz de volver a Harvard después de su estancia en Florida. Pero por más que lo intentó no pudo empezar a contar la historia a su decepcionante padre y desconsolada madre... Lo único que

pudo decir fue:

—Se trató de una mujer... —y se quedó silencioso.

Había sido una reunión triste. Mientras estaba en su casa, en Falls Church, se descubrieron y arrancaron los primeros pólipos malignos de su padre. Los médicos habían sido optimistas sobre los varios años de vida que le quedaban, pero insistieron en que el cáncer de colon a veces se reproducía y provocaba la metástasis por todo el cuerpo. En un largo paseo con su padre enfermo, Nick le había prometido terminar su graduación en Miami. Pero era un pobre consuelo para el anciano; había soñado con ver a su hijo graduado por Harvard.

La representación de *Cats* en el Kennedy Center había sido una tibia distracción para Nick. Hacia la mitad, se encontró preguntándose cuánta gente de entre el público sabría realmente que el autor del material para las canciones era ese poeta T. S. Eliot, que no sólo admiraba y disfrutaba con las idiosincrasias felinas, sino que también empezó una vez un poema describiendo la noche como «extendida en el cielo, como un paciente anestesiado sobre una mesa». Pero cuando la gata vieja llegó al centro del escenario con su belleza perdida en arrugas, y empezó su canción de sus «días al sol», Nick se había emocionado ya como todo el público. Por razones que nunca supo explicarse, había imaginado a Monique cantando la canción, en el futuro. Y en Washington había llorado lágrimas silenciosas, rápidamente ocultadas a sus padres, cuando la pura y dolorosa voz de soprano llegó al clímax de la canción.

«Tócame... es tan fácil dejarme... sola con mis recuerdos... de mis días al sol... Si me tocas... comprenderás lo que es la felicidad...»

La voz de Angie en «Sloppy Joe» no era tan penetrante como la de la soprano de Washington. Pero cantaba con la misma intensidad, evocando toda la pena de aquél para quien todas las alegrías de la vida están en el pasado. Los ojos de Nick se habían llenado de lágrimas y una de ellas saltó para resbalar por su mejilla.

Desde donde estaba Carol, las luces del escenario se reflejaban en el rostro de Nick. Vio la lágrima, la ventana de vulnerabilidad, y a su vez se enterneció. Por primera vez sintió una emoción profunda, casi un afecto por ese hombre distante, solitario y extrañamente atractivo.

¡Ah!, Carol, cuan distinto hubiera sido si, por una vez en tu vida, no hubieras obrado impulsivamente. Si hubieras dejado que el hombre tuviera su momento de soledad, o el corazón partido, o ternura, o lo que sintiera en aquel momento, entonces lo habrías podido mencionar más tarde, en un momento más tranquilo, y con la ventaja para ti. Compartir este momento pudo haber formado parte de un lazo entre los dos. Pero tuviste que golpearle en el hombro, antes de que la canción terminara, antes de que siquiera él se diera cuenta de sus lágrimas, y destruir su preciosa comunión con su yo más profundo; fuiste una intrusa. Lo peor, como suele ocurrir,

interpretó tu sonrisa como burla, no como simpatía, y como una tortuga asustada se refugió por completo en su caparazón durante toda la noche. Estaba garantizado que rechazaría como insincera cualquier muestra de amistad subsiguiente.

Troy se perdió el juego entre Carol y Nick, así que se quedó asombrado cuando, al volverse y sentarse tras el último aplauso, encontró a Nick en una postura de inconfundible hostilidad.

—¿No ha estado maravillosa, ángel? —preguntó Troy a Carol—. Y a ti, profesor, ¿qué te ha parecido? ¿Es la primera vez que la habéis oído cantar?

Nick movió afirmativamente la cabeza y casi con desgana añadió:

—Ha estado magnífica, y yo tengo sed. ¿No puede un hombre conseguir una bebida en este lugar?

Troy se sintió ligeramente ofendido:

—Bueno, perdónanos. Siento que el espectáculo haya durado tanto —intentó llamar la atención del camarero—. ¿Qué le pasa, ángel? —preguntó a Carol.

Carol se encogió de hombros. Luego, intentando despejar la atmósfera, se inclinó hacia Nick, le tocó en el brazo que tenía apoyado sobre la mesa y preguntó.

—Nick ¿has estado tomando píldoras de ira?

Nick retiró bruscamente el brazo y masculló algo inaudible entre dientes, a guisa de respuesta. Se desentendió de la conversación y vio que Angie se acercaba a la mesa. Se levantó maquinalmente y Troy y Carol le imitaron.

—Ha estado fantástica —dijo Carol en voz demasiado alta en cuanto Angie estuvo a tiro.

—Gracias... hola —contestó Angie, al acercarse a la mesa y aceptar la silla que Troy le había apartado. Dedicó unos minutos a agradecer las felicitaciones de las mesas vecinas. Al fin se sentó y les sonrió:

—¿Usted debe ser Carol Dawson? —dijo, inclinándose por encima de la mesa hacia la reportera.

Angie era aún más hermosa en persona que en la fotografía de la funda del disco. Su color era marrón oscuro, no negro. Su maquillaje, incluyendo el tono rosa pálido de los labios, era muy discreto, para poner de relieve su belleza natural, sus dientes virtualmente perfectos, que desplegaban su blancura cuando sonreía, al extremo de llamar la atención. Pero más allá de la belleza estaba la mujer. Ninguna foto fija podía hacer justicia al calor natural que irradiaba Angie. Gustaba inmediatamente.

—Y usted debe ser Nick Williams —prosiguió Angie, tendiéndole la mano. Nick aún seguía de pie con expresión incierta, incómodo, aunque Troy ya se había sentado.

—Troy me ha contado tantas cosas de usted últimamente, que ya me parece que somos viejos amigos. Asegura que ha leído cada novela que se ha escrito y que merece la pena leer.

—Es una exageración, claro —contestó Nick claramente satisfecho de ser

reconocido. Pareció relajarse un poco y por fin se sentó. Empezaba a querer decir algo más, pero Carol intervino en la conversación y le cortó.

¿Escribió usted la letra de su hermosa canción sobre el ciego? —le preguntó antes de que Angie hubiera tenido tiempo de acomodarse—. Me pareció un argumento muy personal.

—Sí —respondió Angie amablemente, sin traza de irritación por el comportamiento agresivo de Carol—. La mayor parte de mi material procede de otras fuentes, pero en ocasiones escribo yo misma las letras, cuando se trata de algún tema muy especial para mí —sonrió fugazmente a Troy antes de continuar—. Mi padre es un hombre sorprendente y muy cariñoso, ciego de nacimiento, pero con una curiosa comprensión del mundo en todos los aspectos. Sin su paciencia y su guía probablemente no hubiera tenido nunca el valor de cantar, de pequeña. Era muy tímida y vergonzosa, pero mi padre nos convenció a todos, desde pequeños, de que éramos algo especial. Nos explicó que Dios había dado a cada uno de nosotros algo fuera de lo corriente, algo solamente nuestro, y que una de las grandes alegrías de la vida era descubrir y luego desarrollar ese talento especial.

—Y esa canción *Deja que te cuide, cariño*, ¿la escribió realmente para Troy? —Nick soltó la pregunta antes de que Angie hubiera terminado de hablar, con lo que destruyó la atmósfera tierna creada por ella al describir a su padre. Nick estaba sentado al borde de la silla, y por alguna razón parecía agitado e incómodo. Troy volvió a preguntarse qué se le habría escapado en la interacción entre Carol y Nick, y qué habría provocado aquella tensión o tirantez en su amigo.

—Creo que sí —contestó Angie mirando a Troy con una sonrisa triste—, aunque en un principio quise que fuera una canción divertida, un comentario ligero sobre el juego del amor —calló un instante—. Pero habla de un verdadero problema. Es muy duro, a veces, ser una mujer famosa. Interfiere...

—¡Amén, Amén! —interrumpió Carol mientras Angie desarrollaba aún su pensamiento. Éste era uno de los temas favoritos de Carol y estaba dispuesta a no perder la oportunidad—. La mayoría de los hombres no pueden tener tratos con una mujer medianamente famosa y menos si sobresale —miró directamente a Nick y siguió—. Incluso ahora, en 1994, hay reglas no escritas que deben seguirse. Si se quiere tener una relación permanente con un hombre, hay tres noes: *no* le deje pensar que es usted más lista que él, *no* sea la primera en sugerir el sexo y, por encima de todo, *no* gane más dinero que él. Éstas son las tres áreas clave en que sus egos son extremadamente frágiles. Y minar el ego de cualquier hombre, incluso cuando solamente se bromea con él, es causa perdida.

—Parece ser experta —observó Nick sarcástico, con una obvia hostilidad—. Me pregunto si se les ha ocurrido alguna vez a ustedes, hembras liberadas, que a los hombres no les molesta su éxito sino la forma de manejarlo. Lo que consiguen en la

vida no significa mierda a nivel personal. Gran parte de las mujeres ambiciosas y agresivas que he conocido —y miró directamente a Carol— se desviven por transformar las relaciones macho-hembra en competiciones. No permiten que el hombre, siquiera por un momento, tenga la ilusión de que vive en una sociedad patriarcal. Pienso que algunas de ellas emasculan a propósito...

—Ahí está —saltó Carol triunfalmente. Dio un codazo a Angie que sonreía pero parecía turbada por el evidente rencor de la discusión—. Ésa es la palabra mágica. Siempre que una mujer quiere discutir y no acepta como evangelio alguna verdad profunda del macho, es que trata de «castrar» o «emascular»...

—Bien, chicos —interrumpió Troy con firmeza—. Basta ya. Cambiemos de tema. Había pensado que ustedes dos podían disfrutar de una velada juntos, pero no si empezamos así.

—El problema —continuó Carol, mirando a Angie e ignorando la petición de Troy—, es que los hombres tienen miedo. Su hegemonía en el mundo occidental está amenazada por las mujeres que emergen y no están dispuestas a andar descalzas y embarazadas. Cuando yo estuve en Stanford...

Se calló al oír las patas de una silla rascando el suelo.

—Con el debido respeto, Miss Leatherwood —Nick volvía a estar de pie con la silla agarrada en la mano—, creo que voy a despedirme. He disfrutado con su música, pero no quiero verla sometida a la mala educación. Deseo que continúe su buena suerte en su carrera y espero que algún día pueda pasar unas horas con Troy y conmigo en el barco. Se volvió a Troy:

—Te veré mañana por la mañana a las ocho, en el puerto —finalmente miró a Carol—, a usted también, si sigue queriendo ir. Podrá contarnos todas las historias de Stanford mientras estemos en mitad del Golfo. Nick no esperó a que le contestaran, recogió el sobre y pasó por entre la gente en dirección a la puerta de salida. Antes de salir oyó una voz que le llamaba:

—¡Nick! ¡Oh, Nick! Por aquí —era Julianne, agitando la mano desde una mesa llena de vasos y ceniceros. Ella Connie y Linda estaban rodeadas por media docena de hombres, pero Julianne los apartaba mientras buscaba una silla vacía. Nick se dirigió a su mesa.

Media hora más tarde Nick estaba borracho como una cuba. La combinación de la pierna de Julianne tocándole de vez en cuando, los enormes pechos de Corinne (que ahora estaban cubiertos pero que recordaba el juego de Troy aquella tarde) y las miradas intermitentes hacia Carol a través del humo del cigarrillo, habían ayudado lo suyo. *Maldita sea, Williams*, se había dicho cuando se sentó con el grupo de Julianne. *Ya has vuelto a estropearlo. Tenías la oportunidad perfecta para conquistarla, incluso marcarte algún tanto.* Pero media hora más tarde, después de beber, sus pensamientos corrían parejos con los de la zorra de Esopo. *Para mí, en todo caso, es*

*demasiado agresiva, famosa, lanzada. Probablemente muy dura por dentro y fría en la cama. Otra revienta-pelotas.* No obstante, siguió contemplándola a través del salón.

Las sillas extra que se habían traído para el espectáculo de Angie se retiraron para dejar sitio para bailar. Un disc jockey orquestó el resto de la velada desde una cabina junto al escenario; uno podía bailar una gran variedad de selecciones musicales modernas o también hablar, porque la música no era agobiantemente fuerte. La mayoría de la gente que rodeaba a Nick era del puerto. Durante un descanso en la música, después de que Nick se tragara otra tequila, Linda Quinlan se inclinó sobre la mesa.

—Venga, Nick —le dijo—, cuéntenos tu secreto. ¿Qué encontrasteis ayer tú y Troy?

—Nada especial —respondió él recordando su compromiso, pero sorprendido al descubrir que tenía ganas de hablar de ello.

—Los rumores no lo dicen así —saltó uno de los hombres—. Todo el mundo sabe que llevó algo a Amanda Winchester, esta mañana. Venga, cuéntenos lo que era, ¿ha encontrado otro barco con tesoro?

—A lo mejor —dejó entender Nick, con una sonrisa de borracho—, sólo a lo mejor. —Otro fuerte impulso le empujaba a contar la historia y enseñarles las fotografías, pero se contuvo—. No puedo hablar de ello —fue lo único que le sacaron.

En aquel momento dos jóvenes fuertes, con pelo corto y vistiendo el uniforme de oficiales de la Marina, iban directamente a la mesa de Nick, desde el otro lado de la pista. Uno de ellos era moreno, hispano. Se acercaban confiados, incluso arrogantes y su llegada a la mesa hizo cesar la conversación. El teniente que no era moreno puso la mano sobre el hombro de Julianne.

—Hola, preciosa —dijo atrevida—, ha llegado la Marina. ¿Por qué usted y su amiguita (indicó a Corinne, Ramírez estaba detrás de ella) no se vienen a bailar con nosotros?

—No, gracias —contestó Julianne, sonriente y correcta. Todd la miró. Vacilaba un poco y era obvio, a juzgar por sus ojos, que había bebido mucho.

—Pretende decirme ¿qué prefiero estar sentada aquí con la gentuza local en lugar de bailar con futuros almirantes? —Julianne notó que la mano apretaba su hombro. Miró hacia la mesa y trató de ignorarle.

A Todd no le gustaba que le rechazaran. Levantó la mano del hombro de Julianne y señaló los pechos de Corinne.

—¡Cristo!, Ramírez, cuánta razón tenías, *son monstruos*. ¿Te gustaría morder uno de ellos? —ambos tenientes rieron rudamente. Corinne se revolvió avergonzada.

El novio de Linda Quinlan se levantó de su silla. Él y Nick eran los únicos, entre

los de la mesa, que tenían aproximadamente el mismo tamaño que Todd y Ramírez.

—Oigan, muchachos —dijo razonablemente—, la señora ha dicho que no amablemente. No es preciso insultarla a ella o a sus amistades...

—¿Oyes lo que dice, Ramírez? —interrumpió Todd—, este tipo ha dicho que hemos insultado a alguien. ¿Desde cuándo admirar el tamaño de las cachungas de alguien es un insulto? —soltó una risita, satisfecho de su inteligencia. Ramírez le indicó que se marcharan, pero Todd le apartó.

Nick, borracho, había estado dispuesto a estallar toda la noche:

—Largo de aquí, cabrón —dijo en voz baja pero firme. Seguía sentado al lado de Julianne.

—¿A quién llamas cabrón, cornudo? —replicó el truculento teniente Todd. Se volvió a Ramírez—. Creo que voy a verme obligado a partir la cabeza de este impertinente bastardo.

Pero Nick se le adelantó, poniéndose de pie de un salto, soltó un violento puñetazo que dio en plena cara a Todd y le tumbó de espaldas sobre otra mesa repleta de bebidas. Todd y la mesa se estrellaron en el suelo y Nick se lanzó sobre él. Ramírez acudió en ayuda de su colega oficial y cuando Nick se revolvió para pegarle, le dio un empujón que sus vacilantes piernas no pudieron soportar. Nick se desplomó de espaldas sobre Julianne y otra mesa, llena, se vino al suelo.

Al otro lado de la sala, Carol, Angie y Troy pudieron ver el desastre y reconocieron a Nick en medio. «Oh, oh», exclamó Troy levantándose para ir en ayuda de su amigo. Carol fue tras él. Cuando llegaron al otro lado los dos matones del club habían entrado ya en acción, mientras Nick y Julianne trataban todavía de levantarse del suelo y Todd se ponía en pie lentamente.

El sobre de las fotografías había caído al suelo en la refriega y un par de ellas asomaban. Ramírez recogió el sobre del suelo y, contempló las fotografías debido a su brillante colorido. La foto tomada de cerca, del misil en la fisura estaba encima y era claramente visible.

—¡Eh! —dijo el apabullado Todd— mira esto. ¿Qué crees que es?

Carol actuó con prontitud. Se adelantó a Ramírez, la arrancó el sobre y las fotografías de la mano y antes de que pudiera decir nada, chilló:

—No, Nick, otra vez no. No puedo creerlo, ¿cómo has podido volver a emborracharte? —se arrodilló junto a Nick en el suelo y le cogió la cabeza entre las manos—. ¡Oh!, cariño —le suspiró mientras él la miraba incrédulo—, me prometiste no volver a hacerlo.

La gente contempló asombrada a Carol mientras ésta besaba a Nick en plena boca, para evitar que hablara. Troy estaba estupefacto.

—¡Troy! —le gritó un segundo después, mientras Nick trataba de serenarse— Troy, ¿dónde estás? Ven, échame una mano —Troy se precipitó y ayudó a Nick a

ponerse en pie—. Ahora nos lo llevamos a casa —anunció a los mirones. Ella y Troy le cogieron por un brazo cada uno y los tres se dirigieron a la salida del club y pasaron ante el gerente, cerca de la puerta. Carol le dijo que volvería al día siguiente a arreglar cuentas y entre los dos medio arrastraron a Nick hasta la calle.

Al alejarse de «Sloppy Joe», Carol se volvió y vio que parte de la gente les había seguido hasta puerta. Ramírez y Todd, éste frotándose aún la mejilla, estaban delante del grupo con expresión desconcertada.

—¿Adónde le llevamos, ángel? —preguntó Troy cuando estuvieron lejos del alcance del oído—. Ni siquiera sabemos donde aparcó su coche.

—No importa —repuso Carol—, siempre y cuando nos apartemos del club.

El torpe trío giró a la derecha, al callejón que estaba detrás del teatro en que *La noche de la iguana* había terminado hacía una hora. Inmediatamente después del teatro había un solar vacío, a la izquierda. Carol se detuvo junto al solar, frente a un grupo de árboles, y miró hacia atrás para asegurarse de que no les habían seguido. Exhaló un suspiro y soltó a Nick. Inconscientemente se abanicó con el sobre que había arrancado a Ramírez.

Nick estaba, ahora, casi sereno:

—No tenía la menor idea —dijo a Carol, desprendiéndose de Troy y tratando de abrazarla— de que sentías tanto por mí.

—Y no lo siento —respondió Carol enfáticamente. Apartó sus brazos y retrocedió hacia el solar vacío. Nick no comprendía nada y siguió acercándose—. Basta —le chilló furiosa—, basta, canalla borracho.

Trató de defenderse con las manos, pero él siguió avanzando hasta que Troy intervino para detenerle. Carol abofeteó a Nick con la mano libre y éste momentáneamente perplejo, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre la hierba.

Carol, todavía rabiosa, se agachó junto a él y le puso boca arriba:

—No vuelvas nunca, *nunca*, a emplear la fuerza conmigo —le gritó—. Por *ninguna* circunstancia —dejó caer el sobre encima del estómago de Nick y se levantó apresuradamente, miró a Troy, sacudió la cabeza asqueada y desapareció por el callejón.



## MONTAJE Y PRUEBA

Bajo el microscopio-escáner electrónico, parecen muelles fuertemente enroscados con un pequeño rabo. Cuando se meten en agua o en algún otro líquido, los muelles parecen estirarse, y unos apéndices vibrátiles como pestañas salen del rabo extendiéndose unos cuantos angstroms para tener contractilidad.

Hay millones de ellos concentrados en una mezcla del porte de una pequeña gota de agua, y están cuidadosamente comprobados por un mecanismo de láser que también los cuenta y los clasifica al iluminar porciones microscópicas de la mezcla. Cuando termina el recuento, la porción más pequeña de la mezcla separada se retira del recipiente de metal y pasa por un canal a otro líquido, éste de color verde esmeralda, contenido en un vaso de precipitado en forma de botella. Los muelles se extienden y siguen un camino al azar al circular por el vaso.

Un mecanismo exterior agita regularmente el líquido verde esmeralda. Alrededor del interior de la vasija minúsculos sensores registran la temperatura, presión y exactas características químicas y eléctricas del fluido. Si algún parámetro no es absolutamente perfecto, una pequeña válvula abre una lumbrera en la base de la vasija y un nuevo producto químico es inyectado en la solución verde. Continuas mediciones monitorizan la difusión de este material adicional. Al fin, el fluido está debidamente alterado y se alcanza un nuevo equilibrio.

Todo está dispuesto. Desde arriba se dejan caer varios millares de pequeñas pastillas al recipiente. Algunas de estas pastillas flotan en la superficie, pero casi todas caen a diferentes profundidades en el líquido. Incrustada en cada pastilla hay una complicada construcción de ingeniería a escala sorprendentemente miniaturizada. La superficie exterior de las pastillas contiene sensores que «escanean» la región cercana del líquido en busca de objetos del tipo del muelle. Un transmisor de alta frecuencia instalado junto a los sensores dirige una llamada a los muelles y los atrae hacia sí. Alrededor de cada pastilla se arraciman los muelles.

Ahora, de uno en uno, estos muelles se cosechan mediante pequeños instrumentos metidos en la esponjosa superficie exterior de la pastilla, y después son cargados en transportadoras eléctricamente dirigidas hacia la cavidad central de la pastilla. Dentro de esta cavidad hay un sólo punto negro, amorfo, con su exterior cambiando de forma continuamente, a medida que su material opaco se mueve siguiendo estímulos desconocidos. Este punto está rodeado por una pasta amarilla que llena el resto de la cavidad.

El primer muelle resbala de su transporte, entonces localiza y penetra en el punto. Por un instante, puede verse al muelle moviéndose hacia el centro. No obstante, se rompe y se destruye en milisegundos. Otros muelles son disparados a la cavidad a intervalos regulares, y todos ellos tratan, después de penetrar, de llegar a una región

especial del punto. Finalmente, uno de la procesión tiene éxito y el punto cambia de color y se vuelve rojo intenso. En rápida sucesión, algunas enzimas de la sección esponjosa exterior de la pastilla caen en la pasta amarilla, cambiando su color un poco hacia el verde, y el resto de los muelles desaparecen, absorbidos aparentemente por la estructura de la pastilla. La entera pastilla se alarga y extiende un pequeño sistema de propulsión miniatura al líquido esmeralda. Después de sortear cuidadosamente los muchos tropiezos, se une a la cola de pastillas fertilizadas que se trasladan, una a una, a través de una membrana diáfana, al fondo del vaso de precipitado.

El fluido cargado de pastillas se precipita a lo largo de un tubo estrecho hasta que llega a un recipiente parcialmente cerrado, del tamaño aproximado de la vasija. Dentro de este vaso translúcido, un objeto mecánico del tipo de una cuchara busca en el chorro de líquido que fluye en su interior y va sacando las pastillas. Las alza y luego suspende momentáneamente cerca del fluido, sobre un gas pesado encerrado en el vaso. A los pocos momentos, cada una de las pastillas revienta y sus caparazones se disuelven aparentemente, dejando bien visibles en la vasija un montón de pequeños puntos rojos rodeados de la pasta amarilla y flotando en un gas invisible.

La pasta se extiende lentamente por toda la vasija sobre el chorro de fluido, hasta que todas las áreas abiertas entre los puntos rojos quedan rellenas. Cuando el chorro esmeralda se va acabando y termina del todo, la pasta se endurece en forma de gelatina y llena las lumbreras por donde había entrado y luego salido el fluido. En el interior de la vasija hay varios millares de puntos rojos incrustados en la gelatina amarillo-verdosa. Los puntos no han sufrido ningún cambio durante todo este proceso.

Pasa el tiempo. Cesa la actividad en la vasija. Ocasionalmente se insertan unas sondas mecánicas, para poner a prueba por las antiguas lumbreras de la vasija la estabilidad de la gelatina. Por fin, el vaso translúcido es retirado del lugar de almacenamiento, mediante lo que parece una pala robótica. Se coloca entonces sobre una cinta mecánica que lo traslada ahora, junto a varias docenas de otros vasos que contienen diferentes tipos de objetos (lápices azules, estrellas púrpura, y cajas rojas, es lo que puede verse) también suspendidos en gelatina amarillo-verdosa, a un amplio horno circular de casi dos centímetros de diámetro. Aquí, todos los vasos se cuecen cuidadosamente juntos. Dentro del horno, las moléculas del material del vaso se evaporan inmediatamente. A continuación, unas manos sin cuerpo envuelven todas las estructuras gelatinosas en una manta increíblemente delgada hecha de filamentos interconectados. Pasado cierto tiempo, esta unidad es retirada del horno y metida dentro de una envoltura metálica de oro cuyas diversas capas están diseñadas para proporcionar toda la restante protección ambiental.

Los propulsores hipergólicos se encuentran y revientan inmediatamente en llamaradas, echando fuego por la nariz del cohete. El esbelto vehículo se eleva, primero despacio, pero después con rapidez asombrosa. Antes de alcanzar el cénit de su vuelo, la parte inferior del cohete, el extraño lastre paraboloide, se desprende y se encienden unos pequeños motores en la panza de aquel *boomerang* volador. En el ápice de su trayectoria, el conjunto explota súbitamente y se desintegra aparentemente. Cientos de pedazos o piezas de su carga original caen hacia la superficie del planeta en direcciones aparentemente fortuitas.

Una mejor inspección revela que cada pieza individual resultante de la explosión está hecha de una materia metálica de oro envuelto en plástico. Un pequeño paquete sensor-propulsor está acoplado al plástico, proporciona las necesarias correcciones durante el descenso después de la explosión controlada. Las piezas de plástico caen sobre un planeta extraño, híbrido, claramente artificial a juzgar por la amplia variedad de superficies incongruentes y agrupaciones nubosas que pueden ser reconocidas desde una altura de decenas de kilómetros. Hay lagos desperdigados, de líquidos de diferentes tonos y superficies de topografía discontinua con regiones desérticas y tierras de pasto, así como montes pelados y cañones. Un cuarto de planeta conectado está cubierto por las nubes que aquí son blancas y algodonosas, allí oscuras y gruesas. Algunas de las nubes son activas, creciendo y cambiando con indicativos de turbulencia. Otras partes de la región nubosa son estáticas, pequeños girones tendidos a través del cielo, sin cambiar.

Uno de los vehículos de plástico cae a través de un banco de nubes azules en un mar esmeralda. El plástico queda en la superficie, pero el objeto envuelto en oro traspasa nueve metros el agua hasta el suelo del océano. Durante uno o dos días no hay cambio visible, en su aspecto. Luego empieza a formarse una protuberancia, en su región polar norte, en la parte alta de la esfera de oro, mientras descansa en el suelo del océano. La protuberancia crece lentamente, hasta que la forma esférica parece tener un gran carbunclo arriba. Ahora tiene lugar una metamorfosis. En el exterior de la protuberancia, la dura superficie metálica se reblandece y empieza a parecer una membrana orgánica... Aunque la membrana es gruesa y resistente, a veces se hincha, sugiriendo cierta moción del otro lado de la barrera de oro.

Eventualmente un palo fino y negro, una sonda de algún tipo, traspasa la superficie, y penetra en el océano esmeralda. Una segunda sonda aparece, luego una tercera, ambas largas y negras como la primera, pero cada una equipada con aparatos sorprendentemente distintos, repartidos a lo largo del palo. Algo grande hace presión contra la membrana, una vez, dos, hasta atravesarla al fin. ¡Qué extraña cosa! Tiene forma aerodinámica de unos ocho centímetros de largo, en dos segmentos separados y unidos por una articulación. La parte delantera es la nariz de un cono; la segunda parte es larga y fina y termina en punta. Además de las tres sondas en la parte frontal

del cono, tiene otros cuatro apéndices plegables, o brazos, dos conectados a los lados de cada segmento.

Nada hacia una planta submarina cercana, con los brazos plegados junto al cuerpo liso. Allí despliega sus apéndices polifacéticos y empieza a examinar la planta un momento para luego alejarse. El mismo procedimiento se repite con cada planta que encuentra. Ocasionalmente, la cosa encuentra una planta que le «gusta» y arranca con sus pinzas una hoja importante. La hoja es doblada cuidadosamente hasta que su volumen es pequeño y se lleva al objeto de la membrana de oro.

Al extraño buscador se le reúne un socio, una copia perfecta de sí mismo, y dos peces gordos con múltiples brazos y piernas. La última pareja se va hacia el lado y empiezan a modificar el suelo del océano. Pasan los días. Las cosas armadas de sondas trabajan incesantemente, trayendo más y más variedades de plantas y vida animal a la base. Los peces con piernas han construido entretanto, con la arena disponible, piedras, conchas y criaturas vivas, casi mil viviendas rectangulares selladas, en el suelo oceánico. Esas criaturas como peces trabajan también sin cesar. Su próxima tarea es trasladar cada uno de los puntos rojos, de uno en uno, desde la cuna de oro a sus nuevas viviendas.

Si se dispusiera de un microscopio veríamos que se estaba ya desarrollando un tipo de estructura dentro de los puntos rojos, dándoles definición y distinción, a partir de cuando fueron inicialmente transportados. Pero son todavía muy, muy pequeñas. Una vez los puntos rojos, en su envoltura protectora de gelatina, están implantados dentro de sus diminutas viviendas, los buscadores hacen paradas de rutina, en cada viaje, para depositar una porción de su cosecha. Al mismo tiempo, los peces con piernas, los arquitectos y constructores de las viviendas rectangulares, empiezan a trabajar en unas casas transparentes del tipo *igloo* para alojar los embriones de otras especies.

Un año después, la luna ilumina el lago esmeralda. Varios centenares de ansiosos, excitados, agitados cuellos, algunos azul cobalto y otros azul pálido, luchan por subir a ver la luna. Sus cabezas giran en todas direcciones y en cada cara pueden verse docenas de hendiduras y orificios. Los cuellos se estiran por aquí y por allá, las serpientes silenciosas buscan algo.

En la misma dirección que la luna, un extraño barco se acerca sobre el agua. Es grande, comparado con las jóvenes serpientes, sus torres gemelas se alzan unos tres metros por encima del agua, y a unos dos metros aproximadamente, una plataforma cuadrada a un lado, es el fondo del barco. La superficie de esta plataforma, es irregular, ondulada y llena de cráteres por arriba. La plataforma flota dulcemente sobre el agua.

El barco llega hasta el centro de la zona donde están las serpientes y se detiene.

Las serpientes se dividen en dos grupos según el color de su cuello, y se alinean a cada lado del barco en filas y columnas ordenadas. Una sola nota musical, un sí bemol con timbre aflautado, surge del barco. Rápidamente, la nota es repetida arriba y abajo de las filas y columnas, por cada una de las serpientes a ambos lados del barco. Luego, una segunda nota surge de éste, también como el sonido de una flauta, y el proceso se repite. La lección de música continúa horas y horas, abarcando tanto notas como acordes, hasta que algunas de las serpientes de uno y otro lado, pierden la voz. El ejercicio concluye con un intento de trabajo conjunto por parte de las serpientes de cuello azul real, pero el equilibrio es una penosa cacofonía.

Dentro del barco, cada nota, cada movimiento, cada reacción de las juveniles serpientes a la clase de música, es cuidadosamente monitorizado y grabado. El ingenioso diseño de la construcción del barco se basa en los elementos de control clave de la cuna original. No obstante, aunque segmentos metálicos dorados (así como las largas varas negras e incluso partes de los peces gordos con piernas) aparecen en la computadora que gobierna el barco, los constituyentes primarios de su masa se derivan de grandes cantidades de roca local y materia orgánica sacada del fondo del lago esmeralda. El barco es la quintaesencia del maestro de música, un sintetizador virtualmente perfecto equipado con microprocesadores, que no solamente almacenan las reacciones de los alumnos, sino que contienen software que permitirá experimentar con diversidad de métodos de enseñanza individualizados.

Pero este robot sofisticado, montado por una inteligencia artificial, situado cerca de los zigotos de serpiente y hecho enteramente de componentes químicos, extraídos del material encontrado en el vecindario del punto de aterrizaje, está siendo a su vez vigilado y estudiado desde muy lejos por los ingenieros de pruebas. La prueba en curso está sólo en el principio y adelanta espléndidamente. Ésta es la tercera configuración diferente, intentada por el maestro de música, la parte más dura del diseño de la cuna que llevará a los zigotos de serpiente de regreso a Canthor. La primera fue un fallo abismal; los embriones pasaron a ser adolescentes, pero el maestro jamás pudo instruirles lo bastante como para que pudieran entonar la canción de apareamiento, y reproducirse. El segundo esquema fue mejor; se pudo enseñar a las serpientes a representar la sinfonía amorosa y se consiguió una nueva generación de la especie. Sin embargo, este grupo siguiente de serpientes adultas no pudo, subsiguientemente, enseñar a cantar a su progenie.

Lo mejor del personal de bioingeniería de la Colonia fue traído para estudiar este problema. Después de leer y revisar cuadrillones de fragmentos de datos acumulados, relacionados con el desarrollo de las serpientes y de otras especies relacionadas, encontraron una curiosa correlación entre el grado de cuidados proporcionados por los padres y la resultante habilidad de aquella criatura para, llegado a la madurez, enseñar a sus propios hijos. El paquete de inteligencia artificial responsable de los

primeros seis meses de la vida de las serpientes fue entonces rediseñado para incluir a una madre delegada cuyo único trabajo sería acunar y mimar a los bebés serpientes a intervalos regulares. Las pruebas del subsistema resultaron efectivas; esta ligera alteración del protocolo de primera crianza produjo serpientes adultas capaces de enseñar a cantar a sus hijos.

Esta prueba demostrativa dura desde hace más de cuatro miliciclos. Al final del período, la prueba ha sido declarada un éxito sin precedentes. Una población de serpientes fuerte y creativa, unas veinticinco mil, llena el lago artificial. Las limitaciones al futuro crecimiento son algo relacionado con la prueba. Eventualmente, los supervivientes de la prueba son trasladados a otro local del Complejo Zoológico y se añaden a la lista de especie listas para repatriación de cigotos.

# SÁBADO

## 1

La luna llena se levanta sobre el plácido océano. Troy contempla los rayos de luz, observa cómo brillan sobre el agua quieta, Angie aparece y se alza en el agua frente a él. Lleva un traje de baño blanco ceñido al cuerpo, de una sola pieza, y está en el agua cubierta de cintura para abajo.

Le llama y él cruza la arena húmeda en dirección al agua, va descalzo y lleva también un bañador blanco. El agua es sorprendentemente tibia y Angie empieza a cantar. Su magnífica voz va envolviéndole a medida que se acerca a ella sobre el ligero oleaje.

Sé tocan y se besan. Ella se aparta y le dirige una sonrisa de ánimo, Troy siente que se está excitando. De pronto, una sirena rasga el aire, deshaciendo la calma de la noche. Al instante el mar se vuelve agitado, cubierto de borreguitos. Troy se vuelve alarmado, y mira hacia la playa pero no ve nada especial. Vuelve a mirar al océano, Angie ha desaparecido. Lejos, en la distancia, Troy cree ver el principio de una ola inmensa. La sirena vuelve a ulular y Troy descubre una masa informe cabalgando sobre una ola cercana, a la luz de la luna.

Se dirige hacia el objeto. La ola enorme se define, ya en la distancia, llenando la mitad de su pantalla de sueño. La masa es un cuerpo negro y vestido con camiseta roja y tejanos. Las sirenas aumentan el volumen de su canto, Troy da la vuelta al cuerpo y mira el rostro: Es su hermano Jamie.

Troy Jefferson pegó un salto en su cama, con el corazón latiéndole furiosamente, mientras su mente trataba de formar la transición entre el mundo del sueño y la realidad. En la calle, cerca de su dúplex pasó chillando una sirena. Podía distinguir por el cambio de frecuencia si el coche policial o la ambulancia acababa de pasar delante de la puerta de su casa. Se desperezó y se levantó de la cama, el reloj digital de la mesilla marcaba las 3.03.

Fue hacia la cocina, a la nevera, y se sirvió un vaso de zumo de pomelo. Escuchó la sirena que se alejaba hasta que dejó de oírla. Después pasó otra vez al dormitorio, al cruzar el distribuidor le sorprendió el sonido de otra sirena, ésta aún más fuerte, que parecía acercarse hasta allí. Por unos segundos, creyó que la sirena se había detenido ante su puerta y recordó, vividamente, otra sirena en mitad de la noche. Su corazón volvió a latir con fuerza: «Jamie» se dijo Troy «¿por qué tuviste que morir?».

Aun podía ver con toda claridad los acontecimientos de aquella noche. Nada de

aquel cuadro se había desdibujado siquiera un poco en su mente. El primer recuerdo era el de ellos tres, Jamie, Troy y su madre, sentados silenciosamente durante la cena, comiendo pollo frito y puré de patatas. Jamie acababa de llegar a casa, de Gainesville, aquella tarde, para empezar las vacaciones de primavera y había pasado casi una hora, antes de que se sentaran a cenar, entusiasmando a su hermano de quince años con historias de fútbol y de la vida universitaria. Jamie había sido el ídolo de Troy durante su infancia; guapo, inteligente, y coherente, reunía además increíbles dotes físicas. Como consecuencia de ello había jugado de medio para los «Florida Gators» en su primer año y se le suponía un potencial *All American* en la siguiente temporada. Cuando Jamie se fue a la Universidad, Troy le había añorado amargamente al principio, pero en los siguientes dieciocho meses había aprendido a aceptar su ausencia y esperar impaciente las vacaciones de su hermano.

—Así que, hermanito —le había dicho Jamie sonriente al terminar de cenar y apartar su plato— ¿qué me cuentas? ¿Ya has terminado otro curso, tienes puntuación suficiente para futuro astronauta?

—Me ha ido muy bien —respondió Troy ocultado su orgullo—. He sacado un notable alto en Estudios Sociales porque mi profe pensó que había adoptado una postura antiamericana en mi ejercicio sobre el Canal de Panamá.

—Creo que un notable ocasional es aceptable —rio Jamie, dejando entrever su afecto por su hermano menor—. Pero apuesto a que Burford no tuvo muchos notables cuando estaba en noveno.

Siempre que Troy recordaba la noche terrible en que su hermano murió, pensaba en Guion Burford, el primer astronauta negro. Pero la mayoría de las veces, su memoria, ya que le resultaba muy doloroso el terrible recuerdo de su hermano muriendo en sus brazos, escapaba a tiempos más felices, al recuerdo de su hermano Jamie, tan vivido como la escena de su muerte, pero feliz y reconfortante en lugar de desgarrador y deprimente.

Durante el verano anterior a su muerte, un día húmedo y caluroso de últimos de agosto, Jamie Jefferson había arreglado una tercera entrevista con su entrenador de fútbol de Florida, para pedirle permiso para saltarse dos días el entrenamiento. Quería llevar a su hermanito Troy, a ver el lanzamiento del cohete espacial. La primera vez que se vieron, el entrenador se había opuesto vigorosamente a que Jamie dejara de participar en los importantes entrenamientos, pero no había llegado a negarle el permiso.

—Es que no me comprende, entrenador —había insistido al principio de su tercera y última entrevista sobre el tema—. Mi hermano no tiene padre. Y es un genio en ciencias y matemáticas. Hace saltar todas esas pruebas, estandarizadas, de aptitud. Necesita un modelo, necesita saber que los negros pueden hacer algo más importante que deportes.



El entrenador se había ablandado finalmente y concedido permiso a Jamie, pero sólo porque comprendió que se iría de todos modos.

Jamie condujo el destartalado «Chevrolet» por Florida sin parar, recogió a su hermano en Miami y continuó hacia el norte sin dormir, y otras cuatro horas más hasta Cocoa Beach. Llegaron en plena noche y Jamie, agotado, aparcó el coche en un acceso a la playa, junto a un chalet de siete pisos en el lugar más bonito de ésta.

—Bien, hermanito —le había dicho—, ahora vamos a dormir.

Pero Troy no había podido dormir, estaba demasiado excitado pensando en el lanzamiento previsto para la noche siguiente, el octavo cohete, pero el primero, en ser lanzado de noche. Había estado leyendo todo lo que pudo encontrar sobre el astronauta Burford y los planes para la misión. Imaginaba que estaba en el futuro y que él, Troy Jefferson, era el astronauta a punto de ser lanzado al espacio. Después de todo, Burford era la prueba viviente de que podía hacerse, de que un americano negro podía llegar a lo más alto de la sociedad y, gracias a su inteligencia, personalidad, y trabajo duro hacerse un héroe popular.

Al despuntar el día, Troy salió del coche y anduvo hasta la playa. Todo estaba en silencio y tranquilo. Los compañeros de Troy fueron unos paseantes, unos deportistas que hacían *jogging* y un par de aquellos estrafalarios cangrejos con ojos giratorios, que corrían de lado para esconderse bajo la arena. Hacia el norte, Troy podía ver alguna de las rampas de lanzamiento de los cohetes no tripulados, en la Base de las Fuerzas Aéreas de Cabo Cañaveral... pero en su imaginación eran las rampas de lanzamiento de su propia lanzadera. Se preguntó qué estaría haciendo el astronauta Burford en aquel momento. ¿Qué tomaría para desayunar? ¿Estaría con su familia o con la tripulación de astronautas?

Jamie se despertó cerca del mediodía y los hermanos pasaron las primeras horas de la tarde en la playa, riendo y jugando con las olas. Después, compraron unas hamburguesas y condujeron la última media hora hasta el Centro Espacial Kennedy. Jamie había conseguido de un aficionado de los «Gators», un ejecutivo aeroespacial que vivía en Melbourne, unas entradas para el área de los VIPS. Llegaron justo antes de la caída de la noche. A cuatro millas de distancia, el impresionante montaje de lanzamiento del cohete, consistente en el orbital montado sobre un tanque exterior color naranja, con dos cohetes de lanzamiento a los lados, se alzaba adosado a su torre cuando empezó la cuenta atrás.

Ninguna otra experiencia en la vida de Troy podía rivalizar con su contemplación de la explotación del lanzamiento de aquella noche. Mientras escuchaba el anuncio de la cuenta atrás por los altavoces del área de los VIPS, estaba anhelante, impaciente, pero sin miedo. No obstante, cuando se encendieron los motores llenando la noche de Florida de llamaradas rojo-anaranjadas y gruesas nubes de humo blanco, los ojos de Troy casi se salieron de las órbitas. Pero fue la suma de ver la gigantesca nave

espacial elevándose lenta y majestuosamente hacia el cielo con una fina cola de fuego, y de oír el rugido constante puntuado por unos plops inexplicados (que a la distancia de solamente cuatro kilómetros le llegaban unos segundos después de la llamarada de ignición) lo que realmente le produjo carne de gallina, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas y que un estremecimiento sacudiera su cuerpo. La intensa excitación emocional le duró más de un minuto. Estaba junto a su hermano Jamie, agarrado fuertemente de su mano, con la espalda arqueada en su esfuerzo por seguir la llamarada cada vez más alta, que desaparecía finalmente en el cielo nocturno.

Después, volvieron a dormir en el coche. Jamie dejó a Troy en la parada del autobús, en Orlando, y regresó a Gainesville para los entrenamientos. El joven Troy se consideró una persona nueva, que la experiencia había transformado. En la semana siguiente siguió obsesivamente el vuelo. Burford fue su héroe, su nuevo ídolo. Durante la primera mitad del año siguiente, se aplicó intensamente en su trabajo escolar. Tenía una meta, iba a ser astronauta.

Poco sabía Troy que en una noche de marzo, sólo siete meses más tarde sufriría una nueva experiencia, pero ahora devastadora y profundamente perturbadora, que ensombrecería por completo la excitación que sintió en el lanzamiento. Aquella noche de marzo, a eso de las ocho, Jamie se detuvo en su habitación y le dijo:

—Voy a ver al hermano de María. Probablemente terminemos en el cine.

María Álvarez tenía dieciocho años y estaba aún en la escuela superior. Desde hacía dos años era la novia fija de Jamie. Vivía en Little Habana junto con su familia cubana y ocho parientes más.

Troy le había dado un abrazo:

—Me alegro de que estés aquí, Jamie. ¡Tengo tantas cosas que enseñarte! En la escuela te he hecho unos auriculares de casco...

—Quiero verlo todo —le interrumpió su hermano—. Pero mañana, a primera hora. Bueno, no te acuestes tarde, los astronautas necesitan dormir mucho para estar siempre alerta. —Jamie sonrió al salir de la alcoba de su hermano. Fue lo último que Troy le oyó decir.

Nunca pudo recordar qué fue lo primero que oyó cuando despertó en mitad de la noche. El llanto desesperado de su madre mezclado con las sirenas cercanas que creaban una aterradora e inolvidable confusión de sonidos. Troy bajó corriendo la escalera hasta llegar al patio, vestido solamente con los pantalones del pijama. El sonido de la ambulancia se acercaba. Su madre estaba al final del caminillo de acceso a la casa, inclinada sobre un cuerpo oscuro caído parte en la calle, delante del «Chevrolet» de Jamie, y parte en su patio. Tres policías y media docena de curiosos rodeaban a la desesperada madre.

—Consiguió de algún modo llegar a casa —oyó decir a un policía mientras,

asustado, trataba de imaginar lo que había ocurrido—. Es algo increíble después de ver la sangre que perdió. Debió de recibir cuatro tiros en el vientre...

El llanto de su madre se intensificó y en aquel momento Troy ató cabos y reconoció el cuerpo. Se estremeció, gimió, y se dejó caer de rodillas junto a la cabeza de su hermano.

Jamie se debatía por respirar. Sus ojos estaban abiertos pero no parecía ver nada.

Acunó la cabeza entre sus manos. Miró el vientre de su hermano, su camisa estaba roja de una sangre que parecía fluir incesantemente justo encima de sus genitales. Había sangre de Jamie en los tejanos, en el suelo, por todas partes. Troy sintió náuseas y tuvo una arcada involuntaria; pero no echó nada. Sus ojos están llenos de lágrimas ardientes.

—Suponemos que fue un tiroteo de bandas —murmuró el policía—. Probablemente una equivocación, todo el mundo sabe que Jamie no estaba mezclado en nada de eso.

Llegaron los reporteros. Las cámaras lanzaron sus fogonazos, se acercaron más sirenas.

Los ojos de Jamie se apagaron. No parecía respirar. Troy estrechó la cabeza de su hermano contra su pecho e instintivamente comprendió que estaba muerto. Se echó a llorar incontinentemente.

—¡No! —musitaba—. ¡No! Mi hermano, ¡no! Jamie, ¡no! Nunca hizo daño a nadie.

Alguien trató de consolarle, le dieron unas palmaditas en la espalda, pero Troy se los sacudió violentamente:

—Déjenme solo —gritó entre sollozos—. Era mi hermano, mi único hermano. — Pasados unos segundos Troy, con ternura, volvió a dejar la cabeza de Jamie en el suelo y se desplomó desesperado a su lado.

Casi a las tres y media de la mañana, diez años más tarde, en marzo de 1994, Troy Jefferson estaba en casa, solo en su dúplex. Desvelado por el recuerdo de aquel momento terrible en que Jamie murió. Experimentaba de nuevo el dolor de aquella pérdida y volvió a darse cuenta, claramente, de que la mayor parte de sus sueños de adolescente había muerto con su hermano, que había abandonado sus sueños de Universidad y de ser un astronauta porque estaban inextricablemente unidos a su recuerdo de Jamie.

A trancas y barrancas había terminado sus estudios superiores en los tres años siguientes a la muerte de Jamie. Pero habían sido precisos los esfuerzos combinados de su madre, de la escuela, y de las autoridades de la ciudad para evitar que Troy abandonara la escuela sin más. Después, tan pronto se hubo graduado, abandonó Miami, o mejor dicho, huyó lejos de lo que había ocurrido y de lo que pudo haber sido. Durante dos años vagó sin rumbo por toda América del Norte, un hombre negro,

joven y solitario, sin amor ni amistades, en busca de algo que colmara aquella sensación de vacío que era su compañera constante.

*Y finalmente vine a Cayo West, pensaba Troy años después al volver a meterse en la cama, ya en mitad de la mañana, para dormir un par de horas más. Y por alguna razón me monté un hogar. A lo mejor justo a tiempo, o quizás había aprendido lo bastante para saber que la vida sigue... Pero, por lo menos, aunque la herida jamás se curó, me sobrepuse a Jamie. Y encontré al perdido Troy, o así lo espero.*

Volvió a recuperar el sueño que las sirenas habían truncado. Angie, con su bañador blanco, estaba hermosa a la luz de la luna. *Y ahora lo que hemos dejado sin terminar*, rio Troy para sus adentros, concentrándose en la imagen de Angie al volverse a dormir.

## 2

—Buenos días, ángel —dijo Troy con una gran sonrisa al acercarse Carol al *Florida Queen*—. ¿Dispuesta para la pesca? —saltó del barco y gritó a Nick, que estaba haciendo algo detrás de la marquesina—. Ya ha llegado, profesor, me voy al aparcamiento en busca del equipo.

Carol entregó a Troy las llaves del coche cuando marchó en dirección a la oficina del puerto y dio unos pasos por el muelle antes de que Nick se asomara.

—Venga al barco —llamó, ceñudo, mientras secaba una cadena con un trapo oscuro. Se sentía fatal, tenía una espantosa resaca y aún estaba preocupado por los acontecimientos de la noche anterior. Carol de momento no habló. Nick dejó de limpiar la cadena y esperó a que lo hiciera.

—No sé exactamente cómo decírselo —empezó en tono firme pero con voz agradable—, pero para mí es importante decir lo que tengo que decir, ahora, antes de pasar a bordo. —Se aclaró la garganta y terminó deliberadamente—. Nick, hoy no quiero bucear con usted, quiero bajar con Troy.

Nick le dirigió una extraña mirada. Estaba de pie al sol y le dolía horrores la cabeza.

—Pero Troy... —empezó a decir.

—Sé lo que va a decirme —le interrumpió—. No tiene demasiada experiencia y podría resultar peligroso —le miró directamente—. Esto no me importa. Tengo suficiente experiencia para los dos. Prefiero bajar con Troy —esperó unos segundos—. Pero si no le parece bien...

Esta vez fue Nick el que interrumpió a Carol.

—Está bien, está bien —dijo volviéndose. Le sorprendió descubrir que estaba dolido y enfadado a la vez. *Esta mujer sigue estando furiosa, se dijo. Y yo que pensaba que quizá...* Se alejó de ella y volvió al otro lado de la cabina para acabar de preparar la pequeña grúa de salvamento alquilada, que él y Troy habían instalado la noche anterior. Como habían utilizado este viejo equipo varias veces en otras ocasiones, la instalación había sido rápida y sin mayores problemas.

Carol entró en el barco y dejó sus copias de las fotografías encima del mostrador, junto al volante.

—¿Dónde está el tridente? —pidió a Nick—. Pensé que podría volver a mirarlo esta semana.

—Cajón de abajo a la izquierda —fue su respuesta tajante e inmediata. Carol sacó la bolsa gris del cajón, la abrió y sacó el tridente de oro. Lo sostuvo por su largo eje central, por alguna razón le pareció raro. Volvió a guardar el objeto en la bolsa y lo sacó una segunda vez. De nuevo sopesó el tridente en sus manos, había algo que no estaba bien. Recordó haber cogido el tridente por el eje cuando estaba debajo del

saliente, en el agua, y cerrar su mano despacio alrededor del eje. *Eso es*, se dijo, *es más grueso*.

Giró el objeto entre sus manos. *¿Qué me está ocurriendo?*, pensó. *¿Me habré vuelto loca? ¿Cómo puede ser más grueso?* Lo examinó una vez más con sumo cuidado. Esta vez le pareció que las púas individuales del tridente parecían más largas y que podía detectar un perceptible aumento de peso. *¡Santo Dios! ¿Será esto posible?*, se preguntó.

Carol sacó las fotografías que había traído. Todas las fotos del tridente que tenía habían sido hechas bajo el agua, pero estaba segura de que podía discernir dos cambios sutiles desde que fue fotografiado por primera vez. El eje parecía más grueso y las púas del tridente parecían, en efecto, más largas.

—Nick —dijo en voz alta—, Nick, ¿puede venir?

—Estoy haciendo algo —contestó una voz poco amistosa desde el otro lado—. ¿Es muy importante?

—No. Quiero decir sí, pero puedo esperar hasta que tenga un momento libre.

La mente de Carol estaba desbocada. *Solamente hay dos posibilidades*, se dijo con lógica precisión, *o ha cambiado, o no ha cambiado. Si no ha cambiado, entonces estoy hechizada porque decididamente parece más grueso. Pero ¿cómo puede haber cambiado? O lo ha hecho solo o alguien lo ha cambiado, Pero ¿quién? ¿Nick? Pero ¿cómo podía haberlo...?*

Nick se le acercó y en tono distante y hostil dijo, obviamente fastidiado:

—¿Qué? Carol le tendió el tridente.

—¿Qué le parece? —preguntó sonriéndole y mirándole inquisitiva.

—¿Qué me parece qué? —respondió confuso por lo que ocurría y todavía enfadado por lo de antes.

—¿Nota la diferencia? —siguió Carol señalando el tridente.

Nick lo volvió por todos lados como había hecho ella. La luz se reflejaba en su superficie bruñida y lastimaba la vista, entrecerró los ojos. Luego cambió el objeto de mano y lo miró desde ángulos distintos.

—Me siento perdido —confesó al fin—. ¿Trata de decir que ha habido algún cambio en esta cosa?

Lo levantó entre ellos.

—Sí —dijo Carol—. ¿No lo nota? El eje central es más grueso que el jueves y las púas o elementos individuales del tridente son un poco más largas. ¿Y no le parece que todo él es más pesado?

A Nick seguía doliéndole la cabeza, su mirada iba de ella al tridente y del tridente a ella. En su opinión el tridente no había cambiado.

—No, a mí me parece igual que antes.

—No quiere entrar en razón —insistió Carol agarrando el tridente—. Tome, mire

las fotografías. Compruebe la longitud del tridente, compárelo al eje y mírelo ahora. Es diferente.

Había algo en la actitud de Carol que irritaba a Nick. Parecía asumir siempre que tenía razón y que los demás estaban equivocados.

—Es absurdo —le replicó a gritos—, y tengo mucho trabajo que hacer... — Esperó un instante y continuó—: ¿Cómo diablos podría cambiar? Por el amor de Dios, es un objeto de metal. ¿Qué piensa? ¿Qué de un modo u otro ha *crecido*? Mierda.

Movió la cabeza y empezó a alejarse. A los dos pasos, se dio la vuelta:

—Tampoco puede fiarse de las fotografías —añadió en tono más comedido—. Las fotografías submarinas siempre distorsionan los objetos...

Troy se acercaba con el carrito y el equipo de Carol.

Por la postura de los cuerpos, sin necesidad de oírles, podía decir que ya andaban otra vez a la greña.

—Vaya, vaya —dijo al acercarse—. No puedo dejaros solos ni un minuto. ¿Sobre qué peleas esta mañana, profesor?

—Esta supuesta inteligente reportera amiga tuya —respondió Nick mirando a Carol con condescendencia—, insiste en que nuestro tridente ha cambiado de forma. De la noche a la mañana, parece ser, aunque aún no ha empezado a explicarme cómo. Puesto que a mí no me cree, ¿quieres explicarle algo acerca del índice de refracción, o lo que sea, que distorsiona las fotos submarinas?

Carol apeló a Troy.

—Es que ha cambiado. De verdad. Recuerdo claramente como lo notaba al principio, y ahora es diferente.

Troy iba descargando el carrito y montando el sistema del telescopio en el *Florida Queen*.

—Ángel —Troy tomó el tridente que tendía con ambas manos—, yo no puedo decir si ha cambiado o no, pero una cosa sí puedo decir. Estaba muy excitada cuando lo encontró y estaba también en el fondo del agua. Combinando ambas cosas, ni siquiera yo, confiaría en mi memoria sobre como noté algo.

Carol miró a los dos hombres, iba a proseguir con la discusión pero Nick cambió de tema.

—¿Sabe, Mr. Jefferson, que nuestra denta, Miss Dawson, ha solicitado sus servicios como compañero de inmersión, hoy? No quiere bajar conmigo.

Su tono era claramente acerbo. Troy miró a Carol sorprendido:

—Es muy halagador, ángel, pero Nick es el verdadero experto. Yo no soy más que un principiante.

—Lo sé —contestó bruscamente Carol, aún molesta por la anterior conversación—. Pero quiero bucear con alguien en quien pueda confiar, alguien que se comporte

con responsabilidad. Conozco lo bastante el submarinismo para dos.

Nick dirigió una mala mirada a Carol y se alejó. Estaba furioso:

—Vamos, Jefferson. Ya he accedido a que la señorita sabihonda se salga con la suya, por *esta* vez. Preparemos el barco y terminemos de una vez de montar ese telescopio.

«Mi padre se divorció, finalmente, de mi madre cuando yo tenía diez años», le contaba Carol a Troy. Estaban sentados, juntos, en las tumbonas, en la proa del barco. Después de repasar por dos veces el procedimiento para sumergirse, Carol había mencionado algo sobre su primera experiencia de navegación, un cumpleaños en un barco de pesca con su padre, cuando tenía seis años, y los dos habían seguido cómodamente hablando de su infancia.

—La separación fue terrible —pasó el bote de «Coca-Cola» a Troy—. Creo que en cierto modo tuviste suerte no conociendo a tu padre.

—Lo dudo —replicó Troy gravemente—. Desde mis más tiernos años, me dolía el hecho de que algunos de los niños tuvieran a ambos padres. Mi hermano Jamie trató de ayudar, claro, pero había un límite a lo que podía hacer. Yo elegía, adrede, a los chicos que tenían padres viviendo en casa —rio—. Recuerdo un niño negro muy oscuro llamado Willie Adams. Su padre efectivamente vivía en su casa pero era una vergüenza para toda la familia, era un hombre viejo, que tendría entonces unos sesenta años y no trabajaba. Se limitaba a estar sentado en el porche todo el día, en su mecedora, bebiendo cerveza.

»Siempre que iba a casa de Willie a jugar, encontraba una excusa para quedarme un ratito en el porche sentado junto a Mr. Adams. Willie se movía inquieto, incómodo, incapaz de comprender por qué quería escuchar a su padre contar siempre las mismas viejas historias supuestamente muy aburridas. Mr. Adams había estado en la guerra de Corea y le encantaba hablar de sus amigos y de las batallas, sobre todo de las coreanas, y de lo que él llamaban sus trucos.

»En todo caso, cuando Mr. Adams iba a empezar una de sus historias siempre se notaba. Dirigía sus ojos al frente, como si mirara fijamente algo que estaba a distancia, entonces decía una frase entre dientes y empezaba a recitar la historia como si la estuviera leyendo: “Habíamos hecho retroceder a los coreanos, otra vez, al Yalu, y el comandante de nuestro batallón nos dijo que estaban a punto de rendirse. Nos sentíamos los amos del mundo y hablábamos de lo que íbamos a hacer cuando volviéramos a los Estados Unidos. Pero entonces, la gran horda amarilla salió de China...”

Troy se calló. Y se quedó mirando el océano. A Carol le resultaba fácil imaginárselo de niño, sentado en un porche con su avergonzado amigo Willie, y escuchando historias contadas por un viejo que vivía desesperadamente en el pasado



pero que, no obstante, representaba al padre que Troy nunca había tenido. Se inclinó hacia él y le rozó el brazo.

—Es una bonita imagen. Tú nunca llegaste a saber, quizá, lo feliz que hacías a aquel hombre con sólo escuchar sus historias.

Al otro lado de la cabina, Nick Williams estaba sentado solo en otra tumbona. Leía *Madame Bovary* intentando sin éxito ignorar los restos de su resaca y a la vez los fragmentos de conversación que le llegaban. Había programado el sistema de navegación en automático para volver al punto de inmersión del jueves, así que no le quedaba nada más que hacer para pilotar el barco. Nick habría disfrutado seguramente compartiendo la conversación de Troy y Carol, pero después de su anterior enfrentamiento en el que, en su opinión, ella había dejado bien claro que no quería nada con él, no pensaba acercarse. De lo contrario ella pensaría que no era sino otro majadero.

Además, disfrutaba con el libro. Estaba leyendo la parte en que Emma Bovary se entrega por completo a su relación con Rudolph Boulanger. Y podía ver a Emma escabullándose de su casa, en la pequeña aldea de provincias y correr, campo a través, a los brazos de su amante. Casi siempre, en el pasado, cuando Nick leía una novela con una hermosa protagonista morena, imaginaba a Monique. Pero curiosamente, la Emma Bovary que imaginaba, mientras leía en el barco, era Carol Dawson. Y más de una vez aquella mañana, mientras Nick leía la descripción que hacía Flaubert de las pasiones de Emma y Rudolph, se había imaginado en el papel del solterón francés de buena familia terrateniente, haciendo el amor con Emma/Carol.

El sistema automático de navegación que guiaba el barco mientras Nick leía consistía en una simple combinación de transmisor/receptor y un pequeño microprocesador. Aprovechando la serie universal de satélites sincronizados, la software del procesador establecía la situación del barco con toda precisión y después seguía un algoritmo de dirección programada precisamente, hasta el punto deseado. A lo largo de la ruta, el enlace de dos direcciones con el satélite más próximo proporcionaba la necesaria información para marcar la ruta a través del océano.

Cuando el *Florida Queen* estuvo a un kilómetro y medio del punto de inmersión, sonó un aviso. Entonces Nick se acercó a los controles y continuó manualmente, Carol y Troy se levantaron de sus tumbonas.

—Acuérdate —le advirtió— de que el primer propósito de nuestra inmersión es fotografiar y recuperar lo que vimos el jueves, fuera lo que fuera, en la fisura. Si nos sobra tiempo después, volveremos al saliente donde encontramos el tridente.

Carol se dirigió entonces a poner en marcha el monitor acoplado al telescopio oceánico. Se encontraba a pocos pasos de Nick y no se habían hablado desde que el barco zarpó de Cayo West, pero le oyó decir:

—Buena suerte.

Se volvió a mirarle para saber si hablaba en serio o era un sarcasmo. No supo decirlo.

—Gracias —le respondió, tranquila.

Troy se reunió con ella junto al monitor y sacó las fotografías del sobre a fin de que les sirvieran para encontrar el punto exacto donde fondear. Por unos minutos dio órdenes a Nick, apoyándose en lo que veía por el telescopio y aconsejando pequeñas correcciones en la posición del barco. Por fin, el fondo oceánico les pareció igual al que encontraron el jueves cuando vieron las ballenas. Con una sola variación importante.

—Bueno, ¿y dónde está aquel agujero del acantilado? —exclamó Troy inocentemente—. No puedo encontrarlo en el monitor.

El corazón de Carol latía desbocado mientras miraba de la pantalla del telescopio a las fotografías. *¿Dónde está la fisura?*, pensó. *No puede haber desaparecido.* El barco se alejó algo del punto de inmersión y Nick volvió atrás. Esta vez Troy dejó caer el ancla por la borda, pero Carol seguía sin ver señales de la fisura, no podía comprenderlo.

—Nick —se decidió al fin a decir—, ¿puede echarnos una mano? Estuvimos juntos ahí abajo y ambos vimos el agujero. ¿Acaso Troy y yo estamos confundidos?

Nick dejó el volante y se acercó para mirar por el monitor. Él también se mostró perplejo, pero creyó ver otras cosas en el fondo del mar que también parecían algo diferentes.

—Tampoco puedo ver la fisura —confesó—, pero quizás es cuestión de la luz. La última vez estuvimos aquí por la tarde y ahora son las diez de la mañana.

Troy se volvió a Carol:

—Puede que Nick debiera bajar con usted, estuvo ahí antes, vio la fisura y sabe como encontrar el saliente. Lo que yo sé es por las fotografías.

—No —contestó Carol—. Quiero bajar contigo. Probablemente Nick tenga razón. No podemos ver la fisura debido a la diferencia de luz. —Recogió su cámara submarina, dio la vuelta a la cabina y se fue hacia popa—. ¡Vámonos! —dijo—. Todo irá bien.

Troy se encogió de hombros mirando a Nick silenciosamente, como si quisiera decirle «lo he intentado», y la siguió al momento.

### 3

—Pero, Richard —protestó Ramírez—, podríamos meternos en líos.

—No veo por qué —respondió Todd—. Ni por qué tendría que saberse. La Marina creó el sistema, en principio, para sus propios barcos. No podemos permitir que nadie más lo utilice, lo que tenemos que hacer es interrogar el registro principal y conseguir el Doppler y la historia de tiempo y alcance para su código de identificación. Entonces podremos imaginar dónde están. Es fácil. Lo hacemos todo el tiempo con nuestros propios barcos.

—Pero firmamos un convenio marítimo restringiendo nuestro acceso a los registros privados, excepto para los casos de vida o muerte, o de seguridad nacional —objetó Ramírez—. No podemos buscar entre los archivos del satélite sólo porque tú y yo sospechemos de que cierto barco está en misión ilegal. Necesitamos más autoridad.

—Mira, Roberto —insistió Todd vehementemente—, ¿quién te crees que va a darnos permiso? No tenemos las fotografías, sólo tenemos tu palabra, no. Debemos actuar por nuestra cuenta, si nos equivocamos, nadie tiene que saberlo. Si tenemos razón, si cazamos a ese canalla, entonces seremos héroes los dos, y nadie se meterá con nosotros por lo que hemos hecho.

Ramírez guardó silencio unos instantes:

—¿No crees que deberíamos informar por lo menos al comandante Winters? Después de todo, él es el oficial encargado de la investigación *Panther*.

—De ningún modo —se apresuró a decir el teniente Todd—. Ya le oíste ayer en la reunión. Piensa que ya nos hemos pasado, no desearía otra cosa que empapelarnos. Está celoso. —Todd se dio cuenta de que Ramírez dudaba aún—. Te diré lo que haremos, le llamaremos *después* de descubrir dónde está el barco.

El teniente Ramírez sacudió la cabeza:

—Eso no nos servirá de nada. Seguimos excediéndonos en nuestra autoridad.

—¡Mierda! —gritó Todd exasperado—. Dime lo que tenemos que hacer y lo haré. Sin ti. Cargaré con todo el riesgo. —Calló y miró directamente a Ramírez—. No puedo entenderlo, supongo que vosotros los mexicanos no tenéis tripas. Tú eres el único que vio el misil en la fotografía pero Ramírez entrecerró los ojos. Su voz se hizo dura:

—Ya basta, Todd. Cogemos los datos, pero si esto termina en desastre, yo personalmente, te retorceré el cuello con estas manos.

—Ya sabía que lo verías como yo. —Todd sonrió siguiendo a Ramírez hasta una consola de mando.

El comandante Winters colocó el cartón de seis «Cocas» encima del hielo y cerró el refrigerador.

—¿Algo más —gritó desde la puerta a su mujer e hijo— antes de que cargue esta cosa en el coche?

—No, señor —fue la respuesta desde el camino. El comandante recogió el refrigerador y lo llevó hacia fuera—. ¡Brrr! —exclamó al cargarlo en el maletero abierto—. Lleváis comida y bebida suficiente para doce personas.

—Ojalá vinieras con nosotros —dijo Hap—. El resto de los padres estará allá.

—Lo sé, lo sé, pero estará tu madre. Y yo necesito prepararme un poco para esta noche —abrazó a su hijo—. Además, Hap, ya hemos hablado de esto antes. Últimamente me siento incómodo en las actividades parroquiales organizadas, creo que la religión es algo entre Dios y el individuo.

—No pensaste siempre así —intervino Betty desde el otro lado del coche—. En realidad, te encantaban los *picnics* de la iglesia, jugábamos a la pelota y nadábamos y nos reíamos toda la noche... —había un deje de amargura en su voz—. Vámonos, Hap —dijo después de una pausa—. No queremos llegar tarde. Da las gracias a tu padre por ayudarnos a cargar.

—Gracias, papá. —Hap entró en el coche y Winters cerró la puerta. Se despidieron con las manos cuando el «Pontiac» salió del camino, marcha atrás, a la calle. Al verles alejarse, Winters dijo para sí: *Debo estar más tiempo con él. Ahora ya me necesita, si no lo hago pronto será demasiado tarde.*

Dio la vuelta y entró en la casa. Se paró ante la nevera, abrió la puerta y se sirvió un vaso de zumo de naranja. Mientras lo bebía miró por la cocina a su alrededor, Betty había ordenado todo lo del desayuno y metido los platos en el lavavajillas. Los poyos estaban limpios, el periódico de la mañana cuidadosamente doblado sobre la mesa. La cocina estaba limpia, ordenada. Como su mujer. Aborrecía el desorden de todo tipo. Recordó una mañana, cuando Hap estaba todavía en pañales y vivían en Norfolk, Virginia. El chiquillo había estado golpeando, feliz, la mesa de la cocina, y de pronto sus brazos se dispararon tirando la taza de café de Betty y la jarrita de la leche al suelo. Ambas cosas se hicieron añicos y mancharon toda la cocina. Betty dejó bruscamente de comer. Cuando volvió a sentarse ante sus huevos revueltos completamente fríos, no se veía el menor indicio por ninguna parte, ni en el suelo ni en la parte baja de los armarios, ni siquiera en el cubo de la basura (había hecho un paquete con la loza rota y lo metió en una bolsa, que llevó a los cubos de basura del exterior) de que hubiera ocurrido un desastre.

Justo a la derecha de la nevera de los Winters, colgada en la pared de la cocina, había una pequeña placa con unas sencillas palabras: «Por que Dios amaba tanto al mundo, que entregó a Su único Hijo, para que el que crea en Él tenga la vida eterna...

Juan 3:16». Vernon Winters veía esta placa de la cocina todos los días, pero hacía meses o tal vez años que, realmente, no había leído las palabras. En este sábado por la mañana las leyó y se conmovió. Pensó en el Dios de Betty, un Dios muy parecido al que había adornado en su infancia y adolescencia de Indiana, un anciano silencioso, tranquilo y sabio, que estaba sentado en alguna parte del cielo viéndolo todo, sabiéndolo todo, esperando recibir y contestar nuestras oraciones. Era una imagen hermosa y sencilla. «Padre nuestro que estás en los cielos», dijo recordando los centenares o tal vez millares de veces que había rezado en la iglesia. «Santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad. En la tierra como en el cielo...»

*Y ésta es tu voluntad para mí, anciano, pensó Winters un poco escandalizado por su propia irreverencia. Durante ocho años me has dejado de la mano, me has ignorado, me has probado como a Job. O quizá me has castigado. Se acercó a la mesa de la cocina, se sentó y bebió otro sorbo de su zumo de naranja. Pero ¿he sido perdonado? Aún no lo sé. Ni una sola vez en todo este tiempo me has dado una señal, pese a mis oraciones y mis lágrimas. Una vez, pensó, inmediatamente después de Libia, pensé que quizás...*

Recordó hallarse medio dormido en la playa, echado con los ojos cerrados, sobre una gran toalla. A distancia oía el mar y las voces de los niños, incluso ocasionalmente creía distinguir la voz de Hap o de Betty. El sol de aquel verano era caliente, relajante. Una luz empezó a moverse en el interior de sus párpados. Winters abrió los ojos, no podía ver gran cosa porque la luz del sol era demasiado brillante, y en sus propios ojos notaba también un resplandor, un brillo metálico. Se hizo sombra con las manos sobre la frente. Una niñita de pelo largo, de un año tal vez, estaba por encima de él, mirándole, el brillo procedía de un largo peine de metal en su cabello.

Winters cerró los ojos y volvió a abrirlos. Ahora podía verla mejor, había movido un poco la cabeza y el destello había desaparecido, pero seguía mirándole fijamente, sin la menor expresión en su cara. No llevaba más que un pañal. Comprendió que era extranjera. *Árabe tal vez, pensó en aquel momento, volviendo a mirar sus ojos oscuros y almendrados. Ni se movía ni decía nada, sólo le contemplaba, curiosa e, insistente, sin parecer darse cuenta de nada que él hiciera.*

—¡Hola! —le dijo Winters—. ¿Quién eres?

La pequeña niña árabe no dio señales de haber oído nada, pero pasados unos segundos le señaló de pronto con el dedo y pareció enfadada. Winters se estremeció y se incorporó bruscamente. Su rápido movimiento asustó a la pequeña que se echó a llorar. Quiso cogerla pero se apartó, resbaló, perdió el equilibrio y cayó en la arena. Su cabeza se golpeó contra algo duro al caer y empezó a sangrar resbalándole la sangre por la cabeza y el hombro. Aterrorizada, primero por la caída y después por ver su propia sangre, la niña empezó a sollozar.

Winters se acercó a ella, debatiéndose contra su propio pánico al ver como caía la sangre sobre la arena. Algo inexplicable cruzó por su mente y decidió levantar a la niña árabe y consolarla, pero ella se revolvió violentamente contra él, con el abandono y la sorprendente fuerza de un bebé que lucha para liberarse. Volvió a caer en la arena, esta vez de lado, esparciendo sobre ella más gotas de sangre. Ahora estaba completamente histérica y lloraba con tal fuerza que a veces perdía el aliento, con la carita roja de miedo y rabia. Volvió a señalar a Winters.

A los pocos segundos un par de brazos morenos la recogieron desde lo alto. Por primera vez, Winters observó que había otras personas a su alrededor, muchas, en realidad. La pequeña había sido recogida por un hombre que debía ser su padre, un árabe bajo y fuerte de veintitantos años, con un bañador azul brillante. Sostenía a su hija con ademán protector, mirando como si buscara pelea, y consolando a una joven esposa angustiada cuyo llanto se mezclaba con el llanto enloquecido de la niña. Ambos padres miraban a Winters como acusándole mientras la madre secaba la cabeza sangrante de la pequeña con una toalla.

—No quería hacerle daño —dijo Winters, comprendiendo al hablar que lo que decía sería mal interpretado—. Cayó y se golpeó la cabeza con algo y yo... —Los árabes se alejaban lentamente. Winters se volvió a los demás, quizás una docena de personas, que se habían acercado en respuesta a los gritos de la pequeña. También le miraban de un modo raro—. No quería hacerle daño —repitió en voz alta—. Yo sólo... —Dejó de hablar, grandes lagrimones le resbalaban por el rostro y caían en la arena. *¡Por Dios!, pensó. Estoy llorando. No me extraña que esta gente...*

Oyó otro grito. Betty y Hap por lo visto llegaban cuando la pareja de árabes se marchaban con su hija herida. Ahora, al ver la sangre en las manos de su padre, Hap, de cinco años, se había puesto a llorar y escondía la cara en la cadera de su madre. Lloraba y lloraba. Winters se miró las manos y luego a la gente que le rodeaba, e impulsivamente, se agachó para limpiarse las manos en la arena. El llanto de su hijo era un contrapunto a su vano intento de limpiarse las manos de sangre.

Arrodillado en la arena, el comandante Winters miró a su mujer Betty por primera vez desde que empezó el incidente. Lo que vio en su rostro fue terror abyecto. Le suplicó consuelo con la mirada, pero ella en cambio, se arrodilló también, con los ojos opacos, cuidando de no asustar a su hijo que se agarraba a ella y empezó a rezar. «Señor Dios», empezó a decir con los ojos cerrados.

La gente se fue dispersando poco a poco, algunos de ellos acercándose a la familia árabe para ver si podían ayudarles. Winters siguió de rodillas en la arena, sacudido por sus propios actos. Por fin Betty se levantó, consoló a su hijo Hap diciéndole que no pasaba nada y sin abrir la boca recogió cuidadosamente su bolso de playa y las toallas y empezó a andar hacia el aparcamiento... Su marido la siguió.

Abandonaron la playa y regresaron a Norfolk donde vivían. *Y nunca me preguntó*

*nada, pensó Winters sentado ante la mesa de su cocina ocho años después. Ni siquiera dejó que le hablara de ello, por lo menos en tres años. Fue como si nunca hubiera ocurrido. Ahora alguna vez lo menciona, pero todavía no lo hemos comentado.*

Terminó el zumo de naranja y encendió un cigarrillo. Al hacerlo pensó inmediatamente en Tiffani y en la noche pasada. Miedo y deseo se revolvieron en Winters ante la idea de la noche que se acercaba. También descubrió que sentía un curioso deseo de rezar. *¿Y ahora, Dios mío, vuelves a ponerme a prueba?* De pronto se notó enfurecido. *¿O estás burlándote de mí? Puede que para Ti no bastara con abandonarme, dejarme a la deriva, quizá no estabas satisfecho hasta humillarme.* Otra vez sintió necesidad de llorar, pero resistió. Winters aplastó el cigarrillo y se levantó de la mesa; se acercó al lado de la nevera y arrancó de la pared la placa con el versículo de la Biblia. Se disponía a tirarla a la basura, pero después de pensarlo un segundo, recapacitó y la guardó en uno de los cajones de la cocina.

Carol nadó rápidamente hasta unos dos metros por encima de la trinchera, al acercarse a la vuelta final. Tomó unas fotografías mientras esperaba que Troy la alcanzara, señaló hacia abajo donde las huellas giraban hacia la izquierda y volvió a nadar de nuevo, esta vez más despacio, siguiendo las marcas por la estrecha hendidura, hasta llegar al saliente. Nada había cambiado. Señaló a Troy que esperara y entró en la trinchera, cuidadosamente, como había hecho la otra vez con Nick. Su búsqueda por el área del saliente fue minuciosa pero no encontró nada.

Señaló a Troy que no había nada y luego, después de una rápida secuencia de fotografías, los dos buceadores retrocedieron sobre sus pasos, siguiendo las huellas hacia el punto, debajo del barco, donde habían pasado quince minutos buscando sin suerte la fisura que habían visto el jueves. Había desaparecido misteriosamente. Todas las huellas, aunque algo borradas, convergían frente a la estructura del arrecife donde había estado el agujero dos días antes. Carol había buscado y golpeado, dañando incluso el arrecife en varios puntos (lo que como ambientadora odiaba tener que hacer, pero estaba segura de que la fisura *había estado* allí) sin encontrar nada. Si Troy no la hubiera visto con tanta claridad, primero en el monitor del telescopio y después en las fotografías, hubiera podido pensar que fue sólo fruto de su imaginación y la de Nick.

Cuando Carol, enfrascada en sus pensamientos, giró a la derecha de la trinchera después de dejar el camino lateral que llevaba al saliente, se descuidó y rozó ligeramente una punta de coral que sobresalía del arrecife. Sintió escozor en la mano, miró y vio que estaba sangrando. ¡*Qué raro!*, pensó. *Apenas lo he tocado*. Su mente retrocedió a diez minutos antes, cuando había estado maltratando el coral y las algas en busca de la fisura, *y ni siquiera me he arañado...*

Una idea descabellada, incoherente, empezó a formarse en su mente. Excitada ahora, nadó con más fuerza a lo largo de la trinchera donde había estado la fisura. Troy no podía seguirla. Fue un trayecto largo pero Carol lo completó en cuatro o cinco minutos. Comprobó su regulador de presión mientras esperaba a su compañero, intercambiaron la señal de pulgares arriba, cuando éste llegó, y Carol intentó sin éxito explicarle su idea con gestos. Carol vio abrirse los ojos de Troy y su cara contraerse tras la máscara. Ella abrió la mano, no tenía ni cortes, ni arañazos ni sangre. Estupefacto, Troy nadó hacia ella para mirar la colonia de coral que ella había desbaratado. También él pudo tocar e incluso sostener el extraño coral sin lastimarse. ¿Qué estaba pasando? Carol empezó a tirar del coral y de las algas y Troy contempló asombrado cómo un enorme segmento se desprendía de la estructura del arrecife como una manta...

Oyeron un gran WUSSSSH, unos milisegundos antes de notar el tirón. Una gran



sima se abrió en el arrecife, detrás de ellos, y todo en la zona, Troy, Carol, peces, plantas de todo tipo, y un enorme caudal de agua fue atraído hacia dentro del agujero. La corriente era muy rápida pero el canal no demasiado estrecho, porque Carol y Troy chocaron un par o tres de veces contra lo que parecían unos lados metálicos. No tuvieron tiempo de pensar, eran arrastrados como por un desprendimiento de agua y tenían simplemente que esperar a que terminara la carrera.

La oscuridad se abrió a una media luz y la corriente disminuyó marcadamente. Carol y Troy, separados unos seis metros, buscaban serenarse cada uno, por su lado, y descubrir lo que ocurría. Parecían encontrarse en el anillo exterior de un gran tanque circular, y giraban incesantemente, pasando ante unas puertas extrañas, después de cada noventa grados de revolución. El agua del tanque tenía unos tres metros de profundidad. Carol se volvió boca arriba y levantó la vista, podía ver enormes estructuras por encima de su cabeza, que parecían hechas de metal o de plástico algunas de ellas en movimiento. No pudo ver a Troy por ninguna parte. Intentó agarrarse a los lados del tanque para poder parar y buscarle, pero fue inútil. No podía resistir el movimiento de la corriente.

Dieron tres o cuatro vueltas en el círculo sin verse. Troy observó que todos los peces y plantas habían ido desapareciendo poco a poco de su anillo, dando a entender que un proceso de selección estaba en marcha. De pronto, la corriente aumentó y fue precipitado hacia abajo, por debajo del agua, y después a través de una puerta entreabierta, otra vez a la oscuridad. Sólo un resplandor apareció en la superficie del agua y volvió a disminuir la fuerza de la corriente, entonces sintió que algo se cerraba sobre su brazo derecho.

Troy fue sacado del agua, unos treinta centímetros más o menos. En la penumbra no podría ver exactamente lo que lo había retenido, pero parecía algo muy fuerte. Le sujetaba pero sin hacer ningún movimiento. Miró hacia atrás, a la corriente que le había traído, y vio el cuerpo de Carol acercarse dando tumbos. Con su brazo izquierdo libre la agarró. Ella notó su brazo y se arrimó a él, se recobró, sacó la cabeza fuera del agua, y se debatió para acercarse al cuerpo de Troy. Consiguió agarrarse con fuerza a él pese a la corriente. Respiró hondo y por un momento sus ojos se encontraron tras sus máscaras.

Inexplicablemente, la sujeción terminó; estaban libres en el agua y la corriente no era tan fuerte. Pudieron sostenerse uno a otro sin gran dificultad. Pasados unos quince segundos, la corriente de agua cesó por completo, habían sido depositados en una piscina, en lo que parecía una gran habitación de la que el agua desaparecía escapando por un orificio invisible en el extremo opuesto. La última gota se escurrió, y ambos empezaron a incorporarse.

Carol tuvo gran dificultad en ponerse de pie. Troy la ayudó y señaló el regulador. Poco a poco, fue retirando su boquilla y husmeando el ambiente. Respiró una vez,

luego otra. Por lo que parecía respiraba aire normal. Miró a Carol, se encogió de hombros y como en un reto, se quitó la máscara.

—¡Hola! —gritó nervioso—. ¿Hay alguien aquí? Han llegado invitados.

Carol también retiró despacio su máscara y su regulador. Tenía una expresión perpleja.

Ambos miraron a su alrededor. El techo se alzaba unos tres metros sobre sus cabezas, las dimensiones totales de la cámara equivalían más o menos al tamaño de un gran salón de estar de una buena casa, pero las paredes eran algo fuera de lo corriente. En lugar de ser lisas y formar esquinas regulares en cada una de sus intersecciones, estaban formadas por grandes superficies curvadas, unas cóncavas y otras convexas, pintadas alternativamente de rojo y azul. Sin pensar, Carol empezó a dar vueltas, despacio naturalmente, porque llevaba su equipo de buceo, y a tomar fotografías.

—¡Eh! Un momento, Miss Dawson —advirtió Troy con una sonrisa dubitativa. Se quitó las aletas y la siguió—. Antes de tomar más fotografías, ángel, ¿tendría usted la amabilidad de explicar a este pobre muchacho negro e inocente dónde puñeta se encuentra? Quiero decir, lo último conocido es que estábamos debajo del barco buscando una grieta. Creo que la encontré pero es un poco enervante ir a visitar a alguien y no saber quién es. Así que, ¿podría dejar de sentirse periodista por un minuto y decirme por qué está tan tranquila?

Carol se encontraba a la sazón frente a una de las paredes cóncavas pintada de azul. Había dos o tres mellas en la estructura de la pared, a la altura de los ojos, formando círculos o elipses.

—¿Qué te parece que puede ser esto? —pensó en voz alta. Pero su voz sonaba como si estuviera a mucha distancia.

—¡Carol! —gritó Troy—. Basta, basta ya. No podemos seguir paseando como unos benditos como si esto fuera un típico paseo de tarde por una casa modelo. Tenemos que hablar. ¿Dónde estamos? ¿Cómo vamos a salir y volver a casa? A casa, ¿sabe lo qué es? Le garantizo que no es debajo del océano y a dos horas de distancia de la costa —la agarró por los hombros y la sacudió.

Sólo entonces empezó a salir de su estupor. Miró despacio alrededor de aquella estancia, y luego a Troy.

—¡Jesús! —murmuró—. Y, ¡mierda! —La vio temblar un poco y se acercó a abrazarla. Ella le indicó que la dejara en paz—. Estoy bien. Por lo menos casi bien —respiró profundamente y sonrió—. En todo caso, vaya historia que tenemos aquí —volvió a mirar la habitación—. ¡Eh! Troy —arrugó la frente—, ¿cómo llegamos hasta aquí? No veo ni una puerta, ni abertura, ni nada.

—Buena pregunta, muy buena pregunta, a la que deberíamos tener respuesta. Creo que estas locas paredes de colores giran, creo que mientras estaba aún bajo el

agua vi como se iban colocando las paredes. Así que lo único que debemos hacer es empujarlas y buscar el camino de salida —trató de meter las manos en una rendija que servía de conexión entre un pedazo rojo y otro azul de la estructura. Sin éxito.

Carol dejó a Troy y empezó a recorrer el perímetro torpemente dentro de su equipo. De repente, se detuvo y se lo quitó todo excepto el traje de baño, parecía decidida a examinar y fotografiar cada pieza o panel de las paredes. Troy se quitó también las botellas de aire y el chaleco de flotación, dejándolos caer sobre el pavimento metálico con un «clanc». Se quedó observándola.

—Carol, ¡oh Carol! —llamó desde el otro extremo con una gran sonrisa forzada en su cara—. ¿Le importaría decirme qué está haciendo ahora? Quiero decir que, después de todo ángel tal vez, pudiera ayudarla.

—Estoy buscando algo que diga «Cómeme» o «Bébeme» —contestó ella con un rictus nervioso.

—Por supuesto —murmuró Troy para sí—, era absolutamente obvio.

—¿Se acuerda de *Alicia en el país de las maravillas*? —preguntó Carol, había encontrado una protuberancia larga y delgada que parecía una manecilla emergiendo del centro de uno de los paneles rojos. Agitó la mano y él se acercó. Entre los dos trataron de hacer girar la manecilla. Nada. Carol se sintió frustrada.

Troy creyó discernir un primer indicio de pánico en ella cuando la vio recorrer con mirada alocada el resto de la estancia. Se detuvo y se cuadró a estilo militar:

—Hable con dureza a su niño... Y péguale cuando estornude... sólo lo hace para molestar... porque sabe que la irrita.

Las profundas arrugas en la frente de Carol indicaban que creía que Troy había perdido temporalmente el juicio.

—Era la Reina de Corazones, creo —dijo él riendo—. Pero no estoy seguro. Tuve que aprendérmelo para una comedia cuando estaba en quinto grado —Carol también se había relajado y se echó a reír pese a su pánico, se acercó a Troy y le dio un beso en la mejilla—. ¡Cuidado, cuidado! —advirtió con un guiño—. Nosotros los chicos negros nos excitamos muy pronto.

Carol pasó su brazo por el suyo al terminar su nuevo recorrido de la estancia, en busca de señales de salida en las paredes. Las tonterías de Troy le hacían sentirse mejor.

—Cuando yo estaba en octavo un maestro negro me dijo que *Alicia* era una historia racista. Pretendía que era muy significativo que el conejo que siguió Alicia fuera *blanco*, decía que ninguna chica blanca, buena hubiera seguido a un conejo *negro* dentro de su madriguera —paró frente a otro panel rojo—. ¡Vaya, vaya! —musitó—. ¿Qué tenemos aquí?

Aquel panel rojo parecía igual al resto de la pared de lejos, pero de cerca, a pocos palmos de distancia, podían distinguirse toda clase de dibujos hechos con pequeños

puntos blancos en relieve, sobre la superficie roja. Una serie de secciones rectangulares reseguídas por puntos blancos resaltaban sobre el panel.

—¡Eh!, ángel —exclamó haciendo presión, al azar, sobre las secciones—, ¿no le parece esto sospechosamente parecido a un teclado? —y Troy empezó a empujar teclas. Carol se unió a él, era como un juego. Ambos permanecieron ante el panel durante un minuto, apoyando los dedos en cada sección marcada, y empujando con fuerza.

Inesperadamente, Carol se apartó del panel, dio media vuelta y empezó a andar en dirección al otro lado.

—¿Adónde va? —le gritó Troy, y cuando ella se volvió para contestarle, tropezó con su equipo de buceo, que había dejado en el suelo.

—Se me ha ocurrido una idea loca. Llámalo intuición femenina, o intuición psíquica, como quieras —había llegado al panel donde habían peleado con la manecilla. Ahora la movió con toda facilidad e inmediatamente oyó un crujido. Saltó hacia atrás, sobresaltada, al ver como todo el panel se plegaba y se apartaba, dejando al descubierto una abertura lo bastante amplia como para que pudiera pasar un camión. Troy acudió a su lado y ambos contemplaron el vacío.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Se supone que debemos entrar ahí?

—Estoy segura de que sí.

Troy se la quedó mirando con una extraña expresión:

—¿Y por qué lo cree así?

—Porque es el único camino de salida.

Troy echó una última mirada a la extraña estancia de paredes curvas y coloreadas, había una lógica indiscutible en la respuesta de Carol. Respiró hondamente, agarró su mano y entraron en el negro túnel.

Detrás de ellos apenas se veía el pequeño resplandor de la estancia donde habían abandonado su equipo: caminaban despacio, cautelosamente dentro de aquel camino negro. Troy tenía una mano apoyada en la pared y con la otra sujetaba fuertemente la de Carol. El sonido de su respiración jadeante, aumentada por el miedo y la aprensión constantes, resonaba en las paredes también curvadas. No hablaban. Por dos veces Troy empezó a cantar unas líneas de una canción popular, y en ambas ocasiones ella le hizo callar, quería poder oír en caso de que hubiera otros ruidos. En un momento dado apretó su mano con fuerza y se detuvo.

—Escucha —le dijo en un murmullo. Troy dejó de respirar, el silencio era absoluto excepto por algo tan suave y tan lejano que no era fácil de identificar—. Música, creo oír música.

Troy se esforzó en identificar lo que apenas oía. Fue inútil. Tiró de la mano de Carol, diciéndole:

—Probablemente está dentro de tu cabeza, vámonos.

Habían pasado un recodo y la luz, detrás de ellos, había desaparecido. En total llevaban unos diez minutos en el túnel y Carol empezó a sentir desánimo:

—¿Y si esto no lleva a ninguna parte? —le preguntó.

—Eso no tiene sentido —se apresuró a contestarle—. Alguien lo hizo con algún propósito, está claro que es un corredor que conecta algo.

Se calló.

—¿Quién lo construyó? —Carol había formulado la pregunta que les torturaba a los dos durante el largo y tenso camino por el oscuro túnel.

—Otra buena pregunta —dijo él. Titubeó un minuto antes de continuar—. Supongo que la Marina de los Estados Unidos. Creo que nos encontramos en algún tipo de laboratorio submarino de máximo secreto, del que nadie está enterado —*claro que, pensó y no lo dijo en voz alta por no turbar a Carol, también podría ser ruso, en cuyo caso estamos metidos hasta el cuello en complicaciones. Si los rusos tienen un laboratorio secreto tan cerca de Cayo West, no van a sentirse felices...*

—Mira, Troy —dijo Carol excitada—, veo una luz. Después de todo debe haber alguien aquí.

El túnel se bifurcaba y al final de una de las dos ramas, la que estaba más a la izquierda, podía verse claramente una mancha de luz. Sin soltarse de las manos, Carol y Troy caminaron rápidamente hacia la luz. Troy se dio cuenta de que el corazón le latía de prisa.

Carol entró casi corriendo en la nueva habitación. Había esperado que pronto les encontrarían, que esta misteriosa aventura terminaría y que todo quedaría explicado. En cambio, cuando miró el pequeño cuarto oval con los mismos extraños paneles como paredes (excepto que éstos eran marrón y blancos en lugar de azul y rojos, como en la otra habitación) experimentó una tremenda confusión.

—¿Qué es esto? —preguntó a Troy—. ¿Y cómo vamos a salir?

Troy estaba en el centro del cuarto con la cabeza echada atrás lo más que podía. Contemplaba un inmenso techo abovedado a unos nueve metros por encima de ellos.

—¡Uau! —exclamó— ¡qué enorme es esto! —La apagada iluminación venía de unas piezas de material translúcido, posiblemente cristales, incrustados en el techo.

Los paneles marrón y blanco que formaban las paredes de aquel cuarto tenían sólo tres metros de altura, pero eran lo bastante altos para evitar que Carol y Troy vieran por encima. Experimentaban una extraña sensación de libertad y confinamiento a la vez. Por una parte, primero el túnel y después esta pequeña habitación del tamaño de un cuarto de niños en una casa no muy grande, les había hecho sentir claustrofobia; sin embargo, la sensación de espacio proporcionado por aquel techo de catedral, era ahora liberadora.

—¿Qué? —preguntó Carol con cierta impaciencia después de esperar a que Troy

recorriera y estudiara la habitación. Estaba viendo que los paneles marrón y blanco eran sólo ligeramente curvados y por tanto más parecidos a paredes normales que los de la primera habitación.

—Lo siento, ángel. Se me ha olvidado la pregunta.

Carol movió la cabeza.

—Sólo hay una pregunta, Mr. Jefferson. Creo que tú me hiciste la misma en nuestra última parada —miró el reloj—. Dentro de quince minutos, habremos pasado el tiempo máximo para nuestra provisión de aire. A menos que esté muy equivocada, nuestro amigo Nick estará ya empezando a preocuparse, y aún no tenemos la menor idea... ¿Qué estás haciendo?

Se interrumpió al ver a Troy inclinado, tirando de un pequeño pomo en uno de los paneles marrones, en la esquina del cuarto.

—Son cajones, ángel —anunció al sacar la parte baja del panel unos cuantos centímetros—. Como una cómoda —abrió un segundo cajón encima del primero—, y tienen algo dentro.

Carol se acercó a mirar. Metió la mano en el segundo cajón y sacó una esfera de color pardo, del tamaño aproximado de una pelota de tenis. La superficie de la pelota era muy curiosa, en lugar de ser suave y regular tenía estrías, sobre todo en un lado, y pequeños bultos, como los que se ven en la superficie de un pepinillo, alrededor y junto a las estrías. En otras partes había también mellas mal definidas. Carol examinó la esfera a la escasa luz:

—Ya lo tengo —anunció satisfecha de haber recordado—, esto se parece al modelo de Marte del Museo Nacional del Aire y del Espacio.

—Entonces yo tengo la Tierra —dijo Troy mostrando una esfera azul del tamaño de una pelota, que había sacado del último cajón. Ambos, juntos a la escasa luz,, contemplaban las esferas que sostenían en sus manos.

—¡Mierda! —gritó Troy, volviéndose y mirando al techo—. ¡Y doble mierda! Quienquiera que seáis, ya basta. Salid e identificaros.

Un eco parcial de su voz llegó hasta ellos, pero por lo demás no oyeron nada. Ansiosa por hacer algo, Carol continuó registrando la habitación. Encontró otro grupo de tres cajones en un cercano panel marrón. Mientras tiraba del primero, Troy lanzó, jugando, su pelota azul contra lo que parecía ser una salida, una abertura oscura entre paneles, al otro lado del cuarto. La esfera golpeó el panel blanco cerca de la salida con un golpe sordo y empezó a caer hacia el suelo. Sin embargo, justo antes de llegar a él, la esfera se elevó, como si alguien la levantara desde arriba y se paró en el centro de la habitación a un metro y medio de altura. Allí empezó a girar.

A Troy se le abrieron los ojos, se acercó a la esfera y pasó la mano entre la esfera y el techo, buscando hilos, pero no había nada. La esfera Tierra continuó girando lentamente y describiendo un círculo en el aire, en mitad de la habitación. Troy la

empujó ligeramente, respondió al empujón, pero una vez agotaba aquella fuerza, la esfera volvió a su lugar anterior y continuó su movimiento. Troy se volvió, Carol le daba la espalda y buscaba sin éxito en los demás cajones. Marte seguía en su mano izquierda.

—¡Eh!, Carol —le dijo a media voz—, ¿le importaría acercarse un momento?

—Voy —contestó sin mirar—. ¡Jesús!, Troy, estos cajones están llenos de todo tipo... —se había vuelto y ahora veía la Tierra flotando en el aire cerca del centro de la habitación. Frunció el ceño—. Curioso, realmente curioso. No sabía que también fueras un mago —su voz se apagó cuando vio la expresión perpleja de Troy y se acercó a él para mirar desde más cerca.

Los dos permanecieron silenciosos unos diez segundos, contemplando como la pelota azul giraba en el aire. A continuación, Troy cogió la esfera Marte de la mano de Carol y la tiró hacia el techo. Subió, describió un arco y bajó normalmente hasta que llegó casi al suelo. Entonces, al igual que la esfera azul un momento antes, puso en práctica su propio sistema de dirección y movimiento, se quedó flotando a un metro y medio por encima del suelo, empezó a girar lentamente y se quedó en el aire junto a la esfera azul que representaba la Tierra.

Carol cogió la mano de Troy, se estremeció pero se recobró.

—Hay algo en todo esto que me pone la carne de gallina. Creo que encontraría más normal que una oruga me preguntara. «¿Quién es usted?». Por lo menos en ese caso sabría con qué me enfrento.

Troy se volvió y la llevó de nuevo junto a los cajones medio abiertos. Empezó a contarle una historia:

—Una vez tropecé con un viejo barbudo cuando hacía autoestop. Conducía una vieja camioneta y fumaba un porro —entre tanto iba sacando del cajón una pelota de baloncesto cubierta de fajas latitudinales y bandas de tonos rojos y anaranjados. Sin darle importancia lanzó a Júpiter por encima del hombro, con ambas manos. Carol miraba fascinada cómo se reunía con las otras dos esferas girando en órbita alrededor de un foco vacío en medio de la habitación.

—Al principio hablamos un poco —siguió Troy—. Me hacía preguntas y yo se las empezaba a contestar, pero después de dos o tres frases me interrumpía diciendo: «No sabes nada, hombre». Y ésta era su respuesta a todo.

Troy fue vaciando metódicamente los seis cajones mientras seguía con su historia. Tiraba todo lo que encontraba al centro del cuarto. Observó algunos de los cuerpos, casualmente, como si viera algo que ocurría todos los días. Cada una de las nuevas esferas repitió el esquema anterior. Un sistema solar casi completo y en función se estaba formando a un metro y medio del suelo.

—Al final me cansé de su juego y me callé. Recorrimos varias millas en silencio. Era una noche clara, preciosa, y él sacaba continuamente la cabeza por la ventana

para mirar las estrellas. Una vez, cuando volvió a meter la cabeza dentro, encendió otro porro y me lo tendió, señalando las estrellas. «*Ellas* sí saben, hombre, *ellas saben*», me dijo. Pasadas otras millas, cuando bajé de la camioneta, se inclinó hacia mí y pude ver la locura en sus ojos. «Recuerda, hombre», musitó «no sabes nada, pero *ellas* sí saben».

Cuando Troy terminó la historia, Carol se le acercó y sacó dos puñados de pequeños fragmentos del último cajón. Eran un poco pegajosos al tacto, se los arrancó de las manos y volaron milagrosamente alrededor del cuarto agregándose al sistema de anillos de Saturno y Urano. Miró a Troy espantada.

—¿Tiene algún sentido tu extraña historia? —le preguntó—. Debo confesar que me asombra la tranquilidad con que tomas toda esta maldita situación. Por mi parte estoy a punto de enloquecer completamente.

Troy señaló los planetas en miniatura que flotaban en el aire.

—Lo que estamos viendo no tiene explicación en palabras de nuestra experiencia. O hemos muerto juntos, o hemos sido enviados a una nueva dimensión, o alguien está jugando con nuestras mentes —sonrió a Carol—. Si quiere que le sea sincero, ángel, estoy cagado de miedo. Pero como aquel viejo hippy, me voy diciendo, *ellos* saben. Y en cierto modo me consuelo.

Oyeron un suave deslizarse y un haz de luz brillante se metió en el cuarto por una abertura que se estaba formando entre dos paneles, uno marrón y otro blanco, a la derecha de la salida. Carol retrocedió automáticamente y por un instante se cubrió los ojos con las manos. Troy también retrocedió al principio, pero después se protegió los ojos con las manos para poder observar. Los paneles siguieron deslizándose hasta dejar una abertura de medio metro de ancho y la habitación empezó a llenarse de luz. Troy vio una gran pelota iluminada pasando despacio por la abertura.

—Aquí viene el Sol... tararí-tararí-tarará... Aquí viene el Sol —cantó impresionada—. Y yo digo... está bien... —tarareó unas palabras más de la canción y Carol abrió los ojos.

—¡Jesús! —exclamó. La gran esfera, del tamaño de una gigantesca pelota de playa, se elevó hasta su lugar adecuado entre las esferas y su radiación llenó la estancia de luz. Los planetas, girando en órbita, reflejaban la luz en los lados que daban al Sol. Carol estaba transfigurada, lágrimas silenciosas resbalaban por su rostro, no podía ni hablar ni moverse. Estaba completamente anonadada.

También Troy estaba asustado, pero no tanto como para desbaratar su capacidad de actuar. No obstante, un momento, después vio algo en la salida que le aterrorizó. Su corazón le dio un vuelco y se le desbordó mientras parpadeaba y miraba, tratando de asegurarse de que su mente no estaba haciéndole jugarretas, a causa de la brillante luz del sol. Instintivamente se volvió dispuesto a proteger a Carol y ocultarle lo que acababa de ver.



—No mire ahora —murmuró—, pero tenemos visita.

—¿Qué? —dijo Carol aún confusa y estupefacta.

Troy la cogió entre sus brazos y juntos se movieron unos pasos hacia la derecha, miró por encima del hombro y volvió a ver la cosa.

—Junto a la salida —confesó al fin, volviéndose, incapaz de disimular su pánico.

Los ojos de Carol indicaron que habían descubierto la fuente del terror de Troy. No tenía idea de lo que podía ser, pero sí vio que era enorme, claramente amenazador, y absolutamente diferente de todo lo que jamás hubiera visto o imaginado. Aquello también entraba en la habitación. Oyó los gritos insistentes, incoherentes de Troy pero no entendió su significado, miró otra vez a la cosa y su mente se heló. Abrió la boca para gritar y al principio no salió nada. Cayó de rodillas sobre el suelo, creyó oír gritos, pero le parecieron lejanos, muy lejanos. Su cerebro le enviaba un mensaje que decía «estás gritando», pero por alguna razón le parecía imposible. Tenía que ser alguien más.

La cosa venía hacia ella. El cuerpo principal tenía unos dos metros de altura en aquel momento, pero continuamente cambiaba de forma y de tamaño al moverse ondulante a través del cuarto. Fuera lo que fuera, Troy y Carol podían ver su interior e incluso a través de partes de su estructura. Una membrana envolvente, transparente, externa, estaba liada alrededor de un algo permanentemente móvil hecho de una materia clara y fluida que subía y bajaba en cada movimiento. La cosa se movía como una amiba, era materia que iba sencillamente en la dirección prevista, pero con sorprendente rapidez. Unos puntitos negros repartidos detrás de todas sus superficies exteriores, saltando en todas direcciones, revisaban aparentemente las continuas reconfiguraciones que le daban movimiento. Una media docena de trozos de una materia gris opaca, objetos de medio metro cuadrado o así, estaban también incrustados en el centro primario de su cuerpo.

Pero lo terrorífico de la cosa no era el cuerpo en sí. Saliendo de su parte superior había un conjunto espantoso de apéndices, alrededor de una docena, de forma larga y fina que parecían estar sujetos al cuerpo, como objetos punzantes en un acerico. Parecía como si la estructura grande y clara tipo amiba fuera un sistema de transporte versátil que pudiera llevarlo virtualmente todo, y que la responsabilidad de la carga, por lo menos para este uso, fuera esa familia de varas constantemente activas, todas las cuales eran amenazadoras, porque sus terminaciones efectuentes parecían agujas, manos, cepillos, dientes e incluso espadas y pistolas. Mentalmente, Carol se sentía atacada por un tanque blindado y pesado que podía cambiar de tamaño en un momento y avanzar en cualquier dirección sobre raíles invisibles.

Troy se hizo a un lado, tratando de calmar su miedo y recobrar el aliento, al ver que la cosa iba directamente hacia Carol. Su brazo más largo, un aparato de plástico rojizo que se separó en dos púas cortas a medio metro de distancia del cuerpo, se

extendió súbitamente hacia fuera, un metro más, y se detuvo a quince centímetros de los ojos de Carol. Ella gritó y empujó con fuerza, para apartarlo, pero aquello volvía siempre a la posición inicial. Troy cogió la pelota Júpiter y con todas sus fuerzas lanzó la esfera al centro de la cosa. La masa uniforme cayó por el impacto e inmediatamente recogió sus extendidos apéndices. Pero, al instante, la cosa se reconfiguró y ajustó su masa para dejar que la esfera la atravesara por completo. Antes de que llegara al suelo del otro lado, Júpiter se elevó en el aire y volvió a ocupar su posición en la maqueta de sistema solar.

Pero ahora la cosa había dejado por lo menos de avanzar hacia Carol, había quedado sentada en medio del cuarto y sus apéndices se agitaban violentamente en todas direcciones. Parecía estar tomando una decisión. Troy, valientemente, agarró una de aquellas varas con un extremo parecido a un cepillo, y trató de arrancarlo de la estructura principal. Instantáneamente una materia clara fluyó de la articulación en que aquel apéndice estaba ubicado, reforzando así su conexión. Pero la acción de Troy causó decididamente un cambio en el esquema. La cosa fue tras él. Con sumo cuidado, asegurándose de que le seguiría y vigilando a la vez otra rápida extensión del apéndice rojo con las dos púas, Troy anduvo hacia la salida. Al ver que la cosa continuaba avanzando hacia él, indicó a Carol que retrocediera, luego fue hacia la puerta, tropezando ligeramente con un apéndice extendido en su camino.

No vaciló. Con asombrosa celeridad la cosa se encogió y se acható. Una cantidad máxima de superficie expuesta estaba ahora en el suelo y podía moverse con más rapidez y eficacia. El grupo de apéndices desplegados estaba replegado en una especie de configuración compacta en movimiento. La cosa salió disparada por la puerta...

Carol se quedó sola, de rodillas en el suelo. La maqueta del sistema solar seguía encima de ella, hacia la derecha. Por un minuto permaneció inmóvil, se limitaba a mirar distraída el giro de los planetas y aguzó el oído para oír los pasos de Troy a distancia. Al final, hubo un largo período de silencio y Carol se levantó, dio unos pasos despacio, asegurándose de que estaba bien, y después se acercó a la abertura de salida entre los dos paneles. La abertura daba a un corredor que se abría en ambas direcciones.

Troy había cogido la de la derecha cuando salió del cuarto. Recordando su cámara, Carol volvió atrás para tomar unas fotografías de los planetas suspendidos, y después siguió el camino de Troy, tomando también el corredor de la derecha. Anduvo despacio por el túnel negro, volviéndose con frecuencia para localizar la luz que salía de la habitación que acababa de abandonar. Ahora había un techo bajo sobre su cabeza. El siguiente vestíbulo se dividía también en dos corredores y ambas direcciones estaban a oscuras. De nuevo le pareció oír música, pero no podía ni imaginar o identificar de donde procedía.

Esta vez eligió el camino de la izquierda. Pronto se estrechó y pareció dar un rodeo para volver al lugar de donde venía. Ya se disponía a retroceder cuando oyó claramente dos ruidos, algo parecido a un golpe, seguido de algo que parecía raspar, frente a ella, hacía la derecha. Respirando despacio y esforzándose por dominar su miedo, Carol avanzó en la oscuridad. A una distancia de seis metros encontró una puerta baja que se abría a la derecha, se inclinó un poco y miró. En la penumbra distinguía en otra habitación pequeñas formas inusitadas y estructuras con las paredes hechas con los ahora familiares paneles curvos y coloreados. Pasó la puerta agachada y se enderezó.

Suaves luces situadas en algunos de los paneles se encendieron tan pronto los pies de Carol tocaron el suelo del cuartito. Su llegada también provocó unas notas en un instrumento musical. Parecía un órgano y estaba aparentemente lejos, en otra parte del área de la catedral rodeada por el inmenso techo abovedado, que volvía a estar sobre su cabeza. Se detuvo sorprendida y permaneció unos segundos inmóvil. Después, siempre sin moverse, Carol estudió cuidadosamente su nuevo entorno.

En esta estancia las paredes eran brillantes y extremadamente curvas, alternándose el oro y el púrpura. Además de Carol había en la habitación tres objetos de uso desconocido. Uno parecía una mesa escritorio, el segundo un largo y bajo banco, ancho en un extremo y puntiaguado en el otro, y el tercero parecía un poste telefónico muy alto cuya cima y base estaban conectadas por dieciséis cordeles tirantes sobre una anilla ancha, colocada a un tercio de la base del poste.

Carol podía pasar por entre los cordeles. La anilla hecha de un material metálico dorado, estaba a medio metro sobre su cabeza, casi al mismo nivel que la parte alta de los paneles. Tocó uno de los hilos y lo sintió vibrar. El sonido era bajo y apagado. Se apartó del hilo y trató de tirar de él. Sonó una nota, preciosa, como de arpa. Carol se dio cuenta de que se encontraba dentro de un instrumento musical; pero ¿cómo tocarlo? Pasó unos minutos deambulando por la estancia, tratando, sin éxito, de encontrar el equivalente a un arco. Sabía que sería imposible tocar el arpa si tenía que correr alrededor de ella y tirar por sí sola de cada cuerda individual.

Se acercó a la mesa escritorio. En seguida comprendió que también era un instrumento musical, parecía más prometedor. Había depresiones en la mesa, sesenta y cuatro en total, colocadas en ocho hileras y ocho columnas. Apretando, cada tecla producía un sonido diferente. Aunque Carol, había estudiado cinco cursos de piano de pequeña, le resultaba difícil, al principio, tocar siquiera *Noche de Paz* en aquel extraño escritorio. Tenía que relacionar los sonidos, pulsando las teclas individuales, con las notas y acordes que recordaba de su infancia. Mientras se auto-instruía en el manejo de aquel instrumento, se detenía con frecuencia para escuchar el sonido delicado y cristalino que emitía. Le recordó un xilófono.

Carol se quedó varios minutos junto a la mesa. Eventualmente llegó a completar

una estrofa de *Noche de Paz* sin cometer un solo error. Sonrió, satisfecha de sí misma, y se relajó momentáneamente. Durante este intervalo de tiempo el gran órgano que había oído fugazmente a distancia cuando entró en la habitación, y que ahora creía poder situar en la parte alta del área de la catedral empezó, inesperadamente, a tocar. Carol sintió carne de gallina en los brazos, en parte por la belleza de la música y en parte porque le recordaba en qué extraño mundo había penetrado. *¿Qué está tocando el órgano?*, se preguntó, *parece una obertura*. Escuchó unos segundos. *Pero si... ¡es una introducción a Noche de Paz! Es muy creativa*.

Al órgano se unieron otros sonidos, todos ellos emanando de alguna parte del techo. Todos los instrumentos tocaban juntos una versión compleja de la *Noche de Paz* que Carol había esbozado con dificultad, unos segundos antes, pulsando la mesa. La bellísima música se propagó por la catedral. Carol levantó la vista y luego cerró los ojos girando sobre sí misma en una pequeña danza. Cuando volvió a abrirlos, delante de cada uno de ellos había un pequeño instrumento óptico a menos de dos centímetros de distancia. Carol se quedó helada de miedo.

La cosa se había acercado silenciosamente por detrás de ella mientras tocaba en la mesa, y había esperado pacientemente, mientras desplegaba sus apéndices, a que ella se volviera. Ahora tenía aproximadamente su misma altura y la parte más cercana de su cuerpo translúcido estaba a un brazo de distancia de Carol. Ésta permanecía inmóvil, sin casi atreverse a respirar, y entonces los apéndices se adelantaron para tocarla. Un pequeño instrumento rascó algo de piel de su hombro desnudo. La espada le cortó un mechón de pelo. Una cuerdecita sujeta a uno de los largos apéndices le rodeó la muñeca. Un grupo de cerdas del tamaño de la cabeza de un cepillo de dientes pasó por encima de su pecho, rozándole los pezones a través del bañador, y cruzando por encima de la correa de la cámara que llevaba colgada del cuello. Experimentaba tantas sensaciones a la vez que había perdido cuenta de todos los estímulos. Cerró los ojos y trató de concentrarse en otra cosa. Sintió que una aguja pinchaba su frente.

Todo acabó en seguida, duró menos de un minuto. La cosa replegó sus apéndices, retrocedió un par de pasos y se quedó allí, observándola a distancia. Carol esperó. Pasaron otros veinte segundos y los apéndices quedaron guardados igual que cuando la cosa había salido persiguiendo a Troy. Y salió de la estancia.

Carol prestó atención. Todo volvía a estar silencioso, se apartó de la mesa escritorio y se esforzó por poner orden en sus ideas. Pasado un minuto, los paneles púrpura y oro de la pared empezaron a moverse por sí solos. Se doblaron sobre sí mismos y formaron pequeños montones, luego, los corredores que rodeaban la sala de música se desplomaron y organizaron automáticamente sus pequeños montones de piezas. Carol se encontró en una inmensa sala bajo el techo catedralicio. A distancia, su antagonista de los apéndices traspuso una puerta lateral, a veinticinco metros de distancia, y desapareció rápidamente de su vista.

Miró a su alrededor, no había rastro de Troy. Las paredes eran de un color blanco cremoso algo desvaído, después de los paneles de color de las anteriores habitaciones. Había dos puertas, una frente a la otra, en el centro. Excepto por los instrumentos musicales que ahora parecían fuera de lugar amontonados en un extremo de la inmensa sala, el único objeto que pudo ver fue una pequeña alfombra adosada a la pared de la izquierda. Frente a ella en la pared opuesta, muy distante, había lo que parecía ser un gran ventanal que daba al océano. Incluso a distancia, podía ver e identificar algunos de los peces que nadaban cerca.

Al principio, Carol se dirigió hacia la ventana y cuando se encontraba a mitad de camino y al nivel de las puertas, se paró unos segundos para fotografiar aquella plácida habitación. Curiosamente, la alfombra no se encontraba donde recordaba haberla visto, por alguna razón se había movido mientras ella caminaba. Se acercó despacio a la alfombra. Sus fantásticas experiencias desde que ella y Troy habían sido aspirados fuera del océano habían hecho a Carol comprensiblemente cauta. Cuando estuvo más cerca, vio que aquel objeto plano que estaba en el suelo, no era precisamente una alfombra. Desde arriba parecía un complicado diseño interior, como una red compleja hecha de sofisticados chips electrónicos. En la superficie se veían extraños espirales y dibujos geométricos; no tenían significado específico para Carol pero le recordaban los diseños fractales que el doctor Dale le había mostrado una noche en su apartamento. Las simetrías del objeto eran claramente aparentes, en realidad, cada uno de los cuatro cuadrantes de la alfombra era idéntico a los otros.

Medía unos dos metros de largo, metro y medio de ancho y cinco centímetros de grueso. El color dominante era gris pizarra, aunque había otros colores significativos. Algunos de los mayores componentes debían tener un código de colores siguiendo un plan maestro.

Carol pudo identificar en el diseño grupos de elementos similares en rojo amarillo, azul y blanco. La armonía total de colores era sorprendente, dando a entender que los diseñadores habían hecho algún esfuerzo por incluir consideraciones estéticas.

Carol dobló las rodillas junto a la alfombra y la estudió más minuciosamente. Su superficie era compacta, cuanto más cerca miraba, más detalles encontraba. *Extraordinaria*, se dijo, *¿Pero qué demonios es? ¿Y cómo se ha movido? ¿O es posible que lo haya imaginado?* Pasó la mano por su superficie y notó un suave cosquilleo, como una ligera sacudida eléctrica. La cogió por debajo del borde y alzó un poco. Pesaba mucho y retiró la mano.

Su deseo de escapar de aquel extraño mundo dominaba ahora su curiosidad. Carol fotografió la alfombra desde arriba y empezó a alejarse en dirección a la ventana, pero después de unos pasos se volvió rápidamente a la izquierda para mirar otra vez la alfombra. Había vuelto a moverse y estaba ahora a su mismo nivel. Carol siguió

andando hacia la ventana, sin dejar de vigilar la alfombra por el rabillo del rojo. Cuando hubo caminado otros diez pasos, su visión periférica la vio arquearse por el centro, tirando de la parte trasera de su cuerpo hacia delante. Medio segundo después, la parte delantera de la alfombra saltó hacia delante otra vez y el centro volvió a quedar plano sobre el suelo. Esta maniobra se repitió seis u ocho veces en rápida sucesión mientras la alfombra lograba alcanzar a Carol.

Pese a su situación, Carol se echó a reír. Se sentía todavía tensa y llena de adrenalina, pero había algo decididamente humorístico en una alfombra multicolor que podía arrastrarse como un gusano.

—¡Ah! —dijo Carol en voz alta—. Te he cazado. Ahora me debes una explicación.

Por supuesto no esperaba una respuesta a su comentario. No obstante, tras una breve espera, el comportamiento de la alfombra varió. Primero empezó a generar pequeñas pulsaciones en su superficie, con cuatro o cinco ondulaciones de delante a atrás. Después de invertir vivamente la dirección del movimiento de las ondulaciones varias veces, el truco siguiente de la alfombra fue fijar la parte delantera en el suelo como si unos puntos de succión la mantuvieran sujeta, y alzar el resto completamente fuera del suelo. De este modo medía dos metros de altura. Parecía estar mirando a Carol.

Estupefacta, ésta dijo en voz alta «Me lo he buscado», pero aún estaba divertida por las locuras de la alfombra. Ahora le pareció que le indicaba que fuera a la ventana. *Me he vuelto loca*, pensó. *Completamente loca. Troy tenía razón, tal vez estemos muertos*. La alfombra se arqueó sobre el suelo y empezó a deslizarse hacia la ventana, dando saltos como un juguete mecánico. Carol la siguió. *Esto es una locura*, pensó al observar que la alfombra traspasaba la ventana y caía en el océano. *¡Y Alicia creía estar en el país de las maravillas!*

La alfombra jugaba en el agua, esquivando los peces que pasaban nadando en bandadas, y molestando a un erizo de mar agarrado al arrecife. Por fin volvió a la habitación y se irguió. Un poco de agua cayó al suelo cuando la alfombra inició una serie simultánea de ondulaciones, latitudinales y longitudinales, que hicieron desprenderse los residuos de líquido de su superficie. Entonces se enfrentó con Carol y le indicó con toda claridad que saltara por la ventana al océano.

—Mira, estúpido aplanado —dijo riendo interiormente al tratar de imaginar qué podría decirle. *Ahora sé que estoy loca*, pensó fugazmente. *Aquí estoy hablando con una alfombra, lo siguiente será que me conteste* y continuó—, reconozco que estás tratando de hacerme pasar al mar, pero hay ciertas cosas que tú no...

La alfombra interrumpió la conversación volviendo a saltar al mar a través de la ventana, hizo un par de movimientos y volvió a entrar en la habitación junto a Carol. Por segunda vez se sacudió y se irguió rígida, como antes, como si le dijera: «¿Ves?,

es fácil».

—Como te decía —volvió a empezar Carol—, puede que haya enloquecido, pero estoy dispuesta a creer que puedo atravesar la ventana de forma mágica. Mi problema es que ahí fuera hay agua y no puedo respirar en el agua. Sin mi equipo de buceo, que he dejado en alguna parte de este laberinto, moriré.

La alfombra no se movió. Carol repitió su declaración, sirviéndose de complicados gestos para afirmar sus palabras. Después se calló. Pasada una corta espera, la alfombra empezó a moverse activamente, se acercó a ella, y cuidadosa y asombrosamente se estiró en todas direcciones hasta alcanzar el doble de su tamaño original. Carol no estaba demasiado sorprendida, en este momento ya era incapaz de volver a asombrarse por nada, ni siquiera por una alfombra elástica que unió sus dos extremos, sobre su cabeza, para formar un cono.

Carol retrocedió unos pasos, apartándose de la ahora alfombra gigante.

—¡Ah, ya! Creo que te comprendo, va a formar una bolsa de aire para mí a fin de que pueda respirar —reflexionó un instante, quieta y por fin dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué no?, no es mucho más extraño que todo lo que nos ha ocurrido.

Con la alfombra alzada sobre y alrededor de la cabeza, Carol cerró los ojos y caminó directamente hacia la ventana. Respiró hondo al notar un contacto plástico, suave, en diferentes partes de su cuerpo. Al instante, el agua la rodeó por todas partes excepto por la pequeña bolsa de aire que la protegía, de cuello para arriba. Resultaba difícil para Carol conservar su disciplina de buceo, pero logró mantener nivelada la presión cada dos o tres metros durante la ascensión. Respiró profundamente una última vez y salió a la superficie. La alfombra se desprendió en el último metro, antes de salir del agua.

El *Florida Queen* estaba a unos cincuenta metros de distancia.

—¡Nick! —gritó todo lo fuerte que pudo—. ¡Nick!, por aquí —nadó furiosamente hacia el barco. Una ola rompió sobre su cabeza, volvía a ver el barco, podía distinguir una figura de perfil que miraba por la borda.

—¡Nick! —volvió a gritar Carol cuando hubo recobrado fuerzas. Esta vez la oyó y se volvió. Carol agitó los brazos.

Nick había seguido a Carol y Troy en el monitor después de que iniciaran su descenso, cuando estaban todavía debajo del barco buscando la fisura. Pero se había cansado pronto de mirarles nadar en círculos y había vuelto a la tumbona a leer su novela. Después se había acercado varias veces a la pantalla para buscarles y no había visto nada; Carol y Troy ya se habían ido a investigar el área, bajo el saliente.

Había comprobado el monitor otra vez, cuando terminó de leer *Madame Bovary*. Se había sorprendido un poco al descubrir que la fisura volvía a ser visible, claramente visible, debajo del *Florida Queen*. Asumió que debió estar en lo cierto al decir que seguramente era un caso de mala iluminación, puesto que con el sol directamente encima, el agujero en el arrecife le parecía más pequeño que dos días atrás. Entonces se había entretenido en el barco hasta que sonó su alarma de mano, indicando que a Troy y Carol les quedaban solamente cinco minutos más de oxígeno.

Se acercó a ver las imágenes tomadas por el telescopio oceánico y traspasadas a la pantalla. No había rastro de Carol y Troy debajo del barco. Nick empezó a sentir inquietud, *espero que presten atención*, se dijo. Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que les había perdido de vista y de que no les había visto explorar la fisura, que era su meta principal. Una extraña inquietud empezó a embargarle mientras veía correr el tiempo en el reloj.

*No hay más que una explicación*, pensó luchando contra las ideas negativas que inundaban su mente. *Se han ido hace mucho tiempo, así que deben haber encontrado algo muy interesante bajo el saliente, o en otra parte*. Por un instante, Nick imaginó que habían encontrado un gran tesoro, lleno de objetos que se parecían al extraño tridente que habían recuperado el jueves.

La segunda manecilla de su reloj corría desbocada, faltaba sólo un minuto para que se acabara el aire. Nick comprobó nervioso el monitor. Nada. El corazón le latía con fuerza. *Deben estar ya en rojo*, pensó. *Incluso si han conservado cuidadosamente el aire, deben estar en rojo*. Pensó por un segundo en un fallo de válvulas, pero recordó al instante que las había revisado personalmente cuando llegó al barco aquella mañana. *Además es improbable que ambas fallaran a la vez... deben estar en apuros*.

Transcurrió otro minuto y se dio cuenta de que no había previsto un plan para actuar en caso de que no apareciesen. Su mente repasó las opciones, podía seguir dos diferentes esquemas de acción; podía ponerse el equipo y salir en su busca a lo largo de la trinchera, entre la fisura y el saliente, o podía asumir que, en su exaltación, Carol y Troy se habían olvidado simplemente, de comprobar sus válvulas de oxígeno con regularidad, y como consecuencia habían tenido que subir dondequiera que estuvieran cuando les falló el aire.



*Si bajo en su busca, pensó, probablemente no llegaré a tiempo.* Se recriminó un momento por no haberse preparado para tal contingencia, le llevaría varios minutos vestirse y comprobar sus propios aparatos de buceo. *Basta ya. Debo suponer que están por aquí cerca, flotando en la superficie.* Echó de nuevo una rápida mirada a la pantalla y luego se acercó a la borda. Recorrió el océano con la mirada. Estaba un poco agitado ahora, no vio ninguna señal de ellos.

Nick puso el motor en marcha y levó anclas. Hizo un repaso mental de la situación general del saliente y empezó a moverse con el motor al mínimo. Desgraciadamente, no podía ver el monitor del telescopio desde el timón, y la marquesina bloqueaba su visión de lo que había detrás. Hacía ahora cinco minutos desde que el tiempo teórico de duración de su provisión de aire se había agotado.

*¡Maldita sea!*, pensó Nick, procurando aún que su cerebro no le pasara imágenes de desastre. *¿Cómo han podido ser tan descuidados? Ya sabía yo que no debía haberles dejado ir juntos.* Continuó castigándose y después se revolvió contra Carol. *Dejé que esa mujer me manejara, cuando les encuentre voy a decirle todo lo que pienso,* Nick viró a babor.

Creó oír una voz. Se precipitó a la borda, pero no tenía ni idea sobre de qué dirección procedía el grito que había oído. Después de unos segundos volvió a oírlo. Se giró y vio a una figura agitando la mano. Contestó y se volvió al timón para cambiar de rumbo. Del cajón de equipos sacó una cuerda resistente y la amarró a un puntal cercano a la escalerilla. Lanzó la cuerda a Carol cuando el barco estuvo cerca de ella, y paró el motor.

No le costó agarrar la cuerda. Mientras Nick la iba cobrando sus ojos buscaron a Troy por los alrededores pero no pudo verle. Carol había llegado a la escalerilla.

—Nunca podría creer... —empezó a decir tratando de recobrar el aliento al poner el pie en el primer travesaño.

—¿Dónde está Troy? —la interrumpió Nick, indicando el mar.

Carol subió un paso más, claramente se veía que estaba exhausta. Nick le cogió la mano cuando entró en el barco y se quedó de pie sobre sus piernas temblorosas.

—¿Dónde está Troy? —insistió de nuevo, mirando a Carol—. ¿Y qué ha ocurrido con todo su equipo?

Ella respiró hondo.

—No... no lo sé... no sé donde está Troy —tartamudeó—. Fuimos aspirados hacia abajo...

—¿Qué no lo *sabe*? —gritó Nick, mirando ahora como un loco la superficie del mar—. Se sumergen, vuelve sin el equipo y no sabe dónde está su compañero. ¿Qué clase...?

Una pequeña ola golpeó el barco. Carol había levantado la mano para protestar contra la diatriba de Nick, pero el movimiento del barco le hizo perder pie y cayó

fuertemente, de rodillas, gimiendo de dolor. Él seguía por encima de ella sin dejar de gritarle.

—¡Vaya, Doña Perfecta!, será mejor que encuentre rápidamente alguna respuesta. Si no hallamos pronto a Troy estará muerto. Y si está muerto será por su maldita culpa.

Carol se encogió instintivamente ante la ira del hombretón. Le dolían las rodillas, estaba exhausta y aquel hombre no dejaba de gritarle. De pronto sus emociones estallaron.

—¡Cállese! —le gritó—. ¡Cállese imbécil! Y apártese de mí —movía ambos brazos y golpeaba a Nick en las piernas y en la barriga—. No sabe usted nada —terminó después de respirar profundamente—. No sabe nada.

Dejó caer la cabeza entre sus manos y empezó a llorar. En aquel instante, un recuerdo largo tiempo enterrado afloró a su mente. Su hermano de cinco años sollozaba histéricamente, la atacaba con los puños. Levantó las manos para protegerse de él, que no dejaba de gritarle:

—Es culpa tuya, Carol, se ha ido por tu culpa —recordó también las lágrimas ardientes que caían de sus ojos—. No es verdad, Richie, no es verdad. No ha sido por mi culpa.

Desde el suelo del barco Carol miró a Nick a través de las lágrimas. Él se había apartado y parecía avergonzado. Ella se secó los ojos y respiró:

—No ha sido culpa mía —afirmó enfática y deliberadamente. Él le tendió la mano para ayudarla a levantarse y ella se la apartó de un manotazo. Murmuró:

—Lo siento.

Entretanto ella se levantó y continuó:

—Ahora si se calla y me escucha, le diré lo que ocurrió. El arrecife de debajo del barco no es ningún arrecife... ¡Oh, Dios mío...!, está aquí.

Nick vio una expresión consternada en el rostro, de Carol que señalaba detrás de él, al otro lado del barco. Se volvió para mirar y al principio no vio nada. Luego vio un objeto extraño y plano que parecía un trozo de alfombra y que se movía por el barco en dirección al monitor del telescopio. Arrugó la frente y se volvió a Carol con expresión perpleja.

Mientras ella había estado hablando, la alfombra se las había arreglado para encaramarse y dejarse caer en el barco. Cuando empezó a explicar lo ocurrido, la cosa estaba ya delante del monitor, contemplando las imágenes que el telescopio tomaba del fondo del mar, debajo del barco. No había tiempo para largas explicaciones.

—¿Qué puñeta...? —exclamó Nick y se acercó para agarrar al peculiar visitante pero cuando su mano estaba a unos centímetros de la alfombra, sintió una descarga eléctrica en los dedos—. ¡Ay! —dijo retrocediendo. Sacudió la mano y miró

asombrado, la alfombra continuaba delante de la pantalla.

Nick miró a Carol como si esperara alguna ayuda, pero para ella aquello resultaba divertido.

—*Esta* cosa es precisamente una de las razones de que la inmersión fuera extraña —explicó sin hacer ningún esfuerzo por prestarle ayuda—. Pero no creo que le haga daño. A mí probablemente me salvó la vida.

Nick agarró una pequeña red que colgaba de un lado de la cabina y se acercó despacito a la alfombra. Cuando estuvo cerca, la cosa pareció volverse a mirarle. Él se lanzó hacia delante con la red, pero la alfombra cambió de sitio y Nick perdió el equilibrio, cayendo contra el monitor con los brazos extendidos. Carol se rio recordando la primera vez que se vieron. La alfombra onduló hacia el sistema de datos del telescopio y se envolvió fuertemente alrededor del conjunto electrónico.

Desde el suelo Nick observó a la alfombra investigando el sistema de datos y movió la cabeza con incredulidad.

—¿Qué demonios es esa cosa? —gritó a Carol.

Ella se le acercó y le tendió la mano para ayudarlo. Era su forma de excusarse por su anterior enfado.

—No tengo la menor idea. Primero pensé que podía ser un robot de la Marina, muy sofisticado. Pero es demasiado avanzado, demasiado inteligente —señaló al cielo con su mano libre—. *Ellas* sí saben —dijo con una sonrisa.

El comentario le recordó a Troy, y se quedó serio. Caminó hacia la borda y contempló el océano. Nick estaba ahora de pie junto al monitor, a poca distancia del sistema de datos y de la alfombra. Parecía como si ésta se hubiera de algún modo introducido en la electrónica interior. Contempló fascinado unos momentos cómo enloquecían los diversos diagnósticos digitales del sistema de datos.

—¡Eh!, Carol —la llamó—. Venga y mire esto. Esta maldita cosa es de plástico o algo parecido.

Carol tardó en volverse y cuando lo hizo preguntó en voz baja, mirándole:

—Nick, ¿qué vamos a hacer respecto a Troy?

—Tan pronto como echemos de aquí al invasor —contestó Nick desde la cabina donde estaba buscando entre sus herramientas de cocina—, haremos un rastreo sistemático del área. Incluso podría zambullirme y ver si lo encuentro.

Nick encontró por fin un gran tenedor de cocina con el mango de plástico y se dispuso a arrancar a la alfombra del sistema de datos.

—Yo de usted, no lo haría —le advirtió Carol—. Se irá cuando termine.

Pero ya era demasiado tarde. Nick clavó el tenedor en la alfombra y empujó hacia arriba, donde estaban la mayor parte de piezas electrónicas. Hubo un chasquido y un pequeño destello azul partió el tenedor empujando a Nick hacia atrás. Las alarmas se dispararon, la lectura digital del sistema de datos se apagó, y el monitor del telescopio

oceánico comenzó a humear. La alfombra se dejó caer al suelo y empezó a hacer las pequeñas ondulaciones que había visto Carol en la habitación de la ventana sobre el mar. Un momento después, sonaron dos alarmas del sistema de navegación, indicando no sólo que la ubicación del barco estaba perdida, sino también que la memoria no volátil donde estaban guardados todos los parámetros que permitían la comunicación con el satélite, había sido borrada.

En medio del ruido y del humo, Nick estaba desconcertado y con una expresión perpleja. Se frotaba el brazo derecho, desde la muñeca al hombro.

—Lo tengo muerto —exclamó asombrado—. No siendo nada en el brazo.

La alfombra continuó con sus ondulaciones sobre cubierta mientras Carol cogía un cubo, se inclinaba sobre la borda para subir agua y bañaba el monitor. Nick no se había movido, seguía de pie, con expresión desesperada, pinchándose el brazo. Carol echó el resto del agua sobre él.

—¡Mierda! —exclamó retrocediendo involuntariamente— ¿por qué ha hecho esto?

—Porque tenemos que ir en busca de Troy —contestó acercándose a los controles del barco—. Y no podemos esperar todo el día. Olvídense de la maldita alfombra... y de su brazo. La vida de un hombre está en juego.

La propia Carol aumentó la velocidad del barco. Al hacerlo, la alfombra volvió a ponerse de pie, se retorció y fue hacia la borda. Nick intentó detenerla, pero en un abrir y cerrar de ojos estuvo fuera del barco y en el agua. Mientras Carol conducía el barco, Nick buscaba a Troy desde la borda del *Florida Queen*.

Una hora más tarde, ambos estuvieron de acuerdo en que no había razón para seguir buscando. Habían recorrido toda aquella zona del océano varias veces (con cuidado y cierta dificultad porque su sistema de navegación ya no funcionaba), y no habían encontrado rastro de Troy. Tras haberse convencido de que su brazo estaba bien, Nick se había puesto su equipo de buceo como último recurso y recorrido el camino desde la fisura del saliente. Y nada de Troy. Había sentido la tentación de investigar la fisura, pero la historia demencial de Carol parecía remotamente plausible y no le gustaba la idea de ser aspirado por un extraño laboratorio submarino. Además, sabía que si desaparecía, sería virtualmente imposible para ella llevar el barco de vuelta a Cayo West sin sistema de navegación activo.

Carol volvió a contar toda la historia de su inmersión mientras ella y Nick recorrían el área. Él estaba seguro de que embellecía liberalmente los detalles, pero no encontraba excesivos fallos en la historia. Después de todo, él mismo se había enfrentado con la alfombra a bordo del *Florida Queen*. Así que tuvo que reconocer, mentalmente, que Carol y Troy habían sufrido espeluznantes experiencias en un edificio submarino de cierto tipo, y que la tecnología con que se habían encontrado

era decididamente más avanzada que nada de lo que habían conocido anteriormente.

Pero se resistía a aceptar la jovial explicación de Carol de que el trío había tropezado con ciertos extraterrestres. A Nick no le parecía posible que el primer contacto se hubiera hecho bajo tales circunstancias mundanas. Aunque no le costó admitir que la alfombra era una maravilla de capacidad más allá de sus conocimientos, no se consideraba técnicamente preparado y por tanto no podía afirmar categóricamente que no hubiera sido creada por jefes humanos.

*En verdad*, se dijo Nick mientras recorría cuidadosamente el horizonte con sus prismáticos, en busca de referencias, antes de emprender el viaje de vuelta a Cayo West, *vaya engaño perfecto. Supongamos que los rusos, o nuestra propia Marina, quería despistarnos...* Se detuvo a medio pensar y comprendió que si tenía razón y su encuentro había sido con una creación humana, entonces podía ser que estuvieran aún en peligro. *Pero ¿por qué dejaron marchar a Carol? ¿Y por qué no confiscaron mi barco?* Reconoció una islita a distancia, que le sirvió para modificar la orientación del barco. Sacudió la cabeza, todo aquello le producía una gran confusión.

—¿No está de acuerdo conmigo en que hemos tropezado con unos extraterrestres? Carol se le había acercado y le molestaba con la pregunta.

—No lo sé —contestó despacio—. Es como dar un gran salto. Después de todo si hay una invasión de extraterrestres en aguas del golfo de México, debían de haber sido descubiertos antes. Los submarinos y otros barcos con equipos de sonar deben de cruzar esta región por lo menos dos veces al año —le dirigió una sonrisa—. Ha estado leyendo demasiada ciencia ficción.

—Por el contrario —respondió mirándole fijamente—, mi experiencia con alta tecnología es seguramente más extensa que la suya. He hecho una serie de trabajos con el Instituto Oceanográfico de Miami y he visto qué tipo de ingeniosos nuevos conceptos están siendo desarrollados. Y nada, absolutamente nada, se acerca a la alfombra o a la gran amiba. La probabilidad de que haya cierta explicación nofantástica, es pequeñísima... —calló un instante—. Además —prosiguió—, quizás el laboratorio lleva poco tiempo ahí, quizás fue recientemente terminado o incluso transportado.

Nick se había sentido herido cuando Carol empezó su comentario. *Ya vuelve a las andadas*, pensó. *¡Tan segura de sí! Tan decidida y competitiva, casi como un hombre.* Admitió para sus adentros que él también había protestado contra la autoridad. Y ciertamente tenía razón en un aspecto, había tenido mayor contacto con la alta tecnología que él. Decidió no discutir con ella, esta vez por lo menos.

Hubo una pausa momentánea en la conversación. Carol se estaba volviendo más sensible a la dinámica de su relación. Había podido observar que el rostro de Nick se había puesto rígido cuando le sugirió que sabía más de tecnología que él. *¡Oh, oh!*, le dijo su mente, *vamos, Carol. Sé un poco más considerada y ten más tacto.* Decidió

cambiar de tema.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al puerto? —en su excitación, el jueves, no se había fijado en la duración de su trayecto de regreso.

—Algo menos de dos horas —contestó Nick y se echó a reír—. A menos que me pierda. No he recorrido estas aguas con guía manual desde hace cinco años.

—¿Y qué vamos a decir al llegar?

—¿A quién... sobre qué? —preguntó Nick mirándola.

—Ya sabe. Sobre la inmersión, sobre Troy.

Se miraron. Nick rompió el silencio.

—Mi opinión sería no decir nada... hasta... hasta que sepamos algo con seguridad. Si Troy aparece no hay problema.

—Y si nunca aparece... —la voz de Carol se apagó— entonces, nosotros Mr. Williams, estaremos en un buen aprieto.

La gravedad de su situación estaba haciéndose patente por momentos.

—Pero ¿quién piensa que va a creer tan increíble historia? —murmuró Nick—. Incluso con sus fotografías, no hay una verdadera prueba que la corrobore. Hoy en día se pueden crear toda clase de fotografías en una computadora. ¿Recuerda aquel caso de asesinato, el año pasado en Miami, en que se presentó una fotografía como coartada y fue aceptada como evidencia oficial? Después, el procesador de datos apareció y descubrió la trampa. —Carol le escuchaba con atención—. Y quienquiera que montara el lugar, puede estar desmantelándolo ahora mismo. De lo contrario, ¿por qué dejaron que nos fuéramos? No, prefiero esperar un poco. Veinticuatro horas o así. Y vaya pensando en lo que vamos a hacer.

Carol movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, estoy de acuerdo, aunque no sea exactamente por las mismas razones.

Se daba cuenta de que seguía siendo una periodista y que su voz interior quería guardar la información para una declaración sensacional. Tenía la esperanza de que su ambición no se interpondría al tomar la decisión adecuada respecto a Troy. Con voz reflexiva observó:

—Pero Nick, ¿no cree que ponemos la vida de Troy en peligro si no avisamos a las autoridades?

—No —contestó a Nick inmediatamente—. Sospecho que si fueran a matarle, ya lo habrían hecho, o lo harían pronto.

Esta parte de la conversación parecía demasiado indiferente a Carol. Se acercó a la borda y volvió a contemplar el mar, pensó en Troy y en su loca aventura tras ser aspirados por la fisura. Él la había ayudado a no perder la cabeza, era indiscutible. Su humor y su ingenio habían evitado que se derrumbara. Y tal vez le había salvado la vida distrayendo la atención de aquella cosa.

*Era un hombre cordial, sensible, bajo su exterior bromista, pensó. Con*

*conocimiento. También parecía esconder mucho dolor en alguna parte. Por un momento quiso pensar que Troy estaba bien. Al fin y al cabo la había ayudado a escapar. Después se preguntó por qué no había vuelto a encontrarse con él allá abajo. Una sensación de duda se clavó en su mente y se estremeció. ¡Maldita sea! En realidad no sabemos nada de nada. Incertidumbre de nuevo. Odio la incertidumbre. Es injusto.*

Una profunda tristeza, una honda y turbadora sensación de pasado bullía en su interior. Se sentía desamparada, sin ningún posible control de la situación, los ojos se le llenaron de lágrimas. Nick se le había acercado sin decir nada, vio las lágrimas pero no hizo ningún comentario, se limitó a poner su mano sobre las de ella por un instante y luego la dejó.

—Troy estaba volviéndose un buen amigo —comenzó Carol disimulando lo que empezaba a sentir. De repente, la necesidad de compartir sus verdaderas emociones dominó sus habituales mecanismos de protección. Miró el agua—. Pero no es por eso por lo que estoy angustiada ahora. Llora por la incertidumbre, no puedo soportar no saber —Carol se secó las lágrimas.

Nick estaba silencioso, no comprendía del todo lo que ella le decía, pero percibía que algo especial iba a ocurrir entre ellos. El agua golpeaba blandamente los costados del barco.

—Me recuerda mi infancia —continuó a media voz—, después de que mi padre nos dejara. Yo seguía creyendo que volvería, los tres, Richie, mamá y yo, nos decíamos que sólo sería una separación temporal, que algún día traspasaría aquella puerta y nos diría «ya estoy aquí». Por la noche, en mi cama, escuchaba por si oía el coche en el camino.

Las lágrimas corrían ahora libremente, grandes lacrimones resbalando por sus mejillas, cayendo al océano.

—Cuando venía para llevarnos a cenar, o algún sábado, yo ayudaba a mamá a arreglarse, elegía su ropa y le cepillaba el cabello —Carol se ahogaba—. Después de recibirle en la puerta y abrazarle, le llevaba siempre junto a ella y le decía: «¿No está preciosa?».

»Esto me duró seis meses. Nunca sabía lo que iba a sentir de un día para otro, la incertidumbre me destrozaba, me enfermaba. Supliqué a mi padre que diera otra oportunidad a mi mamá. Richie incluso sugirió que comprara la casa vecina, si él y mamá no podían vivir juntos. Así, por lo menos, estaríamos cerca.

Carol sonrió con tristeza y suspiró.

—Entonces mi padre llevó a mamá a San Francisco a pasar el fin de semana. Yo estaba excitadísima. Durante treinta y seis horas mi corazón flotó, mi futuro estaba asegurado. Yo era la niña de diez años más feliz del valle de San Fernando, pero cuando el domingo por la noche volvieron a casa, mi madre estaba borracha. Tenía

los ojos hinchados, la pintura corrida, estaba hecha un desastre. Pasó por delante de Richie y fue a su alcoba. Mi padre, Richie y yo nos quedamos en la sala de estar, abrazados y llorando juntos. En aquel momento comprendí que todo estaba perdido.

Carol iba calmándose pero las lágrimas seguían cayendo. Miró a Nick, suplicante:

—Habría sido mucho más fácil si yo hubiera podido llorar una sola vez y acabar. Pero no, seguía la incertidumbre, por cuanto aún había esperanza. Así que cada día, cada maldito día, mi pequeño corazón volvía a partirse... —Carol se secó los ojos nuevamente. Después miró al mar y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Quiero saber ahora, o por lo menos pronto, lo que le ha ocurrido a Troy! No me hagáis esperar eternamente. No podría soportarlo.

Se volvió a Nick. Él abrió los brazos. Sin una palabra apoyó la cara en su pecho y él la estrechó entre sus brazos.



## 6

Nick llegó ante la puerta del dúplex de Troy y encontró la llave en el marco. Volvió a llamar a la puerta y la abrió cautelosamente. «Hola», gritó, «¿hay alguien el casa?».

Carol le siguió hasta el cuarto de estar. Después de mirar divertida la extraña colección de muebles de Troy, dijo:

—No sabía que fuerais tan amigos, no creo haber dicho nunca a nadie donde guardo mi llave.

Lo que Nick buscaba no estaba en el cuarto de estar. Cruzó el vestíbulo, pasó por delante del gran dormitorio donde guardaba su equipo electrónico y entró en la alcoba pequeña donde dormía Troy.

—En realidad —gritó Nick a Carol que se había parado frente al primer dormitorio y contemplaba con la boca abierta aquel revoltijo electrónico que llenaba hasta el último rincón—, ayer fue cuando vine por primera vez. Así que en realidad no sé dónde... ¡ah!, bien, he encontrado algo.

Recogió una hoja de computadora que estaba debajo de un pisapapeles en la mesita de noche, junto a la cama de Troy. Llevaba de fecha 15 de enero de 1994, y contenía unos veinte nombres, direcciones y números de teléfono.

Se reunió con Carol en el vestíbulo, leyó rápidamente la página y se la tendió.

—No hay gran cosa. Números de teléfono y direcciones de almacenes de electrónica y software. Una serie de números de Angie Leatherwood, probablemente dé cuando estaba en su gira... —señaló un nombre—. Ésta debe ser su madre, Katheryn Jefferson, en Coral Gables, Florida, pero no hay número de teléfono junto a la dirección.

Carol tomó la hoja y la repasó.

—Nunca le oí mencionar a nadie más que a Angie, su madre y su hermano Jamie ni otros amigos, ni familia. Y no sé por qué tengo la impresión de que no ha visto a su madre últimamente. ¿Le oíste decir algo sobre alguien más de la familia?

—No —contestó Nick. Habían entrado juntos en la habitación del juego y Nick, distraído, tocaba botones e interruptores al pasar. Se detuvo y reflexionó—. Esto quiere decir que Angie es la única. Se lo diremos en seguida y después esperaremos...

Carol y Nick se quedaron helados al oír claramente como la puerta se abría y cerraba. Pasado un segundo, Nick gritó con voz fuerte pero insegura:

—Hola, sea quien sea, estamos aquí, en el dormitorio —no obtuvo respuesta, pero oyeron pasos silenciosos en la entrada. Nick se adelantó instintivamente para proteger a Carol. Un momento después, Troy entró en el dormitorio.

—¡Vaya, vaya! —dijo con una amplia sonrisa—, **vivir** para ver. He encontrado un

par de ladrones en mi casa.

Carol corrió hacia él y le echó los brazos al cuello.

—¡Troy! —sus palabras salían con cierta incoherencia— ¡qué suerte volver a verte! ¿Dónde has estado? Nos has dado un susto de muerte, pensábamos que estabas muerto.

Troy le devolvió el abrazo y guiñó el ojo a Nick.

—¡Vaya, vaya! —repitió—. ¡Qué recepción! Hubiera debido perderme antes —extendió la mano para estrechar la de Nick y por un momento se puso serio—. Pensándolo bien, una experiencia como ésta es más que suficiente.

Carol se hizo atrás y Troy vio la hoja en su mano.

—Íbamos a intentar notificar a la familia... —empezó.

Troy alargó la mano para coger la hoja y ella se fijó en un pulsera en su muñeca derecha que no había visto antes. Era ancha, casi de tres centímetros, y parecía como si sus veinte eslabones hubieran sido hechos de gruesas pepitas de oro machacadas.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó levantándole el brazo a fin de poder verla mejor.

Nick fue incapaz de contenerse por más tiempo. Antes de que Troy pudiera contestar a la pregunta de Carol, intervino en la conversación.

—Según Carol, se te vio por última vez desapareciendo por un corredor de un laboratorio submarino, seguido de cerca por una amiba de dos metros de altura. ¿Cómo demonios escapaste? Buscamos por toda la zona.

Troy alzó las manos, disfrutaba siendo el centro de la atención:

—¡Amigos, amigos! Esperad un momento, ¿podéis? Os contaré la historia tan pronto como me haya ocupado de las necesidades de la vida —dio media vuelta y pasó al cuarto de baño. Nick y Carol oyeron un ruido familiar—. Sacad algo de cerveza de la nevera y sentaros en el cuarto de estar —gritó Troy desde el baño—. Será mejor que disfrutemos de esta parte.

Dos minutos más tarde Nick y Carol estaban sentados en el sofá del cuarto de estar, Troy se dejaba caer en la butaca frente a ellos y Nick tragaba un sorbo de cerveza.

—Erase una vez —empezó Troy con sonrisa picara—, un joven negro llamado Troy Jefferson que, mientras se zambullía con sus amigos, desapareció por espacio de dos horas en un extraño lugar debajo del océano. Cuando salió de su aventura submarina, fue recogido por submarinistas de la Marina de los Estados Unidos, que casualmente se encontraban en el área. Poco después el joven Troy fue devuelto a Cayo West en un helicóptero militar. Allí fue interrogado, largo y tendido, sobre el hecho de que estuviera nadando en el golfo de México, sólo a dieciséis kilómetros de la isla más cercana. Una hora más tarde fue soltado sin que nadie creyera nada de su historia —Troy miró de Nick a Carol—. Naturalmente —añadió con gravedad—, no

les conté nada de lo que realmente ocurrió. No habría modo de que creyeran la verdad.

Carol estaba inclinada hacia delante.

—¿Así que te recogió la Marina? Sería después de que nos fuéramos —se volvió a Nick—. Deben habernos seguido por alguna razón.

*El misil debía estar allí después de todo, pensó, ¿pero adónde fue? ¿Lo encontró la Marina? ¿Y qué tiene que ver con ese loco laboratorio? Nada tiene sentido...*

—Pasamos más de una hora buscándote —explicó Nick. Sentía remordimientos por haber abandonado la búsqueda de Troy tan pronto—. No se me ocurrió que podrías estar aún allá abajo, en ese lugar, sea lo que sea, y naturalmente no podíamos quedarnos allí. Toda nuestra instalación electrónica fue estropeada por esa extraña alfombra que salió del mar. Así que hemos perdido todo nuestro sist... —se calló a media frase y miró a Troy—. ¡Perdóname amigo!

—No te preocupes —dijo Troy encogiéndose de hombros—. Yo hubiera hecho lo mismo. Por lo menos ahora sé que has conocido a uno de los extraños personajes de mi historia. No conocerías, por casualidad, a uno de los conserjes, ¿verdad? Grandes bolas de gelatina, tipo amiba, con pequeñas cajas en su interior y apéndices de quita y pon colgando de la parte superior.

Nick movió negativamente la cabeza:

—¿Has dicho conserje? —preguntó Carol arrugando la frente—. ¿Por qué llamas conserje a la cosa?

—Conserje, centinela, lo que quieras. Me *dijeron* que las cosas conserje protegen el cargamento principal de la nave —Troy se fijó en las expresiones de sus amigos—. Lo que me conduce a la primera pregunta, *ellos* me dieron esta pulsera. Es un aparato de comunicación que funciona en ambos sentidos. No sabría explicaros cómo funciona, pero sé que *ellos* están a la escucha, y vigilan, y me transmiten mensajes de los que entiendo muy pocos.

Carol volvía a sentirse abrumada. En su mente, esta situación tan compleja había añadido una nueva dimensión, cientos de preguntas se amontonaban en su cerebro y no sabía por cuál empezar.

Entre tanto, Nick se había levantado.

—Espera un poco —dijo dubitativo y un poco confuso—. ¿Te he oído bien? ¿Has dicho que recibiste una pulsera de comunicaciones de algunos extraterrestres y que luego te soltaron en el océano? ¿Y entonces la Marina te recogió y te trajo a Cayo West? Cristo, Jefferson, vaya imaginación. Guarda esta creatividad para tu juego de la computadora. Por favor, dinos la verdad.

—Os la estoy diciendo. Realmente...

—¿Qué aspecto tenían? —interrumpió Carol, dominada por su profesión periodística. Había sacado una Pequeña grabadora, del tamaño de una estilográfica,

de su bolso. Troy alargó la mano y la desconectó.

—De momento, ángel —dijo—, esto es estrictamente entre nosotros... de todos modos no creo que viera a ninguno de ellos. Sólo los conserjes y las alfombras. Y mi sospecha es que son sólo robots, máquinas de algún tipo. Muy inteligentes, sí, pero controlados por algo más...

—¡Cielos! —interrumpió Nick— estás hablando en serio —empezaba a exasperarse—. Esto está transformándose en la historia más descabellada que haya oído jamás. Conserjes, alfombras, robots, estoy perdido. ¿Quién son *ellos*? ¿Qué *están* haciendo en el océano? ¿Y por qué *ellos te* han dado una pulsera? —cogió uno de los pequeños almohadones del sofá y lo tiró al otro lado de la sala.

Carol rio nerviosa:

—Nick no es el único que se siente frustrado, Troy. Yo estaba contigo allá abajo y debo confesar que me cuesta tragar tu historia. Quizá deberíamos dejar de interrumpirte y dejarte hablar. He contado a Nick lo que ocurrió en la habitación del sistema solar hasta que saliste corriendo perseguido por aquella cosa o conserje. Empieza desde ahí, por favor, y cuenta la historia en secuencias lógicas.

—No estoy seguro de que exista tal secuencia lógica, ángel —rio Troy también nervioso—. Todo el episodio desafía por completo la lógica. La cosa conserje me atrapó eventualmente en un callejón sin salida y más o menos me anestesió con uno de sus apéndices. Era como si estuviera soñando aunque el sueño era real. Recuerdo una sensación parecida después de una pelea, a puñetazos, cuando era adolescente. Entonces sufrí una pequeña conmoción, sabía que estaba vivo, pero me costaba mucho reaccionar. La realidad parecía algo apagada, vista así, a distancia.

»En todo caso, apareció otro conserje, el mismo tipo de cuerpo, pero diferentes apéndices saliendo de la gelatina, y me llevó a lo que debía ser una sala de reconocimiento. No sé exactamente cuánto tiempo estuve allí. Me habían tendido en el suelo y me tocaban todo tipo de instrumentos. Mi cerebro parecía estar en ebullición aunque no recuerdo ningún pensamiento específico. Algunas imágenes, sí las recuerdo. Reviví a mi hermano Jamie atravesando las líneas en un juego y corriendo cuarenta y cinco metros para el “touch-down”, en el campeonato del Estado de Florida. Entonces me colocaron el brazalete en la muñeca y tuve la clara impresión de que alguien me hablaba muy bajito, tal vez en un idioma desconocido, pero que de tanto en tanto entendía.

»Lo que me dijeron —continuó Troy con una expresión intensa y lejana en el rostro—, fue que lo que nosotros llamamos laboratorio es en realidad un vehículo espacial procedente de otro mundo. Y que hizo un aterrizaje forzoso, como si dijéramos en Tierra, para disponer de tiempo para realizar unas reparaciones complicadas. *Ellos* es decir los que construyeron la nave, necesitan nuestra ayuda, la tuya y la mía, para conseguir ciertos materiales específicos necesarios para la

reparación. Después continuarán su viaje.

Nick estaba ahora sentado en el suelo, delante de Troy. Tanto Carol como él estaban pendientes de cada palabra. Guardaron silencio durante casi treinta segundos después de que Troy terminara.

—Si la historia es cierta —Nick habló finalmente—, entonces estamos...

Oyeron fuertes golpes en la puerta y los tres se sobresaltaron. La llamada se repitió unos segundos después, Troy fue a la puerta y la entreabrió.

—¡Ah!, estás aquí caradura —Carol y Nick oyeron una voz ronca y furiosa. El capitán Homer Ashford empujó la puerta. De momento no vio a Nick y Carol—. Teníamos un trato y te lo has saltado. Hace dos horas que has vuelto...

Por el rabillo del ojo el capitán Homer vio que había otras personas en la estancia y se volvió para hablar a Greta, que aún no había entrado en la casa.

—¿A que no adivinas? —preguntó—. Nick Williams y Miss Dawson también están aquí. No es extraño que no la encontráramos en su hotel.

Greta siguió a Homer hasta el cuarto de estar. Sus ojos claros e inexpresivos no perdieron ni un segundo mirando a cada componente del trío. Carol creyó discernir un algo de desprecio en su mirada, pero no estaba segura. Homer se volvió hacia ella y el tono de su voz fue marcadamente distinto, correcto.

—Les vimos regresar de su excursión a eso de las dos —observó con una sonrisa forzada—, pero no vimos a Troy —hizo un guiño a Carol y se volvió hacia Nick—. ¿Qué, Williams, has encontrado alguna cosita más?

Nick nunca había hecho el menor esfuerzo por ocultar el hecho de que no le gustaba el capitán Homer.

—Pues claro, capitán —rezongó insistiendo en el epíteto—, ¿querrá creer que hemos encontrado una verdadera montaña de lingotes de oro y plata? Parecían los del *Santa Rosa*, que tuvimos una tarde en el barco, hará unos ocho años. ¿Se acuerda? Fue antes de que Jake y yo dejáramos que usted y Greta los descargaran.

La voz de Homer tenía un tono desagradable:

—Debí haberte demandado por difamación, Williams. Con eso te hubiera cerrado la boca de una vez para siempre. Diste el espectáculo en el juzgado. Ahora cállate ya, o algún día te encontrarás con más problemas de los que puedas manejar.

Mientras Nick y Homer intercambiaban insultos y amenazas, Greta se pavoneaba por la estancia como si estuviera en su casa. Parecía ignorar la conversación e incluso la presencia de otras personas. Llevaba una camiseta blanca, ceñida, y unos shorts azul marino y cuando andaba, llevaba los brazos altos, la espalda derecha y los pechos enhiestos. A Carol le intrigaba su comportamiento, la observó deteniéndose y revolviendo los *compact discs* de Troy. Sacó uno con el retrato de Angie Leatherwood en la funda y se pasó la lengua por los labios. *Esta pareja pertenece a una novela de chiflados*, pensó al oír a Troy decir al capitán Homer que aquella tarde

tenía trabajo, pero que se verían más tarde. *¿Cuál es su historia y qué pinta ahí la gorda Ellen?* De pronto recordó que tenía una cita para entrevistar a los tres por la noche. *Pero no sé si tengo ganas de descubrir algo.*

—Llamamos para decirle que se trajera el bañador esta noche —le dijo el capitán Homer. Había perdido parte de lo que había estado diciendo antes, mientras contemplaba a Greta exhibiéndose por el cuarto de estar.

—Perdóneme —se excusó—, ¿puede repetirme lo que decía? Me temo que estaba algo distraída.

—Le dije que debería venir temprano, a eso de las ocho —repitió Homer—. Y traiga su bañador. Tenemos una piscina muy interesante y fuera de lo común.

Durante la charla, Greta se plantó detrás de Nick y le rodeó con sus brazos. Y delante de todo el mundo frotó ligeramente sus pezones contra su camiseta, y rio cuando se sobresaltó.

—Siempre te gustó esto, ja, ¿Nikki? —dijo soltándole. Carol vio ira en los ojos de Homer. Nick empezó a decir algo pero Greta ya había salido por la puerta, antes de que pudiera protestar.

—No te olvides de llamar tan pronto termines aquí —insistió Homer dirigiéndose a Troy después de un silencio embarazoso—. Necesitamos ordenar ciertas cosas.

El capitán dio media vuelta y sin añadir nada más siguió a Greta hasta su «Mercedes», aparcado frente a la casa de Troy.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —preguntó Troy abstraído mientras cerraba la puerta tras la pareja.

—Tú —le recordó Nick, enfático—, nos contabas una historia asombrosa y casi habías llegado al momento clave, cuando ibas a decirnos lo que podíamos hacer para ayudar a ciertos alienos que habían tocado Tierra, a reparar su vehículo espacial. Pero yo, primero quisiera ciertas explicaciones. No sé si creer algo de este loco cuento de hadas que nos estás contando, pero debo confesar que es extremadamente creativo. No obstante, lo que me preocupa en este momento no es la llegada de criaturas de otro mundo, sino esta pareja de verdaderas bestias humanas que acaban de salir. ¿Qué querían? ¿Están involucrados de algún modo en la aventura en curso?

—Un minuto, Nick —intervino Carol—. Antes de salir por la tangente me gustaría saber la clase de ayuda que esos extraterrestres de Troy necesitan de nosotros. ¿Un teléfono? ¿Una nave espacial nueva? Primero averigüemos esto, después hablaremos de Homer y de tu amiguita Greta.

Su referencia a Greta era superficial y humorística, Nick lo aceptó, con buen humor, y simuló sentirse herido. Después asintió a la sugerencia de Carol. Troy sacó un papel de su bolsillo y respiró profundamente.

—Bien, debéis comprender que no estoy absolutamente seguro de que haya entendido bien sus mensajes, pero esta transmisión concreta, con la lista de las cosas

que necesitan de nosotros, me la repiten cada media hora. Mi interpretación de ella no ha variado en los últimos noventa minutos, así que estoy casi seguro de que la tengo bien. Es una lista larga y, naturalmente, no pretendo comprender por qué quieren todo esto. Pero estoy seguro de que ambos la encontraréis muy interesante.

Troy empezó a leer su lista escrita a mano.

—Quieren un diccionario y una gramática inglesas y lo mismo de otros cuatro idiomas importantes; una enciclopedia de animales y plantas; una historia universal compacta; un tratado de estadística definiendo el estatus político y económico, en curso, del mundo; un estudio comparativo de las principales religiones existentes; una serie completa de los dos últimos años de por lo menos, tres diarios importantes; publicaciones resumidas de ciencia y tecnología, incluyendo una revisión de sistemas de armamento ya en funciones y por desarrollar: una enciclopedia de las artes, incluyendo a ser posible vídeo y sonido, donde fueran apropiados; kilo y medio de plomo y dos kilos de oro.

Nick silbó cuando Troy hubo terminado. A petición de Carol, Troy le tendió la hoja y Nick la leyó por encima de su hombro, absorbiendo cada artículo. Ni uno ni otra dijeron nada.

—Creedlo o no —añadió Troy un minuto después— las primeras ocho cosas no son demasiado difíciles de obtener, camino de casa me detuve en la Biblioteca de Cayo West y, por cierta cantidad, me están preparando una serie de *compact-discs* que, virtualmente, contienen la información solicitada. Los artículos difíciles están al final de la lista. Ahí es donde necesito vuestra ayuda.

Troy esperó unos segundos para ver si Carol y Nick le seguían.

—Sólo para estar seguro de que lo he comprendido —iba diciendo Nick dando vueltas por la estancia con la lista en la mano—, lo que tú quieres, o lo que *ellos* quieren si lo prefieres así, ¿es que volvamos a su laboratorio o vehículo o lo que sea, con toda esa información más el plomo y el oro? —Troy asintió—. Pero ¿dos kilos de oro? Eso cuesta un millón de dólares. ¿De dónde lo sacaremos? ¿Y para qué lo quieren?

Troy reconoció que desconocía las respuestas a estas preguntas.

—Pero tengo la impresión —añadió—, siempre basándome en lo que pienso que me dicen, que si satisfacemos parcialmente sus necesidades haremos su tarea más fácil. Así que hagamos lo que podamos y espero que sea suficiente.

Nick movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Sabes Carol? —comentó devolviéndole la lista—, ni en los momentos más locos de mi imaginación podría haber inventado una historia tan intrincada y estrafalaria. Todo ella es tan increíble y fantástica que es inevitable aceptarla. Es absolutamente genial.

Troy sonrió:

—¿Así que ayudarás después de todo? —preguntó.

—No he dicho tal cosa —contestó Nick—. Todavía me quedan muchas preguntas. Y por supuesto, no puedo hablar por Miss Dawson. De todos modos aunque todo fuera una broma, la idea de hacer de buen samaritano para una nave de extraterrestres es muy atractiva.

Durante la siguiente media hora Carol y Nick interrogaron exhaustivamente a Troy. Éste les habló rápidamente de Homer y Greta explicando que el jueves por la noche prometió informarles de lo que sucedía a bordo del *Florida Queen* a cambio de un préstamo a corto Plazo. También añadió que en ningún momento había Pensado darles la menos información, pero que no le Parecía mal el engaño porque al fin y al cabo eran unos ladrones. Nick no estuvo del todo satisfecho con la explicación de Troy, sentía que no le había dicho toda la verdad.

En realidad, cuantas más preguntas hacía, más dudas surgían en su mente sobre la historia que contaba.

*¿Pero qué otras opciones hay?*, pensó. *He visto esa alfombra con mis propios ojos. Si no es un ET, o por lo menos hecha por uno de ellos, debe de ser un robot muy avanzado diseñado, o por nosotros, o por los rusos.* Al continuar el interrogatorio de Troy, la mente ágil de Nick empezó a construir un escenario alternativo, igualmente loco e improbable, pero que explicaba, en todo caso los acontecimientos de los tres días pasados, de un modo que encontraba tan razonable como la loca historia de Troy sobre el vehículo alieno.

*Supongamos que Troy y ese bandido de Homer estén trabajando para los rusos. Y que todo esto no sea más que una complicada tapadera para una cita donde se entregaría la información ilegal. Homer es capaz de cualquier cosa por dinero. Pero ¿por qué lo haría Troy?* Hacer participar a Troy en un complot para vender secretos de los Estados Unidos a un país extranjero era el reconocido fallo de la explicación alternativa de Nick, claro razonó, que tal vez Troy necesitaba dinero extra para pagar todo el equipo electrónico de su juego de computadora.

*Es evidente que no puede haber ahorrado suficiente dinero de su escaso sueldo,* siguió divagando Nick. *Así que supongamos que los compact-discs de Troy contienen secretos militares en lugar de toda esa demencial información mencionada en su lista. El oro sería su paga o la de alguien más.* Nick formuló unas preguntas más sobre el oro. Troy admitió que no comprendía muy bien lo que ellos le decían a través del brazalete, sobre el motivo de necesitar el plomo y el oro. Murmuró algo sobre que ambos elementos eran difíciles de producir por transmutación y ya no añadió nada más.

Carol, por su parte, estaba cada vez más convencida de que lo que Troy contaba era verdad. Su imposibilidad de contestar a todas las preguntas no le preocupaba; en



realidad, dada la fantástica naturaleza de su historia, si hubiera tenido respuestas preparadas para todas las preguntas, hubiera dudado de la verdad. Pese a su crítica formación periodística, se sintió intrigada y un poco encantada con la idea de que algunos superalienos de otro mundo necesitaran su ayuda.

La intuición de Carol era tan importante en la formación de su opinión, como el proceso de sus pensamientos racionales. Antes que nada, creía en Troy, confiaba en él. Le observó cuidadosamente mientras contestaba las preguntas y no vio el menor indicio de que estuviera mintiendo. No dudaba de que Troy creyera decir la verdad, pero que Troy dijera efectivamente la verdad o que estuviera siendo manipulado y dirigido por los ET que decía representar, era otra cosa muy distinta. *Pero ¿por qué motivo?*, razonó. *No hay mucho que los tres podamos hacer por ellos. Incluso la información que pidieron, excepto, en lo referente a las armas, es relativamente inocente.* Apartó temporalmente la idea de que su amigo Troy se hubiera transformado en un peón de los alienos.

En cambio veía a Nick cada vez más suspicaz. Él encontraba muy sospechoso que hubiera tres submarinistas de la Marina en el agua, exactamente en el punto correcto en que una de las alfombras había subido a Troy a la superficie. Y el informe de Troy sobre su interrogatorio después de que le hubieran traído volando a Cayo West era tan confuso, que Nick volvió a exasperarse.

—¡Por Dios!, Jefferson —insistió—, o tu memoria es muy corta o muy oportuna. Nos dices que la Marina te mantuvo retenido durante una hora, y no obstante apenas recuerdas ninguna de sus preguntas y no tienes la menor idea de por qué te interrogaban. Esto no tiene sentido para mí.

Troy empezó a enfadarse.

—¡Mierda!, Nick, te he dicho que estaba cansado. Que había pasado por una experiencia de lo más traumática. Sus preguntas no tenían sentido para mí, y todo el tiempo me parecía como si una vocecita tratara de hacerse oír en mi cabeza.

Nick se volvió a Carol.

—Creo que he cambiado de idea, no quiero participar en este juego por inteligente que sea. Homer y Greta me fastidian, pero puedo habérmelas con ellos si es necesario. Por el contrario, la Marina me asusta, había alguna razón para que nos siguieran. Es demasiado improbable que sólo sea una coincidencia. Quizás Troy sabe algo de ello o quizá no sabe nada, no sabría decirlo. Pero me huele mal.

Se levantó para marcharse. Carol le indicó que se sentara y respiró profundamente:

—Oídmeme bien los dos. Tengo que haceros una confesión, y parece que éste es el momento indicado para hacerla. No vine a Cayo West en busca de ballenas —miró a Nick— y tampoco en busca de un tesoro. Vine para comprobar el rumor de que un nuevo misil de la Marina se había perdido, se había desviado y caído al Golfo de

México... —calló unos segundos para dejar que sus palabras penetraran en ellos—. Probablemente debí decíroslo antes, pero nunca encontraba el momento oportuno, lo siento de verdad.

—Y creíste que el misil estaba en la fisura —observó Troy unos segundos después—. Y fue por lo que regresaste ayer.

—Íbamos a recuperarlo para ti y así proporcionarte un éxito mundial —añadió Nick, endulzaba algo su sensación de ser traicionado por la obvia sinceridad de sus excusas—. Nos utilizaste todo el tiempo.

—Podéis llamarlo así, pero como reportera yo no lo creo así —notó la tensión en la atmósfera. Nick parecía especialmente hostil—. Pero ya no importa, lo que es importante es que os he dado una explicación sobre la presencia de la Marina en el punto de inmersión. En los dos últimos días he hecho varias averiguaciones, a todos los niveles, sobre actividades clandestinas que lleva a cabo la Marina en busca del misil. Anoche, el teniente mexicano pudo ver nuestras mejores fotografías del misil en la fisura. Indudablemente, alguien sumó dos y dos.

—Mira, ángel —habló Troy tras otro breve silencio—, yo no sé nada sobre un misil, y me están ocurriendo demasiadas cosas para encima sentirme herido por que me hayas mentido. Me figuro que tendrías tus razones. Lo que necesito saber ahora es si querrás o no ayudarme a llevar estas cosas a los ET, o alienos, o como quieras llamarlos.

Antes de que Carol pudiera contestar, Nick volvió a levantarse y empezó a caminar hacia la puerta, diciendo:

—Tengo mucha hambre y quiero pensar despacio sobre la situación. Si no te importa, Troy, cenaré temprano y más tarde, esta noche, te daré mi respuesta.

Carol también sintió que tenía hambre, había sido un día largo y agotador, y no había comido nada desde el desayuno. Además le preocupaba un poco la reacción de Nick a su confesión.

—¿Por qué no voy contigo a comer algo? —le sugirió. Él se encogió de hombros, indiferente, como si dijera «como quieras». Carol abrazó a Troy y dijo:

—Encontrémonos todos en mi habitación del «Marriott» a eso de las siete y media. Tengo que ir de todos modos a cambiarme de ropa para la entrevista al trío de bandidos. Podrías darme algunas ideas...

Su humor no despejó la atmósfera del cuarto de estar. Troy estaba claramente preocupado por algo, su rostro era grave, casi severo.

—Profesor —dijo a Nick en tono deliberadamente monótono—, sé que no tengo respuesta a todas tus preguntas, ni siquiera tengo respuesta para las mías. Pero sé una cosa cierta, nada como esto ha sucedido en la Tierra jamás, por lo menos, que se sepa. Las criaturas que construyeron aquella nave espacial, comparadas con nosotros, nos ven como las hormigas o las abejas nos verían si pudieran comprendernos. Nos han

pedido a los tres que les ayudemos a reparar su vehículo. No decir que ésta es una oportunidad única en la vida, sería una colosal insensatez.

»Si pudiéramos sentarnos a debatir la cuestión durante semanas sería magnífico, pero no podemos. El tiempo se acaba. La Marina no tardará en encontrarlos, Puede que ya lo haya hecho, con posibles represalias Para los habitantes de ese planeta. *Ellos* han dejado bien claro que su misión debe cumplirse, que deben reparar su vehículo y proseguir su viaje *incluso* aunque interfieran en el sistema de la Tierra para alcanzar su meta.

»Sé que todo esto suena a increíble, incluso absurdo. Pero voy a recoger pesos de plomo de mis compañeros submarinistas y recoger los discos de la biblioteca. Con o sin vuestra ayuda, quiero estar mañana en la nave espacial al amanecer.

Nick miró a Troy detenidamente durante su discurso. Por un instante, mientras hablaba, parecía como si no fuera Troy el que hablase, sino alguien o algo hablando a través de él. Un escalofrío recorrió la espalda de Nick. ¡*Mierda!*, pensó. *Soy tan malo como ellos. Yo también estoy ahora cazado por esa cosa.* Hizo una señal a Carol para que la siguiera y salieron.

—Como ya le he dicho por dos veces —la voz sonaba cansada y aburrida—, he estado buceando con mis amigos, Nick Williams y Carol Dawson. Ella tenía un problema con su equipo y decidió volver rápidamente al barco. Habíamos encontrado un arrecife especialmente interesante, con características insólitas y no teníamos la seguridad de poder volver a localizarlo. Así que decidí quedarme y esperar a que ella regresara, cuando por fin llegué a la superficie, no había rastro de ellos ni del barco.

La grabadora paró. Los dos tenientes se miraron.

—¡Mierda!, Ramírez, ¿crees la historia de ese bastardo? ¿Algo de ella? —el otro hombre sacudió la cabeza—. Entonces, ¿por qué demonios le dejaste marchar? Ese bestia negro estuvo allí sentado durante una hora, riéndose de nosotros con respuestas ridículas a nuestras preguntas, y de pronto vas y le sueltas.

—No podemos retener a nadie sin pruebas concretas de haber hecho algo malo —contestó Ramírez, como si citara un manual militar—. Y nadar en el océano a dieciséis kilómetros de la isla más cercana, aunque es raro, no constituye ningún delito —Ramírez vio que su colega se enfurecía—. Además, ni una sola vez se contradijo. Siempre contó exactamente lo mismo.

—Las mismas mentiras, querrás decir —el teniente Richard Todd se recostó en su silla. Ambos hombres estaban sentados ante una mesa en una antigua sala de conferencias, de blancas paredes. La grabadora estaba en la mesa, delante de ellos, junto a un cenicero vacío—. Ni siquiera él creía en su propia historia. Se limitaba a estar sentado allá, con aquella impertinente sonrisa en su cara negra, sabiendo que no podíamos acusarle de nada —Todd dejó caer las cuatro patas de su sillas en el suelo y golpeó la mesa para dar más énfasis a sus palabras—. Un buceador experto jamás se hubiera quedado solo cinco minutos y mucho menos treinta. Demasiadas cosas podrían salir mal. En cuanto a sus amigos, ¿por qué diablos le abandonaron? —ahora Todd estaba gesticulando—. Te diré por qué, teniente. Porque sabían que estaba bien y que un submarino ruso le había recogido. ¡Mierda!, ya te dije que debimos haber tomado uno de los barcos nuevos, hubiéramos podido descubrir el submarino con el equipo electrónico.

Ramírez jugaba distraído con el cenicero de cristal mientras Todd le largaba su discursito.

—¿Crees realmente que esos tres están mezclados con los rusos en esto? A mí, la verdad, me parece disparatado.

—No hay nada que tenga sentido. Cada ingeniero con el que hemos hablado dice que no hay fallos posibles de acuerdo con el comportamiento observado en el misil y la telemetría recibida de nuestras estaciones de seguimiento. Así que los rusos deben haberlo desviado.

Todd iba excitándose a medida que desarrollaba el resto del complot:

—Los rusos sabían que necesitaban ayuda local a fin de encontrar la ubicación exacta del misil en el océano, así que contrataron a Williams y a su tripulación para ir en busca del pájaro y que les dijeran después dónde encontrarlo. Planearon recogerlo con uno de sus submarinos. Haber añadido a la tal Dawson al equipo fue una jugada maestra; sus averiguaciones han retrasado nuestra propia búsqueda al hacer que nos preocupáramos por la Prensa:

El teniente Ramírez se echó a reír:

—Siempre suenas convincente, Richard. Pero seguimos sin tener la menos prueba. No creo más que tú la historia de Troy Jefferson, podría haber muchas razones para mentirnos, de las que sólo una nos incumbe. Además, existe todavía el problema fundamental de tu explicación. ¿Por qué se tomarían tantas molestias los rusos, sólo para apoderarse de un misil *Panther*?

—Ni tú, ni yo, ni siquiera el comandante Winters puede que sepamos la verdadera historia del misil *Panther* —cortó Todd rápidamente—. Quizás lo diseñaron para transportar alguna arma de penetración de la que no hemos oído hablar. No es infrecuente que la Marina presente un proyecto falso y mantenga oculto el verdadero.

Reflexionó un momento y continuó:

—Pero lo que pueda motivar a los rusos no es demasiado importante para nosotros. Aquí se evidencia una conspiración y nuestra obligación es detenerla.

Ramírez tardó en contestar. Continuó jugando con el cenicero, y por fin, mirando directamente a Todd afirmó:

—Yo ya no lo veo así. No veo evidencia sustancial de ninguna conspiración. A menos que el propio comandante Winters ordene algún trabajo adicional a mi departamento, yo abandono la investigación —miró el reloj—. Por lo menos podré pasar el sábado por la noche y el domingo con mi familia —y se puso en pie para marcharse.

—¿Y si yo te entrego pruebas? —preguntó Todd sin disimular su desagrado con Ramírez.

—Las pruebas también convencerían a Winters —respondió éste con frialdad—. Me he arriesgado demasiado en este proyecto. No voy a hacer nada más, a menos que me lo ordene la autoridad competente.

Winters no estaba seguro de que fuera a encontrar nada apropiado. Solía evitar cuidadosamente ir de compras, especialmente los sábados por la tarde. Pero mientras estuvo echado en el sofá viendo uno de los partidos de baloncesto por la NCAA y sorbiendo cerveza, recordó lo contento que había estado cuando Helen Turnbull, que hacía de Maggie, le había regalado un juego de posavasos de cerámica, poco corriente, el fin de semana siguiente al estreno de *La gata en el tejado de cinc*.

—Es una tradición que se está perdiendo, me temo, en el teatro —le había explicado la actriz cuando le dio las gracias—, pero hacer pequeños regalos después del estreno o estrenos, sigue siendo mi forma de felicitar a las personas con las que he disfrutado trabajando.

El paseo estaba lleno de gente que iba de compras los sábados y el comandante Winters se encontraba curiosamente desplazado, como si todo el mundo estuviera mirándole. Anduvo dando vueltas antes de llegar a pensar qué tipo de regalo iba a comprar para ella. *Algo sencillo, por supuesto, pensó. Nada que pudiera ser mal interpretado. Sólo un pequeño recuerdo.* Vio mentalmente a Tiffani tal como había aparecido en su imaginación, la noche anterior, antes de quedarse dormido. La imagen le molestaba entre toda aquella aglomeración de compradores y nerviosamente buscó otra imagen, aceptable y seria, de la pequeña Tiffani, durante su conversación con su padre. *Su cabello, pensó recordando las trenzas. Le compraré algo para el pelo.*

Entró en una tienda de regalos y trató de encontrar sentido al revoltijo que llenaba las paredes y que cubría mesas y mostradores sin orden identificable.

—¿Puedo ayudarle? —Winters se sobresaltó cuando oyó la voz de la vendedora detrás de él. Sacudió la cabeza. *Bueno, ¿por qué has tenido que hacer esto?, se dijo. Claro que necesitas que te ayuden, tú solo serás incapaz de encontrar algo.*

—Perdóneme, joven —casi gritó a la joven que se alejaba—. Creo que sí necesito consejo... Quiero comprar un regalo —a Winters volvió a parecerle que todo el mundo le miraba—. Para mi sobrina —se apresuró a añadir.

La joven era morena, de unos veinte años, fea, pero con un rostro agradable.

—¿Tiene alguna idea? —le preguntó. Tenía el cabello largo, como Tiffani. Winters se relajó un poco.

—Más o menos. Tiene el cabello largo, precioso, como el suyo. ¿Qué podría comprarle que fuera muy especial? Es su cumpleaños —de nuevo sintió una extraña ansiedad que no comprendía.

—¿De qué color? —preguntó la joven.

Le pareció que la pregunta no tenía sentido.

—Ni siquiera sé lo que quiero —contestó perplejo— así que, ¿cómo voy a saber el color?

—¿De qué color es el pelo de su sobrina? —sonrió la joven, hablando despacio, como si lo hiciera con un retrasado mental.

—¡Oh! Claro. —Winters se echó a reír—. Castaño rojizo, caoba —dijo—. Y es muy largo. —*Esto ya lo has dicho*, murmuró una voz en su interior. *Te portas como un imbécil.*

La muchacha le indicó que le siguiera y juntos fueron al fondo de la tienda. Le mostró una pequeña caja de cristal, redonda, llena de peinetas de todas formas y

tamaños.

—Esto sería un regalo excelente para su sobrina —le dijo. Había una inflexión en su voz cuando pronunció la palabra «sobrina» que turbó a Winters. *¿Acaso sabría algo? ¿O alguna de sus amigas? ¿O quizás estaba en el teatro?* Respiró hondo y se tranquilizó, asombrándose de nuevo de la volubilidad de sus emociones.

En una de las pequeñas estanterías había dos preciosas peinetas oscuras con filigranas de oro en la parte alta. Una de ellas era lo bastante grande para sostener aquella magnífica cabellera en un moño sobre el cuello. La otra, más pequeña, era del tamaño perfecto para adornar un lado de su peinado.

—Llevaré éstas —dijo a la joven— que tienen el adorno dorado arriba. Y, por favor, envuélvamelas para regalo.

La eficiente muchacha metió la mano en la vitrina y sacó las peinetas. Pidió a Winters que tuviera la bondad de esperar unos minutos mientras se las preparaba y desapareció en el interior de la tienda dejando a Winters solo. *Las dejaré sobre su tocador al final del entreacto*, pensaba. Imaginó a Tiffani entrando en su camerino, sola, y descubriendo el regalo, debajo de la tarjeta con su nombre, apoyada sobre el espejo. Winters sonrió al imaginar su reacción. En aquel momento una mujer con su hija de ocho o nueve años, le rozó al pasar. «Perdón», dijo la mujer sin mirar, mientras ella y su hija se precipitaban a mirar de cerca unas cestas colgadas de la pared.

La vendedora había terminado de envolver el regalo y le esperaba junto a la caja. Cuando Winters llegó junto a ella, le entregó una tarjetita que llevaba impreso «Feliz cumpleaños» en una esquina. Winters se la quedó mirando unos segundos.

—No —exclamó al fin—. Nada de tarjetas, compraré una en la papelería.

—¿Al contado o cargado en cuenta? —le preguntó la joven.

Winters se sobresaltó. *No sé si llevo suficiente dinero. ¿Y cómo podría explicar a Betty el cargo?* Sacó la cartera y contó el dinero. Sonrió a la joven:

—Al contado, por favor. —Se había dado cuenta de que tenía casi cincuenta dólares. La cuenta era de treinta y dos incluido el impuesto.

El comandante Winters experimentó un estallido de alegría y poco le faltó para salir corriendo de la tienda. Su nerviosismo anterior casi había desaparecido, incluso empezó a silbar antes de abrir la puerta y salir del aire acondicionado del centro comercial, a la calle. *Espero que le gusten las peinetas*, dijo para sí. Y volvió a sonreír. *Sé que le gustarán.*

Nick acabó de servir lo que quedaba de «Chablis» en la botella, a Carol.

—Creo que nunca podría ser periodista —declaró—. Para tener éxito me parece que hay que ser un poco fisgón.

Carol puso un pedazo de pescado a la parrilla con algo de coliflor en el tenedor y se lo llevó a la boca.

—No es tan diferente de otros trabajos. Existe siempre la cuestión de la ética, así como terrenos en que tu vida profesional y personal entran en conflicto —terminó su comida antes de continuar—. Había pensado contároslo a ti y a Troy el viernes por la noche, pero las cosas se torcieron, como tú sabes.

—De haberlo hecho —Nick empujó su plato para indicar que había terminado— todo habría sido distinto. Me hubiera dado cuenta del posible peligro y tal vez hubiéramos bajado tú y yo. Quién sabe lo que hubiera podido ocurrirnos.

—He tenido peores conflictos. —Carol bebió un sorbo de su vino. Quería terminar con el tema, pero a su manera—. Después de graduarme en Stanford, trabajé para el *San Francisco Chronicle*. Estaba saliendo con Lucas Tipton cuando estalló el escándalo, Warrior, de drogas. Me serví de los contactos sociales que había conseguido a través de él para obtener una información única sobre la historia. Lucas jamás me lo perdonó. Así que estoy acostumbrada a los problemas. Forman parte del territorio.

Se acercó un camarero y les sirvió café.

—Pero ahora que he terminado de pedir perdón por tercera vez —le pinchó Carol— espero que podamos pasar a cosas más importantes. Debo confesarte, Nick, que tu intriga rusa me parece una idea absolutamente desatinada. El elemento más débil es Troy, no hay forma de encajarlo como espía. Es descabellado.

—¿Más descabellado que una supernave espacial aliena, necesitada de reparaciones en el fondo del golfo de México? —Nick insistió, obcecado—. Además, hay un motivo específico. Dinero. ¿Te has fijado en todo el equipo que tiene en ese juego de computadora?

—Angie saca seguramente de sus derechos lo bastante, en una semana, como para cubrir toda la instalación.

Carol alargó la mano por encima de la mesa y la apoyó en el brazo de Nick.

—Por favor, no reacciones ahora, pero sabes de sobra que hay relaciones en que la mujer lleva todo el peso económico. Puedo asegurarte que le ama. No me cabe la menor duda de que se ofrecería a ayudarlo.

—Entonces, ¿por qué me pidió dinero prestado, y luego se lo pidió a Homer el jueves por la noche?

—Esto ya no lo sé, Nick. —Carol empezaba a sentirse algo frustrada—. En todo



caso es irrelevante, no puedo imaginar ningún conjunto de condiciones que me impidieran volver allí con Troy. sea cual sea la verdad, se trata ciertamente de una historia sensacional. Me sorprende que te muestres tan indeciso y dubitativo. Pensé que eras un aventurero.

Carol le miró directamente. Él creyó ver algo de coquetería asomando tras su mirada resuelta. *No eres una mujer fascinadora, pensó. Y ahora me estás poniendo un poco a prueba. He comprendido tu doble intención.* Recordó lo que le gustó tenerla en sus brazos en el barco, por la tarde. *Debajo de este barniz agresivo hay otra persona. Hermosa e inteligente. Dura como el acero un momento y vulnerable como una niña a continuación.* Nick estaba seguro de que cualquier esperanza que tuviera de continuar su relación con Carol dependía de que quisiera ayudar a Troy. No le interesaban los hombres que no estaban dispuestos a arriesgarse.

—Solía serlo —respondió finalmente. Hizo girar su copa de vino en la mano—. Pero no sé lo que me ocurrió. Quizá fui engañado un par de veces y eso me hizo ser más cauto. Especialmente cuando se trata de personas, pero te confesaré que si me aparto de esta situación y me imagino ser un simple observador, la encuentro absolutamente fascinante.

Carol terminó su vino y dejó la copa sobre la mesa. Nick estaba silencioso. Tamborileó sobre el mantel y sonrió. Clavándole la mirada y cogiendo su taza de café, preguntó:

—Bueno, ¿te has decidido?

—Está bien, está bien —se rio—, lo haré. —Ahora fue él el que alargó la mano y la cogió del brazo—. Por muchas razones.

—Magnífico. Ahora que ya hemos decidido algo, ¿por qué no me ayudas a preparar mi entrevista con el capitán Homer y su gente? ¿Cuánto valía lo que sacasteis del *Santa Rosa*? ¿Y quién era Jake? Debo actuar como si todo esto fuera verdad. —Carol puso su diminuta grabadora sobre la mesa y la puso en marcha.

—Oficialmente sacamos algo más de dos millones de dólares. Jake Lewis y yo recibimos cada uno el diez por ciento, a Amanda Winchester se le reembolsó lo gastado más un veinticinco por ciento de beneficio. Homer, Ellen y Greta se quedaron lo demás. —Nick se calló pero Carol le pidió que continuara—. Jake Lewis era el único amigo íntimo que he tenido de adulto. Era un hombre encantador, sincero, trabajador, inteligente y leal. Y totalmente ingenuo. Se enamoró de Greta como un loco y ella le manipuló lo que quiso y utilizó su amor en beneficio propio.

Nick apartó la mirada, contempló el mar desde la ventana del pequeño restaurante especializado en frutos del mar, y las gaviotas que nadaban por encima del agua al atardecer.

—La noche que regresamos con el tesoro, Jake y yo nos pusimos de acuerdo para que uno u otro se mantuviera siempre despierto. Ya entonces había algo peculiar en el

triángulo Homer-Ellen-Greta. En aquella época aún no vivían todos juntos, pero no confiaba en ellos. Mientras se suponía que Jake estaba de guardia, Greta le trastornó el cerebro. «Una celebración», me explicó cuando vino a excusarse por haberse quedado dormido. Cuando me desperté, faltaba más de la mitad del tesoro.

La ira, largo tiempo contenida, hervía aún dentro de Nick. Carol le observaba detenidamente, viendo la intensidad de su pasión.

—A Jake le tenía sin cuidado el dinero, incluso intentó convencernos a Amanda y a mí de no ir a juicio. Era ese tipo de persona. Recuerdo que me dijo: «Nick, amigo mío, hemos sacado cada uno doscientos mil dólares. No podemos probar que hubiera más, seamos agradecidos y sigamos viviendo». Homer le había estafado. Greta se había burlado de él, pero Jake no se inmutó. Poco más de un año después se casó con una reina del esquí acuático de Winter Haven, se compró una casa en Orlando y se puso a trabajar de ingeniero aeroespacial.

Fuera iba oscureciendo. Nick estaba sumido en sus recuerdos, reviviendo la tormenta entera de su justa indignación, ocho años atrás.

—Nunca los he comprendido —musitó Carol. Desconectó la grabadora. Él se volvió a mirarla con una expresión desconcertada—. ¿Sabes? —añadió—. Me refiero a la gente como tu amigo Jake. Elasticidad infinita, ningún rencor. Pase lo que pase, se lo sacuden como si fuera agua, y siguen viviendo. Alegrementemente —le tocó el turno de sentirse emocionada—. A veces he deseado ser como ellos, así no tendría miedo.

Se miraron uno a otro bajo la luz suave. Nick puso su mano sobre la de ella. *Y aquí está otra vez la chiquilla vulnerable.* Sintió una oleada de ternura. *Me lo ha dejado ver dos veces en un mismo día.*

—Carol —le dijo con dulzura—. Quiero darte las gracias por esta tarde. Por dejarme, sabes, compartir contigo tus sentimientos. Me parece ver a una Carol Dawson enteramente distinta.

—Así es —confesó sonriendo y dejando claro que su escudo protector volvía a estar en alto—. Y sólo el tiempo dirá si no ha sido un gran error —retiró suavemente su mano—. De momento, tenemos otras cosas en qué pensar, volvamos al *ménage a trois*. ¿De qué tipo de cosas se ocupan, y qué hacen aquí?

—¿Cómo dices? —preguntó Nick confuso.

—Un amigo, el doctor Dale Michaels del Instituto Oceanográfico de Miami, me dijo que el capitán Homer y Ellen están llevando a cabo cierta operación de alta tecnología. No recuerdo exactamente cómo la describió...

—Debes estar equivocada —la interrumpió Nick—. Les conozco desde hace más de diez años y nunca van a ninguna parte que no sea su complicada casa y a bordo del *Ambrosia*.

Carol parecía desconcertada.

—Las informaciones de Dale son siempre correctas. Fue ayer precisamente

cuando me dijo que Homer Ashford había hecho pruebas con los más avanzados centinelas submarinos, a lo largo de los últimos cinco años y que sus informes...

—¡Espera, espera! —interrumpió Nick inclinado sobre la mesa—. No estoy seguro de seguirte, de entenderte bien. Repítelo, esto puede ser muy importante.

Carol volvió a empezar.

—Uno de los productos más recientes del IOM son los centinelas subacuáticos, esencialmente robots, que protegen las granjas de acuicultura de los ladrones sofisticados, así como de grandes peces o ballenas. Dale dijo que Homer contribuye a la investigación con dinero y luego prueba los prototipos...

—¡Hijo de perra! Nick se había puesto en pie. Estallaba de excitación. ¿Pero cómo he podido ser tan estúpido? ¡Claro, pues claro!

Ahora era Carol la que se sentía perdida.

—¿Te importaría decirme de qué hablas?

—Por supuesto, pero ahora mismo tenemos prisa. Tenemos que pasar por mi apartamento para consultar un viejo mapa y recoger otro sistema de navegación para el barco. Te lo explicaré todo durante el camino.

Nick metió su tarjeta en la ranura y la puerta del garaje se abrió. Metió el «Pontiac» en su plaza reservada y apagó el motor.

—Verás —empezó a explicar—, sabía que no encontraríamos nada. Nos dejó registrar tanto su casa como el terreno que había adquirido para su nueva mansión, en Pelican Point, y no encontramos nada. A la sazón estaba aún oculto en alguna parte, en el fondo del océano.

—¿Buscaste por el agua cerca de su propiedad, entonces?

—Sí, buscamos. Jake y yo nos sumergimos en fechas separadas. Encontramos una gruta submarina muy interesante, pero ni rastro del tesoro del *Santa Rosa*. Pero debimos haberle dado la idea. Apuesto a que trasladó el tesoro allí un año o dos después de la marcha de Jake. Probablemente supuso que para entonces estaba a salvo. Indudablemente estaría loco de aprensión de que alguien descubriera el tesoro en el océano. Ves, todo encaja, incluyendo su interés por los centinelas submarinos.

Carol asintió y rio un poco.

—Evidentemente esto tiene más sentido que la idea de que Troy trabajara para los rusos —abrieron las puertas y bajaron del coche.

—¿Cuánto crees que les queda? —preguntó Carol yendo hacia el ascensor.

—¡Quién sabe! Puede que robaran tres millones de los cinco —reflexionó un segundo—. Deben tener mucho aún, de lo contrario Greta se habría separado ya.

Las puertas del ascensor se abrieron y Nick pulsó el botón del tercer piso. Carol exhaló un enorme suspiro.

—¿Qué tienes? —preguntó.

—Estoy agotada. Siento como si estuviera metida en un tiovivo que gira cada vez más de prisa. Ha ocurrido mucho en estos tres días, no estoy segura de poder participar en mucho más. Lo que ahora necesito es tomar aliento.

—Días mágicos —replicó Nick saliendo del ascensor—. Éstos son días mágicos.

Carol le miró con expresión curiosa. Él se echó a reír:

—Más tarde te explicaré una vieja teoría mía.

Metió una secuencia de números en la pequeña placa sobre su puerta y la puerta se desbloqueó, abriéndose. Nick se hizo a un lado con simulada galantería y dejó que Carol entrara primero. Se enfrentó al caos.

La casa estaba revuelta. En el cuarto de estar, pasada la cocina, todas las preciosas novelas de Nick estaban tiradas por el suelo, sillas y sillones. Aquello no tenía sentido, parecía como si alguien hubiera sacado los libros uno a uno de las estanterías, levantado y sacudido (en busca de papeles sueltos, tal vez) y luego dejado caer o tirado al extremo opuesto. Nick empujó a Carol a un lado y contempló la destrucción.

—¡Mierda! —exclamó.

La cocina también había sido saqueada. Todos los cajones estaban sacados, cazos, sartenes, platos y cubiertos esparcidos por los poyos y por el suelo. A la derecha de Nick, las cajas de cartón conteniendo sus recuerdos habían sido arrastradas hasta el centro de su dormitorio. Su contenido estaba parcialmente volcado por el suelo.

—¿Qué huracán ha arrasado este lugar? —preguntó Carol contemplando el desastre—. No pensaba que fueras una buena ama de casa, pero esto es ridículo.

Nick fue incapaz de reírse del comentario de Carol. Comprobó la habitación principal y ésta también había sido registrada y saqueada. Volvió al cuarto de estar y empezó a recoger sus queridas novelas y a amontonarlas cuidadosamente sobre la mesa. Hizo un gesto de desagrado al ver su usado ejemplar de *L'Etranger* de Albert Camus. Habían arrancado el lomo del libro.

—Esto no es obra de vándalos —dijo al arrodillarse Carol a su lado para ayudarle—. Buscaban algo específico.

—¿Has visto si te falta algo?

—No —contestó Nick recogiendo otra novela con la encuademación mutilada y moviendo la cabeza—. Pero esos canallas me han reventado los libros.

Carol recogió la colección de Faulkner y la dejó sobre un sillón.

—Comprendo por qué Troy estaba tan impresionado —le dijo—. ¿Has leído realmente todos estos libros? —Nick movió afirmativamente la cabeza. Carol recogió otro libro que había rodado debajo de la mesa de la televisión—. ¿Y éste? —preguntó alzando el libro—. Ni siquiera he oído hablar de él.

Nick acababa de ordenar otro montón sobre la mesita.

—¡Oh! Ésta es una novela fantástica —contestó entusiasmado, olvidando en

aquel momento que su casa había sido saqueada—. La historia está contada a través de las cartas entre los principales protagonistas. Se sitúa en la Francia del siglo XVIII, y la pareja principal, socialmente importante y aburrida, cimienta su extraña relación intercambiando los detalles de sus aventuras con otros amantes, por supuesto. Causó escándalo en Europa.

—Esto no suena a tus típicos romances de Arlequín —comentó Carol tratando de memorizar el título del libro.

Nick se levantó y pasó al dormitorio pequeño. Empezó a buscar entre el contenido de las cajas de cartón.

—Aquí me faltan cosas —gritó a Carol. Ella dejó lo que estaba haciendo y se reunió con él—. Todas mis fotografías del tesoro del *Santa Rosa* e incluso los recortes de periódicos han desaparecido. Es muy raro.

Carol estaba de rodillas en el suelo, a su lado, junto a las cajas. Frunció la frente:

—¿Está el tridente a bordo todavía?

—Sí —dejó de revolver papeles—. Está en el último cajón del mueble de los instrumentos electrónicos. ¿Crees que hay alguna relación?

—Creo que es lo que estaban buscando. No sé por qué, pero me lo parece.

Nick recogió una carpeta color garbanzo que había estado en el suelo y la volvió a guardar en una de las cajas. Una fotografía y unas páginas mecanografiadas cayeron fuera. Carol recogió la fotografía mientras Nick iba cogiendo las páginas. Miró la fotografía y leyó la dedicatoria en francés. Le sorprendió sentir un pinchazo de celos.

—Muy hermosa —comentó. También se fijó en las perlas—. Y también muy rica y sofisticada, no parece ser tu tipo.

Entregó la foto de Monique a Nick. Pese a su esfuerzo por mostrarse indiferente, se ruborizó.

—Hace mucho tiempo —murmuró guardando apresuradamente la fotografía en la carpeta.

—¿De verdad? —le miró curiosa, diciéndole—. Parece que es más o menos de nuestra edad. No pudo haber sido hace mucho tiempo.

Nick estaba confuso. Recogió algo más que metió en las cajas y miró el reloj.

—Será mejor que nos vayamos pronto si Troy debe reunirse con nosotros en tu hotel —se puso en pie. Carol siguió arrodillada en el suelo, mirándole fijamente.

—Es una larga historia —le dijo—. Algún día te la contaré.

La curiosidad de Carol estaba alerta. Siguió a Nick fuera del piso y al ascensor. Todavía le veía incómodo. *Bobadas*, pensó. *Creo que acabo de descubrir el gran secreto de Mr. Williams. Una mujer llamada Monique*. Sonrió cuando Nick le cedió el paso al salir del ascensor. *Y el hombre ama sus libros*.

La habitación de Carol en el «Marriott» tenía dos entradas. La entrada normal era por el corredor que venía del hall, pero otra puerta se abría al jardín y a la piscina.

Cuando por la mañana hacía ejercicio siempre entraba por la puerta del jardín.

Nick y Carol iban hablando tranquilamente y a media voz, en dirección a su habitación desde el hall. Sacó su tarjeta electrónica para abrir, poco antes de llegar a la puerta. Mientras metía la tarjeta en la cerradura oyeron un ruido como de metal contra metal en el interior de su habitación, y antes de que Carol pudiera decir nada, Nick se llevó el dedo a los labios.

—¿También lo has oído? —le preguntó bajito. Movi6 la cabeza afirmativamente. Con gestos le pregunt6 si había otra entrada a la habitación. Ella señal6 la puerta del jardín, al final del corredor.

Palmeras y matas tropicales cubrían la mayor parte del terreno al este de la piscina del «Marriott». Nick y Carol salieron del camino que conducía a la piscina y se acercaron a las ventanas de su habitación. Las persianas estaban bajadas pero podía verse el interior por una rendija de los postigos. Al principio, la habitación estaba a oscuras, luego, una luz solitaria procedente de una linterna, se reflejó por un instante en una de las paredes. En aquella fracción de segundo vieron la silueta de una figura cerca de la televisión, pero no pudieron identificarla. La linterna volvió a moverse y la luz se par6 un momento en la puerta del corredor. La puerta estaba cerrada. En el breve destello, Carol vio también que todos los cajones de su cómoda estaban abiertos.

Nick se arrastr6 sigilosamente hasta ella, exactamente debajo de la ventana, encima de un parterre.

—Quédate aquí y vigila —murmur6—. Iré al coche a buscar algo, no dejes que se enteren de que estás aquí.

Le oprimió el hombro y desapareció. Carol se qued6 pegada a la ventana, una vez más la linterna se encendi6 iluminando piezas electrónicas esparcidas encima de la cama. Carol se esforzó por ver quién sostenía la linterna pero no pudo verle.

Se dio terriblemente cuenta del paso del tiempo. Su intuición le decía que el intruso se disponía a marchar y de improviso se percat6 de que estaba expuesta a todo, sentada allí, debajo de la ventana. *Venga Nick, se dijo. Date prisa, a lo mejor me hacen picadillo.* La silueta de la habitación se movió hacia la puerta del jardín, pero se detuvo. Carol sintió que se le aceleraba el pulso. Precisamente entonces volvía Nick, sin resuello. Traía consigo una larga barra de hierro sacada del maletero de su coche. Carol le hizo señas de que se situara junto a la puerta porque el intruso se disponía a salir.

Vio que la figura ponía la mano sobre el picaporte y se incrust6 en tierra. Nick estaba detrás de la puerta, Preparado para asestar un buen golpe a quienquiera que saliera de la habitación. Se abri6 la puerta y Nick se dispuso a golpear. ¡«Troy»!, chill6 Carol desde el suelo. Salt6 hacia atrás justo a tiempo, escapando por un pelo del descenso de la barra de hierro. Carol estuvo instantáneamente de pie, corriendo

hacia el sobresaltado Troy:

—¿Estás bien? —le preguntó.

Sus ojos seguían desorbitados por el miedo:

—¡Jesús!, profesor —exclamó mirando la barra que esgrimía Nick—, pudiste matarme.

—¡Mierda!, Jefferson —replicó Nick, con su adrenalina disparada—, ¿por qué no nos dijiste que eras tú? ¿Y qué estabas haciendo en la habitación de Carol? —miró a Troy, amenazador.

Troy retrocedió a la habitación y encendió las luces, la alcoba era un desastre. Estaba como el piso de Nick cuando Carol traspuso la puerta.

Carol se volvió a Troy:

—¿Qué diablos significa...?

—No lo he hecho yo, ángel. Te lo juro por esos... —miró a sus dos amigos y les dijo—. Sentaos, no tardaré un segundo.

Entre tanto los ojos de Carol recorrían la habitación.

—¡Mierda! —dijo enfurecida— todas mis cámaras y películas han desaparecido. Y, virtualmente, todo el sistema telescópico, incluyendo la unidad postprocesadora. Dale me matará —miró hacia uno de los cajones abiertos—. Esos bestias se han llevado también mis fotografías de la primera inmersión. Estaban en un sobre grande, en la parte derecha del primer cajón.

Se sentó en la cama con aspecto desamparado:

—Todas las películas que tomé dentro de aquel lugar han sido robadas. Bien, ahí termina mi gran reportaje.

Nick intentó consolarla.

—Quién sabe, a lo mejor reaparecen. Y además, tienes aún los negativos de la primera inmersión.

Carol sacudió la cabeza:

—No es lo mismo —reflexionó un segundo—. ¡Maldita sea! Debí haber llevado conmigo las películas cuando fui al apartamento de Troy. —Miró a los dos hombres y se animó un poco—. Bueno, todavía nos queda mañana.

Troy seguía esperando pacientemente para contar su historia. Indicó a Nick que se sentara junto a Carol.

—Voy a resumir para que os guste más. Sólo los hechos. Llegué a eso de las siete, vine pronto porque quería hacer unas modificaciones en tu aparato de televisión. Ahora mismo os explico por qué.

La gente del hotel se negó a entregarme la llave de tu habitación así que vine por fuera y engañé a la cerradura —sonrió—. No es ningún problema para alguien que sepa cómo funcionan estas cosas. En todo caso, tan pronto como se encendió la luz verde y la cerradura saltó, oí cerrarse de golpe la puerta del jardín. Tuve una visión

fugaz del intruso al dar la vuelta a la esquina del edificio. Era un tipo alto, nadie que pudiera reconocer, se movía con dificultad, como si llevara algo muy pesado.

—Parte del telescopio oceánico —aclaró Carol.

—Sigue —insistió Nick—. ¿Y después qué? Quiero saber por qué estabas en la habitación de Carol y trabajando a oscuras. Apuesto a que también tendrás una buena historia para eso.

—Muy fácil —dijo Troy a Nick—. Tenía miedo de que el ladrón o ladrones pudieran regresar, y no quería que me vieran.

—Eres asombroso, Jefferson. Eres el tipo que diría a un policía que pasabas del límite de velocidad porque querías llegar a la gasolinera antes de que se te acabara la gasolina.

—Y el policía le creería —observó Carol—. Todos se echaron a reír, la tensión estaba cediendo.

—Muy bien —concluyó Nick—. Dinos ahora qué le has hecho a la televisión. Incidentalmente, ¿cómo has podido manipularla? Todos esos aparatos de hotel están provistos de alarma.

—Lo están, pero es muy sencillo desarmarla. Siempre me desconcierta. Alguien convence a los del hotel de que pueden proteger su propiedad con estas alarmas, pero los ladrones descubren fácilmente qué sistema ha sido empleado, compran las hojas de circuito de datos y desmantelan por completo la protección.

Troy miró a su alrededor, luego comprobó su reloj y dijo:

—Veamos. ¿Por qué no os sentáis allí, en aquellas dos butacas? Creo que así podréis ver mejor. Nick y Carol intercambiaron miradas de desconcierto y se instalaron como Troy sugería. Ahora —prosiguió en tono sorprendentemente grave— veréis lo que a mi entender es la prueba incontrovertible de que mi historia sobre los alienos es cierta. Me han dicho, a través de la pulsera, que van a televisar un pequeño programa desde dentro del vehículo, exactamente a las siete y media. Si he comprendido bien sus instrucciones y llevado a cabo las modificaciones correctas, esta televisión debería poder recibir su transmisión ahora.

Encendió y buscó el canal 44, no se veía más que nieve y estática. Nick no pudo reprimir el comentario:

—Estupendo, Troy. Robará puntos a cualquier serial o a los vídeos musicales. Contemplar esto requiere menos inteligencia que...

De pronto apareció una imagen en la pantalla. La luz no era muy buena, pero Carol se reconoció inmediatamente en la escena. Estaba de pie de espaldas a la cámara y sus dedos se movían encima de lo que parecía ser una mesa. Una versión orquestada de *Noche de Paz* por un instrumento parecido a un órgano acompañaba la imagen.

—Éste es el cuarto de música de que os hablé —explicó Carol a Nick—. Supongo



que ese conserje tenía una cámara de vídeo además de todo lo otro.

La escena televisada cambió rápidamente a una fotografía de los ojos de Carol. Por espacio de cinco segundos, sus ojos maravillosos y asustados llenaron casi por completo la pantalla. Parpadeó un par de veces antes de que la cámara se alejara y la revelara de frente, aterrorizada y temblorosa con su bañador. Carol se estremeció al recordar el horror de aquellos segundos en que los apéndices de la cosa habían entrado en contacto con su persona. Todo podía verse en el vídeo, incluso algunas partes en cámara lenta. Una de las escenas mostradas fue el movimiento deliberado de las cerdas sobre su pecho, incluyendo ambos pezones enhiestos. *¡Dios mío!*, pensó. *No me di cuenta de que estaban erectos, quizás fuera cosa del miedo.* Carol se revolvió, estaba sorprendentemente turbada ante Nick.

Había cierta discontinuidad en el programa. En la escena siguiente, los tres vieron a Troy, tendido en el suelo en alguna parte, con más cuerdas sujetándolo que las que los liliputienses utilizaron para amarrar a Gulliver. La cámara recorrió toda la estancia, los conserjes o vigilantes estaban en una de las esquinas, los apéndices que les remataban no se parecían siquiera, pero ambos tenían el mismo cuerpo central, como de amibas, del que se enfrentó con Carol y Troy. Al otro extremo de la habitación una pareja de alfombras estaban de pie, juntas. Por sus movimientos parecía que estaban enfrascadas en una conversación. Nick, Carol y Troy se fijaron en ello mientras la cámara se quedó fija unos segundos. Las alfombras aparentemente terminaron de conferenciar y se dispararon en direcciones opuestas.

Los últimos encuadres de la transmisión fueron vistas de la cabeza de Troy mostrando más de cien cables e insertos conectados a su cerebro. Después, la pantalla volvió a la nieve y la estática.

—¡Vaya! —exclamó Nick, parado un instante—. ¿Pueden volverlo a pasar? —se levantó—. Has estado tremenda —dijo a Carol— pero creo que tus escenas deben ser revisadas si queremos una buena nota.

Carol le miró ruborizándose:

—Lo siento, Nick, pero no resultas un buen comediante. Ya tenemos uno y creo que con él basta —miró el reloj de la mesilla de noche—. Sólo nos quedan quince minutos para trazar nuestros planes, no más, y además tengo que vestirme. ¿Por qué no hablas con Troy de lo que has decidido y a la conclusión que has llegado sobre el *Santa Rosa* mientras me cambio? —agarró una blusa y unos pantalones y pasó al cuarto de baño.

—¡Eh!, espera un poco —protestó Nick—. ¿Es que no vamos a discutir quién entró en mi piso y en tu habitación del hotel?

Carol se detuvo ante la puerta del baño:

—No hay sino dos posibilidades que tengan sentido, se trata de la Marina o de los amigos locos del *Ambrosia*. Uno u otro, no tardaremos en averiguarlo... —esperó un

momento y una enigmática sonrisa apareció en sus labios—. Quiero que los dos estudiéis la forma de robar el oro de Homer. Esta noche, antes de volver a encontrarnos, mañana por la mañana, con nuestros amigos extraterrestres.

Carol y Troy repasaron los detalles por última vez, y ella volvió a comprobar su reloj.

—Son ya las ocho y media —dijo—. Si me retraso más, sé que empezarán a sospechar.

Estaba de pie junto al «Pontiac» de Nick en el aparcamiento del «Pelican Resort», un restaurante situado a unos tres cuartos de milla de distancia de la mansión de Ashford en Pelican Point.

—Pero ¿dónde se ha metido? —insistió Carol—. Deberíamos haber terminado con esto hace un cuarto de hora.

—Cálmate, ángel —reconvino Troy—. Tenemos que probar primero esa nueva unidad, podría resultar importante en un caso de emergencia y yo nunca me he servido de ella —le dio una palmada tranquilizadora—. Tus amigos del IOM fueron los primeros en probarla.

—¿Por qué tuve que sugerir tal idea descabellada? —dijo Carol para sí pero en voz alta—. ¿Dónde está tu cerebro Dawson? Te lo dejaste olvidado en...

—¿Podéis oírme? —la voz distorsionada de Nick la interrumpió. Sonaba como si llegara del fondo de un pozo.

—Sí —contestó Troy en un diminuto *walkie-talkie* en forma de dedal— pero un poco confuso. ¿A qué profundidad te encuentras?

—Repítelo. No lo he captado del todo.

—Sí, podemos oírte —gritó Troy. Enunció cuidadosamente cada palabra—. Pero no con claridad, debes hablar despacio y preciso. ¿A qué profundidad estás?

—A unos dos metros y medio.

—Baja a cinco metros y vuelve a probar. Veremos si funcionará en el fondo de la cueva —observó Troy.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Carol, mientras esperaban que Nick bajara.

—Es un sistema nuevo, incorporado al regulador —respondió él—. Hay que hablar mientras se exhala, para que funcione. Hay un pequeño receptor-transmisor dentro de la boquilla y un botón para el oído. Desgraciadamente, no funciona demasiado bien por debajo de tres metros.

Casi un minuto después Carol y Troy oyeron algo muy apagado que ni siquiera parecía la voz de Nick. Troy escuchó un momento.

—No podemos oírte Nick, hay demasiada atenuación. Vuelve ya. Voy a poner a Carol en camino —Troy apretó un botón en el *walkie-talkie*, que transmitiría la repetición de este último mensaje.

Entregó el aparato a Carol.

—Bien, ángel, todo listo. Deberíamos estar en el agua alrededor de las nueve, y

fuera de ella si toda va bien, media hora después. Mantenlos ocupados con tus preguntas, deberías marcharte como máximo a las diez y media, y conducir directamente al piso de Nick. Nos encontraremos allí con tu ranchera —alzó los ojos—. Y con el oro, espero.

Carol respiró hondo. Sonrió a Troy diciéndole:

—Estoy asustada. Preferiría encontrarme con una o dos alfombras, o incluso con uno de los vigilantes, antes que con el trío —abrió la puerta del coche—. ¿Realmente crees que debo ir en el coche de Nick? ¿No crees que puede hacerles sospechar algo?

—Lo hemos discutido dos veces antes, ángel —respondió Troy riendo. La empujó dulcemente hacia dentro—. Ya saben que somos amigos, además necesitamos tu ranchera para transportar los equipos de buceo, las mochilas, el plomo y el oro —cerró la portezuela y le plantó un beso ligero en la mejilla, a través de la ventana—. Cuídate, ángel y no corras riesgos innecesarios.

Carol puso el coche en marcha y retrocedió hasta el centro del aparcamiento. Agitó la mano a Troy y se metió en el oscuro camino que llevaba, a través del pantano, al extremo de la isla. La única luz que veía era la luna casi llena que estaba ya por encima de los árboles. *Muy bien, Dawson, se dijo. Ya estamos metidos en faena. Ahora calma y alerta.*

Condujo muy despacio. Repasó mentalmente, varias veces, los planes de la noche. Después empezó a pensar en Nick. *Se aferra a las cosas, como yo. Sigue odiando a Homer y a Greta porque le estafaron. Le faltaba tiempo para ir en busca de oro.* Sonrió al entrar en la avenida circular, frente a la casa de Homer Ashford. *Sólo confío en que le quede algo para él.*

Un segundo después de la llamada de Carol, Homer abrió la puerta y la saludó.

—Llega tarde —dijo en un tono agradablemente monótono—. Pensamos que a lo mejor no iba a venir. Greta ya está en la piscina. ¿Quiere cambiarse y reunirse con ella?

—Gracias capitán Homer, pero he decidido no nadar esta noche —respondió amablemente Carol—. Aprecio el ofrecimiento, pero he venido sobre todo por el trabajo. Preferiría empezar la entrevista lo antes posible, incluso antes de la cena, si a los demás les parece bien.

Homer precedió a Carol a una enorme sala de estar y se paró delante de un gran bar. Una magnífica talla de Neptuno, de metro y medio de longitud, estaba colgada en la pared, por encima del bar. Carol pidió vino blanco y Homer intentó sin éxito animarla a tomar algo más fuerte.

La sala de estar tenía una mesa de billar en un extremo. En el otro lado, una puerta de cristales corredera daba a un patio cubierto que se estrechaba en un caminito con pavimento de cemento, Carol siguió a Homer en silencio, sorbiendo su vino blanco a cada dos o tres pasos. El camino pasaba entre grandes árboles y un

templete iluminado, y terminaba alrededor de una inmensa piscina.

En realidad había dos piscinas. Frente a Carol estaba la clásica piscina rectangular, de tamaño olímpico, fuertemente iluminada. En un extremo había un tobogán y una cascada que bajaban a la piscina desde una montaña artificial. En la otra punta, en dirección a la segunda piscina y el océano, había un *jacuzzi* hundido, construido con las mismas losetas azules que remataban la piscina principal. El complejo entero estaba inteligentemente diseñado para crear la impresión de agua en movimiento. Parecía haber un chorro constante desde la cascada a la gran piscina, al *jacuzzi* y luego a un riachuelo que serpenteaba en dirección a la casa.

La segunda piscina era oscura y circular. Se encontraba a la izquierda de Carol, al borde de la finca, cerca de lo que parecía un chalecito para cambiarse de ropa. Greta estaba en la piscina rectangular frente a Carol. Nadaba braza de pecho, su fuerte cuerpo moviéndose rítmicamente en el agua. Carol, que era una excelente nadadora, admiró a Greta unos segundos.

—¿No es formidable? —preguntó Homer acercándose a Carol. Su admiración era obvia—. No acepta una comida importante a menos que antes haya hecho ejercicio, no puede soportar la gordura.

Homer llevaba una camisa hawaiana de color avellana claro y unos pantalones del mismo tono, zapatillas de lona marrón en los pies y un vaso enorme en la mano, Heno de cubitos de hielo. Parecía relajado, casi afable. Carol pensó que hubiera podido pasar por un banquero retirado o un ejecutivo de una corporación.

Greta siguió nadando incesantemente. Homer revoloteaba junto a Carol que empezaba a sentirse incómoda, como si su espacio fuera invadido.

—¿Dónde está Ellen? —preguntó, volviéndose hacia el hombre y aprovechando para apartarse un poco de él.

—Está en la cocina, le encanta cocinar, especialmente cuando tiene invitados. Y hoy está preparando uno de sus platos favoritos —casi le hizo un guiño. Se inclinó hacia Carol y murmuró confidencialmente—. Me ha hecho prometer que no se lo diría, pero le confesaré que es un tremendo afrodisíaco.

¡Uff!, se dijo Carol al captar el cargado aliento de Homer y su risita lujuriosa. *¿Cómo se me ha podido olvidar lo repulsivo que es este hombre? Acaso piensa realmente que...* Carol apartó el pensamiento. Recordó que la gente con excesivo dinero pierde a veces contacto con la realidad. *Probablemente ciertas mujeres responden por lo que puede darles.* Casi se atragantó, la idea de tener algún tipo de relación sexual con Homer le resultaba totalmente repugnante.

Greta había terminado sus ejercicios. Salió de la piscina y se secó. Su bañador completamente blanco era transparente como una media, incluso a distancia, Carol no podía evitar ver con todo detalle sus pechos y pezones, así como su mancha de pelo púbico a través de su fino bañador. Era lo mismo que si estuviera desnuda. Homer

estaba junto a Carol contemplando abiertamente a Greta mientras cruzaba el camino.

—¿No tiene traje? —preguntó Greta antes de alcanzarles. Sus ojos parecían taladrar a Carol. Ésta sacudió la cabeza.

»Lo siento —dijo Greta—. Homer contaba con que hiciéramos una carrera —miró al capitán con una curiosa expresión que Carol no supo interpretar—. Le encanta ver a mujeres compitiendo.

—No hubiera habido competición —respondió Carol, pensó que veía a Greta tensarse—. Usted me hubiera ganado con facilidad, nada maravillosamente.

Greta sonrió agradeciendo el cumplido. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Carol, sin hacer el menor esfuerzo por disimular que estaba estudiándola.

—Tiene buen cuerpo para nadar —dijo al fin—. Quizás un poco gordo en las nalgas y los muslos, le aconsejaría trabajar...

—¿Por qué no mostramos la otra piscina a Miss Dawson? —interrumpió Homer—. Antes de que entres a cambiarte —y echó a andar en dirección al pabelloncito, cerca del océano. Sin volver a abrir la boca, Greta le siguió. Carol sorbió su vino. *¡Quién sabe lo que ocurre aquí!*, pensó. *Estos tres no han tenido que trabajar en los últimos ocho años. Sacan a la gente a pescar y a zambullirse por diversión. Una extraña mezcla de asco y depresión la invadió. Por tanto, fabrican diversión para no aburrirse.*

Un instante después de que Homer entrara en el chalet, una colección de focos se encendieron debajo de la segunda piscina. Homer le señaló que se apresurara y Carol corrió hacia el chalet. Bajaron un tramo de escalera, bajo tierra había una pasarela que rodeaba por completo el gran acuario de cristal que, de lejos y a oscuras, parecía una segunda piscina.

—Ahora tenemos seis tiburones —explicó Homer orgulloso— así como tres cotos rojos, un par de calamares y naturalmente todo tipo de peces y plantas corrientes.

—¿Octos? —preguntó Carol.

—Bueno, he querido abreviar, pulpos —contestó Homer con una sonrisa de satisfacción—. En realidad la palabra correcta sería octópodos aunque mucha gente acepta ahora lo de octos para simplificar.

Greta tenía la cara pegada al cristal. Un par de rayas pasaron junto a ella, pero esperaba algo. Unos segundos después apareció un tiburón gris. El tiburón pareció ver a Greta y se detuvo, observándola, con su nariz a metro y medio de distancia, Carol pudo ver sus largos dientes afilados y lo identificó como un mako, un feroz pariente del gran tiburón blanco devorador de hombres.

—Éste es el cariño de Greta —explicó Homer—. Se llama *Timmy*, no sé cómo lo ha hecho pero le ha entrenado para reconocerla cuando pega su cara al cristal. —Homer observó unos minutos más—. De vez en cuando, entra para nadar con él,

cuando los tiburones han terminado de comer, claro.

El tiburón se quedó allí, mirando en dirección a Greta. Ella empezó a tamborilear sobre el cristal a una cadencia regular.

—Fíjese en esto, es excitante —le advirtió Homer, acercándose a Greta y al acuario—. Lo que vamos a ver es lo que los biólogos llaman la típica respuesta de Paulov. Nunca la había visto en un tiburón.

El mako empezó a agitarse. Greta aumentó el ritmo, el tiburón respondía agitando el agua con su cola, de Pronto, Greta desapareció por la escalera. Cuando pasó zumbando por su lado, Greta se fijo en su mirada perdida. Levantó la vista hacia Homer en busca de una explicación.

—Acérquese más por aquí —le dijo—. No debe perderse esto; Greta cuida personalmente de los conejos. Y *Timmy* siempre organiza un espectáculo.

Carol no entendió muy bien lo que Homer le decía, pero disfrutaba del precioso acuario. Contenía agua de mar clara y transparente, obviamente filtrada y reciclada diariamente. Se fijó en diversas especies de esponjas y coral, así como erizos y anémonas. Alguien se había preocupado y gastado mucho en recrear las condiciones de los arrecifes de la costa de Cayo West.

De pronto, un conejo blanco decapitado y clavado en un largo palo vertical, aún saliéndole sangre de las arterias, apareció en el acuario en el lado opuesto adonde Carol y Homer observaban. El mako atacó y terminó con él, en un instante, desgarrándolo con los dientes y arrancando del palo la mitad del desgraciado conejo presa de un frenesí provocado por la sangre en el agua. En la segunda pasada se apoderó del resto del conejo partiendo también el palo. Carol apenas tuvo tiempo de volver la cabeza, al saltar hacia atrás se le cayó el vino sobre la blusa.

Tratando de parecer tranquila buscó un pañuelo, en su bolso, para secarse la blusa. No dijo nada, había tenido una perfecta visión del ataque del tiburón y lamentaba la descompensación producida por el susto. *Bonita manera de empezar la velada, pensó. ¿Por qué no se me habrá ocurrido? Dawson, esta gente es peligrosa.*

Homer seguía excitado.

—¿No es espectacular? ¡Qué poder salvaje en esas mandíbulas! Llevado del puro instinto, jamás me canso de ello.

Carol le siguió hasta la escalera.

—Magnífico espectáculo oyó decir a Homer cuando salían del chalet. Estaba delante de nosotros, dos dentelladas, Uam, uam, y desapareció el conejo.

—Lo sé —dijo Greta. Sostenía una máscara de buceo y a su lado estaba lo que quedaba del palo.

»Lo he visto desde aquí —Greta contemplaba a Carol, tratando claramente de descubrir su reacción. Ella apartó los ojos, no pensaba dar a Greta la satisfacción de enterarse de que lo había encontrado repulsivo.

—Greta lo tiene todo perfectamente calculado hasta el segundo —siguió explicando Homer mientras volvían a la casa a través de los jardines—. Prepara el conejo vivo sobre la madera de trincar una hora antes. Así, cuando *Timmy* está dispuesto, le...

*Carol cerró su mente a la horripilante historia. No quiero oír esto, se dijo. Miró el reloj, las nueve y diez, vamos chicos. De prisa. No estoy segura de poder aguantar a esta gente una hora más.*

Nick y Troy nadaron silenciosamente a lo largo de la playa, a la luz de la luna. Habían ensayado el plan minuciosamente, ninguna luz hasta que estuvieran en la cueva adyacente a la propiedad de Homer, y por lo menos a tres metros bajo el agua. Troy iría delante en busca de sistemas de alarma que podía dismantelar con las herramientas metidas en los bolsillos de su traje de goma. También estaría al acecho de los infames robots centinelas. Nick le seguiría con las bolsas que utilizarían para llevarse el oro.

Habían ido andando por la playa desde el aparcamiento de «Pelican Resort», vestidos con sus pesados trajes de inmersión así como con las mochilas, hasta que estuvieron a unos noventa metros de la alta valla que marcaba la propiedad de Homer. Entonces dejaron las mochilas que contenían sus ropas y se metieron en el agua. Durante el camino Troy tuvo problemas con las herramientas y la decisión de reducir su arsenal de dispositivos había retrasado en cinco minutos su llegada al punto de embarque. Un momento antes de entrar en el agua, Nick había lanzado un inesperado grito de excitación y agarrado a Troy por los hombros.

—Espero que el cochino oro esté allí —le dijo—, me cuesta esperar a ver sus caras después de que lo robemos.

Era hora de sumergirse, con las manos unidas en la oscuridad, Nick y Troy se dejaron caer hasta metro y medio por debajo del agua. Se detuvieron, igualaron la presión en sus cabezas y siguieron con el procedimiento. Cuando llegaron a unos tres metros, Troy encendió su linterna. Rápidamente se orientaron y fueron hacia la esquina, adentrándose en la cueva adyacente a la propiedad de Homer.

Troy iba en cabeza. No tuvo dificultad en encontrar la entrada del túnel natural que conducía a la cueva subterránea. Tal como habían planeado, Nick esperó fuera del túnel mientras Troy iba en busca de alarmas. Las paredes rocosas se cerraban sobre su cabeza, la entrada submarina tenía metro y medio de anchura y uno de altura. Troy encontró inmediatamente una caja metálica sujeta a la pared de la izquierda, y parcialmente oculta a la vista. Cuando examinó la caja descubrió que emitía dos rayos láser separados un metro.

Al otro lado del túnel natural estaban las placas de recepción de los rayos, así como la electrónica de las alarmas. Troy nadó cuidadosamente, sacó su destornillador



y desmontó la instalación. El sistema era muy sencillo, el fallo de una u otra placa en recibir el rayo disparaba un relé. Cuando ambos relés estaban abiertos, la corriente pasaba a la alarma, así que, para que se disparara la alarma, el objeto tenía que ser lo bastante grande como para interpretar simultáneamente ambos rayos. Troy sonrió para sí al dar validez al principio, mediante el paso de su mano frente a uno de los rayos. Luego arregló uno de los relés para que quedara permanentemente cerrado. Satisfecho con su trabajo, nadó de arriba a abajo del túnel rompiendo ambos rayos a la vez y asegurándose de que había dejado la alarma sin efecto.

Volvió nadando adonde Nick esperaba y le hizo una señal con los pulgares levantados. Ambos hombres pasaron, después de cincuenta metros de túnel natural, a la cueva. Cuando el estrecho paso se ensanchaba, Troy indicaba a Nick que aguardara mientras él comprobaba las posibles trampas. Nick dejó caer sus pies sobre el suelo del túnel y encendió su pequeña linterna, era un lugar perfecto para una emboscada. El túnel era aquí tan pequeño que no había virtualmente espacio para maniobrar. Se preguntó qué aspecto tendría un centinela submarino. *¡Qué lugar para morir!*, pensó de pronto. El miedo se adueñó de él al apagar su linterna y mirar su reloj de inmersión iluminado. Contempló la segunda recorriendo la esfera, trató de calmarse. Hacía tres minutos desde que Troy le dejó. *¿Por qué tarda tanto?*, se preguntó. *Debe haber encontrado algo*. Pasó otro minuto y otro más. Nick lo estaba pasando muy mal tratando de vencer aquel principio de pánico. *¿Qué voy a hacer si no regresa?*

Cuando ya se disponía a entrar nadando solo en la cueva, vio acercarse la luz de la linterna de Troy. Éste agitó la mano y Nick avanzó. A los treinta segundos, se encontraron en la parte baja de la cueva donde el agua tendría sólo metro y medio de profundidad. Los dos hombres se mantuvieron con las aletas colocadas entre las rocas para protegerse contra las intermitentes subidas de la marea.

Nick se sacó el regulador de la boca y echó su máscara hacia atrás. Antes de que pudiera hablar, Troy le puso un dedo sobre los labios:

—Habla muy bajo —le advirtió con voz apenas audible—. Este lugar podría estar protegido también contra el sonido.

En la cueva no había más luz que la linterna de Troy, sin embargo, por encima de sus cabezas, Troy señaló dos instalaciones de iluminación fluorescente. La gruta en sí era ovalada, irregular, de treinta metros en su punto más largo y quince de anchura en lo más ancho. El techo estaba solamente a un metro por encima del agua, cerca de la entrada del túnel que llevaba al océano, pero su altura era de seis metros en la esquina donde se encontraban, y el agua era baja.

—Bien, profesor —continuó Troy en voz baja—. Tengo buenas noticias y malas noticias. Las malas es que el tesoro no está aquí, en la cueva. Las buenas es que hay otros dos túneles, hechos por el hombre, que salen de aquí y llegan hasta debajo de la

propiedad del capitán Homer —calló un segundo y observó a su compañero—. ¿Qué, seguimos adelante?

Nick miró el reloj, eran ya las nueve y veinte. Movi6 afirmativamente la cabeza.

—Ese canalla se ha gastado mucho dinero aqu6, debe haber robado m6s de lo que imaginaba. —Se ajust6 el equipo de buceo.

—Empezaremos por el t6nel de la izquierda. Como antes, ir6 delante para prevenir el desastre —Troy enfoc6 su linterna hacia el techo—. 6ste es un lugar extra6o pero precioso. Parece otro planeta, ¿no crees?

Nick se baj6 la m6scara para cubrirse la cara y volvi6 a meterse el regulador en la boca. Se dej6 caer de espaldas en el agua, Troy le sigui6 y una vez debajo del agua, mostr6 a Nick el camino del primer t6nel. Este t6nel estaba en el otro lado de la cueva, a unos siete metros y medio por debajo del agua en su punto m6s profundo. Estaba hecho de tuber6a de cloaca circular normal. El di6metro de la tuber6a era de metro y medio, lo que hac6a que este t6nel tuviera aproximadamente la misma anchura que el t6nel natural entre el oc6ano y la cueva. Troy entr6 decidido en el t6nel, nad6 de un extremo a otro, examinando primero una pared y luego la otra. Por poco se le escapa la caja larga y estrecha de la alarma. Estaba empotrada en el techo, en la uni6n entre dos secciones de tuber6a y levant6 la vista casualmente antes de que se disparara la alarma.

Este sistema funcionaba por un principio diferente. Una c6mara u otro instrumento 6ptico, en la caja, tomaba repetidas im6genes de cincuenta cent6metros cuadrados del suelo del t6nel, vagamente iluminado por un cuadro de luz h6bilmente oculto, bajo el suelo normal de cemento. Aparentemente, alg6n tipo de algoritmo de comparaci6n de datos en el procesador de la alarma conten6a l6gica, seg6n la cual las im6genes consecutivas pod6an ser estudiadas, en t6rminos de peligro, dispar6ndose la alarma en caso de necesidad. Era, en su tipo, el dispositivo m6s complicado que Troy hab6a visto y, al instante, reconoci6 la similitud entre este sistema y el telescopio oce6nico que hab6a estado a bordo del *Florida Queen*. *Esto significa que el IOM lo dise6n6 y desarroll6, se dijo. As6 que es mejor que me ande con cuidado. Apuesto a que el algoritmo est6 dispuesto a fin de que las alteraciones de la c6mara disparen tambi6n la alarma.*

Nick se hab6a situado nadando a un lado del t6nel para no entorpecer, y observaba a Troy tratando de abrir la caja de la alarma sin desplazar el instrumento 6ptico. Para acomodar los cinco cent6metros de anchura de la caja hab6a una depresi6n de este tama6o en todo el c6rculo que conectaba las dos secciones seguidas de la tuber6a. A lo largo del resto del t6nel, las secciones estaban unidas con cemento. Aqu6 el pasaje era discontinuo.

*Curioso*, pens6 Nick. Distra6do pase6 la luz de la peque6a linterna hacia la negrura que se abr6a ante 6l, esperando no ver m6s que una pared de roca. ¿Qu6

*demonios es esto?*, se preguntó, al caer la luz sobre un objeto metálico parecido a una gran rejilla que descansaba sobre un trozo de viejo carril. Miró con más atención, distinguía una caja de mandos y unas poleas, pero no tenía la menor idea de cómo podía encajar todo esto.

Entre tanto, Troy había logrado sacar el interior de la caja de la alarma sin alterar la cámara, y estaba inmerso en su esfuerzo por entender el secreto funcionamiento del sistema. *¡Uff!*, pensó. *Esto es demasiado complicado para resolverlo en cinco minutos. Si pudiera simplemente aislar la alarma, sería suficiente.* Era duro trabajar bajo el agua, pero Troy era inteligente y el relleno electrónico estaba colocado de forma lógica. Pudo encontrar la alarma y desconectarla. Después, remoloneó unos segundos tratando de determinar el propósito de los otros circuitos conectados al subensamblaje de la alarma.

Nick se había propuesto mostrar a Troy lo que había descubierto en el hueco; no obstante, contemplando a su amigo luchar con el complicado circuito de la caja de la alarma, volvió a preocuparle el paso del tiempo. Eran casi las diez menos cuarto, su mirada se cruzó con la de Troy y señaló el reloj. Troy abandonó de mala gana su investigación sobre la alarma y avanzó en el túnel.

Treinta metros delante pasaba por lo que parecía una puerta de submarino, a su izquierda. Tanto Nick como Troy trataron de mover la manecilla de la grande y pesada puerta redonda, pero no sucedió nada. Con gestos, Troy indicó a Nick que siguiera intentando abrir la puerta mientras él recorría el túnel.

Los lingotes de oro y otros objetos procedentes del *Santa Rosa* estaban en el suelo del túnel, a unos veinte metros de la puerta redonda. El túnel en sí, terminaba súbitamente en una pared de roca frente a la que había un montón de objetos de oro y plata, amontonados a través de la anchura del túnel. El tesoro no estaba oculto, estaba simplemente esparcido en montones sobre el suelo de cemento, al final del túnel. Troy se encontraba en éxtasis. *Hay mucho aquí. Suficiente para los aliens. Suficiente para Nick, incluso quedaría algo para Carol y para mí.*

Nadó en busca de Nick que se excitó al ver la inconfundible sonrisa de su amigo. Corrió junto a él hasta el extremo del túnel. Cuando llegó al tesoro, pasó uno o dos minutos nadando alrededor, levantando cada objeto diferente y dejándolo caer otra vez sobre los montones del suelo.

*¡Válgame Dios!*, exclamó Nick alegremente para sí, mientras él y Troy iban metiendo lingotes de oro en las bolsas. *Por una vez estaba en lo cierto... Debe de haber más de cincuenta kilos, solamente en lingotes.* Antes de la inmersión habían decidido sacar sólo los lingotes, siempre que hubiera suficientes. Los lingotes eran los únicos objetos de los que podían tener la seguridad de que eran de oro puro. *Incluso si lleváramos veintinueve kilos a los amigos de Troy, todavía nos quedarían otros veinte, o así, para nosotros.* Hizo un cálculo mental. *Nos tocarían unos*

*trescientos mil dólares por cabeza. ¡Yuupiii!*

La excitación y la alegría inundaron a Nick. Le costaba contenerse, quería cantar, bailar, saltar de alegría. Después de todo había tenido razón, los canallas *habían robado* la mayor parte del tesoro y ahora él se lo robaba a ellos. No había mayor felicidad que enderezar viejos-y-dolorosos entuertos. Y hacerlo con gloria... espectacularmente. Nick ya lo estaba celebrando en su corazón. ¡Éste era su día!

Llenar las bolsas no les llevó tiempo, ambos sentían que su energía era infinita. Cuando hubieron terminado de cargar lingotes, Troy señaló el túnel. Nick volvió a mirar los demás objetos del tesoro que quedaban en el suelo. *Deberíamos llevárnoslo todo*, pensó. *No deberíamos dejar nada a Homer y Greta, nada de nada*. Pero había que ser práctico, cada una de las bolsas estaban prácticamente llena y ya eran excesivamente pesadas.

Nick nadó en dirección al océano, con su bolsa llena de oro flotando tras él, Troy le seguía. Al pasar la gruesa puerta a su derecha, Troy se encontró pensando de nuevo en el circuito que iba a la alarma en la caja que tenían delante, entre dos secciones de tubería. *¿Para qué podrían ser esas otras conexiones?* De pronto recordó haber visto un diagrama, en una revista de electrónica, sobre marcadores avanzados que podían reinicializar sistemas y renovar piezas defectuosas. Ahora, el componente que Troy había desactivado podía haber sido considerado defectuoso por el inteligente procesador de la caja de alarma, en cuyo caso, o habría sido remplazado por una pieza nueva, o el sistema ignoraría su fallo. *En uno u otro caso*, pensó Troy, *el sistema podría volver a estar activado*.

Pero ya era demasiado tarde. Nick pasó nadando delante del dispositivo óptico y las luces se encendieron a lo largo del túnel. Una verja de metal empezó a cerrarse detrás de él y su bolsa de oro. Fue gracias a un esfuerzo de velocidad como Troy pudo pasar antes de que la verja se cerrara por completo, pero su bolsa llena de oro se quedó al otro lado.

Nick miró la bolsa perdida de Troy posándose en el suelo. Se acercó a los barrotes y trató de hacerla pasar entre ellos pero fue inútil. Sacudió la reja, el metal era extremadamente duro. Rabioso y frustrado, golpeó la reja con los puños. Al respirar entre puñetazo y puñetazo percibió un extraño zumbido, como un motor, a cierta distancia de él. Se volvió en busca de Troy pero no lo vio por ninguna parte.

Troy estaba tan agotado después del esfuerzo efectuado para pasar la verja que se cerraba, que, sin energía, se había dejado caer sobre el suelo, en la parte más profunda de la cueva, a mitad de distancia de los dos túneles artificiales. Respiró varias veces profundamente a través de su boquilla y comprobó su reserva de aire. Le quedaban unos diez minutos más. Esperó un momento, mientras Nick, invisible para él, trataba inútilmente de recuperar la bolsa de Troy a través de los barrotes. *Mierda*, pensó Troy decepcionado por haber perdido el oro, *si lo hubiera pensado antes*

*solamente. Debía haberlo previsto...* Oyó un extraño ruido a su izquierda. Troy, curioso, se acercó nadando a la entrada del otro túnel y de lleno al camino del centinela robot.

Aunque la distancia original entre ellos era de más de cincuenta metros, el mecanismo de guía del centinela se fijó en Troy tan pronto éste apareció. Sobresaltado y fascinado, Troy en un principio no intentó esquivar la llegada veloz del submarino en forma de bala. El centinela medía un metro de largo y medio metro de ancho en su centro. Cuando estuvo a unos dos metros y medio, el centinela cargó despacio y disparó un fuerte y pequeño dardo, del tamaño de un cuchillo de mesa, que Troy logró esquivar de milagro. El dardo se clavó en la pared, a su lado.

La adrenalina invadió el sistema de Troy y fue nadando hacia el centro. El centinela no le siguió en seguida, por el contrario, se trasladó frente al túnel natural que llevaba al océano cortándole así la ruta de escape, y luego se volvió para llevar a cabo una sistemática inspección de la cueva. *¡Maldita sea!*, pensaba Troy, *¿por qué no habré salido mientras todavía podía hacerlo?* Se preguntó si Nick estaría aún en la verja.

El centinela había descubierto ahora a Nick en su campo visual. Iba nadando lentamente hacia la salida, con su bolsa, ignorando que él y Troy ya no estaban solos en la cueva. Cuando descubrió al centinela estaba ya a pocos pasos de distancia y a tiro fácil de su dardo submarino. Troy vio como el centinela cargaba un dardo. *¡Oh, no!*, exclamó para sí. *¡Cuidado Nick!* No podía hacer nada más.

Todo sucedió con tanta rapidez que ni Nick ni Troy supieron exactamente lo ocurrido. Troy explicaría más tarde que sintió un cosquilleo caliente en el brazo y que algo, un rayo de luz, o un láser, o quizás un chorro de plasma, salió de su pulsera y sumió al robot centinela en silencio e inmovilidad. Nick diría que el centinela se distrajo con Troy en el momento de dispararle y después retrocedió como por un impacto. Fuera lo que fuera lo ocurrido, toda actividad por parte del centinela, cesó. Inmediatamente después, ambos hombres nadaron juntos a la parte delantera de la cueva. Estaban temporalmente a salvo.

Carol no podía creer lo gordas y suculentas que estaban las ostras. Ellen se sentaba en el otro extremo de la mesa, frente a ella, y resplandecía de orgullo.

—¿Quiere un poco más, querida? —le sonrió alzando el enorme caldero que contenía el estofado de ostras. *Voy a repetir*, pensó Carol. *¡Además del salmonete con Nick! Greta estaría asqueada.* Sonrió a Ellen asintiendo. Una cosa por lo menos había aprendido aquella noche, Ellen era una cocinera fantástica.

*Y también una persona muy triste*, pensó Carol sirviéndose más de aquel sabroso y perfumado estofado hecho con las célebres ostras Appalachicola. Homer había contestado personalmente a todas las preguntas en la entrevista de veinticinco

minutos celebrada antes de la cena. Siempre que una pregunta había sido delicada o se prestaba a controversia, como cuando Carol preguntó sobre los rumores de que parte del tesoro había sido robado y escondido por ellos, había mirado solamente a Greta antes de contestar. *No es extraño que Ellen coma todo el tiempo. Es la pieza sobrante. ¿O es la mujer sobrante?*

—Este estofado es fabuloso —le comentó a Ellen—. ¿Le importaría darme la receta?

Ellen se mostró encantada.

—Por supuesto, será un placer —Carol recordó la referencia que hizo Dale al comportamiento de Ellen en el banquete de reparto de premios del IOM y se preguntó si, realmente, habría algún componente sexual en la cordialidad que desplegaba. *No lo distingo*, decidió Carol. *Es sólo una mujer solitaria y profundamente perturbada. No percibo ni un ápice de tensión sexual.*

—Ha estado haciendo preguntas toda la velada, Miss Dawson —le comentó Homer—. ¿Qué le parece si le preguntamos nosotros ahora? —había estado sorprendentemente agradable desde el curioso banquete a los tiburones, antes de la cena. *Deben ser normales a veces*, pensó Carol. *De otro modo no podrían sobrevivir. ¿Pero quién sabe cuándo volverá a aparecer Mr. Hyde?*

*Ja* —dijo Greta. Era la primera vez que hablaba directamente con Carol durante la cena—. Homer me ha dicho que está usted con el doctor Dale. ¿Son amantes, verdad?

*No te andas con rodeos, ¿verdad Greta?* Carol esquivó parcialmente la pregunta:

—Dale Michaels y yo somos muy buenos amigos, pasamos mucho tiempo juntos tanto social como profesionalmente.

—Es muy inteligente —prosiguió Greta. Sus ojos claros se clavaron en ella mientras sonreía de medio lado. *¿Qué estará tratando de decirme?*

La conversación fue interrumpida por el sonido de una alarma penetrante. Carol intuyó inmediatamente que algo había salido mal.

—¿Qué es eso? —preguntó inocentemente mientras la estridente alarma continuaba con su estruendo.

Homer y Greta ya se habían levantado de la mesa.

—Perdónenos —se excusó Homer— es nuestra alarma de robo. Probablemente un error, iremos a comprobarlo.

Salieron apresuradamente del comedor dejando solas a Ellen y Carol, y se dirigieron a un corredor cercano. *Debo seguirles y descubrir lo que está pasando*, pensó Carol con el corazón y la mente desbocados. Echó una mirada a su reloj, eran las diez y cinco. *Deberían haber terminado ya.*

—Voy al tocador —dijo a Ellen—. No se moleste —añadió al empezar Ellen a darle explicaciones—. Estoy segura de que podré encontrarlo.

Carol salió rápidamente al vestíbulo y prestó oído a los ruidos de Homer y Greta. Andando muy despacio, les siguió hasta que se encontró en un cuarto de estar en el lado opuesto de la casa. La puerta estaba abierta de par en par.

—Lo tendré enfocado al instante —oyó decir a Homer. Una pausa—. ¡Mierda! —gritó— parece que los lingotes han desaparecido, deben de haberse movido muy de prisa... La imagen no está muy clara, toma, mira tú.

—Ya. Los lingotes no están, creo... pero Homer, el oro debe pesar mucho. Quizás los ladrones estén atrapados todavía en el túnel... *Timmy* podría ir a buscarles.

—Eso arreglaría a esos canallas —la risa nerviosa de Homer envió escalofríos al espinazo de Carol. Hizo marcha atrás despacito hasta llegar al vestíbulo principal. Oyó cerrarse una puerta en la dirección del cuarto de estar. *Se han ido a soltar los tiburones. ¡Oh Jesús! Debo advertirles.*

Carol entró en un baño cercano al vestíbulo, cerró la puerta y abrió el grifo del agua. Después tiró de la cadena y desprendió el minúsculo *walkie-talkie* que llevaba debajo de la blusa. Lo colocó junto a su boca. «Mayday, mayday», llamó «Saben que estáis ahí. Estáis en peligro». Repitió el mensaje y apretó el botón que recitaría la comunicación automáticamente muchas veces. *¡Cuánto deseo que esta cosa funcione!*, pensó.

Se dispuso a fijar de nuevo el aparatito en el interior de su blusa y mientras lo sujetaba miró incidentalmente al espejo. El corazón le dio un vuelco, Ellen estaba en la puerta, mirándola fijamente; la mirada venenosa de sus ojos indicaba que lo había visto y oído todo. Dio un paso hacia Carol.

—Espere un poco, Ellen —dijo Carol levantando las manos—. No tengo nada en contra de usted —la mujer titubeó—. Homer y Greta la utilizan para sus fines —y añadió dulcemente— ¿por qué no les deja y se organiza una vida para usted sola?

La ira se reflejó en el rostro de Ellen, entrecerró los ojos, sus mejillas enrojecieron y alzó sus manazas amenazadoras contra Carol.

—A usted no le importa como vivo mi vida —le espetó furiosa, volviendo a moverse en dirección a ella.

Carol agarró la gruesa barra de metal del toallero y tiró de ella con todas sus fuerzas. La barra se desprendió de la pared y las toallas cayeron al suelo junto con el remate de madera que la había sujetado. Carol blandió la barra sobre su cabeza:

—No me obligue a pegarla, solamente apártese de mi camino.

Ellen no se detuvo. Carol apuntó cuidadosamente y la golpeó con fuerza sobre el hombro derecho. La mujer cayó pesadamente al suelo:

—Greta —gimió con voz monstruosa—. Greta, ayúdame.

Sin dejar de blandir la barra, Carol rodeó cuidadosamente a Ellen y retrocedió hasta la puerta. Una vez en el vestíbulo atravesó corriendo la sala de estar y se dirigió a la entrada. Al pasar delante del bar alguien le hizo una zancadilla, Carol cayó de

bruces y se golpeó la nariz en la alfombra. Trató de desasirse del brazo de Greta pero fue imposible, la tenía clavada en el suelo. Unas gotas de sangre resbalaron de su nariz y cayeron sobre la alfombra.

Ambas mujeres jadeaban. Carol consiguió darse la vuelta de modo que ahora veía a Greta pero luchó inútilmente para liberarse, los brazos fuertes de Greta le tenían las muñecas clavadas en el suelo. Greta se inclinó hasta que su rostro estuvo a pocas pulgadas del de Carol.

—Intentaba huir, ya, ¿y por qué tenía tanta prisa?

Había algo salvaje en sus ojos. Impulsivamente, Carol levantó la cabeza y la besó de lleno en los labios. Sorprendida los brazos de su asaltante se aflojaron. Era lo único que Carol necesitaba, reuniendo sus fuerzas golpeó con el canto de la mano la cabeza de Greta, que quedó aturdida. Carol la apartó y corrió hacia la puerta.

Mientras corría hacia la salida y escaleras abajo Carol iba calculando. *Greta se levantará al instante, pensó. No tendré tiempo de abrir la puerta del coche, será mejor que me aleje corriendo.*

La alemana estaba ya a quince metros tras ella y ganando terreno, cuando Carol salió al camino que llevaba desde la casa de Homer a «Pelican Resort». *Hace diez años que corro tres veces a la semana. Pero ésta es la única vez que mi vida depende de ello.* Trató de acelerar, Greta continuaba acercándose. Estaba segura de que sería alcanzada de un momento a otro, incluso una vez creyó sentir la mano de Greta sobre su blusa.

Pero pasados doscientos metros, Greta empezó a flaquear. Cuando se encontró a cuatrocientos metros de la casa de Homer, Carol se atrevió a mirar por encima del hombro. Su perseguidora decididamente había perdido terreno y se encontraba ahora a cincuenta metros de distancia. Carol experimentó un renovado chorro de energía. *Voy a conseguirlo, pensó, voy a poder escapar.*

Greta dejó de correr y se limitó a andar. Carol también lo hizo así, pero no hasta que no estuvo cerca del restaurante. Incluso entonces siguió mirando a sus espaldas, tratando de descubrir a su antagonista a la luz de la luna. *Ahora llamaré un taxi, se dijo, para que me lleve al piso de Nick. Espero que hayan oído mi advertencia y estén a salvo.*

Ya no podía ver a Greta, paró y forzó la vista. *Debe haber regresado, pensó.* Mientras observaba el camino, un par de manos fuertes la sujetaron por los hombros, giró sobre sí misma y se quedó mirando los ojos risueños del teniente Todd.



Se entretuvo a propósito hasta que el resto de actores hubiera salido del vestidor. El paquete no llamaba la atención, su tamaño era el de una gran pastilla de jabón, y estaba envuelta en papel blanco y con un lazo rojo oscuro. *Ni siquiera sabes si es de ella*, pensó Winters al tirar del lazo. El comandante estaba lleno de curiosidad. La representación había sido aún mejor esta noche, y en la escena de la alcoba había sentido, por un segundo, la lengua de Tiffani contra sus labios. *No tenía que haberlo hecho*, se dijo Winters, borrando por un momento todo vestigio de culpabilidad.

Le temblaban las manos al abrir el paquete. Era una caja lisa, blanca que contenía un encendedor de plata, sencillo pero bonito, con las iniciales VW grabadas en su parte inferior. Su corazón latió con fuerza. *Así que también siente algo*. El comandante Winters notó un ramalazo de lujuria, ahora imaginaba la escena a sólo tres o cuatro horas en el futuro; llevaba a Tiffani a casa y se besaban en la puerta:

—¿Quiere pasar? —diría ella...

«Me siento bonita... oh, tan bonita... me siento bonita, alegre y lista...» La oyó cantar al acercarse por el vestíbulo.

Abrió de golpe la puerta del camerino girando sobre sí misma. Llevaba el cabello recogido sobre la cabeza, dejando al descubierto las líneas elegantes de su cuello. La filigrana de oro de la peineta que el comandante le había regalado combinaba perfectamente con el castaño rojizo de su pelo. Vestía un traje blanco, escotado, con los hombros desnudos exceptuando el fino tirante de los extremos.

—¿Qué? —le preguntó con una gran sonrisa ansiosa. Dio otra media vuelta—. ¿Qué le parece?

—Estás muy guapa, Tiffani —respondió él mirándola con tanta intensidad que se ruborizó.

—¡Oh!, Vernon —suspiró cambiando de actitud—, las peinetas son maravillosas —sacó un cigarrillo del paquete que él tenía sobre el tocador y se lo encendió con el mechero nuevo. Aspiró profundamente con los ojos fijos en él y dejó el cigarrillo en el cenicero—. No sé como darle las gracias —murmuró.

Se acercó a él y le cogió las manos:

—Ha sido otra velada maravillosa —pasó la mano izquierda por detrás de su cabeza y se empinó para besarle. A él casi le estalló el corazón dentro del cuerpo. Sintió como él se excitaba cuando pasó dulcemente sus labios por los suyos. Le bajó más la cabeza y aumentó sutilmente, la presión de sus labios. Por fin él la rodeó con sus brazos y apretó su cuerpo contra el de ella.

El comandante Winters creyó que iba a ahogarse en el placer de aquel beso, jamás había experimentado tanto deseo. Estaba seguro de que moriría alegremente por la mañana sólo con poder continuar besándola toda la noche. Por un momento, al

abandonarse a la alegría, el amor y el deseo, todas sus preocupaciones y desesperanzas quedaron arrinconadas. Deseaba enroscarse alrededor de Tiffani, meterla dentro de su piel, y dejar fuera todo el universo.

Melvin y Marc habían pasado por el camerino a buscar al comandante, no se habían acercado sigilosamente ni fueron especialmente silenciosos, pero ni Tiffani ni el comandante Winters les oyeron llegar. Los dos hombres pudieron ver a la pareja besándose a través de la puerta abierta. Se miraron e instintivamente se estrecharon las manos. Por propia experiencia sabían de las dificultades de una historia de amor fuera de las normas aceptadas.

Tiffani y Winters se separaron al fin y ella apoyó la cabeza contra su pecho. Estaba de espaldas a la puerta. Winters abrió los ojos y vio a Melvin y Marc allí, de pie, delante de él. Palideció pero el director hizo un gesto con las manos que quería decir:

«No pasa nada. Es cosa tuya, no nuestra».

Melvin y Marc esperaron varios segundos, muy considerados, para que pareciera que no habían llegado hasta después del beso. El comandante dio unas palmadas en la espalda de Tiffani y le hizo dar la vuelta con gesto paternal.

—Magnífica representación, comandante —dijo Melvin entrando en el camerino—. Y otra superrepresentación la suya, jovencita —hizo una pausa. Marc sonrió también felicitándoles y Tiffani, instintivamente, se arregló el traje. Melvin añadió—: Hay un tal teniente Todd esperándole, comandante, dice que es urgente. Me pidió que le dijera que se apresurara.

El rostro de Winters se arrugó. *¿Qué diablos estará haciendo aquí?*, pensó. *Son más de las diez y es un sábado por la noche.*

—Gracias, Melvin, dígame que ahora mismo salgo.

El director y su amigo se marcharon. Tiffani fue a coger su cigarrillo totalmente consumido en el cenicero, dio una chupada y se lo pasó a Winters.

—¿Nos vieron besarnos? —preguntó angustiada.

—No —mintió Winters dándose ya cuenta de lo imposible de su fantasía. *Preciosa Tiffani, pensó, mi amor adolescente. Fuimos afortunados, pero no podemos seguir engañándonos. Alguna vez seremos descubiertos.* La miró a los ojos y vio en ellos la pasión de la adolescencia. De nuevo volvió a excitarse, la cogió y la estrechó con fuerza. *Y según quién nos vea, pensó al besarla, mi riesgo no tendrá límites.*

Winters tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—¿Me está diciendo que ha detenido a esos tres? ¿Y que los ha retenido en la base?

El teniente Todd estaba confuso.

—Pero señor, ¿no lo comprende? Tenemos todo un juego de fotografías. En tres

de ellas puede verse claramente el misil y hay otras fotografías que muestran al negro en una estructura submarina en el fondo del océano. Lo que había imaginado. ¿Qué otra prueba necesitamos? También les cazamos con las manos en la masa por decir poco, subiendo de una inmersión con veinticinco kilos de lingotes de oro en sus mochilas. ¡Veinticinco kilos!

El comandante Winters dio la vuelta y regresó al teatro:

—Vuelva a la Base, teniente —ordenó asqueado—. Llegaré dentro de cinco minutos.

Era obvio que Melvin y Marc esperaban a Tiffani y al comandante antes de cerrar el teatro y marcharse a la fiesta.

—¿Puede hacerse cargo de ella, Melvin? —le pidió—. Hay jaleo en la Base esta noche y al parecer me esperan para arreglarlo.

La conversación con Todd había sido beneficiosa para Winters en dos aspectos, por lo menos. Primero, le había recordado que había un mundo real ahí fuera, fuera del teatro, un mundo que no vería con buenos ojos a un comandante de Marina de cuarenta y tres años, liado sexualmente con una estudiante de diecisiete. Segundo, el asombroso anuncio de Todd de que había detenido a tres civiles, uno de los cuales era una famosa reportera, sobresaltó al comandante e hizo darse cuenta de que su obsesión por Tiffani había afectado a su trabajo. *Jamás debí permitir que este asunto se descontrolara, pensó. De ahora en adelante el teniente no hará nada que yo no haya aprobado personalmente.*

—Lo siento, Tiffani —le dijo paternalmente. Le dio un abrazo ambiguo y un beso ligero en la cabeza—. Iré a la fiesta tan pronto pueda.

—Apresúrese o perderá el champán —contestó Tiffani sonriendo. Melvin apagó las luces del teatro y los cuatro pasaron la puerta.

Winters había aparcado en la calle, a casi una manzana de distancia. Saludó con la mano a Tiffani cuando ésta subió al coche de Melvin. *Quién sabe si algún día llegarás a saber, jovencita, pensó, lo cerca que he estado de mandarlo todo a paseo esta noche.* Mentalmente volvía a estar, veinticuatro años atrás, en las afueras de Filadelfia, una noche de frío, acababa de volverse loco y de violar virtualmente a Joanna Carr. Puso en marcha su «Pontiac» y salió a la calzada. *Sería tan fácil, pensó, olvidar por una vez reglas y frenos. Lanzarse al agua sin mirar primero.* Recordó su pacto con Dios después de haber pasado la noche con Joanna. *Así que Tú mantuviste Tu parte del trato, creo. Y yo fui oficial y caballero. Y un asesino.*

Hizo una mueca. Dio la vuelta al coche pasados los Jardines Miyako y se dirigió a la Base. Con un enorme esfuerzo dejó de pensar en Tiffani y en Joanna, y en el sexo. *¡No bastaba con esta prueba con Tiffani! Al mismo tiempo se me asigna un teniente exaltado que se apodera de unos civiles en su empeño por demostrar algo descabellado...*

El comandante Winters paró en un semáforo. Poco a poco, empezó a digerir el impacto de lo que Todd le había contado. *¡Jesús! En qué lío me habrá metido. Entrada ilegal, detención ilegal. Se van a echar sobre Todd...* Entró el coche por la intersección y maquinalmente se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió. *Debería excusarme. ¡Mierda! Esa tal Dawson es una reportera. Malas, malas, noticias.*

Había llegado a la Base, saludó al guardia de seguridad y condujo hasta donde Todd le había dicho que retenía al trío. Winters paró delante de una construcción blanca situada en una pequeña colina, a unos cuatro metros y medio sobre el nivel de la calle. Un nervioso teniente Roberto Ramírez le esperaba al borde del camino. Llevaba dos gruesos sobres en la mano, se volvió y gritó algo en dirección a la puerta. Todd salió al instante, cerró la puerta con llave, bajó unos peldaños y se acercó a los otros dos oficiales. Ramírez estaba ya mostrando las fotografías al comandante Winters cuando Todd se reunió con ellos. Los tres sostuvieron una corta pero animada discusión.

—Decidme que pasó después de que recibierais mi mensaje —Carol se volvió a los otros dos en cuanto salió Todd. No habían tenido ocasión de hablar en privado desde que Todd y Ramírez les habían detenido en el aparcamiento del «Pelican Resort».

—Troy estoy a punto de estallar —rio Nick—. Pero yo creí que tu advertencia se refería solamente al centinela. Y como llevaba varios minutos inmóvil, creí que estábamos a salvo. Aún estaba muy molesto por lo de la bolsa de oro, así que volví a la verja.

»Estaba concentrándome tanto en encontrar el medio de pasar la bolsa por entre los barrotes, que se me olvidó todo lo demás.

»De pronto Troy miró hacia atrás. Un segundo más tarde dos o tres tiburones, uno de ellos decididamente un mako, chocaron contra la verja. Estaba seguro de que iba a ceder de un momento a otro.

—Esos tiburones eran temibles, ángel —intervino Troy—. Y también estúpidos. El mayor de todos debió golpearse contra la reja lo menos una docena de veces antes de abandonar.

—La bolsa con los lingotes fue inmediatamente destrozada por los tiburones enloquecidos, a lo mejor se han tragado los lingotes. No era divertido estar tan cerca de ellos —Nick se estremeció—. Cuando cierro los ojos sigo viendo los dientes del mako a tres palmos de mi cara, probablemente tendré pesadillas durante años.

—Saqué a Nick al océano, no quería tener nada que ver con aquellos animales y no confiaba en que la verja aguantara en caso de que volvieran a atacarla. Salimos en tiempo récord. Naturalmente, ninguno contaba con ser recibidos por la Marina

cuando llegamos al coche —Troy descansó—. Este tipo, Todd, ¿qué bicho le ha picado? Seguro que se cree muy listo. ¿Está mosqueado porque el profesor le tumbó anoche?

Carol sonrió. Alargó la mano izquierda y la apoyó en la rodilla de Nick dejándola allí mientras hablaba:

—Todd es uno de los ingenieros navales que tratan de encontrar el misil perdido. Estoy segura de que él y sus hombres son los responsables de los destrozos en el apartamento de Nick y en mi habitación del hotel. De lo contrario, no nos habrían detenido.

—¿Qué pueden alegar para nuestra detención? —preguntó Nick. Puso su mano sobre la de Carol y se la estrechó—. Tener lingotes de oro en una mochila no va contra la ley. ¿No tenemos derechos, como ciudadanos, que impiden este tipo de abusos?

—Probablemente —respondió Carol. Estrechó la mano de Nick y luego retiró la suya.

—Pero como reportera encuentro esta parte de nuestra aventura extremadamente interesante. Se nota que el teniente Ramírez está muy nervioso, no permitió que Todd nos hiciera la menor pregunta hasta que se contactara con el comandante Winters. Y se ha preocupado mucho de nuestra comodidad.

Como si se lo hubieran dicho, la puerta principal se abrió y entraron los tres oficiales navales. Winters iba en cabeza con los dos tenientes detrás. Nick, Carol y Troy estaban sentados en sillas de auditorio, de metal gris, a la izquierda de un espacio separado que servía como sala de espera de las grandes oficinas en la parte trasera del edificio. Winters se acercó y se apoyó en el gran pupitre gris, frente a ellos.

—Soy el comandante Vernon Winters —anunció y sus ojos se posaron en cada uno de ellos.

»Como Miss Dawson sabe, soy uno de los oficiales superiores de esta Base. Estoy actualmente encargado de un proyecto secreto, cuyo nombre clave es Flecha Rota —sonrió—. Estoy seguro de que se están preguntando por qué les han traído a la Base.

Winters alargó la mano y Ramírez le entregó las imágenes de infrarrojos que mostraban el misil en detalle. Agitó las fotografías ante los tres detenidos.

—Una de las metas del proyecto Flecha Rota es encontrar un misil de la Marina que se ha perdido en el golfo de México. El teniente Todd, aquí presente, cree, basándose en estas fotografías, que ustedes saben dónde está el misil. Por esta razón es por lo que les han traído aquí, a fin de interrogarles —Winters alzó la voz y agitó los brazos—. Ahora bien, estoy seguro de que no necesito recordarles que los super armamentos son los que mantienen nuestra nación libre y segura...

—Ahórrenos la conferencia patriótica y el histrionismo, comandante —le interrumpió Carol—. Todos sabemos que andan buscando un misil perdido y que creen que nosotros podemos haberlo encontrado. Lo siento, volvimos hoy a buscarlo pero no pudimos localizarlo —se puso en pie—. Ahora, escúcheme un minuto. Su celoso teniente y sus hombres han quebrantado más leyes de las que puedo contar. Además de raptarnos, han saqueado y destrozado mi habitación del hotel y el apartamento de Mr. Williams. También han robado varias fotografías y equipo valioso —miró a Winters con dureza—. Ya puede empezar a buscar una buena razón para arrastrarnos hasta aquí o le juro que me ocuparé de que los tres vayan a consejo de guerra.

Carol miró a Ramírez. Temblaba.

—Entretanto —continuó— ya puede empezar a darnos una excusa oficial por escrito, devolvernos todas nuestras propiedades, y el pago adecuado de los daños. Además, quiero acceso exclusivo a todos los documentos de Flecha Rota, a partir de ahora. Si no acepta estas condiciones, será mejor que vaya preparándose para leer algo sobre las tácticas de la Gestapo en la Marina de los Estados Unidos, en la próxima edición del *Miami Herald*.

¡Oh, oh! —pensó Winters—. *Esto no va a ser fácil. Esta reportera se propone jugar a farol y amenazas.* Sacó un cigarrillo mientras pensaba.

—¿Quiere dejar de fumar aquí? —le interrumpió Carol—. Lo encontramos ofensivo.

¡Al infierno con esos no fumadores agresivos! Volvió a meter el pitillo en el paquete de «Pall Mall» y éste en el bolsillo. Winters se sintió desconcertado, al principio, por el rápido ataque de Carol, pero recobró la compostura. Un minuto después, le dijo:

—Mire, Miss Dawson —apartó la vista del trío y miró en dirección a la puerta—. Comprendo que pueda estar disgustada por lo que ha ocurrido, admitiré que nuestros hombres se han portado de forma imperdonable cuando registraron sus habitaciones en busca de pruebas. Sin embargo... —Winters paró a media frase, se volvió y se acercó a Nick, Carol y Troy.

—Sin embargo —repitió—, ahora estamos hablando de traición —esperó a que captaran su amenaza—. Y no necesito decirle, Miss Dawson, que la traición es algo muy serio. Más serio que el periodismo —titubeó de nuevo para producir mayor efecto y su voz se hizo ominosa—. Si cualquiera de ustedes sabe donde está el misil y ha pasado la información a un miembro de *cualquier* gobierno extranjero, especialmente uno tenido como enemigo de nuestros intereses nacionales, entonces han cometido traición.

—¿Qué clase de hierba ha estado usted fumando, comandante? —atacó Carol—. Admitimos libremente que hemos estado buscando un misil, pero eso sólo no nos

hace espías. No tiene nada contra nosotros —miró a Nick. Éste admiraba su actuación—. Soy simplemente una reportera cubriendo una buena historia. Este cuento suyo de traición es puro invento.

—Ya —intervino el teniente Todd incapaz de contenerse—. Entonces, ¿dónde fueron tomadas las fotografías? —mostró la foto de Troy con su equipo de inmersión en la primera habitación submarina, de paredes rojas y azules. Luego se volvió y señaló las mochilas tiradas en la esquina opuesta—. ¿Y qué estaban haciendo sus dos amigos esta noche con veinticinco kilos de oro?

—Está bien, hombre —observó Troy en tono exagerado. Dio un paso hacia Todd—, está bien. ¿Ya lo ha montado todo? Encontramos el misil y lo vendimos a los rusos por veinticinco kilos de oro —sus ojos se abrieron del todo al mirar al teniente—. Y ahora el misil está a bordo de un submarino camino de Moscú o de sabe Dios donde... Venga, hombre, no diga más tonterías, no somos tan estúpidos.

El teniente Todd se enfureció:

—Canalla negro... —masculló entre dientes antes de que el comandante Winters saltara entre los dos. Winters necesitaba tiempo para pensar.

Lo planteado por Todd seguía, después de todo, sin respuesta. Incluso aunque las respuestas fueran buenas, no era difícil imaginar que alguien hubiera llegado a la conclusión, basada en las fotografías, de que podía tratarse de una conspiración.

Además estaba la cuestión de defender los actos de su subordinados y del equipo de investigación. *Si les dejo que se marchen ahora*, pensó Winters, *es como admitir realmente que, en primer lugar, hemos cometido un error* y... Ramírez hacía señales al comandante, indicando la salida con la cabeza. Winters no lo entendió al principio pero Ramírez repitió el movimiento.

—Perdónenme un momento —dijo Winters. Ambos oficiales salieron al exterior, al principio de la escalera, dejando a Todd con Nick, Carol y Troy.

—¿De qué se trata teniente? —preguntó Winters.

—Comandante, señor —respondió Ramírez—. Mi carrera es la Marina. Si ahora soltamos a los tres sin haberles interrogado oficialmente...

—Estoy de acuerdo con usted —le interrumpió Winters—. Ojalá nada de todo esto hubiera ocurrido, pero ocurrió. Ahora debemos zanjarlo por completo y debidamente, o no habrá defensa para lo que hemos hecho —reflexionó un instante—. ¿Cuánto tiempo nos llevará montar el vídeo y el equipo de sonido para un interrogatorio?

—Unos treinta minutos. Cuarenta y cinco como máximo.

—Hagámoslo. Mientras lo va montando yo prepararé la lista de preguntas.

¡*Mierda!*, pensó Winters para sí, mirando como Ramírez se dirigía a toda prisa a su despacho del otro lado de la Base. *Ya veo que me voy a quedar aquí toda la noche*. Pensó en su oportunidad perdida con Tiffani. *Será mejor que la llame y se lo explique*

*mientras preparo las preguntas. Sintió rabia contra el teniente Todd. En cuanto a ti, se dijo, si salimos de ésta sin problemas, yo personalmente, me ocuparé de que te trasladen a Slobbovia Baja.*

Habían dado las once, el teniente Todd estaba junto a la puerta principal. Sosteniendo un bate en la mano. Ya una vez antes, aquella noche Todd había utilizado el palo sobre las costillas de Nick para obligarle a entrar en el coche, después de haber llegado al aparcamiento del «Pelican Resort». A Nick todavía le escocía el golpe.

—¿Cuánto tiempo durará esto? —preguntó Troy, junto al pupitre—. ¿No podríamos ir a casa ahora, dormir un poco y volver el lunes por la mañana...?

—Ya ha oído lo que ha dicho el jefe —contestó Todd, estaba en la gloria—. Ya se han ido a preparar un interrogatorio formal. Debería aprovechar el tiempo para ordenar su historia —y Todd golpeó la palma de su mano con el palo.

Troy se volvió a sus compañeros.

—Está bien, equipo —dijo guiñándoles el ojo—. Mi opinión es que volemos todo esto, desarmemos al individuo y larguémonos de aquí.

—Intentadlo, bastardos —replicó Todd. Golpeó una de las sillas plegables con el palo para dar mayor énfasis a sus palabras—. Nada me complacería más que tener que informar de que han tratado de escapar.

Nick no había dicho gran cosa desde que Winters y Ramírez se habían ido. Ahora miró a Todd desde su sitio:

—¿Sabe lo que más me molesta de todo esto? —comentó—. Es la gente como usted —y continuó sin esperar respuesta— que terminan en cargos de poder o de autoridad, en todo el mundo. Fíjese en usted mismo, piensa que porque nos tiene en su mano, ya es alguien. Pues deje que le diga algo. Es usted un mierda.

Todd no intentó disimular lo poco que le gustaba Nick.

—Por lo menos yo sé encontrar blancos para que sean mis amigos —observó sarcástico.

—Ahora mismo declaro —intervino vivamente Troy— que nuestro asociado el teniente Trodd debe ser un fanático. A lo mejor estamos hablando con un auténtico asno. Veamos si «negrito» sería su próxima...

—Chicos, chicos —interrumpió Carol al ver a Todd ir hacia Troy—. Todo va bien, está bien.

La habitación se quedó silenciosa. Troy volvió junto a sus amigos y se sentó en su silla.

Poco después, se inclinó hacia Nick y Carol y mientras les hablaba acercó la pulsera a su boca:

—¿Sabéis amigos?, si no nos vamos pronto de aquí, puede que nos quedemos



toda la noche. Imagino que el interrogatorio llevará tres o cuatro horas, y esto significa que la Marina llegará al punto de inmersión por la mañana, antes que nosotros.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó Carol—. Sería un milagro que nos dejaran marchar sin más.

—Un milagro, ángel —asintió Troy con una sonrisa—. Un buen milagro de los de antes, como el del hada azul.

—¿Qué están murmurando ahí? —y el truculento teniente Todd empezó a caminar en dirección al baño, en el extremo oeste de la larga sala. Cállense y no intenten nada, la puerta de entrada está cerrada con llave y la tengo yo.

No cerró la puerta del baño. Afortunadamente el urinario no estaba a la vista.

Había poca luz en el fondo del pequeño baño. Mientras Todd terminaba de orinar, notó una extraña sensación en todo el costado derecho, como si millares de alfileres estuvieran pinchándole. Desconcertado se volvió hacia la derecha. Lo que vio allí, en la esquina, le produjo un terror que invadió todo su cuerpo.

En el rincón, parcialmente oculto a la escasa luz, había lo que sólo podría describirse como una zanahoria de dos metros de altura. El extremo ancho de la criatura se sostenía sobre cuatro tacos apoyados en el suelo. No se veían brazos, pero a metro y medio de altura, justo debajo de un manojito de fideos azules de propósito desconocido en lo alto de la «cabeza», cuatro cortes verticales, de medio metro de largo cada uno, marcaban lo que pasaba por el rostro. De cada uno de estos cortes colgaba algo raro. Troy explicaría después que se trataba de sensores, que la zanahoria veía, oía, olía y tocaba y probaba, con estas extensiones colgantes.

El teniente Todd no esperó a estudiar la criatura, lanzó un alarido y salió corriendo del baño sin entretenerse en guardar el pene o cerrar la bragueta. Cuando la extraña cosa anaranjada apareció a la luz, en la puerta del baño, el teniente estaba seguro de que iba a seguirle y la miró, petrificado e inmóvil, durante una fracción de segundo. Luego, cuando vio que en efecto le seguía, dio media vuelta, abrió la puerta y salió corriendo.

Desgraciadamente no recordó los ocho peldaños de cemento. En su pánico dio un traspiés y cayó rodando. Se golpeó la cabeza en el segundo escalón y llegó hasta el suelo, quedando de espaldas, inconsciente, sobre la acera, frente al edificio.

Carol se escondió detrás de Nick al ver la zanahoria. Luego ambos miraron a Troy que sonreía y tarareaba para sí:

—«Cuando formules un deseo... no importa quien seas» —parecía tan relajado sobre todo, que Nick y Carol se tranquilizaron momentáneamente. No obstante, después de la desaparición del teniente Todd, la zanahoria se volvió hacia ellos y les pareció difícil mantener la calma.

—¡Qué pena! —les dijo Troy con una gran sonrisa—, yo esperaba realmente la

llegada del hada azul, pensé que me haría rico, o quizá blanco.

—Bueno, Jefferson —dijo Nick, como si acabara de comer un limón—. Explica por favor qué es eso que tenemos delante.

Troy fue el primero en ir al rincón a recoger sus mochilas.

—Esto, profesor —explicó yendo directamente hacia la zanahoria— es lo que se llama una proyección holográfica —pasó la mano a través del cuerpo de la zanahoria—. Por alguna parte del universo existe una criatura real como ésta, pero *ellos* han enviado solamente su imagen para ayudarnos a escapar.

Pese a la explicación de Troy ni Nick ni Carol quisieron acercarse más de lo necesario a la inmóvil zanahoria. Se movieron con la espalda apoyada en la pared hasta que llegaron a la puerta.

—Tranquilos —rio Troy— no os hará ningún daño.

El sensor que colgaba del último corte en el extremo derecho de la zanahoria era totalmente incomprensible. Carol no apartaba los ojos de él, parecía un pedazo de cosa parecida a un panal pegado al extremo de un palo de majorette.

—¿Para qué le sirve esto? —preguntó Carol, señalándolo mientras precedía a Troy en la salida.

—No lo sé, ángel, pero debe ser divertido.

Nick y Troy se reunieron con Carol en el rellano que precedía a los peldaños. Todos vieron a Todd, a la vez. Les sorprendió, naturalmente, verle tendido en el suelo al pie de los escalones. Le sangraba la cabeza.

—¿Deberíamos ayudarle? —preguntó Carol en voz alta y Troy bajó corriendo.

—Ni hablar —respondió Nick.

Troy se inclinó sobre Todd y examinó cuidadosamente al inconsciente teniente, de la cabeza a los pies. Golpeó al hombre en la mejilla pero el teniente no se movió. Troy guiñó el ojo a sus amigos.

—Amigo, el profesor tenía razón —sonrió—, eres un mierda.

—Así que la besé —concluyó Carol riendo.

—¿Qué hiciste *qué*? —preguntó Nick. Estaban todos en el viejo «Ford LYD» de Troy, yendo hacia el puerto Hemingway. Después de salir de la base anduvieron dos kilómetros para ir al dúplex de Troy y recoger su coche. Carol estaba sentada delante junto a él y Nick estaba detrás junto a las mochilas que contenían el oro y los discos de información.

Carol se volvió a Nick.

—La besé —rio de nuevo cuando Nick hizo una mueca de asco—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Esa mujer es más fuerte que muchos hombres y me tenía clavada en el suelo. Había un algo sugerente en la forma en que me sujetaba...

—¡Buuuu!, ángel. Eres asombrosa. ¿Qué hizo la superalemana entonces?

—Me soltó las muñecas. Un segundo. Creo que estaba pensando en devolverme el beso o no.

—¡Ajj! —exclamó Nick desde atrás—. Creo que voy a vomitar.

—¿Entonces le diste en la cabeza y saliste corriendo? —insistió Troy y Carol asintió. Troy volvió a reír pero inmediatamente se puso serio.

—Ten cuidado si vuelves a verla, ángel, a Greta no le gusta perder.

—Pero te equivocas en una cosa, Carol —observó Nick—. A Greta no le gustan las mujeres, le gusta demasiado el sexo con los hombres.

Carol encontró su observación presuntuosa e irritante. Y dijo:

—¿Por qué será Troy, que los hombres asumen naturalmente que cualquier mujer que haya tenido relaciones con hombres no puede interesarse en tener relaciones sexuales con otra mujer? —no esperó respuesta y se volvió para hablar a Nick—. Y por si te lo estás preguntando, no soy lesbiana. Soy heterosexual inflexible, tanto por mi ambiente de clase media de San Fernando Valley, como por lo que sea. Pero te confieso que, a veces, estoy cansadísima de los hombres y de lo que yo llamo sus demostraciones machistas del tipo mandril.

—¡Eh! —protestó Nick—, no pensaba iniciar una discusión. Sólo sugería...

—Está bien, está bien —interrumpió Carol—, no ha pasado nada. Me temo que me disparo en seguida —calló unos segundos—. A propósito Nick, hay una parte de todo esto que aún no he comprendido. ¿Por qué se esforzó tanto el capitán Homer en esconder el tesoro todo este tiempo? ¿Por qué no lo vendió tan pronto como pudo?

—Por muchas razones —contestó Nick— y la menor no era el miedo a que se le descubriera y fuera acusado del perjurio cometido durante el juicio. Pero de este modo también se libraba del IRS, porque el valor del oro aumenta con el tiempo y, lo que es más importante, Greta tiene que rondar así por allí si no quiere perder su parte. Es casi seguro que cambia parte del tesoro por dinero, de vez en cuando, probablemente a través de una tercera persona, pero nunca cambiará mucho para no llamar la atención con la transacción.

—Así que ya lo sabes, ángel, por qué no hay modo de que pueda avisar a la Policía. Tendría que contarle todo, creo que está cogido.

Troy se colocó a la izquierda y esperó a que las luces cambiaran. Un coche se les acercó por la derecha, del lado de Carol, y en aquel momento miró distraída en aquella dirección. Era un «Mercedes».

Más tarde Carol recordaría que el tiempo pareció dilatarse para ella. Cada segundo del minuto siguiente estaba grabado en su memoria en cámara lenta, como si abarcara un período de tiempo mucho mayor. Greta conducía el coche del capitán Homer y miraba fijamente a Carol. Homer se sentaba a su lado, agitando los puños, gritando algo que ella no podía oír a través de su ventanilla cerrada. Carol se fijó en los ojos de Greta, jamás había visto tanto odio. Por un instante apartó la mirada para

advertir a Troy y Nick y cuando volvió a mirar, Greta la apuntaba con una pistola.

Ocurrieron tres cosas simultáneamente. Carol se agachó, Troy cruzó al otro lado con luz roja, esquivando por los pelos otro coche, y Greta disparó la pistola. La bala atravesó la ventana de Carol y fue a incrustarse en la puerta de Troy, sin tocar milagrosamente, a ninguno de los dos. Carol se sentó en el suelo debajo del tablero, luchando contra el pánico y por recobrar el aliento.

Había empezado la caza. Era un sábado a las once y media de la noche, en Cayo West, y el tráfico en el sector residencial era escaso. El «Ford» de Troy no podía enfrentarse al «Mercedes». Por dos veces Greta había maniobrado para situarse adecuadamente y el «Ford» estaba acribillado de balazos. Las ventanas estaban rotas, pero ninguno de los ocupantes del coche había resultado herido.

Nick iba echado en el suelo, detrás:

—Ve hacia el centro de la ciudad, si puedes —gritó a Troy—. Quizá podamos perderles entre el tráfico.

Troy estaba agachado todo lo que podía tras el volante. Apenas veía el camino que tenían delante. Conducía como un loco, irrumpiendo en las calles de cuatro direcciones, entre el tráfico en sentido contrario, tocando la bocina como un demente, haciendo imposible a Greta imaginar por dónde iba a moverse.

—¿Dónde están los polis cuando se necesitan? —gritó—. Tenemos unos locos que nos disparan con pistolas en mitad de Cayo West y no hay ni un hombre de azul a la vista.

Siguiendo la sugerencia de Nick, dio la vuelta en mitad de la calle y fue en dirección opuesta. Greta no estaba preparada para eso. Frenó el «Mercedes» en seco, que patinó, rebotó contra un coche aparcado y continuó la persecución.

En la calle que tenían delante no había coches y el «Mercedes» se estaba acercando.

—¡Oh, oh! —exclamó Troy, temiendo otro ataque. Giró violentamente a la izquierda, atravesó un callejón, un aparcamiento, y entró en una calle estrecha, el coche se inundó de luz y Troy frenó.

—Todo el mundo abajo —gritó. Nick y Carol intentaron averiguar qué diablos ocurría, mientras Troy entregaba las llaves a un hombre alto que vestía un uniforme rojo.

—Estamos tomando copas —le advirtió. Oyeron el chirrido de los frenos del «Mercedes». Y esa gente que tenemos detrás —dijo Troy en voz alta a una media docena de personas, incluyendo dos ayudantes de aparcamiento, que se encontraban cerca—, llevan armas y tratan de matarnos.

Era demasiado tarde para que Greta y Homer pudiera escapar. Troy se había metido en la entrada del aparcamiento del «Hotel Miyako Gardens» y otro coche ya había entrado en el camino circular, detrás del «Mercedes». Greta puso la marcha

atrás, chocó contra el parachoques del «Jaguar» que tenía detrás y trató de escapar adelantando al «Ford» de Troy, pero éste y el ayudante uniformado se echaron hacia atrás cuando Greta golpeó la puerta abierta del «Ford», perdió el control del «Mercedes» y se estrelló contra el kiosco del aparcamiento, en mitad del camino. Cuando Nick y Carol bajaron del coche, cuatro agentes de seguridad del hotel rodeaban a Greta y Homer.

Troy se acercó a sus amigos:

—¿Algún herido? —Ellos sacudieron la cabeza—. Imagino que con esto —explicó Troy con una sonrisa radiante— nos libramos de esos tipos.

Carol le abrazó diciendo:

—Venir aquí ha sido una idea brillante. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Pájaros —respondió Troy.

—¿Pájaros? —preguntó Nick—. ¿De qué cuernos estás hablando, Jefferson?

—Bien, profesor —explicó Troy abriendo la puerta del elegante hotel y entrando con sus colegas en el atrio abierto—, cuando estuvieron a punto de alcanzarnos la última vez, me di cuenta de que probablemente iban a matarme por robarles el oro. Y me pregunté si habría pájaros en cielo, mi madre siempre me decía que sí los había.

—Troy —le advirtió Carol—, deja ya de divagar, al grano.

—Exactamente, ángel, mira a tu alrededor.

En el atrio del «Miyako Gardens» había un aviario maravilloso, cuya fina tela metálica terminaba a una altura de cuatro pisos, bajo una cristalera. Cientos de pájaros de colores jugaban entre las enredaderas y las palmeras, y daban a la entrada del hotel la sensación y el sonido del trópico.

—Cuando pensé en los pájaros —Troy no pudo reprimir una carcajada—, me di cuenta de que estábamos cerca de este hotel y se me ocurrió este plan.

Los tres juntos contemplaron el aviario. Carol estaba entre los dos y alargó sus manos a los dos hombres.

# REPATRIACIÓN

La nave espacial descansa tranquila bajo el océano verde esmeralda. Extrañas criaturas parecidas a peces nadan cerca, observan al visitante caído del cielo, y continúan su viaje. La última revisión antes de elevarse está en marcha. Cuando la revisión ha concluido, se abre una puerta, cerca del fondo de la nave y aparece una esfera metálica de oro, de un diámetro de doce centímetros. La esfera está sujeta a una larga y estrecha plataforma. Los hilos, debajo de la plataforma, tiran de ella por una pequeña rampa y después a través del fondo arenoso del océano.

El aplanado vehículo y su cargamento desaparecen a distancia. Después de una larga espera, la extraña plataforma móvil regresa a la nave sin la esfera dorada. La rampa se desliza en la nave, la puerta se cierra y la nave está lista para despegar. Poco después la gran nave se mueve en el agua, elevándose hasta llegar justo debajo de la superficie del océano esmeralda. Entonces se reconfigura, añade alas, aletas de dirección y otros dispositivos de control, y rompe el agua con la apariencia temporal de un aeroplano. Su ascensión al cielo azul lleno de luz por los dos soles es rápida y sorprendente. Casi al instante adquiere la velocidad orbital. Una vez en órbita sobre la atmósfera, sus superficies aerodinámicas se retractan y la nave espacial hace un viaje final alrededor del planeta Canthor. Cuando alcanza la verdadera anomalía de su órbita, la nave acelera rápidamente y se lanza de nuevo al frío y oscuro espacio interestelar. La tercera entrega se ha llevado a cabo; quedan nueve más de su misión de sesenta miliciclos.

Pasan tres miliciclos. El nuevo planeta-objetivo está sólo a seis sistemas de distancia, otro planeta oceánico orbitando alrededor del solitario sol amarillo de inusitada estabilidad. La cuarta cuna será depositada en él, en el tercer cuerpo lejos de la estrella, un planeta cuyo período de moción alrededor de su sol central es tan corto que hace catorce revoluciones en un miliciclo.

Antes de alcanzar su objetivo, la nave espacial se desvía. Se sumerge en la atmósfera rica en hidrógeno del mayor planeta del nuevo sistema, cumpliendo así dos metas. Su velocidad respecto de la estrella central es significativamente disminuida mediante la conversión de la energía cinética a calor disipado, y su depósito de elementos brutos y compuestos químicos primitivos, de los que el equipo de manufacturado de a bordo crea todas piezas de recambio, es parcialmente relleno. Después de salir de su salto a la espesa atmósfera, el viajero interestelar cubre la distancia final hasta su objetivo, una tranquila velocidad de seiscientos nanociclos.

Durante su aproximación, la software automática de la computadora central pasa por una bien probada secuencia, diseñada para descubrir si alguna de las condiciones del planeta-objetivo han cambiado desde el último conjunto de observaciones sistemáticas, tres ciclos atrás. Dado que el contenido de cada cuna ha sido diseñado

únicamente basándose en el entorno del planeta específico donde los cigotos deben crecer y desarrollarse, cualquier cambio importante en ese entorno podría reducir drásticamente las probabilidades de supervivencia de las especies repatriadas. A una orden de la computadora, una batería de avanzados instrumentos sensores remotos, se despliega para confirmar el diseño original determinado para el planeta.

Pero los instrumentos, tal como están planeados, no dan validez al supuesto diseño. El entorno ha cambiado. No marcadamente, no como si hubiera sido reformado a gran escala por una inteligencia avanzada para un propósito determinado. Los datos iniciales sugieren, por el contrario, que durante el último o dos últimos ciclos, alguna inteligencia indígena ha emergido causando un impacto no trivial, tanto en la superficie como en la atmósfera del planeta.

Mientras los sensores remotos continúan su vigilancia del planeta-objetivo, se descubre algo todavía más inusitado. Hay satélites artificiales, millares de ellos, en órbita alrededor del cuerpo. Una especie conocedora del espacio vive ahora en este planeta. Una alarma se dispara en la computadora central de la nave. Los cigotos y la cuna destinados a este planeta no se diseñaron para enfrentarse a otra especie avanzada.

No obstante, los brillantes ingenieros de la Colonia han anticipado que por lo menos uno de la docena de planetas-objetivo podría haber cambiado significativamente durante los tres ciclos, desde las últimas observaciones regulares. Un protocolo de contingencias para sortear nuevas situaciones ha sido programado durante la secuencia de aproximación. Este protocolo requiere esencialmente cuidadosos análisis sobre las nuevas condiciones del planeta, valoración del impacto de estas condiciones sobre la probabilidad clave de parámetros de supervivencia, y luego, asumiendo que la valoración del impacto no es satisfactoria, transferir, a ser posible, la nueva información a la infraestructura electrónica responsable de la educación de las especies repatriadas después del reparto de cunas.

Una de las subrutinas especiales en el protocolo de contingencia trata de la emergencia-sorpresa de nuevas especies navegantes del espacio. El primer acto en la secuencia es el examen de uno de los satélites orbitales, para valorar su sofisticación tecnológica. Con sumo cuidado, la nave espacial interestelar se sitúa en posición de encuentro con uno de los satélites artificiales que permanecen prácticamente estacionarios, sobre una sola región, en el planeta giratorio que hay debajo. Utilizando algoritmos de explosión super rápida, almacenados en el macro comunicador, la nave busca y establece las frecuencias de mando y telemetría de su vecino. Pero los intentos de dar órdenes al satélite, fallan, sugiriendo un complicado código protector incrustado en los receptores y/o un complicado procedimiento de mando.

Sin poder ordenar al satélite y así estudiar sus capacidades, la nave espacial

visitante no puede establecer conclusiones sobre el alcance tecnológico de la nueva especie de navegantes espaciales. El protocolo requiere, en esta situación, el intento de «captura» del satélite para realizar un examen *in situ*, siempre y cuando no exista peligro por dispositivos montados en el propio satélite. Esta determinada rama de lógica, en la software, para la nave, fue tema de intenso debate por la junta revisora de Comité de Ingenieros durante el proceso de diseño, varios ciclos antes. Muchos de los ingenieros más experimentados pensaron que era arriesgado incluir esta anilla de lógica, en principio por la posibilidad de que una cultura emergente paranoica pudiera armar sus satélites con dispositivos destructores que no pudieran ser fácilmente reconocidos y desarmados.

No obstante, basándose en la evidencia histórica de toda la galaxia, se discutió que puesto que las más incipientes civilizaciones habían abolido la guerra y la agresión, antes de surcar los espacios, la ausencia de un dispositivo claramente identificable de destrucción o de protección, era suficiente evidencia adicional para permitir la captura y desmantelamiento de un satélite.-Y todos estuvieron de acuerdo en que la información detallada sobre el estatus tecnológico de la nueva especie, que resultara de tal ingeniería revertida sería extremadamente valiosa para completar la evaluación del riesgo para las especies repatriadas.

Grandes brazos de manipulación remota se extienden fuera de la nave, se apoderan del satélite de vigilancia y lo meten en una gran estancia de techo abovedado. Un ejército de pequeños robots electrónicos lo atacan al instante, recorriendo toda su superficie con tientes y sondas. Trillones de fragmentos de datos sobre el satélite son engullidos por el dispositivo de almacenamiento de datos primarios de la computadora de éste. Los nuevos navegantes del espacio no están muy avanzados técnicamente. En realidad, el algoritmo de la computadora llega a la conclusión de que incluso es sumamente sorprendente que hayan dominado el lanzamiento y mantenimiento de tantos satélites.

Una explosión empieza a destruir la habitación y una sorprendente secuencia de acontecimientos entra en acción casi inmediatamente después, mientras la nave despliega sus recursos de protección para detener la expansión de la bola de fuego y mitigar los daños causados por el pequeño dispositivo nuclear que ha vaporizado su satélite «invitado». La explosión es rápidamente contenida por técnicas desconocidas, pero no antes de que haya causado considerable destrucción a bordo de la nave interestelar.

La gran nave se ocupa en una complicada auto-prueba, después de la explosión. Un detallado análisis computerizado de los daños indica que la probabilidad de desplegar las cunas con éxito, en los ocho planetas adicionales, aumentaría si la misión quedara temporalmente interrumpida para dar lugar a llevar a cabo ciertas reparaciones. La necesidad concomitante es un refugio seguro para realizar ciertas



modificaciones, en un entorno conocido y con escasas variaciones. La computadora maestra decide, basándose en las restricciones del sistema y subsistema, que deben aplicarse durante las reparaciones, que el fondo del océano en este planeta-objetivo es el lugar perfecto para esta espera en el programa de la misión.

La nave espacial baja a la atmósfera, reconfigurándose de nuevo y mostrando una serie de superficies aerodinámicas de control. Durante su rápido descenso, la ruta de vuelo es cruzada por un vehículo en forma de bala que acaba de ser lanzado desde un aeroplano a gran altura. La nave espacial se acerca y luego vuela junto al misil. La telemetría del misil es interceptada y correlacionada con los tipos de datos extraídos del anterior satélite. La computadora de la nave utiliza su enorme capacidad procesadora y la correlación cruzada de los algoritmos, para tratar de romper el código de mando del pequeño misil. Eventualmente se consigue y el visitante es capaz de interactuar sobre el proyectil dirigido.

La nave espacial ordena al misil que lea sus subrutinas de guía. Realizando cuadrillones de computaciones por segundo, la inteligente computadora del corazón de la nave interestelar deduce la estrategia de blanco del misil. Una imagen del blanco que provocaría la caída del misil en el océano, junto al punto elegido para el vehículo espacial, es mandada al algoritmo de guía del misil. La nave y el misil se hunden, en parejo, en el golfo de México.

Los dos vehículos descansan ahora a unos tres kilómetros de distancia en el fondo del océano. Dentro de la cuidadosamente codificada software de protección de fallos de la gran nave espacial, que se hizo cargo del manejo de la nave inmediatamente después de la explosión del satélite, cuatro actividades separadas se llevan paralelamente a cabo. Uno de los procesadores está seleccionando a través de los archivos de datos asociados con este determinado planeta, para determinar qué posible especie indígena pudo haber pasado por un estallido evolutivo y transformarse en navegantes del espacio con tanta rapidez. Junto con esta primera serie de computaciones hay una evaluación del impacto de dicha inteligencia avanzada, local, sobre la supervivencia de los cigotas repatriados. Entre las preguntas formuladas por la evaluación está la de qué pasos activos puede tomar la nave espacial, ahora, para aumentar la probabilidad de germinación y desarrollo embrionario, con éxito.

Un tercer procesador de la computadora central realiza un detallado y completo análisis del estado de la nave, incluyendo meticulosas valoraciones de técnicas de reparación, y materiales necesarios para componer todos y cada uno de los componentes. La cuarta subrutina paralela importante dirige el esfuerzo de los pequeños robots planos que salen al océano, primero para comprobar que el misil cercano es inofensivo y puede ser traído, sin temor, a la nave, y segundo para

catalogar toda la flora y fauna de los alrededores por si acaso se hiciera necesario algún tipo de camuflaje.

Las alfombras trasladan el misil a la nave para más análisis. No se encuentran más datos importantes en su estudio. Las similitudes de ingeniería entre el misil y los anteriores satélites artificiales son catalogadas simplemente en los archivos de datos. La valoración de los daños en la nave llega a la conclusión de que las materias primas y herramientas necesarias para la reparación pueden encontrarse, exceptuando las cantidades apropiadas de plomo y oro, ambos metales difíciles y lentos de conseguir en el transmutador. Si pudiera encontrarse de algún modo suficiente plomo y oro, la nave entonces estaría dispuesta para abandonar el planeta en tres días locales; si la nave tuviera que hacerse el plomo y el oro, incluyendo la búsqueda de elementos en pequeña cantidad en el océano circundante, entonces el esfuerzo total de las reparaciones tardaría tanto como treinta días.

Los otros dos procesadores llegan a unas conclusiones igualmente interesantes en cuanto a probabilidades. Basándose en los datos tomados durante la recogida de especies en peligro, siete ciclos atrás, dos tipos separados de animales, uno de tierra y otro de agua, son seleccionados como los únicos posibles candidatos del estallido evolutivo que produjo navegantes espaciales en tan poco tiempo. A decir verdad, según la computadora, si los seres humanos de tierra sobrevivieron su anterior nadir (más o menos en la época en que algunos ejemplares fueron recogidos por las naves del Zoológico de la Colonia) y no se extinguieron, tenían mejor oportunidad de llegar a viajero del espacio, especialmente en vista de los resultados de los experimentos a que se les sometió en el Complejo Zoológico. Pero si, en realidad, los descendientes de estos bípedos, criaturas erguidas y agresivas, se han vuelto viajeros del espacio, advierte el procesador, la posibilidad de supervivencia de los cigotos en la cuna es extremadamente baja. A menos que pudiera llevarse a cabo algún cambio significativo en la cuna, en el acto, o que el desarrollo de los repatriados pueda mantenerse secreto, en cuanto a los humanos, por tanto tiempo como un miliciclo.

Lo más preocupante para la nave espacial extraterrestre desde el punto de vista de su misión, es la posible conclusión de que puede ser descubierta por los habitantes inteligentes y potencialmente hostiles del planeta-objetivo, en un período de tiempo relativamente breve. De ser descubiertos y seriamente amenazados, la nave escaparía rápidamente del planeta y buscaría otro refugio para sus reparaciones; sin embargo, viajar por el espacio cercano en su precario estado podría resultar muy arriesgado. Otra opción sería que la nave enviara sus propios robots a las minas de este planeta para extraer el plomo y el oro que virtualmente garantizaría su llegada sana y salva al siguiente objetivo, donde los metales pesados son abundantes.

En cualquiera de los casos, el descubrimiento prematuro por terrícolas no cooperativos condenaría casi con seguridad la cuna de cigotos que se dejaría en la

Tierra, si llegara a saberse que dicha cuna procede de una nave espacial aliena. Así, lo que hay que hacer primero es comprobar, desplegarse y después ocultar la cuna de Tierra lejos de la nave. Las alfombras localizan un punto resguardado a unos novecientos o mil kilómetros de la nave, en el suelo del océano, y la plataforma deposita la cuna de oro oculta bajo un saliente rocoso.

Para reducir la posibilidad de ser descubiertos, la nave cambia su aspecto exterior para parecerse al océano que la rodea. Después de una complicada serie de análisis sobre la decisión, la computadora central llega a la conclusión de que la máxima probabilidad de éxito del conjunto de la misión lleva consigo la necesidad de solicitar la ayuda de las ballenas o de los seres humanos para que proporcionen el plomo y el oro necesarios, así como nueva información para transmitir a la cuna. De modo que la nave espacial organiza las reparaciones factibles, se coloca a la espera de un posible relanzamiento y empieza la tarea de comunicarse con los terrícolas.

Los datos tomados por los exploradores del Zoo, siete ciclos atrás (unos cien mil años de la Tierra) daban a entender que las ballenas y los seres humanos, en aquel momento, tenían aproximadamente el mismo potencial de inteligencia. El lenguaje de las ballenas era más rico y más complicado en la época de las primeras investigaciones. Los exploradores del Zoo lo estudiaron brevemente y grabaron en los archivos sus principios fundamentales. Apoyándose en estos viejos datos, mientras buscan a la vez un medio para comunicarse los humanos, la nave espacial intenta contactar con las ballenas. Como éstas no han cambiado sustancialmente en el tiempo transcurrido, los intentos son parcialmente satisfactorios; las ballenas entienden que se las llama, pero los mensajes las confunden y son incapaces de imaginar cómo responder.

Dos pequeños grupos de ballenas descifran el mensaje transmitido en el océano por la nave aliena y nadan hacia ella. Los robots de la nave espacial extrarrestre examinan cuidadosamente a las ballenas, mostrando incluso el misil cautivo a uno de los grupos para producir su reconocimiento, pero llegan a la conclusión de que las ballenas no pueden ser los viajeros del espacio. Por lo tanto, son los humanos los que han dado el gran paso evolutivo y deben ser contactados e inducidos, de un modo u otro, a proporcionar el oro, el plomo y la información necesaria. Se abandona todo intento de seguir comunicándose con las ballenas.

Antes de que la nave aliena elija el método que utilizará para ponerse en contacto con la Humanidad, la suerte le proporciona una excelente oportunidad. Durante la interacción final con las ballenas, tres seres humanos nadan por los alrededores. Por una increíble suerte, los tres encuentran la cuna y la llevan a tierra. Como precaución, la computadora de la nave ordena cambios temporales en la cuna para asegurar su protección y proporcionar una más frecuente monitorización; sin embargo, todavía no se preocupan. Los humanos no conocen la relación entre la cuna y la nave, además,

con los cigotos en su primera etapa de pululación, la cuna es extremadamente robusta. Que la cuna esté en posesión de los humanos, en este momento, puede ser considerado también como una ventaja para los superalienos; unos receptores en la cuna pueden conseguir que se escuchen las conversaciones, y luego las telemetrarán a la computadora madre: esta información les permitirá aprender los rudimentos del lenguaje humano.

Los procesos lógicos en las computadoras extraterrestres están forzados hasta el límite para imaginar una forma de entrar en contacto con los seres humanos y lograr su ayuda sin crear indebido riesgo, tanto para la cuna, como para el resto de la misión. Las computadoras están a punto de decidir un rápido ataque a las minas para conseguir el oro y el plomo, cuando se dan cuenta, gracias a su parcial comprensión del lenguaje humano, que los tres humanos que encontraron la cuna piensan volver por los alrededores. Todos los procesadores de la nave se unen para crear un escenario que induzca a dichos humanos a ayudarles. Incluso el interior de la nave se recrea para la llegada de los humanos, porque si hay suerte, existe una gran probabilidad de que la nave pueda continuar su misión, habiendo podido depositar con éxito los millones de cigotos repatriados, pero sin haber quebrado la principal fuente de vida de la Tierra. Éste era el propósito original de la misión.

# DOMINGO

## 1

Fue después de las dos de la madrugada cuando el *Florida Queen* dejó el puerto y se dirigió al golfo de México. Carol y Troy estaban apoyados juntos en la borda, mientras Nick sacaba el barco del puerto.

—Bien, ángel —dijo Troy—, ha sido una experiencia increíble, ¿verdad? Y debo confesar que estoy un poco nervioso pensando en lo que vamos a encontrar esta vez en el punto de inmersión.

—Yo creía que ya sabías lo que iba a ocurrir, Troy. —Carol señaló la pulsera—. ¿Acaso *ellos* no te lo dicen todo?

—Me *dicen* mucho y cada vez entiendo mejor sus mensajes, pero ¿cómo puedo saber si me dicen la verdad?

—Hemos tenido el mismo problema contigo, varias veces —intervino Nick desde la cabina. El barco estaba casi ya en mar abierto, las luces de Cayo West iban quedando atrás—. En el último análisis, especialmente cuando nada tiene sentido, se llega a un punto de confianza. Si me preguntara, con lógica, por qué estoy camino del golfo de México, en mitad de la noche, para llevar plomo, información y oro a unos extraterrestres que pararon aquí, en Tierra, para hacer reparaciones...

Carol le interrumpió, riéndose:

—Es que no hay lógica posible para discutir esta serie de acontecimientos. Troy ya lo ha dicho, no obramos con lógica. Y tampoco creo que sea una cuestión de confianza... —miró a las estrellas—. Es más bien una cuestión de fe.

Troy pasó el brazo por los hombros de Carol y sonrió diciéndole:

—Estoy de acuerdo contigo, ángel. Después de todo, nosotros no somos nada de nada, sólo *ellas* lo saben.

Carol bostezó. En el barco había silencio, todos estaban cansados, muy cansados. Después de que los de seguridad rodearan a Homer y Greta en el «Miyako Gardens», llamaron a la Policía y ésta llegó a los diez minutos, pero parecía que sus preguntas fueran a durar toda la vida. Carol, Nick y Troy habían tenido que firmar una declaración por separado, Homer y Greta no admitieron nada pese al hecho de que los de seguridad les habían cogido dos armas cortas y de que se encontraron fragmentos de bala en el interior del coche de Troy. Homer había telefoneado a su abogado y contaba con estar fuera de la cárcel, bajo fianza, dentro de cuatro o seis horas.

Cuando el trío consiguió finalmente llegar al puerto (tuvieron que ir nadando desde el hotel porque la Policía había retenido el coche de Troy como evidencia), cargados con las mochilas. Troy recordó que aún no había conectado el nuevo

sistema de navegación. Quizá porque estaba cansado, o quizá porque sus amigos le contemplaban parte del tiempo por encima del hombro, estaba nervioso. Fuera cual fuera la razón, Troy iba muy despacio instalando y comprobando el nuevo procesador de navegación.

Entretanto, Nick y Carol habían estado revisándolo todo para tener la seguridad de que había tres equipos de inmersión a bordo del barco. El que utilizaron antes, por la noche, seguía todavía en la base, en poder de la Marina de los Estados Unidos. Nick creía recordar que había dejado suficientes equipos extras para el grupo de Tampa que había contratado el *Florida Queen* y luego no había aparecido. Estaba en lo cierto, pero uno de los reguladores no funcionó durante la revisión y hubo que cambiarlo.

Durante el trayecto del hotel al puerto, Nick, Carol y Troy habían llegado a la conclusión unánime de que los tres bajarían a la cita submarina con la nave espacial superaliena. No había otra solución, el barco quedaría bien anclado. Y es que ninguno de los tres podía pensar siquiera en perderse el clímax de su aventura.

Nick introdujo las coordenadas oceánicas del lugar de inmersión en el procesador de navegación y puso el barco en automático. Vio que Carol volvía a bostezar, era contagioso y mientras abría la boca en un enorme bostezo relajante se dio cuenta de lo cansado que estaba. Dio la vuelta a la cabina y encontró dos colchones de aire en un revuelto montón de accesorios. Empezó a hinchar uno de ellos soplando en la válvula del extremo.

Carol se acercó a la popa del barco cuando el primer colchón ya estaba casi hinchado. La luz de la parte alta de la cabina le iluminaba la cara. *Está aún más bonita cuando está cansada*, pensó Nick y señaló el otro colchón. Carol se inclinó para recogerlo y empezó a soplar. *Y muy capaz, jamás he visto una mujer que hiciera tan bien tantas cosas*.

Nick acabó con su colchón y lo dejó en el suelo, Carol se estaba cansando, así que la ayudó en lo que faltaba. Agarró unas toallas y las dobló como almohadas.

—Tenemos que dormir algo —le explicó—. Si no estaremos molidos cuando intentemos bucear.

Carol asintió y retrocedió hasta la borda, detrás de la cabina:

—¿Te parece bien que Nick y yo durmamos un poco? —preguntó a Troy. Él le sonrió asintiendo—. Despiértanos a uno o a los dos, dentro de una hora, si quieres utilizar alguno de los colchones —se volvió para irse, pero antes de dejarle dijo:

—Oye, Troy.

—¿Sí, ángel?

—¿Sabes de dónde vienen *ellos*? —y señaló el cielo. Había pocas estrellas visibles por causa de la luz de la luna que había pasado su cénit y estaba iniciando su descenso por el Oeste.

Troy miró el cielo y reflexionó unos minutos. Al fin contestó:

—No. ángel. Creo que han intentado decírmelo, por lo menos dos veces, pero no puedo entender lo que me dicen. Lo que sí sé es que vienen de otra estrella.

Troy se acercó a Carol y le dio un beso en la mejilla diciendo:

Duerme bien y no dejes que los bichos te muerdan. A lo mejor puedes preguntárselo tú misma después de que despiertes.

¿De dónde vendrán?, pensaba Carol. ¿Y por qué habéis venido aquí, a este lugar y en este momento? Se protegió los ojos del resplandor de la luna y concentró toda su atención en Sirius, la más brillante de las verdaderas estrellas. ¿Tenéis el hogar ahí, en otra estrella? ¿Con madres, padres y hermanos? ¿Tenéis amor y océanos y montañas y música? ¿Y deseos y soledad y temor a la muerte? Por razones incomprensibles notó que se le llenaban los ojos de lágrimas. Bajó la mirada y fue hacia la colchoneta, Nick estaba ya echado sobre una de ellas, Carol se echó a su lado en la otra. Le tendió la mano. Él se la cogió, la llevó a sus labios y la besó, después la dejó sobre su pecho.

El sueño de Nick era confuso. Estaba en el vestíbulo de una gran biblioteca abierta, con veinte pisos de libros, y podía ver las escaleras de caracol subiendo a los montones de libros.

—Pero usted no me comprende —le decía al empleado que estaba de pie detrás del largo mostrador—. Debo leer todos estos libros en el fin de semana. De lo contrario no estaré preparado para la prueba del lunes.

—Lo siento, señor —contestó el tímido empleado tras mirar de nuevo la lista de Nick—. Pero todos estos libros están fuera.

Nick empezó a sentir pánico. Miró el altísimo techo y los pisos de estanterías de libros por encima de su cabeza. Vio a Carol Dawson en la tercera planta, apoyada en la barandilla y leyendo un libro. Su pánico cedió, *ella conocerá el material*, se dijo en el sueño. Se precipitó a la escalera de caracol y subió corriendo sus dos grandes tramos.

Cuando llegó junto a Carol estaba sin resuello. La encontró leyendo uno de los libros que tenía en su lista.

—Menos mal —dijo entre jadeos—. Tan pronto te vi comprendí que no debía preocuparme.

Ella le miró inquisitiva. Sin previa advertencia disparó la mano a los tejanos y le cogió el pene. Él reaccionó inmediatamente y se inclinó para besarla, pero Carol sacudió la cabeza y se apartó. Él la persiguió, apretándola contra la barandilla, pero ella se debatió. La empujó con fuerza contra su cuerpo y consiguió besarla. La barandilla cedió y empezaron a caer, a caer... Despertó antes de que se estrellaran contra el suelo del vestíbulo de la biblioteca. Nick se desperezó, Carol estaba mirándole fijamente. Tenía la cabeza apoyada en las manos y se sostenía sobre los

codos.

—¿Estás bien? —le preguntó en cuanto abrió los ojos.

Él tardó unos segundos en aclimatarse después del vivido sueño, su corazón aún latía desbocado.

—Creo que sí —Carol seguía mirándole—. ¿Por qué me miras así? —le preguntó.

—Verás —empezó—. Desperté porque estabas hablando, incluso creí que oír mi nombre un par de veces. A lo mejor son figuraciones mías. Si no te importa que te lo pregunte, ¿sueles hablar cuando duermes?

—No lo sé —contestó riéndose—. Nadie me lo ha dicho, hasta ahora.

—¿Ni siquiera Monique? —Sus ojos no se apartaron de Nick. Podía asegurar que él estaba intentando decidir qué respuesta dar a su pregunta. *Ya estás presionándole de nuevo*, dijo una voz interior, *deja que el hombre haga las cosas a su aire*.

Nick desvió la mirada.

—Tampoco dormimos tanto juntos —murmuró con dulzura. Siguió una larga pausa—. Además —añadió volviéndose hacia Carol—, eso fue hace diez años, yo era muy joven, y ella estaba casada con alguien.

Mientras dormían, Troy había apagado la luz de la cabina, lo único que ahora iluminaba sus rostros era la luz de la luna. Continuaron mirándose en silencio. Nick no había dicho gran cosa a Carol sobre Monique, pero le había dicho más que a ninguna otra persona, incluyendo a sus padres. Carol comprendió el esfuerzo que había tenido que hacer para contestar sinceramente a su pregunta, volvió a echarse y le tendió de nuevo su mano.

—Henos aquí, Mr. Williams. Dos viajeros solitarios en el mar de la vida, ambos con los treinta años rebasados. Muchos de nuestros amigos y compañeros de estudios ya se han instalado en esa casa de los suburbios, con dos niños y un perro. ¿Por qué no nosotros? ¿Qué diferencia hay en nosotros?

La luna bajaba rápidamente en su arco a través del cielo y a medida que bajaba, podían verse más estrellas en el horizonte opuesto. Nick creyó ver una estrella fugaz. *No habría forma de ocultar sus sentimientos*. Nick se adelantaba a la conversación, imaginando, por el momento, que iba a involucrarse con Carol. *Ella no lo permitiría. Por lo menos no tendría ninguna duda sobre nuestra postura*.

—Cuando estuve en su casa el viernes por la mañana —contestó finalmente Nick a su pregunta—, Amanda Winchester me dijo que ando buscando una mujer de fantasía, alguien absolutamente perfecto. Y que los simples mortales no llegan a mi ideal —levantó la cabeza y miró a Carol—. Pero yo creo que es algo más. Pienso que quizá no estoy dispuesto aún a comprometerme, por temor a ser rechazado.

¿*He dicho realmente todo esto?*, se preguntó Nick, avergonzado. Al instante sintió que nunca había sentido o compartido aquel pensamiento, sus defensas se alzaron y



se preparó para una respuesta frívola o insensible.

Pero no ocurrió eso. Carol, por el contrario, estaba silenciosa y pensativa. Por fin dijo:

—Mi protección es distinta de la tuya, siempre juego sobre seguro. Elijo hombres que admiro y respeto, colegas intelectuales, si quieres pero por los que no siento la menor pasión. Cuando encuentro a un hombre que pone en marcha banjos y campanillas, salgo huyendo.

*Porque tengo miedo, pensó, miedo de amarle tanto como amé a mi padre. Y porque no podría sobrevivir si fuera abandonada de nuevo.*

Sintió en su mejilla la mano de Nick que la acariciaba con dulzura, la cogió y la estrechó. Él se incorporó junto a ella para poder verla mejor. Despacio, de un modo incierto, él dejó caer su boca sobre la de ella. Fue un beso tierno, adorable, sin presión o excesiva pasión, una sutil e intencionada pregunta que tanto podía ser el principio de una relación amorosa como el único beso entre dos personas cuyos caminos se cruzan casualmente en la vida. Carol oyó banjos y campanillas.

Winters se encontraba solo en cubierta, fumando tranquilamente. No era un barco grande sino un pesquero remozado, pero muy rápido. No se habían hecho a la mar hasta después de las cuatro pero ya casi habían alcanzado a su presa. El comandante se frotó los ojos y bostezó. Estaba cansado. Exhaló el humo en dirección al mar. En el horizonte oriental empezaba a asomar el alba, al Oeste, en dirección a la luna, Winters creyó distinguir la luz mortecina de otro barco.

*Estos jóvenes deben de estar locos, pensó al recordar los acontecimientos de la noche. ¿Por qué demonios se marcharon? ¿Por qué empujaron a Todd por la escalera sin que él se diera cuenta? Todo hubiera sido mucho más sencillo si se hubieran quedado a esperarnos.*

Recordaba la expresión en el rostro de Ramírez cuando interrumpió la conversación que Winters sostenía con su mujer, Betty.

—Perdóneme, comandante —le había dicho Ramírez jadeante—. Debe venir en seguida: el teniente Todd está herido y nuestros prisioneros han escapado.

Había dicho a su mujer que no sabía cuándo volvería a casa y fue a reunirse con Ramírez para volver al anexo de administración. Por el camino, Winters había estado pensando en Tiffani, en la dificultad de explicar a una adolescente por qué no podía dejarlo todo para reunirse con ella en la fiesta.

—Pero usted puede trabajar de día y de noche, Vernon —protestó—. Éste es nuestro único momento para estar juntos —había bebido ya demasiado champán. Después, cuando Winters le explicó que era casi seguro que no podría asistir a la fiesta y que probablemente tendría que pedir a Melvin y Marc que la llevaran a casa, Tiffani se había puesto petulante y furiosa. Dejó de llamarle Vernon—. Está bien, comandante. Supongo que le veré el martes por la noche en el teatro.

Colgó el teléfono y Winters sintió una dolorosa punzada en el corazón. ¡*Mierda!*, pensó por un momento, *lo he estropeado*. Se imaginó saltando al coche, olvidándose de Todd y de Ramírez y del misil *Panther*, y corriendo a la fiesta para coger a Tiffani entre sus brazos. Pero no lo había hecho, pese a su increíble deseo, no pudo arrancarse a su deber. *Si tenía que ser*, se dijo, consolador, *las llamas de la pasión volverán a despertar*. Pero incluso en su limitada experiencia romántica, Winters comprendía que la oportunidad lo es todo en una relación amorosa. Si en un momento crítico se pierde el impulso, especialmente cuando el ritmo de la pasión alcanza su clímax, jamás vuelve a recuperarse.

Ramírez ya había llamado al doctor de la Base y éste había llegado al anexo inmediatamente detrás de los dos oficiales. Mientras estaban allí de pie, Ramírez insistió en que debió haber habido juego sucio, porque Todd no pudo caer tan violentamente, a menos que hubiera sido empujado, o lanzado, por los escalones de

cemento. El teniente había empezado a moverse durante el examen del médico.

—Tiene una fuerte contusión —comentó el médico después de mirarle los ojos—. Probablemente mañana estará bien pero tendrá un feroz dolor de cabeza, entre tanto le llevaremos a la enfermería y le daré un par de puntos.

Para Winters aquello no tenía sentido. Mientras esperaba pacientemente en una habitación contigua a que los médicos y enfermeras terminaran de coser la cabeza del teniente, trató de imaginar qué motivo habrían tenido Nick, Carol y Troy para atacar a Todd y escapar. *La tal Dawson es inteligente y famosa. ¿Por qué iba a hacerlo? Se preguntó si tal vez el trío estaría mezclado en alguna transacción de drogas. Esto por lo menos explicaría todo lo del oro. Pero ni Todd ni Ramírez encontraron nada de drogas. Así, ¿qué demonio está pasando por aquí?*

Al teniente Todd le habían mantenido despierto durante el procedimiento, en la sala de curas. Le habían administrado anestesia local para disminuir el dolor, pero no había estado muy lúcido en sus respuestas a las sencillas preguntas del doctor.

—Esto suele ocurrir con la conmoción —explicó después el teniente médico a Winters—. Puede que durante un par de días no esté muy coherente.

Sin embargo, alrededor de las dos, inmediatamente después de que la cabeza de Todd hubiera sido afeitada, cosida, y vendada, el comandante Winters y Ramírez habían decidido preguntarle lo que ocurrió en el anexo. El comandante no pudo aceptar la respuesta de Todd aunque el teniente se la repitió dos veces: insistía en que una zanahoria de dos metros de altura, con cortes verticales en la cara, estaba escondida en el baño y le saltó encima mientras él trataba de hacer pis; había escapado al primer asalto, pero la zanahoria gigante le había seguido hasta la sala principal del anexo.

—¿Y qué hizo esa cosa...?

—Zanahoria —interrumpió Todd.

—¿Y cómo le atacó esa zanahoria? —siguió preguntando Winters. *¡Jesús este hombre está loco!*, pensó. *Un golpe en la cabeza y loco de remate.*

—Es difícil describírsela exactamente, le había explicado Todd muy despacio. Verá, tenía cuatro colgantes saliendo de esos cortes verticales en la cabeza. Tenían muy mal aspecto...

El doctor llegó y les interrumpió, diciendo con el clásico tono médico:

—Caballeros, mi paciente necesita desesperadamente reposo. Seguro que sus preguntas podrán esperar hasta mañana.

El comandante Winters recordaba una gran sensación de perplejidad mientras veía como llevaban al teniente Todd de la sala de urgencias a la enfermería. Tan pronto como estuvo lejos, el comandante se había vuelto a Ramírez:

—¿Qué piensa usted de todo esto teniente Ramírez?

—Comandante, señor, yo no soy un experto...

—Lo sé teniente, no quiero una opinión médica, quiero saber solamente qué piensa del asunto de la zanahoria. —*¡Maldita sea!*, había pensado. *¿Tiene tan poca imaginación que ni siquiera reacciona con la historia de Todd?*

—Señor —le había contestado Ramírez—, el asunto de la zanahoria está fuera de mi experiencia.

*Es lo menos que podía decir.* Winters sonrió y tiró el cigarrillo al agua, se acercó a la pequeña cabina del timón y comprobó el dispositivo de navegación. Estaban a sólo once kilómetros del barco-objetivo y acercándose rápidamente. Tiró de la palanca de marchas y puso el motor en punto muerto. No deseaba acercarse más al *Florida Queen* hasta que el teniente Ramírez y los otros dos marineros estuvieran despiertos y en posición.

Calculó que faltaban unos cuarenta minutos para la salida del sol. Winters se rio recordando la repugnancia de Ramírez en opinar sobre la historia de la zanahoria. *Pero el joven latino es un buen oficial, su único error ha sido seguir a Todd.* Winters recordó lo de prisa que Ramírez había organizado todos los detalles de su salida en curso, eligiendo el pesquero transformado por su tecnología, velocidad y silencio, localizando a los dos marineros solteros que trabajaban para él en Inteligencia, y estableciendo una conexión especial entre la base y el pesquero de forma que la situación del *Florida Queen* fuera conocida en todo momento.

—Debemos seguirles, no tenemos otra alternativa —había insistido el teniente Ramírez con firmeza a Winters tras haber comprobado que el barco de Nick había salido del puerto Hemingway después de las dos. De otro modo no podremos justificar el que en primer lugar les hayamos detenido...

Winters había accedido de mala gana y Ramírez había organizado la caza. El comandante dijo a los tres jóvenes que se fueran a dormir mientras él establecía un plan. *Muy sencillo: está bien, chicos, vengan conmigo y contesten a todas las preguntas o les acusaremos de sedición según la ley de 1991.* Ahora, después de poner el barco en punto muerto, Winters estaba dispuesto a despertar a Ramírez y a los dos hombres, se proponía detener a Nick, Troy y Carol tan pronto se hiciera de día.

El viento cambió de dirección y Winters se entretuvo un minuto para comprobar el tiempo. Se volvió de cara a la luna, el aire era más tibio, casi caliente, y le hizo recordar otra noche, frente a la costa de Libia, ocho años atrás. *La peor noche de mi vida*, pensó. Durante un segundo, su decisión de llevar su plan a buen fin vaciló y se preguntó si estaría a punto de cometer otro error.

Entonces oyó el sonido de una trompeta, seguido unos segundos después, del mismo sonido aunque más apagado. Winters miró a su alrededor, al tranquilo océano. No vio nada pero ahora oyó un grupo de trompetas y su eco, y ambos sonidos venían claramente del oeste. El comandante forzó la vista en dirección a la luna,

recortándose en silueta contra su cara creyó ver lo que parecía un grupo de serpientes bailando fuera del agua. Entró en la cabina en busca de un par de prismáticos.

Cuando volvió a salir y a acercarse a la borda, una magnífica sinfonía le envolvió. *¿De dónde sale esta música increíble?*, se preguntó antes de sucumbir por completo a su hechizo. Se quedó sin fuerzas junto a la borda, escuchando intensamente. La música era rica, emotiva, cargada de evocación. Winters se sintió arrastrado no sólo a su pasado, donde guardaba sus más profundos recuerdos, sino también a otro planeta, a otra era, donde las serpientes de cuellos azules, orgullosas y dignas, llamaban a sus amadas durante su corto rito de apareamiento anual.

Se quedó mudo. Cuando al fin, maquinalmente, alzó los prismáticos y los enfocó a las extrañas formas sinuosas bajo la luna, se le habían llenado los ojos de lágrimas. Las imágenes fantasmagóricas eran completamente transparentes; la luz de la luna las traspasaba. Mientras contemplaba lo que parecía un millar de cuellos danzando sobre el agua, saltando de atrás hacia delante en perfecto ritmo, y al oír la música llegar al crescendo final de su sinfonía canthorea de apareamiento, sus ojos fatigados se enturbiaron y hubiera jurado que lo que vio a través del agua, frente a él, llamándole con su cántico de añoranza y deseo, era la imagen de Tiffani Thomas. Su corazón se partió ante la combinación de la música y su visión. Winters experimentaba una intensa sensación de pérdida incomparable, en su vida.

*Si, se confesó mientras Tiffani seguía llamándole desde lejos. Ya voy. Lo siento Tiffani, mi amor. Mañana iré a verte, nos...* Cesó en su monólogo interior para secarse los ojos. La música había alcanzado ahora su crescendo final, señalando la auténtica danza nupcial de las parejas de serpientes de Canthor. Winters volvió a mirar por los prismáticos. Los ajustó, enfocó a Joanna Carr que le sonrió fugazmente y desapareció. Un instante después, la pequeña niña árabe de la playa de Virginia pareció bailar a la luz de la luna, feliz y alegre. También ella desapareció al momento.

Estaba rodeado de música por todas partes. Una música, poderosa, magnífica, que expresaba no ya el placer anticipado sino el que se estaba experimentando. Miró otra vez a través de los prismáticos, la luna se iba poniendo. Al caer sobre el océano, la imagen creada contra el disco iluminado por las serpientes danzarinas era inconfundible. Winters vio claramente los rostros de su esposa Betty y de su hijo Hap que le sonreían con profundo afecto. Permanecieron allí, en su visión, hasta que la luna se hundió por completo en el océano.

### 3

Carol tuvo dificultades para ajustarse el equipo de buceo.

—¿Necesitas que te ayude, ángel? —preguntó Troy. Se le acercó y se quedó junto a ella en la semioscuridad del alba, estaba ya completamente preparado para la inmersión.

—No he llevado nada parecido a esto, desde mis primeras lecciones de buceo —protestó ella, incómoda, batallando con el anticuado equipo.

Troy le apretó el cinturón de pesos alrededor de la cintura.

—Estás asustada, ¿verdad, ángel? Yo también, mi pulso debe de latir a doble velocidad. Carol pareció finalmente satisfecha de su equipo.

—¿Sabes, Troy?, incluso después de estos últimos tres días, mi cerebro se debate intentando convencerme de que todo esto no está ocurriendo de verdad. Imagina que escribiera para los lectores: «Cuando nos preparábamos para regresar a la nave espacial...»

—¡Eh!, chicos, venid —les llamó Nick desde el otro lado de la cabina. Se acercaron a la proa del barco, Nick miraba a través del océano, hacia el este. Entregó unos prismáticos pequeños a Carol, preguntándole:

—¿Ves una luz, allá a lo lejos, a la izquierda de esa isla?

Carol apenas podía distinguir la luz.

—Sí —le contestó—, pero ¿qué hay de raro? ¿No es normal que en alguna parte del océano haya otro barco?

—Por supuesto, pero esa luz no se ha movido en quince minutos. Está ahí, quieta. ¿Por qué un pesquero u otro tipo de barco iba a...?

—¡Chisst! —advirtió Troy llevándose un dedo a los labios—. Escuchad, oigo música...

Sus compañeros se mantuvieron silenciosos en cubierta, detrás de ellos la luna se hundía en el océano. Por encima del dulce entrecocar del agua, los tres pudieron oír lo que parecía el clímax de una sinfonía, tocada por una gran orquesta. Escucharon unos treinta segundos. La música llegó al máximo, se apagó ligeramente y cesó de pronto.

—Ha sido precioso —comentó Carol.

—Y fantasmagórico —dijo Nick acercándosele—. ¿De dónde demonios procedía? ¿Habría alguien ahí fuera probando un nuevo sistema de estéreo? Dios mío, si el sonido viaja ocho o dieciséis kilómetros será ensordecedor de cerca.

Troy estaba algo apartado y parecía concentrarse en algo. De repente, se volvió a sus compañeros:

—Sé que os parecerá una locura, pero creo que esta música es la señal de que nos zambullamos, o quizás un aviso de algo.

—Fantástico —exclamó Carol—. Es lo que nos faltaba para tranquilizarnos, como si no estuviéramos suficientemente nerviosos.

Nick le pasó el brazo por los hombros:

—Vaya, mi joven dama, no nos llores ahora después de aquellos valientes comentarios sobre esta única experiencia...

—Bien, debemos irnos —insistió Troy, impaciente, parecía ansioso y muy serio—. Precisamente estoy recibiendo el mensaje de que iniciemos la inmersión.

La solemnidad del tono de Troy cambió el estado de ánimo del trío. Los tres trabajaron en silencio sujetando las dos bolsas flotantes que contenían el plomo, el oro, y los discos de información. El cielo iba clareando a oriente, faltaban sólo unos minutos para que saliera el sol.

Mientras trabajaban, Carol se fijó en que Nick parecía un poco raro. Antes de abandonar el barco se le acercó, preguntándole a media voz:

—¿Estás bien?

—Sí, sólo trato de averiguar si me he vuelto loco. Durante ocho años he estado pensando en lo que haría si volviera a recuperar mi parte del tesoro. Y ahora me dispongo a entregarlo todo a unos extraterrestres de sabe Dios dónde. Hay mucho oro aquí para que les dure mucho a tres personas —terminó mirándola.

—Lo sé —asintió dándole un rápido abrazo—. Debo confesarte que yo también lo he pensado, pero en realidad una parte pertenece a Amanda Winchester, parte a Jake Lewis, la mayor parte al Estado... —sonrió—. Y no es más que dinero. Nada que pueda compararse a ser los únicos humanos que se han relacionado con visitantes de otro planeta.

—Ojalá tengas razón, espero no despertar mañana y darme cuenta de que he cometido una terrible equivocación. Todo este episodio ha sido tan peculiar que sospecho que mis facultades normales no funcionan debidamente. Ni siquiera sé si estos aliens son amigos...

Carol se bajó la máscara, observando:

—Jamás lo sabremos todo —le cogió de la mano—. Vamos, Nick.

Troy fue el primero en saltar y Nick y Carol le siguieron. Habían acordado antes, que Carol llevaría la linterna y conduciría al grupo. Era la de mayor movilidad del trío porque cada uno de los hombres arrastraba una bolsa. Habían pensado que podían tener dificultades para encontrar la nave y habían discutido sobre una serie de planes de contingencia para localizarla. No debieron preocuparse. A nueve metros por debajo del *Florida Queen*, en el punto exacto donde el jueves había estado la fisura, había una luz en el agua. Carol la señaló y ambos hombres la siguieron. Cuando se acercaron vieron que la luz procedía de un área rectangular de tres metros de altura y seis de ancho, no podían ver nada más excepto lo que parecía un tejido con una luz suave del otro lado.

Carol vaciló. Troy se le acercó nadando, al área iluminada, con la bolsa flotando detrás de él, y todo desapareció. Nick y Carol esperaron. Ella se sintió tensa, *venga ahora, Dawson, pensó, es tu turno, has estado aquí antes*. Respiró profundamente y nadó hacia el tejido. Sintió algo como un plástico rozándole la cara y se encontró en un túnel cubierto. Una fuerte corriente tiraba de ella hacia la derecha. Se deslizó por un pequeño tobogán de agua y fue depositada en una pequeña laguna, al fondo. Salió de la laguna y empezó a despojarse del equipo de inmersión.

Troy estaba de pie, a unos tres metros del borde de la laguna. Junto a él un vigilante le había quitado ya la bolsa, la había abierto y hábilmente separado los lingotes de los pesos de plomo y de los discos. Cuando los ojos de Carol se acostumbraron a la penumbra que la envolvía, vio que el vigilante cargaba ahora el oro sobre una pequeña plataforma puesta sobre unas bandas de oruga a cosa de medio metro sobre el suelo. Inmediatamente después, el vigilante colocó los discos y los pesos de plomo sobre otras dos plataformas. Una alfombra que, sin llamar la atención, estaba apoyada en la pared de la izquierda se levantó, activó aparentemente las bandas de debajo de las plataformas y las dirigió hacia un corredor cercano que llevaba fuera de la estancia.

Carol se quitó la máscara y el resto del equipo, se hallaba en una habitación no muy grande, parecida a las que ella y Troy ya conocían de su última inmersión. Todos los paneles curvos eran blancos y negros, había una pequeña ventana que daba, al océano junto a la pequeña laguna, a su izquierda. Los techos eran bajos y cerrados, a sólo medio metro de su cabeza, y le producían una sensación de claustrofobia. *Heme aquí de nuevo, pensó. Otra vez en el país de las maravillas. Esta vez voy a tomar muchas fotografías*. Fotografió la procesión de la alfombra y las tres plataformas en el momento en que desaparecían de la habitación, entonces cambió de lentes y tomó una serie de nuevos planos, del vigilante que se hallaba junto a Troy. Tenía el mismo cuerpo de amiba que el que se había enfrentado con ella el día anterior, pero sólo tenía cinco elementos salientes en su parte superior. El vigilante habría sido probablemente diseñado para este determinado trabajo de descargar al trío de los objetos.

Troy se le acercó preguntándole:

—¿Dónde está Nick?

*Dios mío, pensó Carol volviéndose para mirar el tobogán y la lagunita. Casi se me había olvidado. Se recriminó por no haberle esperado. Después de todo, nunca ha estado aquí...*

El gran cuerpo de Nick bajó descontrolado por el tobogán, cayendo en la laguna. La pesada bolsa cayó también detrás de él y le golpeó con fuerza en los riñones. Tropezó, cayó en el agua y volvió a levantarse. Embutido en su equipo, con los tirantes de plástico de la bolsa sujetos a la muñeca, era él quien parecía un visitante



del espacio.

Carol y Troy se echaron a reír cuando Nick salió del agua.

—¡Bien, profesor! —exclamó él, acercándosele para echarle una mano—. Buena representación, es una vergüenza que no hayamos grabado esta entrada.

Nick se quitó la boquilla, estaba jadeante. Tartamudeó:

—Gracias por esperarme, compañeros —miró a su alrededor—. ¿Y qué es todo esto?

Entre tanto el vigilante se le había acercado por un lado y empezaba a tirarle de la bolsa con uno de sus apéndices:

—Un minuto, tío raro —gritó Nick dominando su miedo—. Deja que me sitúe primero.

Pero el vigilante siguió con lo suyo. Un apéndice tipo cuchillo cortó la bolsa por donde estaba sujeta a la muñeca de Nick. Luego, el vigilante cogió la bolsa entera junto con su contenido de oro y plomo, y la empujó a través de su semipermeable piel exterior. Se podía ver la bolsa intacta, junto a las rectangulares cajas de control, cuando el vigilante se volvió y atravesó apresuradamente la estancia, pasando por la misma salida que anteriormente habían usado la alfombra y las plataformas.

—Como gustes —consiguió decir Nick al ver a la extraña criatura desapareciendo con el botín. Terminó de despojarse del equipo y fue hacia Troy.

—Bien, Jefferson, tú eres el que manda aquí, ¿qué hacemos ahora?

—Pues, profesor, por lo que me figuro, nuestro trabajo aquí ha terminado. Si queréis, podemos volver a vestirnos y saltar por la ventana que ves allí. En menos de cinco minutos, volveremos a estar en el barco. Si he interpretado bien los mensajes, esta gente estará dispuesta a marcharse dentro de muy poco tiempo.

—¿Quieres decir que así se termina? ¿Qué ya está hecho todo? —preguntó Carol. Él asintió—. Ésta es la experiencia más supervalorada desde mi primer encuentro sexual —comentó ella.

Nick cruzaba la estancia, alejándose deliberadamente de la laguna y de sus dos amigos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Troy.

—He pagado muy caro el derecho de admisión —respondió Nick—. Tengo derecho a dar una vuelta, por lo menos.

Carol y Troy le siguieron, cruzaron la estancia vacía y pasaron por una salida abierta entre dos paneles, al lado opuesto. Entraron en el corredor corto, oscuro y cubierto. Podían ver luz al otro extremo. Llegaron a otra estancia, ésta circular y bastante mayor, con el alto techo de catedral que tanto había gustado a Carol en su última visita.

La habitación no estaba vacía, en su mismo centro, frente a ellos, se alzaba un gigantesco, cerrado, y transparente cilindro, de unos ocho metros de altura y tres

metros de diámetro en su base.

Una multitud de tuberías de color naranja y fundas de cable de color púrpura comunicaba al cilindro con un grupo de máquinas incrustadas en la pared verde pálido que lo llenaba y en el que flotaban ocho objetos de oro a diferentes alturas. Los objetos eran de distinta forma, uno parecía una estrella de mar, otro una caja, un tercero parecía un bombín; lo único que los objetos tenían en común era su exterior metálico, que era de oro. Estudiando el cilindro de cerca, podían verse unas finas membranas dentro del líquido, que establecían separaciones en el volumen interno y daban a cada objeto de oro, un subvolumen único.

—Está bien, genio —espetó Nick a Troy, después de contemplar el cilindro por un minuto—. Explica qué es todo esto —Carol se hallaba en el paraíso del fotógrafo, casi había agotado los ciento veintiocho clichés que solía almacenar un solo minidisco. Había fotografiado el cilindro desde todos los ángulos, incluyendo tomas de cerca de cada uno de los objetos suspendidos en el líquido, y estaba ahora fotografiando las máquinas de la pared. Dejó de hacer tomas para escuchar la respuesta de Troy.

—Está bien, profesor... —empezó Troy. Trataba de concentrarse, con la frente arrugada—. Por lo que deduzco de lo que me han estado diciendo, esta nave está en misión especial en una docena de planetas desperdigados por esta parte de la galaxia. En cada planeta, los alienos dejan una de estas cosas de oro que ves en el cilindro. Contienen pequeños embriones o semillas que han sido genéticamente preparadas para la supervivencia en un determinado planeta.

Carol se les acercó.

—¿Así que la nave va de planeta en planeta soltando estos paquetes que contienen cierto tipo de semillas? ¿Una especie de sembrador galáctico?

—Más o menos, ángel, excepto que en el contenedor hay semillas de plantas y de animales. Los robots más avanzados crían y educan esas cosas hasta que alcanzan la madurez, entonces las criaturas pueden medrar por sus propios medios, sin más ayuda.

—¿Y todo en un paquete tan pequeño? —preguntó Nick. Volvió a mirar los fascinantes objetos que flotaban en el líquido del cilindro, le gustaba su color dorado. De súbito se acordó del tridente. Imaginó millares de diminutos embriones retorciéndose dentro de su envoltura de oro y vio mentalmente el proyectado crecimiento de todos ellos en el futuro. Había algo terrorífico en esas criaturas genéticamente dispuestas para sobrevivir en el planeta Tierra. *¿Y si no fueran amistosos?*

A Nick se le disparó el corazón al darse cuenta de lo que le había estado intrigando, en parte subconscientemente, desde que empezó a creerse la historia de Troy sobre los alienos. *En primer lugar, ¿por qué vinieron a Tierra? ¿Qué es lo que*

*realmente quieren de nosotros?*, siguió preguntándose. *Y si el tridente contiene seres extremadamente avanzados, destinados a Tierra, pensó, entonces no importa que sean o no amistosos. De todos modos acabarán con nosotros tarde o temprano.*

Carol y Troy hablaban en términos generales sobre como una civilización avanzada podría utilizar semillas para colonizar otros planetas. Nick no les prestaba demasiada atención, *no puedo decírselo ni a Troy ni a Carol. Si los alienos saben lo que pienso me lo impedirán. Es mejor que lo haga pronto.*

—Troy —oyó decir a Carol mientras empezaba a tomar otra serie de fotografías de los objetos del cilindro—, ¿es coincidencia que el tridente que encontramos el jueves se parezca tanto a uno de esos contenedores de semillas?

Nick no esperó la respuesta de Troy.

—Perdonadme —interrumpió con voz estentórea—. Se me olvidó algo muy importante, debo volver al barco. Quedaos aquí y esperadme, vuelvo en seguida.

Salió disparado, corredor abajo, y a través de la estancia de techo bajo y la ventana al océano.

*Bien, se dijo, nada va a detenerme.* Sin parar siquiera para ponerse el equipo, aspiró profundamente y se lanzó al agua a través de la ventana. Tenía miedo de que sus pulmones estallaran antes de llegar a la superficie, pero lo consiguió. Subió por la escala y saltó al barco.

Nick fue inmediatamente al último cajón, debajo del montón de equipo electrónico. Metió la mano y sacó el tridente de oro. Pudo notar que el eje había engordado considerablemente, ahora era casi dos veces más grueso que la primera vez que lo había sostenido. *Carol tenía razón. ¡Maldita sea!, ¿por qué no le hice caso entonces?* Sacó el objeto del cajón. El sol estaba saliendo detrás de él y a la luz del alba Nick pudo ver que el tridente había cambiado en muchos otros aspectos. Pesaba más y sus púas individuales eran más gruesas y más largas. Además, había un agujero abierto en el interior blando del polo norte de la mayor de las dos esferas.

Nick lo examinó minuciosamente. De pronto, notó unos brazos que le cogían por el pecho y la parte superior del torso obligándole a soltar el tridente sobre la cubierta.

—No se mueva —una voz con ligero acento le ordenaba— y vuélvase despacio. No le haremos daño si coopera.

Nick se volvió. El comandante Winters y un marinero alto y grueso que no había visto hasta entonces estaban delante de él en traje de goma, el teniente Ramírez seguía sujetándole por detrás. Ramírez aflojó gradualmente hasta soltar a Nick y se inclinó para recoger el tridente. Se lo entregó a Winters.

—Gracias, teniente —dijo Winters. —¿Dónde están sus compañeros, William? —preguntó a Nick—. ¿Abajo, con el misil?

Al principio Nick no dijo nada. Ocurrían demasiadas cosas, y demasiado de prisa.

Tenía dificultad en integrar a Winters en la escena de su retorno a la nave para devolver el tridente. Tan pronto como Nick se dio cuenta de los cambios habidos en su superficie exterior, supo con seguridad que el tridente era uno de los paquetes de semillas. Mientras, Winters estudiaba el tridente.

—¿Qué significa esto? —preguntó—. Ustedes no se han cansado de fotografiarlo.

Nick estaba calculando. *Si me entretengo demasiado, Carol y Troy abandonarían indudablemente el barco, y los alienos despegarán.* Respiró profundamente. *Mi única salida es la verdad.*

—Comandante Winters —empezó—, le ruego que escuche atentamente lo que voy a decirle, le parecerá fantástico, incluso grotesco, pero es cierto. Y si quiere venir conmigo, se lo probaré todo. El destino de la raza humana puede depender de lo que hagamos en los próximos cinco minutos —se detuvo para organizar sus ideas.

Por alguna extraña razón Winters pensó en la ridícula historia de la zanahoria que le había contado Todd. Pero la intensidad y sinceridad que veía en el rostro de Nick le convenció de seguir escuchándole.

—Adelante, Williams —dijo.

—Carol Dawson y Troy Jefferson están ahora mismo a bordo de una super avanzada nave espacial extraterrestre, directamente debajo de este barco. El vehículo alieno está viajando de planeta en planeta para depositar paquetes de seres en embrión que están genéticamente preparados para sobrevivir en un planeta determinado. Esta cosa de oro que tiene en la mano es, en cierto modo, una cuna para criaturas que más tarde se desarrollarán en la Tierra. Debo devolvérsela a los alienos antes de que se marchen, o nuestros descendientes tal vez no sobrevivan.

El comandante Winters miró a Nick como si éste hubiera perdido la cabeza. Después se dispuso a decir algo.

—No —le interrumpió Nick—. Acabe de escucharme. La nave paró también aquí porque necesitaba reparaciones. En un momento creímos que había encontrado su misil, ésta es la razón de que estemos parcialmente involucrados en todo. No sabíamos nada de las criaturas en las cunas, de modo que tratamos de ayudarles. Una de las cosas que los alienos necesitaban para sus reparaciones, era oro. Verá, sólo les quedaban tres días...

—¡Jesucristo! —gritó Winters a Nick—. ¿Acaso espera que me crea estas trolas? Es la historia más loca y más descabellada que he oído en toda mi vida. Está usted loco. Cunas, alienos que necesitaban oro para sus reparaciones... Supongo que ahora me dirá que *miden* seis pies de altura y parecen zanahorias...

—¿Y tienen cuatro cortes verticales en la cara? —añadió Nick.

Winters miró a su alrededor.

—¿Se lo dijo usted? —y miró al teniente Ramírez que movió la cabeza de un lado a otro.

—No —explicó Nick bruscamente al ver al comandante totalmente confuso—. Esa zanahoria no era un alieno, por lo menos ninguno de los superalienos de la nave, la zanahoria era una proyección holográfica.

El perplejo comandante Winters agitó las manos.

—No pienso seguir escuchando más estupideces, Williams. No aquí, por lo menos. Lo que yo quiero saber es lo que saben usted y sus amigos del lugar donde se encuentra el misil. Ahora ¿pasará a nuestro barco por su propia voluntad o deberemos atarle?

En aquel momento, a dos metros por encima de ellos, una criatura negra, con diez patas, parecida a una araña y con un cuerpo de diez centímetros de diámetro, anduvo sin que lo advirtieran hasta el borde de la cabina. Extendió tres antenas en su dirección, luego dio un salto y cayó sobre la espalda del teniente Ramírez. «Ayyyyy» gritó el teniente durante la pausa en la conversación. Cayó de rodillas detrás de Nick y trató de agarrar aquella cosa negra que intentaba arrancarle un trozo de cuello. Durante un segundo nadie se movió. Después Nick agarró un par de pinzas del armario y golpeó aquella cosa negra una, dos, e incluso tres veces, antes de que soltara al teniente Ramírez.

Los cuatro hombres la vieron caer sobre la cubierta y correr rápidamente hacia la cuna que el comandante Winters había dejado en el suelo para ir en ayuda del teniente Ramírez; allí, encogió diez veces su tamaño y desapareció en el interior de la cuna por el agujero blanco que había en la parte superior de la esfera. A los pocos segundos, la pasta blanda se endureció y la superficie exterior de la cuna volvió a ser rígida.

Winters estaba estupefacto, Ramírez se santiguó, el marinero parecía estar al borde de un ataque de nervios.

—Le juro que mi historia es verdadera, comandante —le aseguro Nick tranquilo—. Lo único que debe hacer es bajar conmigo y verlo con sus propios ojos. Dejé mi equipo de inmersión abajo a fin de poder apresurarme para recoger esta cosa, podemos bajar con mi última botella y compartir la provisión de aire.

A Winters le daba vueltas la cabeza. La araña de diez patas era la gota que había hecho desbordar el vaso, sintió que había penetrado en la zona de Penumbra. *Jamás vi ni oí nada remotamente parecido a esto en toda mi vida, pensó Winters, y solamente media hora antes he tenido alucinaciones con acompañamiento musical, puede que esté perdiendo el contacto con la realidad.* El teniente Ramírez aún estaba de rodillas y parecía rezar. *O tal vez esto sea, por fin, la señal que Dios me hace.*

—Está bien, Williams —el comandante se sorprendió al oírse decir esto—. Iré con usted, pero mis hombres esperarán aquí, en su barco, nuestro regreso.

Nick recogió el tridente y salió corriendo para preparar el equipo de inmersión.

Carol y Troy tardaron unos segundos en reaccionar ante la precipitada marcha de Nick.

—¡Qué extraño! —comentó Carol—. ¿Qué supones que se le olvidó?

—Ni idea, pero espero que se dé prisa. No creo que esto tarde mucho en despegar y estoy seguro de que *ellos* nos echarán antes.

Carol reflexionó un instante y luego se volvió a mirar el cilindro:

—¿Sabes Troy?, estas cosas de oro *son* exactamente iguales al tridente, por fuera. Dijiste...

—No te he contestado antes, ángel —le interrumpió Troy—, pero sí, tienes razón. Es el mismo material, no me había dado cuenta, hasta que bajamos hoy, de que lo que recogimos el primer día era el paquete de semillas para la Tierra. Tal vez *ellos* hayan tratado de advertírmelo antes, pero no les entendiera.

Carol estaba alucinada, se acercó y apoyó la cabeza en la pared del cilindro. Parecía más de cristal que de plástico.

—Así que tenía razón cuando pensé que pesaba más y era más grueso... —observó tanto para ella como para Troy—. ¿Y dentro del tridente hay semillas para mejores plantas y animales? —Troy movió afirmativamente la cabeza en respuesta.

Ahora se notaba cierto movimiento en el interior del cilindro. Las tenues membranas que separaban los subvolúmenes parecían volverse guías que se enroscaban alrededor de los objetos de oro, individuales. Carol volvió a cargar su cámara con un disco nuevo y recorrió el exterior del cilindro en busca de las mejores posiciones para fotografiar el proceso. Troy contempló su pulsera.

—No cabe la menor duda, ángel. Estos ET están realmente preparándose para despegar. Quizás debiéramos marcharnos.

—Esperaremos tanto como podamos —gritó Carol desde el otro extremo de la estancia—. Estas fotografías no tendrán precio.

Ambos empezaron a oír extraños ruidos detrás de las paredes. Los ruidos no eran fuertes, pero desconcertaban porque eran erráticos y absolutamente alienos. Troy paseaba nervioso mientras escuchaba aquella mezcla de sonidos. Carol se le acercó diciendo:

—Además, Nick nos pidió que le aguardáramos.

—Magnífico, siempre y cuando *ellos* también esperen —parecía inusitadamente nervioso—. No quisiera encontrarme a bordo cuando esa gente abandonen la Tierra.

—Venga, señor Jefferson, se supone que eres el hombre tranquilo, relájate. Acabas de decirme que piensas que nos echarán antes de irse.

Calló un instante y miró a Troy inquisitivamente:

—¿Qué sabes tú que yo no sepa?

Troy se apartó de ella y empezó a dirigirse a la salida. Carol corrió tras él y le agarró del brazo:

—¿Qué pasa Troy? ¿Algo va mal?

—Mira, ángel —le dijo sin mirarla—, lo acabo de imaginar hace un minuto, y todavía no estoy seguro de lo que significa. ¡Ojalá no haya cometido un terrible...!

—¿De qué me estás hablando? No tiene sentido.

—El paquete para Tierra —logró decir—, también contiene semillas humanas junto a los insectos, los árboles, las hierbas y los pájaros.

Carol se plantó frente a Troy esforzándose por entender lo que le preocupaba tanto.

—Cuando ellos vinieron a Tierra hace muchísimo tiempo, recogieron muestras de las diferentes especies y las llevaron a su mundo de procedencia, donde las mejoraron mediante manipulación genética y las prepararon para su eventual regreso a la Tierra. Algunas de estas muestras eran seres humanos.

El corazón de Carol se aceleró al comprender lo que Troy le decía. *¿Así que se trata de eso?* se dijo. *Hay superhumanos dentro del paquete que encontramos. No sólo mejores flores y mejores insectos, sino mejores personas también.* Pero al revés de Troy, la reacción de Carol no fue de miedo, la abrumaba la curiosidad.

—¿Puedo verlos? —preguntó excitada. Troy no la entendió—. A los superhumanos o como quieras llamarlos... —continuó— ¿puedo verlos?

Troy sacudió la cabeza.

—Son cigotos diminutos, ángel. En tu mano cabría más de un billón, no podrías ver nada.

Carol era difícil de disuadir:

—Pero esta gente dispone de una asombrosa habilidad técnica, quizás podrían... —calló—. Espera un minuto, Troy. ¿Te acuerdas de la zanahoria de la base? Era una proyección holográfica y debió haber salido de la base informativa de esta nave espacial.

Carol se apartó de él y fue al centro de la estancia. Alzó los brazos y miró al techo, a nueve metros sobre su cabeza.

—Está bien, chicos, quienesquiera que seáis —invocó en voz alta—, hay algo que yo quiero. Hemos arriesgado la piel para traerlos lo que necesitábais para vuestras reparaciones, podríais darnos algo a cambio. Quiero ver cómo seremos dentro de algún tiempo... algún día...

A su izquierda, no lejos de las grandes máquinas conectadas al cilindro, dos de los paneles se apartaron para formar una entrada. Vieron luz al otro lado.

—Vamos —gritó a Troy, que admiraba sonriendo su enorme seguridad, una exaltada Carol—, veamos lo que nuestros superalienos han creado para nosotros.

Al final del corto corredor había una habitación cuadrada suavemente iluminada. En la pared de enfrente, iluminados por una luz azul que daba a todo el cuadro un aspecto surrealista, ocho niños estaban de pie alrededor de una resplandeciente

maqueta de Tierra. Al acercarse Carol y Troy, reconocieron que lo que estaban viendo no era real, que se trataba simplemente de una compleja secuencia de imágenes proyectadas en el aire, frente a ellos. Pero la diáfana imagen contenía tantos y tan ricos detalles que resultaba fácil olvidar que se trataba de una proyección.

Los niños tendrían de cuatro a cinco años y todos llevaban solamente un fino taparrabos blanco que cubría sus genitales. Había cuatro niños y cuatro niñas, dos de ellos eran negros, dos blancos de pelo rubio y ojos azules, dos orientales y la última pareja, decididamente gemelos parecía una mezcla de la Humanidad. En lo que Carol se fijó inmediatamente fue en los ojos. Los niños tenían unos ojos grandes, penetrantes, brillantes e intensos que estaban fijos en la resplandeciente Tierra que tenían ante ellos.

—Los continentes de este planeta —iba explicando el niño negro— estuvieron en tiempos unidos en una sola masa gigantesca que se extendía de polo a polo. Esto fue relativamente reciente, unos dos millones de años atrás. Desde entonces el movimiento de las capas sobre las que descansan las tierras individuales ha cambiado por completo la configuración de la superficie. Aquí, por ejemplo, podéis ver el subcontinente indio desgajándose de la Antártida, cien millones de años atrás, y moviéndose sobre el océano hacia una colisión eventual con Asia. Fue esta colisión y la interacción subsiguiente de las capas, lo que levantaron el Himalaya, la montaña más alta del planeta, a su altura actual.

Mientras el niño hablaba, la maqueta electrónica de Tierra que tenía delante, iba demostrando los cambios continentales que describía.

—Pero ¿cuál es el mecanismo que causa que esas capas y masas de tierra se muevan una con otra? —preguntó la chiquilla rubia.

—¡Chisst! —murmuró Carol al oído de Troy—. ¿Cómo puede ser que todos hablen en inglés y conozcan tanta geografía de la Tierra? —Troy la miró como si estuviera decepcionado e hizo un gesto circular con las manos. *Naturalmente*, se dijo Carol, *ya han procesado los discos*.

—... entonces esta actividad provoca que dicho material sea lanzado al aire desde la capa que está debajo de la corteza de la Tierra. Eventualmente los continentes se separan. ¿Más preguntas? —el niño negro sonreía. Señaló la maqueta que tenía delante—. Esto es lo que ocurrirá a las masas de tierra en los próximos cincuenta millones de años más o menos. Las Américas seguirán moviéndose hacia el oeste, lejos de África y Europa, haciendo crecer el océano Atlántico. El golfo Pérsico se cerrará, Australia se moverá hacia el norte, hacia el ecuador, y presionará a Asia, y tanto la Baja California como el área alrededor de Los Angeles se separará de América del Norte o irá a la deriva hacia el norte del océano Pacífico. Cincuenta millones de años a partir de ahora, la ciudad de Los Angeles empezará a deslizarse hacia las Aleutianas.



Todos los niños contemplaban la esfera cambiante con suma atención. Cuando los continentes de la superficie de la maqueta dejaron de moverse el niño oriental se separó un poco del grupo, diciendo:

—Hemos visto este fenómeno de desplazamiento, que Brian ha estado describiendo, en otra media docena de planetas, todos ellos cuerpos mayormente cubiertos por un líquido. Mañana, Sherry dirigirá una discusión más detallada sobre las fuerzas interiores del planeta, que causan, en primer lugar, que el suelo del mar se extienda.

La imagen proyectada de un guardián entró en la escena por la izquierda y retiró tanto la Tierra como varios otros objetos no identificados. El niño esperó pacientemente a que el vigilante completara su tarea y continuó:

—Darla y David quieren compartir con nosotros un proyecto en el que llevan trabajando varios días. Tocarán mientras Miranda, y Justin representarán la danza que han coreografiado.

Los gemelos mixtos se volvieron entusiasmados a sus compañeros. La niña habló primero:

—Cuando al principio aprendimos sobre el amor adulto y los cambios que todos esperamos cuando pasemos la pubertad, David y yo tratamos de imaginar lo que sería descubrir un nuevo deseo más fuerte aún que los que ya conocemos. Nuestra visión conjunta se transforma en una pequeña composición musical y una danza que llamamos *La danza del amor*.

Los dos niños se sentaron apartados del grupo, casi al borde de la imagen, y empezaron a mover los dedos como si estuvieran tecleando sobre el suelo. Una ligera melodía sintetizada, agradable y alegre llenó la habitación. El niño rubio y la niña oriental empezaron a bailar en el centro del grupo. Al principio de la danza ambos estaban totalmente separados, ajenos uno de otro, como si cada niño estuviera absorto en sus propias actividades. El niño se arrodilló para recoger una preciosa flor, brillando su color blanco y rojo en la proyección holográfica. La niña hizo saltar una brillante pelota azul mientras bailaba. Pasado un instante, se fijó en el niño y se le acercó, tímidamente, ofreciendo compartir la pelota. El niño jugó a la pelota con la niña pero no hizo caso de nada más excepto del juego.

*Esto es magia*, pensó Carol al contemplar las imágenes de los niños moviéndose con gracia y perfecta precisión ante ella. *Estos niños son maravillosos, pero no pueden ser reales. Son demasiado ordenados, demasiado concentrados. ¿Dónde está la tensión, la lucha?* pero a despecho de sus preguntas estaba profundamente conmovida por la escena que contemplaba. Los niños actuaban en concierto, como un grupo, pasando armoniosamente de actividad en actividad. El lenguaje de su cuerpo era abierto y sin temor, ninguna neurosis bloqueaba su proceso de aprendizaje.

La danza continuó, la música se hizo más profunda y el niño empezó a fijarse en

su compañera, y ésta a adornarse el cabello con sus flores favoritas para sus breves encuentros. Los movimientos del cuerpo también variaron, los saltos ágiles y exuberantes del principio daban lugar a sutiles movimientos dirigidos a despertar y jugar con la naciente libido. Los pequeños bailarines se tocaban, se apartaban, y volvían a unirse en un abrazo.

Carol estaba arrobada. *¡Qué distinta habría sido mi vida, se dijo, si hubiera conocido todo esto a los cinco años!* Recordó a su amiguita rica, Jéssica, de laguna Beads, a quien había visto alguna que otra vez en los años siguientes. *Jéssica estaba siempre por delante, siempre tenía que ser la primera. Había tenido contactos sexuales con chicos antes de que yo tuviera mi primer período. Y fíjate lo que fue de ella. Tres matrimonios, tres divorcios, y apenas treinta años de edad.*

Carol trató de frenar su mente a fin de poder concentrarse por completo en el baile. De pronto, recordó su cámara. Acababa de hacer sus primeras fotografías de los niños cuando oyó un ruido detrás de ella. Nick se les acercaba por el corredor llevando el tridente en la mano.

Nick iba a empezar a decir algo pero Troy le hizo callar apoyando un dedo en los labios y mostrando la danza. El tempo había cambiado ahora. Los dos niños mixtos habían, por decirlo de algún modo, puesto la música en automático (parecía repetir frases anteriores pero con instrumentos adicionales de tipo más complejo) y se habían unido al niño rubio y a la niña oriental en el baile. La primera impresión de Carol antes de que Nick levantara la voz fue que el baile exploraba ahora la amistad entre la pareja y otros seres.

—¿Qué es todo esto? —dijo Nick. En cuanto habló la entera proyección se desvaneció, todos los niños, el baile y la música desaparecieron instantáneamente. Carol se sorprendió al sentirse decepcionada e incluso un poco rabiosa.

—¡Te lo has cargado todo! —exclamó.

Miró los rostros serios de sus compañeros.

—¡Cielos! —comentó levantando el tridente—, vaya recibimiento. Me juego la vida para ir en busca de esta maldita cosa y vosotros os enfadáis porque os interrumpo una película.

—Para que lo sepas, Mr. Williams —replicó Carol—, lo que estábamos viendo no era precisamente una película. En realidad, esos niños de la danza eran de la misma especie que los del tridente —Nick miró escéptico—. Díselo, Troy.

—Tiene razón, profesor. Intuimos mientras tú estabas fuera, que esto que tienes en la mano es el paquete de semillas para Tierra. Algunos de los cigotos, ahí dentro, es lo que Carol llama superhumanos, humanos genéticamente manipulados, con más capacidad que tú o que yo. Como los niños que estábamos viendo.

Nick alzó la cuna hasta sus ojos:

—También yo había llegado a la conclusión de que esto era un paquete de

semillas. ¿Pero qué es esa memez sobre semillas humanas? —miró a Troy—. Lo dices en serio, ¿verdad? —Troy asintió. Los tres miraron fijamente el objeto. La vista de Carol iba del tridente a donde había estado la imagen de los superniños—. Aún no me parece posible —añadió Nick—, aunque, claro, nada lo ha sido desde el último...

—¿Qué es lo que habías olvidado Nick? —preguntó Carol—. ¿Y por qué has vuelto con esto? —no hubo reacción inmediata por parte de Nick. A propósito, te has perdido el mejor espectáculo de tu vida.

—Lo que se me había olvidado era el tridente. Mientras miraba los objetos de oro flotando en el cilindro, imaginé que *nuestro* tridente podía ser un paquete de semillas, y me angustié pensar que podía ser peligroso...

La súbita ampliación del volumen de una música de órgano que llenaba el corredor procedente de la gran habitación situada a sus espaldas cortó la conversación. Nick y Carol miraron a Troy que se acercó la pulsera al oído como si escuchara, y sonrió:

—Creo que éste es el aviso de los cinco minutos. Sería mejor echar la última mirada y salir de aquí.

El trío retrocedió por el corredor hasta la estancia del cilindro. Al llegar a ella, Carol y Troy se sorprendieron al ver a otra figura con un traje de goma blanco y azul, en la otra parte de la habitación. Estaba de rodillas al otro lado del cilindro.

—¡Oh, sí! —explicó Nick con una risita nerviosa—. Se me olvidó decirles que el comandante Winters ha venido conmigo...

El comandante Winters se había encontrado muy cómodo en el agua aunque no buceaba desde hacía cinco años. Nick se había movido a su aire, colocándose al lado del comandante y utilizando la boquilla de emergencia conectada al depósito de oxígeno de Winters. Pese a su sensación de urgencia, había recordado que Winters era básicamente un novato y no se había apresurado en la primera parte de la inmersión. Pero cuando Winters se negó repetidamente a seguir a Nick a la luz, bajo el océano, éste se exasperó.

Al final, Nick aspiró una profunda bocanada de aire a través de la anticuada válvula y agarró a Winters por el hombro. Con gestos había explicado al comandante que él, iba a traspasar el plástico o lo que fuera, frente a la luz, y que podía seguirle o no. El comandante, a regañadientes, le había tendido la mano y entonces Nick tiró y le arrastró inmediatamente a través de la membrana que esperaba la nave del océano.

Winters estaba aterrorizado al bajar por el tobogán del interior del vehículo. El resultado fue que estaba completamente desorientado y tuvo gran dificultad en levantarse, una vez cayó en la laguna. Nick ya estaba fuera de ella y ansioso por encontrar a sus amigos.

—Oiga —dijo tan pronto pudo llamar la atención del comandante—. Voy a

dejarle ahora unos minutos —le señaló la salida a la otra habitación—. Estaremos en una gran estancia de techo alto, justo del otro lado de esta pared.

Después le dejó, llevándose el extraño objeto de oro que sacó del barco.

Winters se quedó solo. Salió cuidadosamente por un lado de la laguna y amontonó su equipo metódicamente junto con los de los demás. Miró a su alrededor observando las curvaturas de los paneles blancos y negros, también notó lo cerca que le quedaba el techo. *Ahora, según Williams, dijo el comandante para sí, estoy en una parte de la nave espacial aliena que ha parado, temporalmente, en la Tierra. Hasta ahora, excepto por esa entrada tan inteligente no he tenido tiempo de analizar nada, ni veo pruebas de origen extraterrestre...*

Consolado por su lógica, atravesó la habitación hacia la pared opuesta y el oscuro corredor, pero su recién descubierta sensación de paz se vino abajo al entrar en la estancia dominada por el enorme cilindro con los objetos de oro flotantes en el líquido verde pálido. Se echó hacia atrás para mirar las altas bóvedas del techo catedralicio que estaba sobre su cabeza. Después se acercó al cilindro.

Para Winters, la relación, fue instantánea. *Éstos deben ser más paquetes de semillas destinados a otros mundos, pensó, perdida su lógica inflexible en un arrebatado de fe. Con zanahorias de dos metros de altura y sabe Dios qué otras cosas solamente para poblar unos millones de mundos de nuestra galaxia...*

El comandante anduvo alrededor del cilindro como en un sueño. Su mente repetía sin cesar lo que Nick le había dicho antes de zambullirse y la asombrosa escena que había presenciado cuando aquello parecido a una araña se había encogido para meterse dentro del objeto de oro. *Así que todo es verdad. Todas esas cosas que han venido diciendo los científicos sobre la posibilidad de existencia de enormes hordas de criaturas vivientes, arriba, en las estrellas.* Se quedó un instante escuchando parcialmente unos extraños ruidos detrás de las paredes. *Y nosotros solamente somos unas pocas de las muchas, muchas, criaturas de Dios.*

Música de órgano, parecida en timbre a la que Carol había oído cuando dejó de tocar «Noche de Paz», pero en tono distinto, empezó a dejarse oír, a distancia, en el alto techo. A Winters le recordó la música religiosa y su reacción fue instintiva. Se arrodilló frente al cilindro y juntó las manos en oración.

La música llenó la estancia; lo que Winters oía en su cabeza era la introducción a la Doxología, el breve himno que había estado oyendo cada sábado, durante dieciocho años, en la iglesia presbiteriana de Columbus, Indiana. Mentalmente, volvía a tener trece años y estaba junto a Betty con el uniforme del coro. Le sonrió y se levantaron juntos.

¡Alabado sea Dios por todas sus bendiciones!

El coro entonó la primera estrofa del himno y el cerebro de Winters fue asaeteado por una serie de recuerdos de su adolescencia y de antes, una serie de imágenes

epifánicas de su inocente e ignorado acercamiento a un Dios paternal, el que tenía colgado en la pared de su cama, o en el cielo, o en la mayor parte de las nubladas tardes de verano, en Columbus. Era un chiquillo de ocho años rezando para que su padre no se enterara de que había sido él, el que había prendido fuego al solar desierto frente a la mansión Smith. Otra vez, a los diez años, el pequeño Vernon derramó lágrimas amargas mientras sostenía a su cocker muerto, *Runde*, entre sus brazos, y pedía al todopoderoso Dios que aceptara su alma en el cielo.

La noche anterior a la procesión de Pascua, la primera vez que Vernon le había representado en sus horas finales, arrastrando la cruz hasta el calvario, el Vernon de once años no había podido dormir. A medida que pasaba la noche, el niño empezó a sentir pánico, empezó a temer que se quedaría en blanco y no recordaría su guión. Pero al fin supo lo que tenía que hacer. Había buscado debajo de la almohada y encontrado el pequeño Nuevo Testamento que tenía allí siempre, de día y de noche. Lo había abierto en Mateo. 28 «Id, por tanto, y bautizad a todas las naciones...»

Le había bastado y entonces Vernon rezó para que le viniera el sueño. Su Dios, amigo y paternal, había enviado al niño una imagen de sí mismo en una representación asombrosa en la procesión del día siguiente. Confortado por la imagen, se había dormido.

¡Qué le alaben todas las criaturas de la tierra!

Con la segunda estrofa del himno en sus oídos, el montaje mental de Winters pasó a Annápolis, Maryland.

Era ya un muchacho, en los últimos dos años de sus estudios universitarios en la Academia Naval. Las imágenes que llegaban a su cerebro procedían todas del mismo lugar, el exterior de la hermosa capillita protestante, en mitad del campus. O entraba o salía. Iba, pese a la nieve, la lluvia y el calor de finales de verano, cumpliría su promesa. Había hecho un trato con Dios, un trato de negocios por decirlo así, Tú cumples Tú parte y yo la mía. Ya no era una relación unilateral, ahora, la vida había enseñado al joven cadete de Indiana, que era necesario ofrecer algo a Dios para garantizar Su aceptación del trato.

Por espacio de dos años, Vernon asistió regularmente a la capilla, dos veces por semana como mínimo. No iba realmente a adorar: su relación era con un Dios mundano, uno que leía el *New York Times* el *Wall Street Journal*. Discutían cosas. Vernon Le recordaba que cumplía con firmeza su parte de trato y Le agradecía que Él cumpliera el Suyo, pero ni una sola vez hablaron de Joanna Carr. No importaba, todo el asunto era algo entre el alférez Vernon Winters y Dios.

¡Alabado sea Él entre todos los del cielo!

El comandante había inclinado inconscientemente la cabeza hasta casi tocar el suelo, cuando oyó la tercera estrofa del himno. En el fondo de su corazón conocía las palabras siguientes de este viaje espiritual. Primero, estaba frente a la costa de Libia,

rezando horribles palabras que solicitaban la muerte y destrucción de Gadaffi y su familia. Dios había cambiado al madurar el teniente Winters, ahora era un ejecutivo, el presidente de algo mayor que una nación, un almirante, un juez, alguien remoto, pero aún accesible en tiempos de verdadera necesidad.

Sin embargo, había perdido su naturaleza de perdón, se había vuelto severo y juzgador. Matar a una niña árabe no era como prender fuego al solar vacío frente a la mansión de los Smith. El Dios de Winters le hacía ahora personalmente responsable de todos sus actos, y había algunos pecados casi más allá de todo perdón, algunas acciones tan odiosas que uno podía esperar semanas, meses o incluso años en las antecámaras de Su Tribunal antes de que Él consintiera en escuchar su petición de piedad y expiación.

De nuevo recordó su desesperada búsqueda de Él después de aquella horrible noche en que, sentado en el sofá junto a su mujer, había visto el vídeo del bombardeo de Libia. Ella se había sentido tan orgullosa de él, había grabado cada sección de las noticias de la CBS que habían cubierto el ataque del norte de África, para sorprenderle con una proyección completa, el día después de su regreso a Norfolk. Fue solamente entonces cuando comprendió todo el horror de lo que había hecho. Esforzándose por no vomitar cuando la cámara mostró el sangriento resultado de aquellos misiles disparados desde *sus* aviones, Winters salió al aire de la noche, solo, y no regresó hasta el amanecer.

Había estado buscándole. Este rito volvió a repetirse una docena de veces en los tres años siguientes, y él volvía a salir sin rumbo, toda la noche, rezando y caminando alternativamente, en espera de alguna señal de que Él hubiera escuchado sus oraciones. Las estrellas y la luna, sobre su cabeza, habían sido magníficas en aquellas noches... pero no le habían concedido perdón, no habían podido traer paz a su alma atormentada.

¡Alabado sea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!

Y así Dios se hizo oscuridad y vacío para el comandante Winters. Después en las raras ocasiones en que rezaba, ya no consiguió ninguna imagen mental de Dios, ni una sola imagen de Él. Sólo había negrura, oscuridad, vacío. Hasta ahora. Arrodillado allá fuera, junto al cilindro, oyó la última frase de la Doxología y pidió a Dios que perdonara sus dudas, su deseo de Tiffani Thomas, y su falta general de dirección; hubo una explosión de luz en la visión mental de Winters. Dios le estaba hablando. ¡Por fin Dios le había mandado una señal!

No era la señal que Winters había estado buscando, ni tampoco una prueba de que Él le hubiera perdonado por fin, y aceptado su penitencia, sino algo mucho, mucho mejor. La explosión de luz en la mente de Winters era una estrella, un horno solar forjando helio del hidrógeno. Y su cámara mental retrocedió rápidamente. Vio planetas alrededor de la estrella y signos de inteligencia en algunos de los planetas. A

distancia, había otros planetas y otras estrellas, billones de estrellas solamente en esta galaxia, y después de inmensos vacíos entre las galaxias, más colecciones de estrellas y de planetas y de criaturas vivientes cubriendo inexplicables distancias en todas direcciones.

El cuerpo de Winters se estremeció de alegría y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando comprendió cuán completamente había escuchado Dios sus oraciones. No solamente había Él revelado a Winters que estaba perdonado; no, este Señor de todo lo imaginable, cuyo dominio abarcaba sustancias químicas elevadas a la consciencia, en millones de mundos en un vasto e inimaginable universo, este Dios que era realmente omnipotente y omnipresente, había ido más allá de las oraciones. Había mostrado a Winters la unidad en todo, no se había limitado a los problemas de un individuo, de un pequeño e insignificante planeta azul orbitando un vulgar sol amarillo, en una de las espirales de la galaxia de la Vía Láctea; había mostrado también a Winters cómo las especies y su conjunto de inteligencia y espiritualidad estaban conectadas a cada parte de cada átomo de Su gran dominio.

Al cruzar la habitación en dirección a Winters, Nick sintió como los ruidos intermitentes, detrás de las paredes, aumentaban en volumen y frecuencia. Al lado del cilindro y cerca de una de las grandes máquinas de apoyo, se abrió una puerta, y dos alfombras, moviéndose como una oruga, entraron en la habitación. Iban inmediatamente seguidas de dos vigilantes y cuatro plataformas sobre cremallera que transportaban montones de estacas y material de construcción. Cada uno de los vigilantes empujó dos plataformas a una esquina de la estancia, donde empezaron a construir puntales de anclaje para el cilindro.

Las dos alfombras se encararon con Nick en el centro de la habitación, se alzaron sobre su extremo y se inclinaron en dirección a la salida al océano.

—Nos están diciendo que es hora de irnos —explicó Carol, acercándose con Troy a donde estaba Nick.

—Lo comprendo —respondió éste—. Pero aún no estoy dispuesto a irme —se volvió a Troy—. ¿Tiene este juego una tecla X, acaso? Me vendría muy bien disponer de tiempo.

Troy se echó a reír.

—No lo creo, profesor. Aquí no hay forma de salvar el juego y empezar de nuevo. Nick parecía sumido en sus reflexiones. Las alfombras siguieron avisando.

—Venga, Nick —dijo Carol cogiéndole del brazo—. Vayámonos antes de que se enfaden.

Inesperadamente, Nick se adelantó hacia una de las alfombras y le tendió la cuna de oro.

—Toma, llévate esto y ponlo con los demás, allí, en el cilindro donde debe estar.

La alfombra se hizo atrás y se torció de un lado a otro, luego volvió a ponerse vertical y señaló a Nick.

—No necesito una pulsera para interpretar el gesto —observó Troy—. La alfombra te está diciendo claramente que te lleves el tridente otra vez al barco.

Nick inclinó la cabeza y estuvo un momento silencioso:

—¿Es éste el único? —preguntó a Troy, que no entendió la pregunta—. ¿Es el único paquete de semillas para la Tierra?

—Creo que sí —contestó Troy tras cierta vacilación, mirándole con expresión desconcertada.

Entre tanto el nivel de actividad había aumentado sustancialmente. Mientras el comandante Winters se acercaba al trío en medio de todo aquel jaleo, los vigilantes y plataformas construían activamente en las esquinas, un equipo móvil podía oírse claramente detrás de las paredes y la música de órgano se hacía más fuerte y un poco amenazadora. Además, una bolsa gigante y forrada de algún material blando y flexible, se había desplegado sobre ellos desde el techo, y bajaba despacio sobre el cilindro. El comandante Winters miraba a su alrededor con no disimulada sorpresa. Todavía serenamente satisfecho por la belleza e intensidad de su epifanía, no prestaba demasiada atención a la conversación que se desarrollaba junto a él.

—*Deben* llevarse esta cosa —insistían Nick a Carol y Troy—. ¿No os dais cuenta? Es mucho más importante ahora que sé que hay semillas humanas dentro, nuestros hijos no tendrían ninguna oportunidad.

—Pero *eran* tan guapos, tan listos —recordó Carol—. Tú no les viste como nosotros, no puedo creer que esos niños pudieran hacer daño a nadie ni a nada.

—No pensarían destruirnos —alegó Nick—, ocurriría así.

Las alfombras empezaron a saltar.

—Ya lo sé, ya lo sé —protestó Nick, volviendo a tenderles la cuna—. Queréis que nos vayamos, pero primero, *por favor*, escuchadme. Os hemos ayudado, ahora os pido que nos ayudéis. Tengo miedo a lo que puede haber en este paquete, miedo de que pueda desequilibrar la delicada estabilidad de nuestro planeta. Nuestro progreso, como especie, ha sido lento, a trancas y barrancas, con casi tantos pasos atrás como adelante. Lo que haya aquí puede amenazar nuestro futuro desarrollo, o tal vez, detenerlo para siempre.

La actividad continuaba imparable. No hubo reacción visible al discurso de Nick por parte de las impacientes alfombras, que ahora iban y venían desde la salida, por si los tontos humanos seguían sin entender su mensaje. Nick miró a Carol, suplicante, y ella le devolvió la mirada sonriendo. Pasados unos segundos se le acercó y le tomó la mano, sus ojos se encontraron cuando empezó a hablarle y Nick vio una nueva expresión, algo parecido a admiración, en su mirada.

—¿Tiene razón, sabéis? —dijo Carol en dirección a la pareja de alfombras—. No



habéis pensado bien y con cuidado en las consecuencias de vuestra misión. Tarde o temprano vuestros embriones y los humanos que ya están en el planeta interactuarán y habrá una catástrofe. Si el depósito de semillas se encuentra en el inicio del desarrollo de vuestros superhumanos, estoy segura de que los terrícolas se sentirán empujados a destruirlo. ¿Qué otra posible reacción podrían tener? La magnitud de la amenaza puede no ser conocida del todo, pero es fácil reconocer que esas criaturas, genéticamente creadas por los superalienos, podrían plantear un problema gigantesco a la especie nativa de este planeta.

Troy estaba justo detrás de ellos escuchando atentamente lo que decía la joven. A su alrededor continuaban los preparativos para el despegue. Los vigilantes y las plataformas habían terminado su trabajo de instalación de las dos parejas de puntales que se conectarían al cilindro durante el despegue, para minimizar las vibraciones. Las doradas cunas flotantes en el cilindro ya no se veían, la cubierta había bajado casi hasta el suelo.

—... así que a menos que vuelvan a quedarse con este paquete dorado, para dejarlo en otro mundo donde quizás no haya aún inteligencia, habrá muertes innecesarias. O sus semillas perecerán antes de madurar, o los nativos humanos como nosotros serán eventualmente tragados, si no muertos directamente, por los seres más capaces que habéis creado. No parece que sea una recompensa justa por nuestro esfuerzo en beneficio vuestro.

Carol se calló para contemplar cuatro extrañas cuerdas tenderse desde arriba al fondo del cilindro, retorcerse en el aire y terminar anudadas a los puntales de las esquinas de la estancia. La agitación de las alfombras iba en aumento. Los dos vigilantes acabaron de supervisar sus trabajos anteriores al despegue, se volvieron bruscamente hacia los cuatro humanos y se movieron en su dirección.

Carol estrechó con más fuerza la mano de Nick.

—Puede que sea cierto que nuestro desarrollo natural es lento y no del todo satisfactorio —prosiguió con voz asustada por el miedo a los vigilantes que se les acercaban rápidamente—, y es cierto que nosotros los humanos cometemos errores, tanto como individuos como en grupo. No obstante, no podéis pasar por alto el hecho de que este imperfecto proceso nos ha producido, y que hemos tenido suficiente previsión, o compasión, o como queráis llamarlo...

—*Espera* —gritó Troy. Agarró el tridente de la mano de Nick y saltó directamente hacia uno de los amenazadores vigilantes. Se encontraba a sólo unos centímetros de distancia de sus dos apéndices giratorios, amenazadores, con instrumentos cortantes en los extremos—. ¡Basta! —volvió a gritar. Toda actividad cesó milagrosamente. Las alfombras y los vigilantes se quedaron inmóviles, los ruidos de la pared cesaron, incluso la música de órgano se silenció.

—De todos nosotros —dijo Troy en voz alta y clara, con la cabeza echada hacia

atrás y mirando el techo—, sé mejor que nadie cuál es vuestra misión y todo lo que voy a perder por recomendaros que abandonéis este programa; pero estoy de acuerdo con mis amigos.

Troy se quitó la pulsera y dramáticamente la metió junto con la cuna *dentro* del vigilante. Le pareció como si metiera la mano dentro de un caldero de masa de pan caliente. Dejó ambos objetos y retiró la mano. El vigilante no se movió, la pulsera y la cuna permanecieron donde Troy los dejó, dentro de su cuerpo.

—Desde el primer momento me di cuenta de que la pulsera que me entregasteis me proporcionaba ciertos poderes especiales, talentos que no eran naturalmente míos. Comprendí, sin saber especificarlo, que habría una sustancial y continuada recompensa por haberos ayudado. Y creí que por fin, *por fin*, Troy Jefferson sería alguien especial en este mundo.

Pasó por delante del asombrado comandante Winters, que seguía los acontecimientos con plácida indiferencia, y fue junto a Nick y Carol. La estancia estaba en absoluto silencio.

—Cuando mataron a mi hermano Jamie —dijo en voz baja—, juré que haría lo necesario para dejar mi huella en la sociedad. Durante los dos años que anduve por el mundo, pasé la mayor parte de tiempo soñando. Mis sueños terminaban todos igual, iba a descubrir algo nuevo y estremecedor y hacerme, de repente, rico y famoso.

Troy dio un beso rápido a Carol, le guiñó el ojo y declaró:

—Te quiero, ángel, y a ti también profesor —Troy se volvió entonces hacia el cilindro cubierto—. Cuando salí de aquí el jueves por la tarde, estaba tan excitado que me costaba contenerme. Iba diciéndome: *Vaya, Jefferson, ya lo tienes. Vas a ser el hombre más importante en la historia de este puñetero mundo.*

Calló un instante:

—Pero en estos últimos tres días he aprendido algo muy importante, algo que la mayor parte de nosotros probablemente no tenemos nunca en cuenta. Es que el proceso es más importante que el resultado final. Lo que es esencial y valioso es lo que se aprende mientras sueñas o planeas o trabajas hacia una meta, no la consecución de la meta en sí. Y por esto es por lo que vosotros vais a hacer ahora lo que mis amigos han pedido.

—Sé lo que vosotros, ET, habéis tratado de explicarme en estos últimos minutos a través de la pulsera que me regalasteis para toda la vida, que los nuevos humanos que estabais depositando aquí nos conducirían a nosotros, seres primitivos, a una era nueva y maravillosa. Puede que fuera verdad, y estoy de acuerdo en que necesitamos algo de ayuda, que nuestra especie está cargada de prejuicios, egoísmo y todo tipo de problemas. Pero no podéis proporcionarnos respuestas. Sin el beneficio de la lucha por mejorarnos, sin el proceso de superación de nuestra propia debilidad, no habrá cambio fundamental en nosotros, viejos humanos. No nos haremos mejores, nos

volveremos ciudadanos de segunda clase, acólitos en un futuro, de vuestra visión y propósito. Así que llevaos a vuestros humanos perfectos y dejadnos conseguirlo solos. Merecemos la oportunidad.

No hubo ningún movimiento en la estancia después de que Troy hubo terminado. Luego, el vigilante que estaba frente a él, se hizo a un lado y empezó a moverse. Troy se preparó para un ataque, pero el vigilante se movió en dirección a la salida, junto al cilindro. La pulsera y la cuna seguían visibles dentro de su cuerpo.

—Está bien, socios —gritó Troy, feliz. Nick y Carol se abrazaron. Troy tomó de la mano al comandante Winters. Mientras se iban, los cuatro se volvieron para contemplar por última vez la gran cámara. En esta visión final, cada uno de ellos vio la estancia en los términos de su propia y asombrosa experiencia. Los ruidos habían amenazado de nuevo tras las paredes. Y las alfombras, vigilantes, y plataformas iban saliendo de la habitación por la puerta de al lado del cilindro cubierto.

Llevaban solamente tres o cuatro minutos a bordo cuando el mar se hizo de pronto turbulento bajo ellos. Los cuatro estaban sorprendentemente silenciosos. Un frustrado teniente Ramírez paseaba por cubierta tratando de conseguir que alguien le contara lo que había ocurrido allá abajo. Incluso el comandante Winters ignoraba virtualmente al teniente, y se limitó a sacudir la cabeza o a dar respuestas simples a todas sus preguntas.

Estaban seguros de que la nave estaba a punto de despegar. No se dieron cuenta de que primero iba a deslizarse suavemente lejos de su área, para no envolverles en una ola gigantesca, antes de romper el agua y dirigirse al cielo. El mar siguió agitado unos minutos. Todos ellos vigilaban el océano en busca de una señal del vehículo.

—¡Miren! —gritó el comandante Winters excitado, señalando un gigantesco pájaro plateado que se elevaba hacia el cielo a unos cuarenta y cinco grados de distancia del sol de la mañana. Su ascensión fue inicialmente lenta, pero a medida que se elevaba iba acelerando su ritmo velozmente. Nick, Carol y Troy se apretaron las manos mientras admiraban el imponente espectáculo. Winters se acercó al trío. A los treinta segundos la nave había desaparecido por encima de las nubes. No habían oído ningún ruido.

—¡Fantástico! —dijo el comandante Winters.